

9
29

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO
Escuela Nacional de Estudios Profesionales
Acatlán

Proyecto Modernizador
del
Estado Mexicano

Mauricio Sáez de Nanclares Lemus

Tesis Profesional
Licenciatura: Sociología





Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

INDICE GENERAL

	PAG.
Prólogo	
I. Introducción: elementos histórico-conceptuales.	1
1. Para una caracterización sociológica de la modernidad	2
2. Estado nacional y capitalismo internacional	22
3. Crisis y modernización	49
4. Las dimensiones de la modernización mexicana	57
II. Los orígenes de la modernidad mexicana	69
1. Panorama del siglo XIX mexicano	69
2. Formación del Estado y modernización	86
III. Crisis y reconstrucción de la modernidad mexicana	107
1. La modernidad porfirista y su crisis	107
El programa porfirista de modernización	107
Las dimensiones sociales de la crisis	107
Las dimensiones regionales de la crisis	126
Las dimensiones externas de la crisis	149
2. -La reconstrucción de la modernidad mexicana	153
Un Estado nuevo y poderoso	153
Las fórmulas económicas y las élites	179

	PAG.
IV. Estructuras fundamentales de la modernidad mexicana	196
1. Estado, clases y mercado	196
2. La crisis	218
3. La década de los ochenta: modernidad estatal y capitalismo internacional	229
La década de los ochenta	232
El desafío y los escenarios	239
 Conclusión	 260
 Bibliografía	 273

INDICE DE CUADROS

	PAG.
2.1 Distribución de ranchos y haciendas en 1810 y 1862	74
2.2 Principales fuentes de ingreso del Estado (1825-1852)	76 - 77
3.1 Distribución por campos de colocación de las inversiones extranjeras en México. Año de 1911	111
3.2 Población de trabajadores rurales y urbanos. Años de 1895, 1900 y 1910	120
3.3 Salario mínimo diario en México, en diversas ocupaciones, 1877- 1911	120
3.4 Salario mínimo por zonas del país 1895-1908	148
3.5 Producto Interno Bruto, Minería y Petróleo 1921-1928	177
3.6 Ingresos federales 1924-1928	178
3.7 Producto Interno Bruto, Agricultura 1921-1928	186
3.8 Producto agrícola per-cápita 1907 y 1929	187
3.9 México: natalidad, mortalidad y crecimiento natural de la población	188
3.10 Producto Interno Bruto. Actividad Industrial 1921-1930	190
3.11 Importaciones mexicanas, excepto de origen Agrícola y Ganadero 1920-1927	191
4.1 Cuenta de producción del sector público 1975-1980	225
4.2 América Latina: principales indicadores económicos 1975-1984	234 - 235

Prólogo

Una vez terminado este trabajo, la palabra que constituye su parte medular adquirió una notable popularidad. La campaña política del candidato presidencial del partido oficial centró su discurso en la expresión "política moderna". Dada la tradición político-cultural de la élite gubernamental de nuestro país y de los grupos que han fundado buena parte de sus expectativas en formar parte de aquella —para lo cual uno de los requisitos es repetir acriticamente los clichés del presidente o del candidato del PRI—, no me resultó en absoluto sorprendente que la "modernidad" se volviera moneda corriente en el lenguaje cotidiano. Pero, aunque era de esperarse, el significado que el término habría de asumir en tales circunstancias no corrió la misma suerte: como moneda corriente, la modernidad creció en volumen y decreció en precisión.

Me importa mucho aclarar lo anterior, porque este estudio no tuvo como origen algún tipo de "necesidad" de desenmascarar las inconsistencias conceptuales del discurso oficial de moda, aunque eventualmente pueda servir para ello. Tampoco tuvo como origen, por supuesto, participar de dicha moda. La fascinación que es capaz de generar el tema de la modernidad está en la riqueza y complejidad conceptual y teórica que ofrece, y que está en la orden del día de la sociología contemporánea. Tal vez en este contexto la modernidad sea también moneda corriente, pero resulta para mí, por mucho, más atractivo así que como un lugar común institucional.

El título del trabajo fue concebido cuando la tesis era apenas una promesa, y así fue registrado. Para evitar tardanzas y trámites, decidí conservar el título original a sabiendas de que no era el más apropiado. La expresión "Proyecto modernizador del Estado mexicano" es, según los lineamientos de este trabajo, inexacto, porque parte de atribuir a una estructura —el Estado— la capacidad de tener proyectos. Lo cual es peculiar de actores sociales constituidos; y el Estado no es un actor social, sino una estructura institucional en donde pueden tener cabida: —dependiendo de la forma específica en que esté organizado— múltiples proyectos. Un título más apropiado para este trabajo debió ser "Modernidad y Estado en México"

Conforme el estudio avanzaba, se hacía más evidente la necesidad de retroceder en la historia. En no pocas ocasiones, la tentación historicista (según el empleo que da a este término Popper) se hizo presente: el hoy como resultado ineluctable del ayer; es decir, la historia como mero artificio para justificar el presente. En esas mismas ocasiones hube de repetirme que, por lo menos para los fines del estudio, la política es centro nuclear de producción de historia; que, por ello, el hacer historia tiene que ver con el enfrentamiento constante de los múltiples y diversos dioses de los valores; que, todavía más, la historia se va haciendo contingentemente. Además, recurrir a la historia, aun cuando fuese por medio de estudios ya realizados, y quizá retomando cuestiones muy sabidas, pretendía recuperar el discurso de la historia nacional para una interpretación libre del fatalismo no sólo oficial sino también de la academia y de ciertos sectores de la izquierda.

La organización de los capítulos responde, sin duda, a esta consideración histórica. La "Introducción", inevitablemente extensa por contener la concepción teórica e histórica que anima al estudio, es en sí misma prácticamente un capítulo: su lectura tendrá que partir de este hecho. El capítulo II, "Los orígenes de la modernidad mexicana", procura un panorama del siglo XIX mexicano, tanto de las condiciones globales que acotaban cualquier proyecto asociado a la modernidad, como de la progresiva y paulatina elitización de la política, origen de esa especie de "vocación jacobina" que caracteriza a los grupos gobernantes del país.

En el capítulo III, "Crisis y reconstrucción de la modernidad mexicana", se presenta una interpretación global del periodo 1910-1940, en el cual se dan cita un complejísimo conjunto de factores de cuya interrelación surgen los diversos elementos que habrían de constituir las estructuras fundamentales de la modernidad mexicana, que es el título del capítulo IV. En él se exponen las también complejas articulaciones de la modernidad mexicana, de tal modo insertas en un entramado de tensiones inherentes a su naturaleza, que su ruptura, su crisis, sólo era cosa de tiempo, dado sobre todo que los intereses refractarios a la modernización eran virtualmente hegemónicos.

En la última parte presento un ejercicio de prospectiva y de escenarios futuros para los años noventa, con lo cual termino la investigación. Finalmente, expongo mis conclusiones bajo dos modalidades, académicas y de "policy recommendations". Tanto el ejercicio prospectivo como las conclusiones han sido redactados a mediados de 1988, a diferencia del resto del trabajo.

Cuando redactaba la versión final de este trabajo, 1985 y la mitad de 1986, el país vivió momentos dramáticos dentro de la tristemente célebre crisis. Probablemente esto haya colaborado en la actitud escéptica, e incluso ocasionalmente pesimista, que se apoderó de mí al igual que de muchos mexicanos. Hoy creo, sin embargo, que, si bien es necesario mantener un prudente escepticismo, es igualmente preciso erradicar el pesimismo infructuoso de quien piensa que no hay solución a los problemas. Una cosa está clara: en las actuales condiciones, es decir, dada la naturaleza política de las dificultades económicas y el carácter económico de las peculiaridades políticas del Estado mexicano, ceteris paribus, la modernización de México apenas puede aspirar a ser un slogan susceptible de adquirir popularidad. Hasta aquí lo escéptico. La modernización del país tiene como condición sine qua non modificar esas "actuales condiciones". El pesimismo, pues, es ahistórico, porque sólo puede partir del supuesto de que dichas condiciones son inmutables. Y en esos términos cualquier tesis sobre la modernidad o la modernización está condenada a la inviabilidad teórica y probablemente a la práctica.

Durante las largas horas en que este trabajo fue naciendo, mi interlocutora cotidiana participó de mi entusiasmo, lo cual reconozco y agradezco. Un ser, alojado entonces en el vientre materno, alentó, sin saberlo, mis esfuerzos: a él, a mi hijo, dedico mi tesis profesional.

Las ideas centrales de este estudio nacieron de cuidadosas lecturas y de fructíferos diálogos. Oscar Betanzos, director de tesis, orientó mis

lecturas, criticó agudamente las versiones preliminares y depositó en mí su confianza; de las pláticas sostenidas con él surgieron numerosos estímulos para desarrollar el trabajo. Fernando Bazúa me dió la oportunidad de colaborar con él en distintos trabajos institucionales, después de haber sido mi profesor; aproveché esas ocasiones para aprender su peculiar concepción de la modernidad. Muchas de las ideas de este trabajo provienen de las pláticas sostenidas con él en aquellas ocasiones. Amigos y profesores, ambos, me ayudaron en la tarea de confeccionar este estudio; mi reconocimiento, agradecimiento y amistad para los dos. Espero, sin embargo, no haber traicionado sus ideas; por si así fuera, debo asumir que la responsabilidad del trabajo sólo puede ser mía, con lo cual quedan exculpidos de los errores que este pueda tener.

MSNL

I. Introducción : elementos histórico-conceptuales

En diversas épocas de la historia mexicana ^{1/}, se ha presentado, bajo diferentes formas e, incluso, con diferentes nombres, la necesidad de "modernizar" la sociedad, la economía y las estructuras políticas del país. Esta necesidad ha sido "sentida" por grupos, clases e individuos determinados, y no necesariamente ha sido compartida por el conjunto de la sociedad; la modernización ha tenido significados distintos en cada época, y dentro de cada una de ellas ha tenido también sentidos diferentes para los diversos segmentos de la sociedad mexicana.

Del párrafo anterior surgen, en efecto, varias dudas, a saber: a) qué debe entenderse por esa "modernización"; b) qué es lo que justifica emplear ese término y no otro; c) cómo es posible que dicha "modernización" se presente como "necesidad"; o en su caso, d) qué tan correcto es hablar de "necesidad" y no de "voluntad" de esos grupos, clases o individuos; y por último, e) cuál ha sido la forma en que se ha presentado históricamente, tanto esa asimilación de la "necesidad de modernización", como la propia modernización de la economía, la sociedad y las estructuras políticas, en el caso que así haya ocurrido.

^{1/} Para los fines de este estudio, cuando se habla de historia mexicana se alude a la historia del México posterior a la independencia, de la tercera década del siglo XIX a la fecha. Para referirse a cualquier tiempo anterior a esta delimitación (lo cual será previsiblemente necesario puesto que la arbitrariedad de un corte histórico como éste no autoriza a olvidar las continuidades con el pasado) será distinguido mediante la referencia al carácter colonial de dicha sociedad.

En el presente capítulo se intentará disipar estas dudas, salvo la última, que, en realidad, se tratará de resolver en el resto del trabajo.

1. PARA UNA CARACTERIZACION SOCIOLOGICA DE LA MODERNIDAD.

Para el pensamiento sociológico —o, si se prefiere ampliar, para el pensamiento de las ciencias sociales— los términos "moderno" y "modernidad" no son extraños. En diversas latitudes y épocas, ambos términos han estado presentes. El primero, el adjetivo "moderno", ha acompañado expresiones sustantivas conformando así conceptos y/o nociones características del pensamiento sociológico; de este modo se habla de "Estado moderno", "sociedad moderna", "capitalismo moderno", entre otros. El segundo término, el sustantivo "modernidad", ha recibido un tratamiento más cauteloso, aunque ello no ha evitado que haya sido empleado en diferentes contextos. Veremos algunos de ellos.

En el lenguaje común, la palabra "moderno" tiene un significado que no va más allá de una referencia meramente temporal. En este caso, hay por lo menos cuatro sentidos del término que gozan del reconocimiento general; así, "moderno" es: 1) aquello "que existe desde hace poco tiempo"; 2) aquello "que ha sucedido recientemente"; 3) aquello que "en cualquier tiempo se ha considerado contrapuesto a lo clásico; y por último, 4) alude a "los que viven o han vivido hace poco tiempo" ^{2/}. En cada uno de estos casos, exclu-

^{2/} "Moderno" en Real Academia Española, Diccionario de la Lengua Española (T. II), vigésima edición, Madrid, Espasa Calpe, 1984, p. 917

yendo al (3), "moderno" es un adjetivo que hace de su sustantivo algo "reciente" y/o "actual". Si las cosas se presentan así, o sea si en lugar de "moderno" podemos decir "actual" o "reciente", entonces no habría mayores problemas para dejar claro su significado. No obstante, tampoco tendría mayor interés, desde el punto de vista sociológico, hablar de lo "moderno" en su sentido únicamente temporal.

Vale la pena, pues, remontarse brevemente a la historia (o prehistoria) de este concepto. La palabra "moderno" empezó a usarse en el siglo V para deslindar el presente cristiano —el mundo nuevo de la cristiandad que se había entonces vuelto hecho oficial— de la Antigüedad romana, vale decir el pasado pagano ^{3/}. Desde el inicio, lo moderno es un concepto pensado por, y que alude a, Occidente ^{4/}. En este contexto, el concepto evoluciona y resulta determinado históricamente por medio de los cambios en el horizonte de su tiempo. En la llamada Edad Media ^{5/}, el deslinde respecto a la

^{3/} Vid "Tradición literaria y conciencia actual de la modernidad" Jauss, Hans Robert en La literatura como provocación, Barcelona, Ed. Península, 1976, pp. 19-21

^{4/} Octavio Paz ha señalado al respecto: "La modernidad es un concepto exclusivamente occidental y que no aparece en ninguna otra civilización (...) todas las otras civilizaciones postulan imágenes y arquetipos temporales de los que es imposible deducir, inclusive como negación, nuestra idea del tiempo". Los hijos del limo. Del romanticismo a la vanguardia, Barcelona, Seix Barral, 1974, p. 44

^{5/} La noción de "Edad Media", por cierto, es producto de la cultura occidental. Esta edad es "una época intercalada, concreta y realmente distinta de una primera época del Occidente, la antigua, por un corte histórico vasto, con cambio sustancial de escenario, de protagonistas y de ritmo histórico", Díez del Corral, Luis, El rapto de Europa, Madrid, Alianza Editorial, 1974, p. 159

Antigüedad pagana se presenta como un rechazo a la idea cíclica del tiempo que tenía la filosofía antigua; a esta idea se contraponen el tiempo lineal, finito e irreversible del cristianismo, representado típicamente por el pensamiento de San Agustín. El término "moderno" fue acuñado en aquella época haciéndolo derivar de "modo", de tal suerte que, además del deslinde respecto al pasado, que ya se mencionó, operan dos nuevos sentidos: "actualmente" y "a la manera de" (ablativo de "modus"). Así, en el concepto de "moderno" se añade a la idea de lo "nuevo", aquéllo que se dice, se usa o se hace en la actualidad (cercano a lo que hoy conocemos como "moda"). ^{6/}

En el tiempo de Carlomagno, en el siglo XII, en el Renacimiento, en la Ilustración, en cada época se ha presentado la "querrela entre los antiguos y los modernos". ^{7/} De acuerdo con Habermas, la modernidad, "con cambiantes contenidos ha expresado siempre la conciencia de una época que, frente al pasado de la antigüedad, se comprende a sí misma como resultado de la transición de lo antiguo a lo nuevo". ^{8/} A estas alturas, ya puede resultar medianamente claro que el concepto de lo moderno, en sentido sociológico, es irreducible a su naturaleza puramente temporal.

^{6/} La referencia corresponde a Introducción a la modernidad de Henri Lefebvre señalada por Philibert Secretan, "Elementos para una teoría de la modernidad" en Diógenes 126, verano 1984, p. 72

^{7/} "En todas las sociedades las generaciones tejen una tela hecha no sólo de repeticiones sino de variaciones; y en todas se produce de una manera u otra, abierta o velada, la 'querrela de los antiguos y los modernos'". Paz Octavio, op. cit., p. 39

^{8/} Habermas, Jürgen, "La modernidad inconclusa" en Vuelta 54, mayo 1981, p. 4. También, Jauss Hans Robert, op. cit., p. 16

Para nosotros, desde la perspectiva que nos brinda el siglo XX, la época moderna da inicio con el Renacimiento: rompimiento con la concepción teo y geocéntrica del mundo, ruptura con el punto de vista del hombre de tierra para generar un punto de vista marítimo. Con el Renacimiento, Occidente se incorpora a una nueva dinámica histórica.

La cesura fundamental entre la Edad Antigua y la Medieval significa una "negación" de la primera, lo que da al Occidente una libertad que sabe aprovechar para, mediante la "reprise" —renacimiento— de la Antigüedad, saltar desde ella hacia el futuro. 9/

A pesar de la importancia central del Renacimiento para el estudio de la modernidad, esta época conservó un aspecto que habría de ser desechado posteriormente, aunque no en forma definitiva. El Renacimiento siempre consideró lo antiguo como un modelo digno de imitación. Sería hasta el siglo XVIII, el siglo de las luces, que se habría de terminar con el influjo que lo clásico ejercía sobre lo moderno. La utopía de la Ilustración descansó en la introducción del futuro como perspectiva: con el Iluminismo, la conciencia de la modernidad se traduce en el mito del progreso. En 1794, Condorcet, en su obra Esbozo de un cuadro histórico del progreso humano, consideraba que el progreso habría de seguir probablemente tres direcciones: una cada vez mayor igualdad entre las naciones, la supresión de las diferencias de clase y una mejora mental y moral general que resultaría de las otras dos. 10/

9/ Díez del Corral, Luis, op. cit., p. 161.

10/ Sabine, George H., Historia de la teoría política, México, FCE, 1963, p. 420.

Para los escritores de la Ilustración, "la cuestión central de la historia es el despertar del espíritu científico". En el pasado, tiempo opuesto al suyo, "todo era superstición y tinieblas, error e impostura". ^{11/} Con la Revolución francesa la ruptura con el pasado adquiere significación especial toda vez que el repudio del Iluminismo al pasado irracional y a la forma de reflexión que le era propia se vinculó, por razones específicas de la Francia de aquel entonces y en general por razones socio-políticas concretas, con la crítica al Estado absolutista. Filosofía e historia, pensamiento y política: la Revolución francesa liberó la energía de una época —una sociedad epocal— que se comprendió a sí misma como el hito de la modernidad político-filosófica de Occidente.

La Revolución francesa no fue hecha o dirigida por un partido o un movimiento en el sentido moderno, ni por unos hombres que trataran de llevar a la práctica un programa sistemático (...) No obstante, un sorprendente consenso de ideas entre un grupo social coherente dio unidad efectiva al movimiento revolucionario. Este grupo era la "burguesía"; sus ideas eran las del liberalismo clásico formulado por los "filósofos" y los "economistas" y propagada por la francmasonería y otras asociaciones. En este sentido, los "filósofos" pueden ser considerados en justicia los responsables de la revolución. ^{12/}

Al término del siglo XVIII, por vía de la Revolución francesa, Occidente es enfrentado a dos grandes problemas: el problema político-social tocante a

^{11/} Collingwood, Rubín G., Idea de la historia, México, FCE, 1952, p. 95

^{12/} Hobsbawm, Eric, Las revoluciones burguesas vol. 1, 5a. ed., Madrid, Guadarrama/Punto Omega, 1978, p. 113

los derechos del hombre como individuo, y el problema nacional, es decir, la definición de los derechos del ciudadano y de la nación. La revolución francesa imprimió en el concepto de "nación" el contenido real de fuerzas políticas puestas en movimiento. El Estado-nación francés derivaba su legitimidad, de acuerdo con el pensamiento de Rousseau, de su estar basado en la célebre "voluntad general"; por detrás, la "razón" ilustrada daba al fenómeno nacional toda la fuerza de la modernidad, que se desligaba de un deliberadamente definido pasado medioeval.

Sin embargo, el racionalismo francés no es la única ruta que ayuda a la caracterización de la modernidad. A la luz del recorrido que ha tenido el pensamiento científico-social, no es gratuito subrayar la decisiva importancia de la tradición alemana en torno al tema de la recepción sociológica de la modernidad. En este sentido el romanticismo político alemán se revela como la contraparte del racionalismo francés: contemporáneo de la Ilustración, el romanticismo nació como reacción al racionalismo del siglo XVIII mientras trataba de trasladar el ideal histórico medioeval a la Europa de su tiempo. ^{13/} No es, pues, la oposición histórica a los tiempos antiguos, sino la conciencia del desacuerdo con el tiempo presente. ^{14/} A la visión francesa de un mundo en continuo progreso, con la "razón" como artífice, el romanticismo alemán enfrentaba la idealización de un pasado medioeval del cual el pueblo alemán alimentaba su nacionalidad; así, a la nación como uni-

^{13/} Uchmany, Eva Alexandra, La proyección de la revolución francesa en Alemania, México, UNAM, 1975, p. 57

^{14/} Jauss, Hans Robert, op. cit., p. 61

dad política, Staatsnation, el romanticismo alemán contraponía la nación unida por su cultura, la Kulturnation. No era fortuito que esta distinción hubiese sido incubada en el pensamiento alemán: Alemania no era entonces un moderno Estado-nación, y ello conducía el entusiasmo de los románticos al volkgeist, al espíritu del pueblo, como instancia de unidad nacional más que a la "voluntad general" rousseauiana. El romanticismo alemán, exaltador del bucolismo premoderno, también rechazaba aquello que alterara la singularidad y la quietud del pasado idealizado.

Los poetas y los pensadores que tenían sus raíces en el campo del romanticismo defendían en general lo antiguo y repugnaban lo nuevo, incluso combatían todo aquello que surgía del progreso de la técnica. Los buques de vapor y los ferrocarriles les parecían recursos destructores que aniquilaban la belleza del pasado. 15/

La revolución francesa y el romanticismo alemán representan aspectos importantes para una caracterización sociológica de la modernidad. Sin embargo, en esa misma época —fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX— se desarrollaba en Inglaterra un conjunto de acontecimientos que estarían llamados a transformar el planeta entero: la historiografía posterior denominó al conjunto "Revolución industrial". En opinión de Hobsbawm, "fue probablemente el acontecimiento más importante de la historia del mundo y, en todo caso, desde la invención de la agricultura y las ciudades". 16/

15/ Uchmany, Eva Alexandra, op. cit., pp. 58-59

16/ Hobsbawm, Eric, op. cit., p. 61

En la Inglaterra de entonces lo que sólo por convención llamamos hoy Revolución industrial significó, más que la ruptura con un pasado determinado —los cambios tecnológicos y económico-sociales que anunciaban su advenimiento pueden rastrearse desde varios siglos atrás—, la asimilación de que la conexión entre fines y medios se estrechaba con el desarrollo de la tecnología y de la industria. Los fines se habían consolidado ya desde los siglos XV y XVI con la aparición de una economía orientada en un sentido capitalista. ^{17/} Por consiguiente, la amplia difusión del desarrollo tecnológico industrial hizo del mundo de los medios —la misma tecnología— el más idóneo motor para alcanzar los fines propios de la economía y la sociedad capitalistas.

En la actualidad, la Revolución industrial no suele ser entendida sólo como un hecho histórico consumado. Su significación proviene más bien del hecho que el revolucionamiento continuo de la tecnología es, desde entonces, comprendido como una constante de la modernidad industrial. El siglo comprendido entre 1775 y 1875 fue sólo una fase transitoria del desarrollo capitalista, cuyas características fueron producidas por un conjunto de circunstancias —probablemente irrepetibles— que le dieron al desarrollo del capitalismo una dinámica virtualmente irreversible.

Si tomamos distancia de nuestro cuadro —señala Maurice Dobb— y

^{17/} Véase, por ejemplo, Moore, Barrington, Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia. El señor y el campesino en la formación del mundo moderno, Barcelona, Península, 1976, pp. 15-41

dejamos que la escena como un todo cobre forma ante nuestros ojos en una configuración peculiar, en el acto quedaremos impresionados por dos rasgos sobresalientes. El primero (...) es el hecho de que, en el siglo XIX, el tempo del cambio económico, por lo que respecta a la estructura de la industria y de las relaciones sociales, al volumen de la producción y la amplitud y variedad del comercio, fue enteramente anormal, juzgado con el rasero de siglos anteriores: tan anormal como para transformar radicalmente las ideas de los hombres acerca de la sociedad —a saber: de una concepción del mundo más o menos estática, según la que los hombres de generación en generación, estaban destinados a permanecer durante su vida en el puesto que les había sido asignado con el nacimiento, y en la que el apartamiento de la tradición era algo contrario a la naturaleza, a una concepción del progreso como ley de la vida y del perfeccionamiento continuo como el estado normal de toda sociedad sana— 18/

Dobb ha caracterizado notablemente aquí uno de los rasgos sobresalientes de la modernidad: la transformación que operó en la sensación del tiempo por parte de la sociedad. No fue sólo —y esto hay que retenerlo— en el campo de las ideas o, más precisamente, en el reducido grupo de los filósofos y sus concepciones del mundo que operó esta nueva sensación del tiempo moderno; al hombre común —por lo menos al hombre común de la Inglaterra de aquel entonces— la Revolución industrial trajo una nueva forma de sentir el tiempo: ése era el vértigo de la modernidad.

El segundo hecho —continúa Dobb— es que el escenario económico del siglo XIX presenta una combinación de circunstancias excepcionalmente favorables para el florecimiento de una sociedad capitalista. Período de cambio técnico, en él aumento rápidamente la productividad del trabajo; presenció, también, un incremento

18/ Dobb, Maurice, Estudios sobre el desarrollo del capitalismo, México, Siglo XXI, 1979, p. 306

anormalmente pronunciado del número de proletarios, junto con una serie de acontecimientos que ensancharon simultáneamente el campo de inversión y el mercado de consumo, en una escala sin precedentes. 19/

Las revoluciones francesa e industrial dieron, pues, un sentido diferente a la conciencia de la sociedad occidental sobre la modernidad. La "razón" moderna, proveniente del movimiento renacentista, descendió al mundo de la política y la economía de modo que adquirió características operativas para la sociedad burguesa. Según la expresión de Gastón Bachelard, la sociedad burguesa desarrolló, a partir de entonces, un "racionalismo aplicado" sin que por ello haya tenido que ser racionalista. El desarrollo de la sociedad burguesa vació de contenido el racionalismo filosófico por considerarlo excesiva e innecesariamente sofisticado, convirtiéndolo preferentemente en la más terrenal "racionalidad" de la que Max Weber se encargaría posteriormente de articular en la recepción sociológica de la modernidad.

Hasta aquí la modernidad ha estado siendo considerada como producida en Occidente. Sin embargo, lejos de ser una realidad centrada exclusivamente en Europa, la modernidad ha permeado realidades relativamente diversas de la europea. Tal es el caso de la realidad rusa. El zarismo ruso, desde la época de Pedro "El Grande", procuró trasplantar elementos dispersos de la modernidad occidental: aquella ilustración aristocrática que, con la creación de San Petersburgo y de innumerables mansiones diseminadas por toda Ru-

19/ Ibid., p. 307

sia, buscaba en el espejo europeo su propia razón de ser. Hacia el siglo XIX en la sociedad rusa surgió un reducido grupo de intelectuales que expresaron esa ambivalencia ante Occidente; a esa inteligentsia se le conoce con el nombre genérico de su movimiento: el populismo ruso. ^{20/}

El populismo ruso encuentra uno de sus orígenes en la oposición al encumbramiento de la sociedad burguesa y la economía capitalista, oposición representada por el socialismo francés de la primera mitad del siglo XIX. Otra de sus fuentes es la disputa entre "eslavófilos" y "occidentalistas", representada entre las élites rusas a mediados del siglo XIX. Esta última puede ser considerada, no sin cierta cautela, como una forma históricamente determinada de la mencionada "querrela entre modernos y antiguos". La modernidad como asimilación crítica de las realidades occidentales suele generar una oposición que exalta las características "propias" de la realidad en cuestión; esta afirmación debe considerarse, necesariamente, sólo como indicativa de un acontecer probable y no como un fenómeno general. En todo caso, resulta evidente que la recepción, por parte de la sociedad rusa, de la modernidad es altamente significativa precisamente porque no ocurrió sin haber pasado por el tamiz de una crítica radicalizada que no olvidó las peculiaridades rusas.

^{20/} La obra probablemente más importante sobre este tema es: Venturi, Franco, El populismo ruso 2 vol., Madrid, Alianza Universidad, 1981. Para una visión acertada y más reducida en tamaño, véase: Lichteim, George, Breve historia del socialismo, Madrid, Alianza Editorial, 1979, pp. 144-205.

Los sentimientos de rivalidad, envidia, amor y odio que el mundo occidental suscitó entre los rusos desde hace siglos se profundizan, se convierten en una sufrida conciencia de lo que ha costado —en el plano moral, ante todo— la obra de Pedro, de Catalina, de Alejandro: de cuál ha sido el esfuerzo exigido para construir un estado pesado y poderoso, influido por Occidente, sí, pero que respondía sobre todo a profundas exigencias de expansión y poderío. Después de un siglo en que Rusia ha estado mirando a Europa occidental, imitándola, utilizándola, sirviéndose de ella, se produce ahora una profunda desilusión, una invencible repulsión ante la Europa salida de la Revolución francesa. 21/

La peculiar recepción de la modernidad por parte de la inteliguetsia populista es también especialmente significativa si se considera como origen ideológico-político del movimiento revolucionario —la revolución bolchevique— que posteriormente incorporaría a Rusia —como Unión Soviética— a una modernidad industrial encuadrada en instituciones políticas extrañas a las occidentales. El ideal populista de una modernidad peculiar se fundaba en una conexión entre el pasado rural, propio de la Rusia zarista, y el futuro socialista, legado de la oposición occidental al mundo burgués. Ha sido Isaiah Berlin quien ha dado una caracterización sumamente apropiada y difundida de dicho ideal. Según él, el ideal populista se basaba en el convencimiento de que

Rusia podía saltarse la etapa capitalista de desarrollo social y transformar las comunas aldeanas y los grupos cooperativos libres de artesanos en asociaciones agrícolas e industriales de productores que constituirían el embrión de la nueva sociedad socialista. 22/

21/ Venturi, Franco, op. cit., p. 45

22/ Citando en Venturi, Franco, op. cit., p. 26

El aspecto sociológicamente decisivo que surge con la consolidación de la modernidad occidental es que, frente a ella, las sociedades no occidentales miden su propia modernidad. Ser "moderno" desde el siglo XIX no significa otra cosa que establecer las mayores semejanzas y reducir al mínimo las diferencias con respecto al mundo burgués de Occidente. Sin embargo, el proceso que lleva a esta "modernización" se desarrolla en el marco de las particularidades de cada sociedad nacional. Por consiguiente, la tentativa de concebir toda modernización como un "proceso-que-inevitablemente-lleva-a..." está condenada a sufrir las decepciones por parte de las sociedades que resuelven la tensión entre la asimilación de lo nuevo y la conservación de lo viejo de una manera distinta a como se prefiguraría en el caso que se aceptara que las sociedades occidentales ofrecen lo que, a falta de mejor nombre, podríamos llamar "patrones de modernización".

Las realidades económico-sociales creadas por el advenimiento del capitalismo industrial sólo tienen en la Revolución industrial, tal como aquí la hemos visto, el carácter de símbolo al cual las sociedades no occidentales se apegan con mayor o menor medida; lo mismo vale para las instituciones políticas de la Revolución francesa. La simbología que genera la modernidad occidental es útil para situar el carácter relativo de toda modernización. Occidente —aquí debe incluirse ya no únicamente a los principales países europeos sino también a los Estados Unidos— es el punto de referencia no sólo por consideraciones teóricas sino también porque en la práctica, día a día, es una realidad de la cual no puede prescindirse el hecho de que las sociedades que se plantean el dilema modernidad o permanencia del pasado recurren a la simbología procesada en la modernidad occidental.

Es cierto que el siglo XX ha traído un nuevo símbolo: la acelerada modernización industrial de la Unión Soviética, caracterizada generalmente como principal representante del "socialismo realmente existente", en el marco de instituciones políticas ajenas a la simbología occidental. Deliberadamente hemos de prescindir de esta realidad para la caracterización de la modernidad: independientemente que se discuta el carácter postcapitalista de la sociedad soviética, la centralización y autoritarismo políticos de su Estado provienen de la vieja tradición centralista, autoritaria y estadolátrica del absolutismo ruso de la era de los Románov. Para los fines de este estudio, una modernidad alternativa representada por el "socialismo realmente existente" de la Unión Soviética sólo tendría sentido si se encontrara algo "moderno" en su experiencia. Como ya vimos, el siglo XIX en Rusia se significó porque en él se formularon las diversas opciones frente a la modernidad occidental; el siglo XX trajo la respuesta. Si quitamos el ropaje ideológico-político del discurso oficial sobre el carácter "socialista" de la realidad soviética, la "modernidad" que trajo al mundo fue la absorción de la sociedad por parte del Estado. El estatismo soviético se opone a la experiencia occidental de una sociedad civil que asume las tareas del desarrollo capitalista y, por tanto, de la modernización. A la luz de las experiencias de otras sociedades con pretensiones modernizadoras, donde también el Estado ha cumplido tareas de modernización, se aclara el hecho de que la experiencia soviética no puede ser un símbolo de modernidad: las diferencias, en cuanto a su estatismo, entre las diversas sociedades que procuran incorporarse a la modernidad sólo pueden considerarse diferencias de grado y, consiguientemente, no sustanciales.

Para la América Latina —con lo cual nos acercamos más a nuestro campo empírico-histórico de interés— la incorporación al mundo moderno ha sido preocupación tanto de los gobiernos y sociedades como de los economistas, sociólogos y politólogos que reflexionan sobre el acontecer latinoamericano. El propio término de "modernización" ha sido empleado para pensar el cambio social en Latinoamérica. ^{23/} Su éxito no ha sido del todo relevante; no sin fundamento, algunos de los intentos explicativos que han empleado esta terminología se han hecho acreedores a críticas importantes. En principio, conviene aludir a los supuestos sobre los que descansa esta orientación.

En mayor o menor medida, las teorías de la "modernización" en Latinoamérica se reclaman sucesoras del pensamiento de Max Weber. ^{24/} El atrac-

^{23/} Pueden citarse, a modo de ejemplo, las siguientes obras: Germani, Gino, Sociología de la modernización, Buenos Aires, Paidós, 1969; del mismo autor, Política y sociedad de una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas, Buenos Aires, Paidós, 1962; O'Donnell, Guillermo, Modernización y autoritarismo, Buenos Aires, Paidós, 1972.

^{24/} Hasta donde conozco la obra de Weber, este autor no utilizó la palabra modernización. Aun así, coincidió con la apreciación de L. A. Fallers: "Los términos 'modernidad' y 'modernización' habrían sido afines al estilo de pensamiento de Weber sólo con propósitos de orientación preliminar, como declaración de la posibilidad de diversos rumbos y como invitación a investigarlos. La idea, implícita en algunos usos de estos términos, de que podemos construir provechosamente un modelo relativamente completo del tipo de sociedad hacia el cual todas las sociedades, no importa el derrotero, propenden, esa idea, repito, en mi opinión, hubiera sido rechazada por Weber por carecer de suficiente base de prueba empírica y por suponer una concepción inaceptable para él de las sociedades en la historia. Tal visión (...) presume una especie de

tivo de Weber, según esto, radica en que su obra ofrece un marco teórico-conceptual para adentrarse en la transformación de una sociedad "tradicional" a una "moderna". Para tal efecto, se encontró en los conceptos de "racionalidad" y de "ethos económico", que sirvieron a Weber para explicar el surgimiento y las características de la sociedad capitalista occidental, instrumentos presumiblemente útiles para definir la modernidad o el tradicionalismo de las sociedades latinoamericanas. Así, Germani ^{25/} elaboró una tipología de la acción social, que distingue entre "acción electiva" y "acción prescriptiva", que habría de funcionar como instrumento para discernir lo moderno de lo tradicional. La tipología de Germani se funda en su similar elaborada por Talcott Parsons. (Ciertamente, la recepción latinoamericana de Weber debe mucho a Parsons, lo cual no significa que la parsoniana sea la única "lectura" posible del sociólogo alemán ^{26/}.) La tipología de Parsons, como ya se ha dicho en múltiples ocasiones, que pretende representar la decisión que entre las orientaciones de valor alternativas debe tomar todo sujeto antes de cualquier acción, hace abstracción del contexto

inevitabilidad histórica y una clase de funcionalismo totalizante que inspiraba a Weber desconfianza intelectual" L. A. Fallers, "El concepto de 'autoridad tradicional' en Max Weber" en Presencia de Max Weber (Selección de José Szabón), Buenos Aires, Nueva Visión, 1971, p. 150

25/ Germani, Gino, op. cit.,

26/ Al respecto, véase Aguilar Villanueva, Luis, "El programa teórico-político de Max Weber" en Política y des-ilusión. (Lecturas sobre Weber), México, UAM Atzacapotzalco, 1984, pp. 47-55.

histórico o cultural particular en que se encuentre el sujeto. Así, la modernización podría ser caracterizada como un proceso de transformación de los tipos de acción social que prevalecen en una sociedad; la tipología sólo tendría un carácter instrumental para, conservando la exterioridad del pensamiento respecto al objeto de estudio, registrar el cambio en los tipos de acción social y conceptuarlos como "modernización" 27/.

En términos generales, las concepciones "tipológicas" de la modernización constituyen una importante aportación para el estudio de las sociedades latinoamericanas. Sin embargo, debe señalarse que, también en términos generales, adolecen de un excesivo formalismo conceptual, regularmente descen-
trado de un contexto histórico que avale la significación de los cambios en las acciones sociales. De este modo, es decir prescindiendo del contexto histórico en que se producen los cambios sociales, la adopción de pautas de acción según la tipología debe llevar a la conclusión que la modernización no es otra cosa que una reedición del proceso histórico que llevó a los países occidentales a la modernidad. Eso era lo que expresaban Cardoso y Faletto cuando, refiriéndose a este tipo de teorías, señalaban: "Casi siempre estuvo presente como supuesto metodológico, en los esfuerzos de interpretación, que las pautas de los sistemas político, social y económico de los

27/ Con diferencias, otro teórico ha desarrollado un discurso de modernización relativamente influyente: David Apter. De él puede verse Estudio de la modernización, Buenos Aires, Amorrortu, 1970; también Política de la modernización, Buenos Aires, Paidós, 1972.

países de Europa occidental y Estados Unidos anticipan el futuro de las sociedades subdesarrolladas". 28/

Así, todo intento de formulación del concepto de modernización deberá prescindir del supuesto etnocentrista según el cual la modernidad para las sociedades que pretenden acceder a ella sólo puede significar la repetición del proceso histórico occidental de modernización. Debe señalarse que el supuesto etnocentrista desliza subrepticamente una interpretación teleologista de la historia según la cual todo lo que hoy es tradicional mañana estará "en transición" hacia una modernidad preestablecida, a la que se llegará más tarde o más temprano. Ante todo, esta especie de evolucionismo preñado de formalismo conceptual recupera parcialmente las presuposiciones de los pensadores de la tradición de la teoría social que se enfrentaron, en su tiempo, a profundas transformaciones del orden social. 29/ La condición de posibilidad para acudir a una renovación del evolucionismo probablemente deba imputarse a una recuperación del pensamiento weberiano que privilegió su innegable conceptualismo y extirpó su supuesto historicismo.

En la actualidad, los supuestos neoevolucionistas, etnocentristas y

28/ Cardoso, F.H. y Faletto, E., Dependencia y desarrollo en América Latina, México, Siglo XXI, 1981, p. 14

29/ Cfr. Giddens, Anthony, "Classical Social Theory and the Origins of Modern Sociology" en American Journal of Sociology, vol. 81, No. 4, enero 1976, p. 719

formalistas de la modernización están virtualmente fuera de circulación, pero siempre prestos a reaparecer; ello es especialmente significativo, por ejemplo, en los programas de gobierno que anuncian la "modernización" de ciertos servicios públicos o de la tecnología industrial, por mencionar sólo algunos casos probables. Como lenguaje de un programa político, la "modernización" huele ahí a "progreso", a "desarrollo", a "avance"; nada lejos de la utopía ilustrada ya referida. Las confusiones y ambigüedades que surgen en casos como éste, revelan la necesidad de estar alerta ante las nociones propias del sentido común que sobre la modernización aún sobreviven. Para aclarar sobre esta situación, convendrá realizar ciertas precisiones.

A partir de lo que sólo con fines expositivos podemos llamar "modernidad originaria" de Occidente, especialmente después de la industrialización inglesa, todos los países están "modernizando" su planta productiva, en el sentido de que han adoptado del extranjero una tecnología desarrollada. Este proceso es una constante del mundo contemporáneo; sin embargo, no es menos cierto que cada país las adopta en el marco de sus propias tradiciones político-culturales. Y no está claro que las realidades que genera la implantación de la industria conlleve a una modificación lineal de las tradiciones mencionadas: aún más, puede suceder que dichas tradiciones favorezcan más eficazmente una industrialización óptima. El binomio dicotómico tradición-modernidad se revela, de este modo, falso. Toda modernización se combina con determinadas tradiciones. Puede presentarse una asimilación de la modernidad política occidental sin que le corresponda una modernización tecnológico-industrial; por otro lado, se puede presentar el caso de una con-

servación de las tradiciones políticas con una modernización industrial. ^{30/}

El tema del cambio social es uno de los más complejos y delicados dentro del pensamiento sociológico. Al encarar el tema de la modernización, lo hemos referido al despliegue incesante del mundo burgués occidental; este despliegue, a su vez, es una característica de la realidad moderna: la modernización es un fenómeno moderno, asociado a formas históricas de la economía, la política y la cultura que participan en una vasta red de múltiples vasos comunicantes que opera en dimensiones planetarias. Hay, sin embargo, una realidad que marca significativamente este fenómeno: el desarrollo de la sociedad y la economía capitalistas. El desarrollo del capitalismo es una modalidad del cambio social; la modernización es una forma que, bajo determinadas condiciones, adquiere el desarrollo del capitalismo. "El modernismo en general no existe como tal. Sólo existen sociedades nacionales, cada una de las cuales se vuelve moderna a su manera". ^{31/} La gama compleja de interrelaciones que se establece en el mundo capitalista induce poderosamente la modernización de las sociedades nacionales: la descarnada, secular competencia sobre la que descansa la vida capitalista no deja mayor opción. La modernización es la respuesta que ofrece cada sociedad nacional a los imperativos de un mundo capitalista en constante transformación, cuya dinámica

^{30/} Este último caso se presentó en la Alemania nazi. Véase Herf, Jeffrey, "La paradoja del modernismo reaccionario" en La cultura en México, suplemento de Siempre!, 23 de octubre de 1985, pp. 36-51

^{31/} Ibid., p. 36

no deja momento de respiro.

Hemos arribado a una primera conclusión, útil para una caracterización sociológica de la modernidad. El supuesto sobre el que se asienta es el fenómeno nacional. Difícil es considerarlo "dado"; habrá que tocar el tema.

2. ESTADO NACIONAL Y CAPITALISMO INTERNACIONAL.

La modernidad es, a la vez, una realidad histórica y su significación para las sociedades que en ella viven. ^{32/} En términos sociológicos ambos aspectos son igualmente definitivos. Los irrepetibles procesos que le dieron origen en Occidente revelan su peculiaridad histórica; en tanto, los complejos procesos históricos que reafirman su identidad convierten la originalidad histórica de la modernidad en condición para su universalización. La economía y la sociedad capitalistas han modificado la faz del planeta con una celeridad y en una profundidad históricamente inéditas, proveyendo la base para el convencimiento de que vivimos una historia mundial.

Podemos fechar —y aquí debe reconocerse que en ello hay mucho de ar-

^{32/} "Todos los hombres y mujeres del mundo comparten hoy una forma de experiencia vital —experiencia del espacio y del tiempo, del ser y de los otros, de las posibilidades y los peligros de la vida— a la que llamaré modernidad". Berman, Marshall, "Brindis por la modernidad" en Nexos 89, mayo 1985, p. 33

bitrario— el nacimiento de la modernidad en torno al siglo XVI. Las realidades que caracterizan a la modernidad conforman un universo cultural al que denominaremos "mundo burgués". El surgimiento y desarrollo del mundo burgués es un proceso multidimensional, compuesto a su vez por diversas historias; en ese sentido, la ubicación de su nacimiento en torno al siglo XVI es arbitraria. No obstante, existen argumentos de peso para centrar en este periodo el inicio del despliegue por todo el planeta que ha caracterizado, desde entonces, al mundo burgués.

Hacia el siglo XVI, Europa occidental había logrado invertir la situación predominante siglos antes al convertirse en el área más desarrollada de la época. En las técnicas mercantiles, en el de las manufacturas, en los términos de intercambio con Oriente, Europa se había vuelto dominante. Sin embargo, a su supremacía económica no correspondía la supremacía político-militar. A mediados del siglo XV Constantinopla cayó en manos de los turcos; cuando éstos estaban a punto de asestar el golpe final, algunos países europeos se lanzaron a los océanos. "En poco más de un siglo, portugueses y españoles, holandeses e ingleses más adelante, sentaron las bases del predominio de Europa sobre el mundo". ^{33/}

Cuando los europeos se lanzaron al mar tal vez no estaban convencidos

^{33/} Cipolla, Carlo, Historia económica de la Europa preindustrial, Madrid, Alianza Universidad, 1981, p. 224.

de que con ello daba inicio el despliegue del entonces incipiente mundo burgués. Los móviles comerciales de esta época se mezclaban con las pretensiones de universalizar la cultura cristiana: así, se entiende la inclusión del continente americano tanto en el universo mercantil de Occidente como en su cultura. América, desde entonces, no ha logrado sustraerse al influjo del mundo burgués. Los sistemas coloniales español y portugués conectaron las diferentes economías europeas con el Nuevo Mundo: Inglaterra, Francia y Holanda, por ejemplo, efectuaban en realidad el comercio con América de un modo indirecto, utilizando nombres supuestos de españoles para evadir las disposiciones de la Corona española al respecto. ^{34/}

El flujo de metales preciosos provenientes de América constituyó una de las principales fuentes de riqueza para el posterior desarrollo de la economía capitalista. Independientemente de los efectos inflacionarios que tuvo, este flujo favoreció la expansión de actividades económicas significativas.

Tanto en Londres como en Amsterdam el comercio de importación y reexportación y todas las actividades subsidiarias que puso en marcha permitieron una notable acumulación de capital (...) es innegable que Inglaterra, por ejemplo, pudo hacer lo que hizo en las primeras fases de la Revolución Industrial gracias, en parte, a que la precedente Revolución Comercial permitió una considerable (para esa época)

^{34/} Vid. Sée, Henri, Orígenes del capitalismo moderno, México, FCE, 1969, pp. 45-56

acumulación de capital: los beneficios del comercio ultramarino fluyeron hacia la agricultura, la minería y las manufacturas. 35/

Pero Occidente no debe su potencia sólo a la expansión comercial desarrollada entonces. En la estructura interna de Europa se habían ya efectuado modificaciones sustanciales, sin las cuales el mundo burgués probablemente no hubiese adquirido su potencia. Tal es el caso del surgimiento de las ciudades de los siglos X y XII. A diferencia de la época de la Alta Edad Media, en la que las ciudades eran escasas y poco significativas, entre los mencionados siglos el fortalecimiento de las ciudades representó una auténtica novedad llamada a cambiar el curso de la historia. Prescindiendo de las diferencias regionales, el desarrollo de las ciudades en estos siglos tuvo como unidad esencial el ser "un movimiento sociocultural y económico que tuvo raíces comunes, tanto si tomó la forma de una vuelta a la vida de la antigua ciudad romana como la de la formación de una nueva ciudad en torno a un fuerte, un monasterio o un palacio imperial".36/ Y este movimiento estuvo marcado por el surgimiento del principal personaje de la trama moderna: la clase burguesa. Una historia complicada y con múltiples variaciones aquí sólo puede ser apuntada brevemente. En términos generales, la base del crecimiento urbano consistió en fuertes movimientos migratorios del campo a la ciudad. Los destinos de mucha gente se trastocaron al parejo que se trans-

35/ Cipolla, Carlo, op. cit., p. 236

36/ Ibid., p. 153

formaba el escenario europeo. Una nueva cultura, una nueva visión del mundo: el desarrollo urbano de aquella época fue —tal como sigue siendo— una pieza clave dentro de la complicada maquinaria del mundo burgués.

Rodeada por un mundo hostil, la gente desarrolló intuitivamente sentimientos de unión y de cooperación. Los hombres de la frontera tienen que unirse. En el mundo feudal había prevalecido una organización típicamente vertical de la sociedad en la cual las relaciones entre los hombres estaban dictadas por los conceptos del feudo y servicio, investidura y homenaje, señor, vasallo y siervo. En las ciudades apareció una organización horizontal, caracterizada por la cooperación entre iguales, la cofradía, la universidad, y por encima de ellos, el gremio de gremios, la unión juramentada de todos los burgueses, el Municipio, fueron las instituciones creadas por la nueva perspectiva y que reflejaban los nuevos ideales. 37/

El mundo burgués se abría paso en medio de estructuras económico-sociales que funcionaban como obstáculos para el desarrollo de aquél. El desarrollo del mundo burgués está emparentado estrechamente con el de la tecnología: la modernidad es una vasta cultura donde a los fines que le caracterizan corresponde un detallado mundo de medios para alcanzarlos. Cuando, a fines del siglo XVIII, el desarrollo tecnológico se asoció con la industria consolidando el mundo burgués, culminaba una trayectoria de varios siglos en la que la cultura occidental había combinado la asimilación de avances tecnológicos de otras latitudes con la propia inventiva. 38/

37/ Ibid., p. 156

38/ Ibid., pp. 173-195

No existen suficientes argumentos para sostener que desde el siglo XVI ya existiera, en forma plena, la economía capitalista. En cambio, las fuerzas del mundo burqués —donde se incluye el comportamiento económico de la burguesía orientado en un sentido capitalista— empujaban fuerte, no siempre unívocamente, pero siempre en el marco de instituciones económico-políticas que no eran totalmente favorables a su desarrollo. El siglo XVII —sobre todo en la segunda mitad— atestiguó el fortalecimiento de la economía capitalista en Europa occidental, particularmente en Inglaterra; sin embargo, no se sucedió el esperado "despegue", el cual se retardaría un siglo más. Las diferencias regionales —y más correctamente: nacionales— son clave para comprender la multiplicidad de historias que conforman el desarrollo del mundo burqués. Europa occidental se adelantó a la oriental cuando ésta se convirtió en una colonia de aquélla, productora de alimentos y materias primas. Occidente, con ello, veía favorecido su desarrollo capitalista. Más específicamente, en Occidente el desarrollo del mundo burqués no fue homogéneo. La decadencia de España y Portugal, simultánea al ascenso de Francia, Holanda e Inglaterra, no se convirtió automáticamente en un desarrollo capitalista. ^{39/} El auge holandés conservó los métodos viejos del colonialismo portugués: privilegiar intereses comerciales y financieros y sacrificar los manufactureros. ^{40/}

39/ Véase Hobsbawm, Eric, En torno a los orígenes de la revolución industrial, México, Siglo XXI, 1982, especialmente el capítulo segundo "El siglo XVII en el desarrollo del capitalismo", pp. 71-88

40/ Ibid., p. 85

Cuando en la segunda mitad del siglo XVIII Inglaterra experimentó su "despegue" —lo que hoy conocemos como revolución industrial—, ya antes el planeta entero tenía, en mayor o menor medida, conexiones múltiples entre sí por medio de un mercado internacional. El despliegue del mundo burgués, la modernidad, sentaba sus bases en el panorama mundial. El capitalismo de Inglaterra —con justicia considerada cuna de aquél— sólo puede comprenderse acudiendo a la conexión entre su especificidad endógena y la pluralidad de condiciones externas en que se ubicó. ^{41/} Probablemente de no haber adquirido inicialmente la revolución industrial una forma nacional, el capitalismo no se habría desarrollado en la forma en que lo hizo. ^{42/} La sociedad inglesa pudo enfilarse más decididamente hacia su "despegue" debido en parte a que había adquirido la capacidad de responder a los problemas que se le presentaban con una fuerte dosis de eficacia: ante la caída de la venta de sus paños, respondió rebajando costos, precios y calidad, e incrementando productividad; ante la escasez de bronce para fabricar cañones, respondió produciendo cañones de hierro; ante el déficit forestal y por tan-

^{41/} Véase Castronovo, Valerio, "Introducción" a La revolución industrial, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1977

^{42/} Hobsbawm, Eric, En torno a los orígenes...., "... el desarrollo del capitalismo moderno no puede ser entendido en función de una sola economía nacional, o de las historias económicas nacionales tomadas por separado, sino sólo en función de una economía internacional (...). En líneas generales, la captación de todo este mercado mundial —o de la mayor parte de él— por una única economía nacional o industria puede producir la perspectiva de una expansión rápida y virtualmente ilimitada, que la modesta y restringida manufactura de este periodo no podía conseguir por sí misma, y hacer posible entonces, que este modesto sector capitalista pase más allá de sus limitaciones pre-capitalistas." loc. cit., p. 83

to ante la crisis energética del siglo XVI y principios del XVII, Inglaterra respondió incrementando el intercambio comercial con los países escandinavos, ricos en madera, y recurriendo al carbón como principal fuente energética; ante la necesidad de suministrar alimento a las florecientes ciudades, la respuesta fue la llamada "revolución agrícola" ^{43/}

El surgimiento y desarrollo del mundo burgués sería ininteligible sin considerar el fenómeno nacional. Lejos de las suposiciones junsnaturalistas, que ven en el fenómeno nacional una imposición extraña a las peculiaridades comunitarias de las sociedades, hoy en día la nación es una realidad distintiva de la modernidad. No por ello, sin embargo, es posible considerar las historias nacionales como comprensibles en sí mismas. De acuerdo con Toynbee:

Las fuerzas actuantes no son nacionales, sino proceden de causas más amplias, que operan sobre cada una de las partes y que no son inteligibles en su actividad parcial a menos que se tenga una visión general de su actividad en toda la sociedad. Partes diferentes son afectadas diferentemente por una causa general idéntica, porque cada una de ellas reacciona y cada una contribuye en modo diferente, a las fuerzas que esta misma causa pone en movimiento. Podemos decir que una sociedad enfrenta en el curso de su vida una serie de problemas que cada miembro ha de resolver por sí mismo como mejor pueda. La presentación de cada problema es una incitación a sufrir una prueba, y a través de esta serie de pruebas los miembros de la sociedad se diferencian progresivamente unos de otros. En el proceso general, es

43/ Cipolla, Carlo, op. cit.

imposible captar la significación de la conducta de ningún miembro particular sometido a una prueba particular sin tener en cuenta la conducta semejante o desemejante de sus compañeros y sin considerar las pruebas sucesivas como una serie de acontecimientos en la vida de toda sociedad. 44/

La modernidad está cifrada en una tensión constante entre la fuerza internacional que la dinámica capitalista genera y el carácter nacional que toda modernización adquiere. Es la traducción de la vieja tensión entre universalismo y particularismo. La forma nacional, fundada en una delimitación territorial, del poder político tiene una historia compleja, multidimensional. La llamada Edad Media cifraba su tensión entre universalismo y particularismo en una red de relaciones entre la aldea y el imperio. 45/

"La humanidad no se hallaba dividida en alemanes, franceses, eslavos e italianos, sino en cristianos e impíos y, dentro del cristianismo, en hijos leales de la iglesia —fieles— y herejes." 46/ A fines del siglo XV, Europa asiste a la conformación nacional del poder político. La idea de Estado nacional no le era totalmente extraña; la formación del Imperio Carolingio había suministrado con anterioridad esta experiencia. En el siglo XV España unifica el poder con la expulsión de los musulmanes; Portugal experimenta algo similar; Francia se unifica nacionalmente con Luis XI; Inglaterra también unifica el poder bajo la dinastía Tudor. Una historia complicada,

44/ Toynbee, Arnold, Estudio de la historia t.I, México, Origen/Planeta, 1985, p. 11

45/ Díez del Corral, Luis, op. cit., p. 290

46/ Kohn, Hans, Historia del nacionalismo, México, FCE, 1949, p. 79

diferenciada regional y nacionalmente, pero unida por el resultado: la consolidación del fenómeno nacional y del poder político que le corresponde, el Estado nación.

La idea imperial se apartó en el siglo XIV de sus centros "excelsos", de Roma y Jerusalén. Desaparecieron las cruzadas que marchaban a la Tierra Santa. Ahora la idea imperial se relacionaba estrechamente con un territorio definido: Alemania para los alemanes, Francia para los franceses, Italia y la Roma contemporánea para los italianos. España estaba todavía absorta en la tarea de la reconquista, y en Inglaterra, aislada por el mar, se había desarrollado tempranamente la conciencia de la unidad territorial. El siglo XVI les trajo la era imperial, que ya no era estática, sino dinámica; que no volvía al pasado, sino que miraba al futuro, hacia lo desconocido. Pero en los vientos del inmenso oceano, que atraían y seducían a ingleses y españoles, llevándolos a países desconocidos, se percibía un fuerte aroma de la nueva Jerusalén y de la eterna Roma. Sin él, la aventura imperial no hubiera tenido significado para los pueblos de la cristiandad occidental, aún mucho después del final de la Edad Media. 47/

La forma nacional del poder político se consolidó en Occidente, durante el siglo XVI, bajo la forma de los Estados absolutistas. 48/ El Estado absolutista significó históricamente la forma política del tránsito a la mo-

47/ Ibid., p. 91

48/ "En el transcurso del siglo XVI apareció en Occidente el Estado absolutista. Las monarquías centralizadas de Francia, Inglaterra y España representaron una ruptura decisiva con la soberanía piramidal y fragmentada de las formaciones sociales medievales, con sus sistemas de feudos y estamentos". Anderson, Perry, El Estado absolutista, México, Siglo XXI, 1982, p. 9

derinidad: fundado en la dominación por parte de las viejas clases hegemónicas, el Estado absolutista proveyó el marco para el fortalecimiento de la clase burguesa. ^{49/} Independientemente de la discusión sobre si el Estado absolutista pertenece al mundo feudal o al capitalista —lo que para los fines aquí perseguidos resulta irrelevante—, debe destacarse que con él se consolidó la forma nacional del mundo burgués, pieza clave de la modernidad. El fenómeno nacional se habría de identificar con el mundo burgués a través de la revolución burguesa por antonomasia: la francesa. ^{50/} La ideología nacionalista simboliza desde entonces las tensiones entre la forma nacional de las burguesías y la forma mundial del capital y el mercado.

El fenómeno nacional es, parcialmente, resultado de la centralización del poder operada por los Estados absolutistas; pero también del surgimiento de una institución económico-social totalmente fundamental para la identidad de la modernidad: el mercado. ^{51/}

^{49/} "La centralización económica, el proteccionismo y la expansión ultramarina engrandecieron al último Estado feudal a la vez que beneficiaban a la primera burguesía. Incrementaron los ingresos fiscales del primero al proporcionar oportunidades de negocios a la segunda. Las máximas circulares del mercantilismo, proclamadas por el Estado absolutista, dieron elocuente expresión a esa coincidencia provisional de intereses". Ibid., p. 36

^{50/} "La Revolución activa la maduración del sentimiento nacional en Francia, y suscita en ella las manifestaciones de un nacionalismo militar". Varios autores, La época de las revoluciones europeas 1780-1848 (Col. Historia Universal Siglo XXI, vol. 26), México, Siglo XXI, 1976, p. 75

^{51/} Una de las obras principales para el estudio de la institución del mercado es, sin duda, Polanyi, Karl, La gran transformación. Los ori-

El surgimiento de la economía capitalista tiene en el mercado uno de sus fundamentos. El mercado es una institución que pueda rastrearse tal lejos como se quiera; sin embargo, sólo recientemente, en la modernidad, el mercado alcanzó la importancia que ahora tiene y que lo hace ser institución central del mundo burgués. ^{52/} También es a partir del siglo XVI que los mercados empezaron a ser numerosos e importantes. ^{53/} Ya se vio la importancia del mercado internacional y ultramarino; en coexistencia, pequeños mercados locales, no competitivos, eran base de la vida particularista de la época. La consolidación del mercado interior —nacional— se efectuó a contrapelo de las instituciones político-sociales que se basaban en principios no competitivos. La acción y surgimiento del Estado nacional fue, para ello, clave.

genes políticos y económicos de nuestro tiempo. Buenos Aires, Ed. Claridad, 1947. Polanyi denomina a las economías en que el mercado desempeña un papel fundamental "economía mercantil"; ésta "implica un sistema autorregulador de mercados; en términos ligeramente más técnicos, es una economía dirigida por los precios del mercado y nada más que por ellos". Y concluye: "Un sistema así capaz de organizar la totalidad de la vida económica sin ayuda o injerencia exterior merecería ser llamado autorregulador". p. 71

^{52/} Ibid., pp. 71-72: "Ninguna sociedad podría, naturalmente, vivir un periodo cualquiera de tiempo a menos que poseyera alguna especie de economía; pero con anterioridad a nuestro tiempo nunca existió una economía que, aun en principio, estuviera controlada por los mercados (...) Así como la historia y la etnografía conocen diversas clases de economías, la mayor parte de las cuales comprenden la institución del mercado, en cambio no conocen ninguna economía anterior a la nuestra controlada y regulada aun aproximadamente por los mercados".

^{53/} Ibid., p. 84

La acción deliberada del Estado en los siglos XV y XVI impuso el sistema mercantil en las ciudades y provincias fuerosamente proteccionistas. El mercantilismo destruyó el gastado particularismo del comercio local e intermunicipal, derribando las barreras que separaban esos dos tipos de comercio no competitivo y allanando así el camino para un mercado nacional que ingoró, en forma creciente, la distinción entre la ciudad y el campo así como la existente entre las diversas ciudades y provincias. 54/

La modernidad capitalista trajo al mundo muchas cosas. Lo más relevante fue que transformó el paisaje en un inmenso arsenal de mercancías, con una novedad: la fuerza humana de trabajo también se convirtió en mercancía. La transformación de la fuerza humana de trabajo en mercancía modificó el universo de relaciones sociales y concepciones del mundo de los individuos que la sufrieron. La modernización de las relaciones de producción significó la destrucción de los ámbitos sociales del pasado. En este proceso destaca la separación de los productores directos de sus medios de producción; de las formas de producción en que el productor directo controlaba el proceso productivo, la separación respecto a sus medios de producción significó el trastrocamiento hacia una relación en que se les enfrentaría como valor. 55/ Al mismo tiempo que el productor se convertía en mercancía, sus medios de producción ingresaban al ámbito del mercado. El vínculo que media entre el antiguo productor directo y sus antiguos medios de producción es, precisamente, el valor. El fundamento del mercado y de la producción capitalis-

54/ Ibid., p. 99

55/ Marx, Karl, Formaciones económicas precapitalistas, México, Cuadernos de Pasado y Presente 20, 1981.

ta propia del mundo burgués descansa en el fenómeno histórico del valor, conforme al concepto marxista.

La producción social capitalista coincide con la producción social de mercancías, y por tanto, con la producción social de valor. Del mismo modo, la creación histórica del valor coincide con la creación histórica del mercado en dimensión ampliada y nacional, como se expresó atrás. La creación histórica del mercado supone la destrucción de la unidad entre productores directos y medios de producción, con lo cual el paisaje de mercancías se le opone al productor como valor. La modernidad capitalista se alimenta de la escisión social entre las mercancías; de que los valores de cambio que se producen en su seno sean creación del valor de uso de la mercancía fundamental: la fuerza de trabajo; de que la separación entre trabajo y propiedad sea, además de condición histórica de su génesis, condición estructural del propio "sistema". La potencia histórica de la estructura de relaciones sostenida sobre el valor como forma histórica del trabajo señala, por lo menos, que la posibilidad de que la sociedad humana construya una realidad postcapitalista depende de concebir y poner en práctica una nueva forma de organizar el trabajo social.

El mundo burgués tiene, pues, en el capitalismo uno de sus fundamentos. La institución del mercado, fundada en el fenómeno valor, constituye el ámbito donde los agentes sociales se enfrentan unos contra otros; si bien es cierto que, de acuerdo con el pensamiento marxista, la fundación de las clases sociales opera en la esfera de la producción, no es menos cierto que

el mercado se produce dicha fundación brindando el marco social para que la producción capitalista se regenere constantemente. El encuentro en el mercado de los agentes sociales del mundo burgués opera tanto entre las clases sociales como entre las naciones. El desarrollo del capitalismo tiende permanentemente a hacer abstracción de las fronteras nacionales, pero las naciones actúan sobre el propio capitalismo por medio del Estado, o su burguesía nacional. En ese permanente y recíproco flujo de determinaciones es donde se efectúa la modernización bajo su forma nacional. Hay aquí dos de las dimensiones en que se ubican los procesos de modernización: una externa, representada por la dinámica internacional del capitalismo y que impone retos a las diversas economías nacionales en los términos del mercado internacional; y otra interna, asentada en las respuestas que cada nación brinda a tales retos en materia de desarrollo tecnológico, organización del trabajo social y en torno a las relaciones que se establecen entre el Estado y la sociedad. En la tradición política occidental, el concepto de sociedad, cuando es referido al Estado, es traducido en el concepto específicamente moderno de sociedad civil. Sobre este punto, de vital importancia para este trabajo, habrá de hacer ciertas precisiones.

Un rasgo común a todas las sociedades conocidas en la historia es que generan sus propias formas de gobierno; sin embargo, han existido formas de gobierno de la vida social que no han coincidido con el Estado. El surgimiento del Estado ocurrió históricamente ante la incapacidad de los antiguos sistemas de parentesco para solucionar los problemas surgidos de las

diferenciaciones sociales. 56/

En principio, el Estado se constituye como institucionalización del poder. En el ámbito conceptual no es relevante preguntar: "poder, ¿para qué?" Todo acto de gobierno supone una determinada dosis de poder; pero la presencia del poder no requiere la presencia del Estado. El estado deviene tal sólo en la medida que institucionaliza el poder con miras al gobierno de una sociedad. El poder es un cierto tipo de relación social, rastreable en diversas épocas y lugares, que, sin embargo, no es exclusiva del Estado. Con el surgimiento del Estado, y en especial del Estado moderno, el poder cobra una nueva forma: el poder estatal. Pero ahí no se agota el poder: éste es inmanente a las relaciones sociales. 57/

La institucionalización del poder significa que los ámbitos del gobierno de la sociedad subyacen en una estructura —el Estado— fundada socialmente, cuya perdurabilidad, en tanto estructura, garantiza que las tareas de gobierno guardarán una mayor probabilidad de eficacia que la que podría ofrecer un sistema de gobierno sostenido por la eventualidad de las

56/ Krader, Lawrence, La formación del Estado, Barcelona, Labor, 1972

57/ Estas son algunas de las conclusiones a que llega Michel Foucault. Además, este autor —con razón considerado como uno de los principales en el tema del poder— señala: "El análisis en términos de poder no debe postular, como datos iniciales, la soberanía del Estado, la forma de la ley o la unidad global de dominación; éstas son más bien formas terminales". Historia de la sexualidad. 1- La voluntad de saber, México, Siglo XXI, 1983, p. 112

funciones y la ausencia de concentración y formalización del poder; ^{58/} simultáneamente, la institucionalización del poder significa que, en mayor o menor medida, será la propia institución la fuente del poder más importante, del mismo modo que el poder personal pierda relevancia, ya que, de no ser así, no podría concebirse siquiera la perdurabilidad de la existencia del Estado. Por ello, el que a la institucionalización del poder hubiese correspondido el poder de la institución pudo llevar a que los individuos, grupos o clases gobernantes se adueñaran de, y ejercieran, ese poder, sumándolo al que pudieran tener por otras vías, tales como la que derivara del grado de riqueza obtenida en la administración de la producción social, o la que surgiera de estructuras jerárquicas consagradas por la tradición, entre otras.

De acuerdo con el estudio histórico realizada por Krader, ^{59/} el Estado es sólo una forma histórica de gobierno de la sociedad; a la fecha, la presuposición sobre la suprahistoricidad del fenómeno estatal sólo puede sostenerse sobre la identificación conceptual entre gobierno y Estado. La historicidad del Estado se funda en la presencia de condiciones históricas determinadas: si el Estado es una forma histórica de gobierno de la sociedad lo que la hace, precisamente, ser histórica es, por una parte, que existen otras formas probables de gobierno (históricamente han existido y, aunque no

^{58/} Krader, op. cit., pp. 51-72

^{59/} Op. cit.

se sepa con claridad cuáles serán éstas, en el futuro no se descarta la posibilidad de su existencia), y, por la otra, que las condiciones históricas determinadas de las que habla Krader sobre las que se funda el Estado no tienen, que se sepa, característica especial alguna por las cuales haya que considerarlas eternas.

Las condiciones históricas determinadas de fundación del Estado constituyen, en su conjunto, lo que en la tradición política occidental se conoce como sociedad civil. La elaboración de este concepto señala el reconocimiento de la novedad propia del universo de relaciones sociales del mundo burgués. En Hegel el concepto de sociedad civil supera las formulaciones naturalistas y jurídicas de los filósofos del derecho natural, que tendían a diluir las relaciones económicas en sus formas jurídicas. ^{60/} Para Hegel, la sociedad civil es la esfera donde la particularidad de la familia —sustentada en bases afectivas— se exterioriza en busca de la satisfacción de sus propias necesidades; la sociedad civil diluye la unidad afectiva de la familia enfrentando a cada una de ellas como particularidad y presentando "el espectáculo de la disolución, de la miseria y de la corrupción física y ética". ^{61/} Al "sistema de eticidad" de la familia se contrapone el "sistema de necesidades" de la sociedad civil. Fundamen-

^{60/} Para una exposición sobre el concepto de sociedad civil, tanto en Hegel como en el pensamiento marxista ulterior, véase: Bobbio, Norberto, "Gramsci y la concepción de la sociedad civil" en Vario Autores, Gramsci y las ciencias sociales, México, Cuadernos de Pasado y Presente 19, 1982. pp. 65-93

^{61/} Hegel, G.F., Filosofía del derecho, México, Juan Pablos, 1980, p. 172

to del mundo burgués, el "sistema de necesidades" hegeliano encuentra en el mercado el escenario histórico de la sociedad civil: no identidad entre ambos conceptos (para Hegel la sociedad civil encierra, además, la administración de justicia, y la policía y la corporación^{62/}), sino encuentro en el espacio donde el mundo burgués se desarrolla y autoafirma.

El concepto de sociedad civil es un concepto pensado por y para Occidente: sociedad burguesa, bürgerliche Gesellschaft, sustentada en sí misma, donde el Estado no la afirma exteriormente sino la culmina, la expresa. La sociedad civil es una sociedad dividida —en clases— y reunificada por su propia dinámica. El Estado sintetiza las determinaciones de separación y reunificación, apareciendo como un poder institucionalizado.

El Estado es la expresión abstracta de los medios formales y sustanciales, de unificación, regulación y control de la sociedad humana desunida (...) El Estado es una expresión mediata de la división de la sociedad en clases, la afirmación de los respectivos intereses de cada una y de la oposición entre esos intereses. 63/

Con el surgimiento del mundo burgués y, en particular, con la aparición de las concepciones políticas de la Revolución Francesa, el Estado moderno anunciaba la nueva forma de la vida política estatal, negando las

62/ Ibid., p. 175

63/ Krader, Lawrence, "El Estado en la teoría y en la historia" en Críticas de la economía política; edición latinoamericana, no. 16/17, julio-diciembre 1980, pp. 3-6

antiguas modalidades basadas en el privilegio:

.... libertad, igualdad y fraternidad, eran las instancias luminosas que ardían mucho más allá de los confines de Francia. Y que debían realizarse, mediante la eliminación de los privilegios de toda especie que hacían imposible la libertad y la igualdad de los hombres en el Estado, a través de la abolición de los estratos sociales. Hasta entonces la capa social (...) había sido el principio que había constituido el ordenamiento de la vida estatal y, al mismo tiempo, de la social. Ahora se derrumbaban los derechos de las capas sociales y junto con ellos también los privilegios —había sólo ciudadanos que eran todos iguales ante la ley 64/

El estado moderno es abstracto, porque en su interior se prescinde de las diferencias presentes en la sociedad civil: los ordenamientos estatales son iguales para todos, y todos son iguales ante el Estado. De ahí que cada uno de los individuos que forman la sociedad se descompongan, por una parte, en agentes económico-sociales de una trama compleja y, por la otra, en ciudadanos ante el Estado.

El carácter abstracto del Estado deriva de la naturaleza peculiar de la sociedad moderna. En términos generales, el surgimiento de lo que hoy conocemos por sociedad burguesa significó la sustitución de los mecanismos e instituciones sociales que asignaban el lugar y destino de los individuos que componían la sociedad precapitalista, por otros nuevos: estos me-

64/ Adler, Max, La concepción del Estado en el marxismo, México, Siglo XXI, 1982, p. 103

canismos se agruparon fundamentalmente en la institución moderna del mercado. 65/ El mercado desalojó los antiguos criterios sociales que decidían sobre la forma en que entraban en contacto los productores y los medios de trabajo.

El surgimiento del mercado transformó estos criterios; la conversión de la fuerza de trabajo en mercancía convirtió a ésta en objeto de gobierno, a despecho de sus potencialidades subjetivas. En el Estado moderno se reproduce el trastrocamiento que opera en el capitalismo moderno: así como la fuerza de trabajo se separa de los medios de producción, convirtiéndose ambas partes simultáneamente en valor, así también esta misma separación convierte a ambas partes en objeto de decisiones ajenas a las que el productor antes tomaba, abriéndose con ello un nuevo espacio susceptible de ser gobernado de manera moderna.

Es este espacio el que ocupa el Estado moderno. La ampliación y consolidación del mercado genera un entramado de relaciones entre las clases sociales, y entre éstas y las estructuras gubernamentales, que en su conjunto definen la especificidad en que se instaura el Estado moderno.

65/ Polanyi destaca esta característica de la modernidad. Así lo expresa sintéticamente: "Un mercado autorregulador exige nada menos que la separación institucional de la sociedad en una esfera económica y una política". Op. cit., p. 110

La modernidad estatal contemporánea es, en términos típico-ideales, el Estado de derecho. ^{66/} A esta estructura institucional ha arribado la mayor parte del mundo, por medio de procesos de destrucción de estructuras jerárquicas en las que las formas de gobierno se asumían preponderantemente a través de decisiones basadas en criterios personales. Con el Estado de derecho las sociedades que corresponden a su época dilucidan los problemas de su gobierno a través de las fórmulas impersonales de la legislación. No obstante, la presencia del Estado de derecho no garantiza a la sociedad que lo asume el estar viviendo la modernidad del Estado. Para ello es preciso que en las estructuras gubernamentales hayan cristalizado tradiciones culturales hasta el punto que la gestión pública no pueda ser tal sin el concurso efectivo del derecho; y su contraparte, que en la sociedad hayan cristalizado también tradiciones culturales que no permitan una vida en sociedad sin la adscripción de sus miembros a la normatividad vigente. Ciertamente pueden haber sociedades con Estado de derecho que diluciden sus problemas de gobierno por medio de prácticas no registradas en la ley vigente, lo cual hace presentar al Estado como un símbolo meramente formal bajo el que se esconden las prácticas reales de gobierno.

La forma legal del Estado moderno constituye la forma específica de dominación de la modernidad. ^{67/} Más allá de la dominación, la forma legal

^{66/} Weber, Max, Historia económica general, México, FCE, 1981, pp. 285-295.

^{67/} Weber, Max, Economía y sociedad, México, FCE, 1981, pp. 173-180.

del Estado moderno se constituye en el vehículo para la expansión del mundo burgués. El Estado moderno es la cara política de la modernidad capitalista: sólo en el marco del Estado moderno puede la sociedad burguesa ser gobernada. ^{68/} Ya que la modernidad capitalista crea procesos de interconexión en constante movimiento, el gobierno de una sociedad envuelta en una dinámica así no sería posible bajo criterios de decisión casuísticos. El Estado de derecho constituye una estructura que, por la naturaleza abstracta de su ordenamiento, puede contribuir a la expansión de las relaciones capitalistas, en las que prefiguran las relaciones mercantiles —incluidas las relaciones de intercambio capital-trabajo—. Un derecho sujeto a cálculo y susceptible de abarcar modalidades concretas de prácticas sociales es un marco idóneo para que la sociedad burguesa asegure la potencialidad de la modernidad capitalista.

El escenario histórico del mercado capitalista aloja lo político ^{69/}

^{68/} En las sociedades del llamado "socialismo realmente existente" ocurre con mayor vigor la separación productor-medios de producción; esta separación está definida sobre los criterios políticos de la burocracia gobernante. El monopolio de ésta sobre los medios de producción no destruye dicha separación, de lo que se sigue que no destruye ni el fenómeno valor ni la relación social llamada capital. En este contexto, la condición de posibilidad para el funcionamiento del mercado ha consistido en un proceso de planeación centralizada y en la ausencia de lo que en Occidente se conoce como clase burguesa. Según esto, Estado moderno es, en este trabajo al menos, un concepto específicamente occidental.

^{69/} Lo político se define en este trabajo como aquella dimensión de la sociedad y la economía que tiene que ver o que está relacionada con el ámbito en el que se decide la conquista, la transferencia y la distri-

específico de la modernidad. Por supuesto, lo político reviste las peculiaridades que la organización del mercado en cada tiempo y en cada lugar presenta; y esta organización, a su vez, es en parte resultado de lo que ocurre en el ámbito de la política. Es este flujo recíproco entre lo político del mercado y la política lo que va configurando el entramado de las relaciones intraclasis, y de las clases con las estructuras gubernamentales, en cuyo espacio se forman el Estado. Estado y mercado son, pues, los núcleos institucionales en que se modela la modernidad.

La modernización como racionalización de los medios es para el Estado moderno el empleo de los medios ad hoc para contribuir a la reproducción del capital, flujo sanguíneo, corriente vital de la modernidad capitalista. Pero aquí la expresión Estado moderno presenta una acepción diversa de la que tiene cuando se habla de él como núcleo institucional del entramado de relaciones de la sociedad burguesa. Ya habíamos dicho que el Estado moderno es la institucionalización del poder: el Estado es eso, y algo más; el Estado moderno, también. Es institucionalización del poder, pero también es ejercicio del poder: dominación. Esta es la definición de Weber del Estado moderno:

.... el Estado moderno es una asociación de dominio con carácter institucional que ha tratado, con éxito, de monopolizar dentro de un territorio la violencia física legítima

bución del poder; este ámbito, por su parte, constituye lo que aquí denominamos la política.

como medio de dominación y que, a este fin, ha reunido todos los medios materiales en manos de su dirigente y ha expropiado a todos los funcionarios estamentales que antes disponían de ellos por derecho propio, sustituyéndolos por sus propias jerarquías supremas. 70/

Estado: abstracción y dominación; ni una ni otra por separado, sino ambas cosas a la vez. No existe contradicción entre sus acepciones; más bien se complementan, se interconectan. El Estado moderno surge en el espacio que producen las múltiples escisiones de la sociedad burguesa, y simultáneamente, genera estructuras de dominación, de poder institucionalizado. El ejercicio del poder, así, es, como tal, aspecto inherente al Estado. La forma legal de la dominación es distintiva del Estado moderno; la forma nacional también lo es. En el fondo, la dominación que distingue al Estado moderno es la que se ejerce sobre la base de una estructura burocrática. 71/

La dominación burocrática es el ejercicio de la racionalidad formal que la época moderna comporta. Formalidad, aquí, no en dicotomía con sustancialidad, sino como imperio de la forma: punto de no-retorno que simboliza los requerimientos de una época para organizar, en términos de volumen y complejidad, una sociedad de masas. Formalidad que se produce de la naturaleza

70/ Weber, Max, "La política como vocación" en Escritos políticos II, México, Folios ediciones, 1982, p. 314.

71/ "El tipo más puro de dominación legal es aquel que se ejerce por medio de un cuadro administrativo burocrático". Weber, Max, Economía y sociedad, op. cit., p. 175

legal del Estado moderno; de la escisión que rinde el mercado entre capital y trabajo, donde el productor-mercancía necesariamente se masifica y el capitalista se elitiza; de las constantes refundaciones del desarrollo capitalista. En estos términos, y en particular con la caída de los automatismos de mercado, el Estado moderno deviene, junto con el mercado del capitalismo posliberal, ámbito que escinde y recompone lo político difuso de la sociedad. La condición de posibilidad, sin embargo, de que la racionalidad formal no derive en el resorte que empuje al capitalismo a su propio fin, como lo preveía Schumpeter, ^{72/} es que la racionalidad formal que personifica la burocracia sea socialmente procesada; ello significa que si hoy en día la complejidad propia de la sociedad burguesa hace de la burocratización un proceso virtualmente inevitable, los términos que aseguran la permanencia de la sociedad burguesa en tanto sociedad son, precisamente, los cifrados en el control sobre la burocracia estatal.

El proceso de burocratización separa a la sociedad de los medios de administración y dominación.

Así como la independencia relativa del artesano, del pequeño industrial doméstico, del campesino con tierra propia, del comanditario, del noble y del vasallo se fundaba en que

^{72/} Schumpeter, Joseph, Capitalismo, socialismo y democracia, 2 t., Barcelona, Orbis, 1983. Schumpeter sostenía que el proceso de racionalización tiende a inmiscuirse en el seno de la propia empresa, diluyendo la figura social del empresario.

eran propietarios ellos mismo de los utensilios, las existencias, los medios monetarios o las armas con que ejercían sus respectivas funciones económicas, políticas o militares y de los que durante dicho ejercicio vivían, así descansa también la dependencia jerárquica del obrero, del empleado de escritorio, del empleado técnico, del asistente académico del instituto y del funcionario estatal y el soldado, exactamente del mismo modo, en el hecho de que los utensilios, existencias y medios pecuniarios indispensables para la empresa y su existencia económica están concentrados bajo la facultad de disposición del empresario, en un caso, y del soberano político en el otro (...). Ese fundamento económico decisivo, o sea la "separación" del trabajador de los medios materiales del trabajo (...) es común, como tal fundamento decisivo, tanto a la empresa político-militar estatal moderna como a la economía capitalista privada. En ambos, casos, la disposición de dichos medios está en manos de aquel poder al que el aparato de la burocracia (...) obedece o a cuya llamada atiende. 73/

De ahí la categórica frase de Weber, aparentemente lapidaria, " 'Socialización' creciente significa hoy, inexorablemente, burocratización creciente". 74/ De este modo, el punto crucial del Estado moderno, en los términos específicos de la racionalidad formal del capitalismo, está en quién controla a la burocracia. La sociedad burguesa, como sociedad racional sostenida sobre los criterios de la reproducción del capital, hostiliza a aquello que invade los espacios de libertad que su propia racionalidad demanda: así lo hace con la burocracia del Estado cuando ésta se incorpora al escenario histórico con una racionalidad propia, derivada de su lugar en las estructuras de poder.

73/ Weber, "Parlamento y gobierno en el nuevo ordenamiento alemán" en Escritos políticos I, op. cit., pp. 76-77

74/ Ibid., p. 77

La modernización opera en torno a dos dimensiones más. Ya vimos las que se refieren a las relaciones entre el exterior y el interior; además, los procesos de modernización se presentan en medio de la tensión entre las clases sociales y entre éstas y el Estado. Para continuar con las analogías espaciales, puede decirse que, dentro de cada sociedad nacional, la modernización se presenta en el marco de las dimensiones de arriba y de abajo. La modernidad capitalista ha generado un cierto tipo de sociedad cuya característica es estar constituida en clases sociales. El mercado reproduce incesantemente tal constitución; su funcionamiento, a la vez que reproduce la economía capitalista, decide el destino de los propios agentes económicos: en el capitalismo se articula la dimensión meramente económica con la conciencia social de quienes participan en él. Por consiguiente, para la comprensión de los procesos de modernización como ubicados en el centro de tensiones provenientes de afuera y adentro, y de abajo y arriba, debe considerarse la dinámica del mercado y sus secuelas en la vida social. Por supuesto, esto es una simplificación, porque de la dinámica del mercado no necesariamente ni automáticamente se siguen procesos determinados en la conciencia y la conducta social (el riesgo es el muy trillado "economicismo"); pero no puede menospreciarse la injerencia de la economía capitalista sobre todo si se considera a la luz de una realidad innegable: la crisis.

3. CRISIS Y MODERNIZACION.

En el tema de la modernidad existen variados aspectos de los cuales

aquí han sido tocados sólo algunos. Subsiste, sin embargo, un punto de marcada importancia para el tema, la crisis. En el mundo burgués, la reproducción del capital es, por encima de todo, lo que garantiza su permanencia: un proceso permanente que da vida a la sociedad burguesa. Es en atención al contexto de la sociedad burguesa, que el concepto de crisis adquiere su significación histórica precisa. Crisis es un término amplio: abarca múltiples formas, contrasta diversas experiencias. En una sociedad burguesa, y en términos abstractos, la expresión crisis alude a la incapacidad de una determinada formación social para seguir reproduciendo el capital bajo las mismas condiciones en que lo hacía hasta la llegada de tal crisis.

Al parecer, esta definición explorativa no hace justicia a la complejidad que la crisis porta; que el capital no se reproduzca aparece sólo como problema del propio capital o de su personificación, el capitalista; crisis de él pero no de todos. Sin embargo, cuando se presentan, las crisis mueven al conjunto social, no se reducen a determinados grupos sociales ni a lugares específicos. Más aún: el cuestionamiento que lo anterior implica es si la crisis se produce como consecuencia de factores externos a la conciencia de quienes en ella viven y si su dinámica y probable solución también operan por fuera de dicha conciencia. Que el capital se reproduzca no es un mero hecho económico; es un proceso social que involucra no sólo a abstractos agentes económicos sustraídos de toda otra determinación político-cultural, sino a clases sociales con intereses y aspiraciones específicos. El capital —como lo mostró hace mucho Marx— es una relación social con apariencia económica, de una mera relación entre cosas. Por consiguiente,

cuando el capital no se reproduce opera una tensión tanto entre las clases sociales involucradas en la producción capitalista —asalariados y burgueses— como en el resto del conjunto social envuelto en las redes de la circulación del capital.

La crisis en la modernidad está asociada a la dinámica propia de la economía capitalista: basada sobre un mercado autorregulador, la crisis aparece como momento negativo del funcionamiento del mercado. Como es sabido, con Jean Baptiste Say esta realidad adquiere forma teórica: toda oferta genera su propia demanda y, por tanto, la crisis de no correspondencia entre ambas está destinada a corregirse mediante el propio movimiento de los precios. A diferencia de las economías precapitalistas, en que las crisis estaban directamente vinculadas a la inestabilidad de la naturaleza y a la diferencia entre productividad del trabajo agrícola y crecimiento de la población, la economía capitalista se encontró en medio de violentas sacudidas más o menos periódicas. Su carácter periódico y la propia tradición racionalista de Occidente dieron pie a pensar las crisis como "males necesarios", análogos a los ciclos de cosechas, aunque menos predecibles, que sin embargo contenían en sí los gérmenes de su propia superación. La crisis como momento disfuncional de un proceso racional en sí mismo corresponde puntualmente con la creencia que en la economía capitalista existe un principio de coherencia social, fundado en el equilibrio: el mercado.

Esta actitud completamente negativa en relación a las crisis no es exclusiva de los economistas. Impregna toda la

cultura científica de Occidente y sumerge profundamente sus raíces en la tradición clásica. Es compatible con una razón manipuladora enteramente consagrada a la técnica, la cual, para afirmarse, postula la inalterabilidad y universalidad de las leyes del equilibrio, así como su absoluta indiferencia frente a los sujetos humanos activos. 75/

Planteada en estos términos, la crisis aparece sólo como un accidente del desarrollo y despliegue incesantes del mundo burgués. Las épocas de auge capitalista han salido de las entrañas de crisis profundas en que se ha puesto en duda la viabilidad misma del capitalismo. 76/ Probablemente ello incida en que esta noción de crisis contenga, implícita, la idea de su propia superación. Pero el racionalismo occidental está presente en otra noción de crisis, sólo aparentemente diferente: dentro del marxismo una cierta corriente ha postulado que las crisis en el capitalismo sólo pueden ser leídas como "expresiones" de la contradictoriedad intrínseca del sistema, ya se hable de la contradicción entre el valor de uso y el valor de cambio de las mercancías, o de la contradicción entre la forma socializada de la producción y la apropiación privada de la riqueza. Cuando la concepción de la crisis se vinculó con la tesis de la tendencia decreciente de la tasa

75/ Aglietta, Michel, "Crisis y transformaciones sociales" en Investigación económica, no. 163, enero-marzo 1983, p. 11

76/ Hobsbawm, Eric, "La crisis del capitalismo: una perspectiva histórica", en Cuadernos políticos no. 11, enero-marzo 1977. Hobsbawm sostiene que han habido tres periodos caracterizados por ser, propiamente, críticos para el capitalismo: entre 1815 y 1848, entre 1873 y 1896, y entre 1917 y 1948. Si quisiéramos seguir este razonamiento, diríamos que, a partir de 1973, estamos en uno de esos periodos.

de ganancia, expuesta por Marx en El Capital, surgieron las teorías del "derrumbe" del capitalismo. 77/ El derrumbe, según esto, es sólo el momento culminante de un proceso prefigurado en la propia producción capitalista: cada crisis sólo asume su pleno significado en tanto surgimiento práctico de las "insuperables" o "fundamentales" contradicciones del capitalismo. El capitalismo está permanentemente en crisis (la "crisis general del capitalismo" de la Tercera Internacional). Sólo con la "superación" del capitalismo las crisis pasan al museo de antigüedades. 78/ Vale, pues, la conclusión de Poulantzas: "hay que desconfiar de todo concepto teleológico de la crisis, concepto que llevaría en sí mismo una apreciación del resultado de la crisis". 79/

En la medida que las diversas economías nacionales se relacionan entre sí, las crisis capitalistas se convierten en realidades que comprometen la viabilidad capitalista de las diversas sociedades nacionales que en ella se involucran. Entre la tercera y cuarta décadas del siglo pasado, años en que

77/ Véase la recopilación de Lucio Colletti, El marxismo y el "derrumbe" del capitalismo, México, Siglo XXI, 1983.

78/ Véanse a este respecto dos textos ilustrativos: Poulantzas, Nicos, "Las transformaciones actuales del Estado, la crisis política y la crisis del Estado" en Varios Autores, El marxismo y la crisis del Estado, Puebla, UAP, 1977, pp. 23-65; además, Cacciari, Massimo, "Transformación del Estado y proyecto político" en Varios Autores, Teoría marxista de la política, México, Cuadernos de Pasado y Presente 89, 1981, pp. 234-275.

79/ Poulantzas, op. cit., p. 27.

Europa occidental conoció crisis desusadamente persistentes y agudas, ^{80/} difícilmente podemos hallar algo que asemeje a una crisis capitalista, por ejemplo, en América Latina o en México. No se puede decir, sin embargo, lo mismo para la crisis de 1929: su impacto fue decisivo para la ulterior historia de estos países. Por consiguiente, también el tema de la crisis habrá que ponerlo sobre el trasfondo del fenómeno nacional. Si ya quedó claro hasta aquí la improcedente de considerar las crisis como "negativo" de un proceso racional en sí mismo, o como constante del sistema que permanentemente "anuncia" su fin, entonces tendrá sentido considerar que las crisis se presentan como desafíos para las sociedades nacionales, cuyas respuestas definen la configuración histórica de los procesos de modernización. La crisis, pues, a diferencia de la concepción mencionada, resulta productiva, ^{81/} productiva de nuevas condiciones para la reproducción del capital, de nuevas condiciones en la organización de las clases sociales, entre otras. La capacidad productiva de la crisis, de todos modos, está condicionada por la inventiva y la capacidad de conducción y liderazgo dentro de las sociedades nacionales: toda crisis es determinada, y determinada es también su eventual solución. De nuevo aquellas dimensiones, de adentro y afuera, y arriba y abajo, cuya importancia ya se mencionó para los procesos de modernización, resultan igualmente definitivas para la determinación de las crisis.

^{80/} Hobsbawm, Eric, "La crisis del capitalismo...", op. cit., p. 9

^{81/} Esta es una de las conclusiones centrales del artículo de Cacciari, Massimo, op. cit.

Para completar el cuadro de la tensión que opera en los fenómenos de crisis entre las dimensiones de arriba y abajo y de adentro y afuera, debe ahora hacerse mención a la nueva forma de ampliación e intervención del Estado. Esta modalidad del desarrollo capitalista, ensamblada en un amplio consenso conocido como Estado-social, se convirtió en un escenario internacional compuesto por diversas formaciones en las cuales los Estados participan dentro de la trama compleja de la modernidad capitalista. La refundación capitalista incubada en el primer tercio de este siglo, cuya clave fue la quiebra de los automatismos de mercado, transfirió al Estado la gobernabilidad parcial del proceso capitalista. La nueva gestión estatal en el ámbito de la reproducción del capital simboliza la caída de los automatismos de mercado y el reconocimiento de las crisis como virtual órgano del capitalismo. Emblemáticamente, desde Keynes se sabe que crisis y Estado están conectados por múltiples vasos comunicantes, y se sabe que la caída de los automatismos de mercado significó el colapso de las infladas expectativas acerca del "derrumbe" del capitalismo. 82/

Para las sociedades en que la modernidad ha sido inducida externamente, los así llamados países "en desarrollo", las crisis capitalistas son una realidad reciente. La inserción de estas sociedades en el escenario capita-

82/ Un análisis sobresaliente de los efectos de la transformación del capitalismo en la ideología de la época: Marramao, Giacomo, Lo político y las transformaciones. Crítica del capitalismo e ideologías de la crisis entre los años veinte y treinta, México, Cuadernos de Pasado y Presente 95, 1982.

lista internacional creó las condiciones para la difusión acelerada tanto del desarrollo del capital como de sus recurrentes crisis: la modernización de estas sociedades ha debido reconocerse como una necesidad para permanecer en el mundo burgués particularmente en épocas de crisis. Este hecho permanece en un contexto especialmente problemático, en especial considerando que estas sociedades están expuestas en mayor medida a crisis de naturaleza no enteramente capitalista; una catástrofe natural, por ejemplo, genera problemas de mayores dimensiones en dichas sociedades —por la relevancia que en ellas suele tener la agricultura— que en las sociedades en que pesa más la industria. Pero la complejidad de las crisis en estas sociedades —de capitalismo periférico, les llamaremos— se acrecienta por la presencia de clases o grupos —su nominación aquí no interesa— de carácter no cabalmente moderno, campesinos y pequeña burguesía principal aunque no exclusivamente. El propio desarrollo capitalista tiende a destruir su economía tradicional y el orden social a ella vinculado. Las crisis en las sociedades de capitalismo periférico, pues, involucran una gama de personajes y circunstancias que complica notablemente su naturaleza y, consecuentemente, su análisis.

Mientras en los países capitalistas occidentales el Estado social (también conocido como Estado benefactor) surgió como espacio institucional en el que las crisis se hicieron susceptibles de gobierno, en las sociedades de capitalismo periférico la gestión estatal debió reconocer que las crisis capitalistas suministraban elementos de conflicto en los intersticios sociales dejados por los procesos de modernización. En el capitalismo periférico el Estado social no surgió de las terapias keynesianas para solventar crisis

de demanda, aunque eventualmente haya sido keynesiano, ni surgió como producto de un pacto histórico entre burguesía, sindicatos y burocracia estatal, aunque también eventualmente un consenso como ése se haya verificado. Parte de la explicación sobre la importancia de la participación del Estado en los procesos de modernización debe buscarse en la relativa debilidad de la sociedad civil para comandarlos. El punto central es quién conduce el proceso de modernización, o quién gobierna la (y en la) crisis. La experiencia de los países de capitalismo periférico expresa las tensiones de la modernización: una burguesía sin la tradición ni el capital para liderar activamente la modernización; una clase obrera regularmente sustraída de un ancestral mundo rural; fuertes contingentes campesinos cada vez más cerca de la forma salario; y una burocracia estatal empeñada en modernizar transitando en el filo de racionalidades particulares sumamente fuertes (capitalistas extranjeros, terratenientes y capitalistas locales, obreros y campesinos proclives a activarse políticamente) y la necesidad de mantener el consenso y la legitimación.

4. LAS DIMENSIONES DE LA MODERNIZACION MEXICANA.

El contacto de Occidente con América, y en particular con México, no significó que la modernidad se aposentara en el Nuevo Mundo creando una realidad distinta y novedosa. Todo lo nuevo que llegó se conjugó con lo viejo: España conectó nuestra tierra con el mundo burgués pero simultáneamente lo obstruyó. Singular destino el mexicano —en la medida que es "singular" una

historia nacional—: se ha asomado la modernidad, y el pasado, siempre presente, ha ejercido la fuerza del rechazo. De esta tensión se han formado nuestros principales trozos de historia. En estos términos, la modernidad en México es una realidad compleja, diferenciada y además necesariamente dinámica. La asimilación de la modernidad occidental ocupa episodios fundamentales en la historia del país. La trayectoria de esta asimilación y de la puesta en marcha de la propia modernización es la historia de México frente al mundo.

Se ha procurado esbozar un cuadro histórico de la modernidad en páginas precedentes; un asidero tan vasto aquí sólo ha podido ser delineado. Aun así, vale como trasfondo de la modernidad mexicana. Occidente llegó con una España naciente: una nación y un Estado en formación. A diferencia de Norteamérica, a donde llegó el mundo burgués a través de su futuro líder, Inglaterra, al resto del continente llegó una cultura europea disfrazada de moderna pero preñada de un tradicionalismo fuerte, ante el cual las fuerzas de la modernidad se revelaron insuficientes. La desmesura en la expansión del imperio español en la era de los Habsburgo equivalía puntualmente con la incapacidad política y administrativa para fundarlo en términos modernos.^{83/} La naturaleza de la sociedad hispana que llegó al nuevo continente apenas contenía en germen a la modernidad occidental; pero su repetina transformación en imperio desestimuló dicho germen al consolidarse una estructura de

^{83/} Anderson, Perry, op. cit., pp. 55-80

intereses basada en el flujo de metales preciosos provenientes de América con el que se soportaban fiscalmente las aventuras militares en Europa. La parte más burguesa de España, Barcelona, quedó virtualmente al margen de América en tanto que el reino de Castilla, caracterizado fundamentalmente por una alta concentración de la tierra, se beneficiaba de la riqueza colonial.

Las fuerzas antimodernas de España se trasladaron a América durante largos tres siglos. Especialmente significativo resulta el hecho de que la única institución de carácter nacional en España fuese —además de una Corona fracturada que representaba dos reinos disímbolos—, la Inquisición: ese aparato ideológico que funcionó para compensar la división y dispersión administrativa reales del Estado. ^{84/} Las fuerzas de la modernidad empujaban en España hacia el cambio, pero la asociación de intereses entre nobleza, clero y una especie de burguesía de naturaleza parasitaria —que, conviene decirlo, se basó en comercializar materia prima para la industria textil extranjera y en importar bienes de consumo suntuario para la reducida demanda interna—, intereses que se expresaban en el absolutismo hispano, lograron, más que evitar el cambio, dirigirlo, encauzarlo a modo de conservar sus propias jerarquías. ^{85/} Mientras el resto de Europa enfrentaba el reto de la

^{84/} Ibid., p. 62

^{85/} Connaughton, Brian Francis, España y Nueva España ante la crisis de la modernidad, México, SEP, 1983, pp. 261-270

expansión de la economía mercantil y del surgimiento de las ciudades, España se fortalecía en medio de las reverberaciones de sueños imperiales ahora vueltos realidad. La asimilación de la modernidad en España enfrentó el temprano éxito de un imperio construido sobre instituciones en decadencia. Un Estado centralizado que obstruyó el ascenso de las burguesías urbanas ^{86/} y una Inquisición que administraba la ortodoxia para amedrentar y encauzar lo nuevo. ^{87/} Estas características de la sociedad española, como lo sabe todo latinoamericano, fueron decisivas para el tipo de modernidad al que América Latina se incorporó; características que se vuelven claras diferencias cuando se considera a la hoy primera potencia mundial, Estados Unidos.

Se han descrito muchas veces las distintas y divergentes actitudes de españoles e ingleses. Todas ellas se resumen en una diferencia fundamental y en la que, quizá, está el origen de la distinta evolución de nuestros países: en Inglaterra triunfó la Reforma mientras que España fue la campeona de la Contrarreforma (...) con la Reforma, crítica religiosa de la religión y antecedente necesario de la Ilustración, comienza el mundo moderno; con la Contrarreforma y el neotomismo, España y sus posesiones se cierran al mundo moderno. No tuvimos Ilustración porque no tuvimos Reforma ni un movimiento intelectual y religioso como el jansenismo francés. La civilización hispanoamericana es

^{86/} Anderson, Perry, op. cit., p. 63, refiriéndose a la rebelión comuna de 1520-1521, mencionó lo significativo que fue "el hecho de que la victoria fundamental de la monarquía española sobre una resistencia corporativa contra el absolutismo real en Castilla (...) fuese la derrota militar de las ciudades y no una derrota de los nobles. En ninguna otra parte de Europa occidental le ocurrió lo mismo al naciente absolutismo: el modelo principal fue la supresión de las relaciones aristocráticas, no de las burguesas..."

^{87/} Connaughton, op. cit., pp. 271-282

admirable por muchos conceptos pero hace pensar en una construcción de inmensa solidez —a un tiempo convento, fortaleza y palacio— destinado a durar, no a cambiar. A la larga, esa construcción se volvió un encierro, una prisión. 88/

Determinada histórica, económica y políticamente, Nueva España transitó por la época en que la modernidad se gestaba en Europa; pero su recorrido mantuvo con el mundo burgués una relación marcada por un doble signo: su dominación respecto a España la inmovilizó, convirtiéndola en un satélite del mundo burgués occidental. Por otra parte, los contrastes y procesos culturales así como las mutaciones sociales, desencadenado todo por la conquista —mestizaje y hegemonía hispana a la vez—, generaron condiciones para que dentro de la sociedad novohispana germinaran procesos rebeldes a la inmovilidad impuesta por la dominación colonial. La época de la Colonia se significó por una tensión entre la relativa lentitud que normaba la vida de la Nueva España con respecto al exterior y el dinamismo que pugnaba por emerger de la sociedad novohispana.

El ritmo lento de la historia del mundo burgués 89/ sirvió de marco pa-

88/ Paz, Octavio, Tiempo nublado, México, Origen/Planeta, 1985, p. 143 y 152

89/ Es sabido que en la historiografía francesa moderna circulan los conceptos de los ritmos del tiempo. El tiempo largo, de los movimientos imperceptibles, de los cambios que se efectúan al cabo de los siglos; el ritmo lento, que registra los movimientos demográficos, los Estados; por último, el ritmo rápido de los personajes, etc. Para este trabajo consideramos los dos últimos ritmos y, por economía expositiva, los llamamos "ritmo lento" y "ritmo rápido". Una breve explicación de lo

ra la evolución de la Nueva España. El siglo XVI, el de la conquista, presencié el apogeo del imperio español; pero, a la vez, trajo el comienzo de su declive. El inicial entusiasmo renacentista, que llevó a los primeros colonos a hacer del territorio conquistado una España nueva, con toda su fuerza, señoría, casticidad, término por aplacarse cuando quedó claro que era conveniente consolidar el status que se imponía externamente, de tal suerte que se mantuvieran los privilegios otorgados a los conquistadores: a fin de cuentas, la última de las capas sociales estaba destinada a los indios. Si durante el siglo XVI en Europa el mundo burgués abría las puertas de una nueva era, Nueva España se constituía mientras tanto en una sociedad señorial basada en la explotación extensiva de la población indígena. Entre 1550 y 1630 la iglesia perdió el fervor misionero de los años iniciales y cerró las puertas a las ideas renacentistas. ^{90/}

El siglo XVII en la Nueva España trajo transformaciones importantes. Una orientación más capitalista en la economía y un deseo permanente de satisfacer las propias necesidades modificaron el panorama señorial del siglo anterior. ^{91/} Aun así, la consolidación de los intereses de los grupos más favorecidos —el clero, los comerciantes del Consulado, los grandes mineros

anterior puede encontrarse en la entrevista que Brochier y Ewald hicieron a Fernand Braudel, publicada en Vuelta 103, junio 1985, pp. 42-46

^{90/} Florescano, Enrique e Isabel Gil, "La época de las reformas borbónicas y el crecimiento económico 1750-1808" en Centro de Estudios Históricos Historia general de México, t. I, México, El Colegio de México, 1981, p. 484.

^{91/} Ibid., p. 483

y agricultores, y los altos funcionarios de la burocracia— terminó por debilitar los amagos de cambio que se suscitaban. La modernidad en la Nueva España aún no era siquiera una pregunta: el Renacimiento se cerró, la influencia de la modernidad científica de Descartes durante el siglo XVII fue virtualmente nula, 92/ los despuntes capitalistas se atoraron entre rigideces sociales renuentes a conformar un mercado ágil. Una construcción destinada a durar, no a cambiar; pero su imposición desde arriba propició reacciones de la sociedad en formación: el catolicismo, por ejemplo, pieza clave de la cultura mexicana, es una creación colectiva que conjunta las divinidades cristianas con las prehispánicas. Los ecos de la ciencia moderna que surgía en Europa con Bacon, Descartes, Newton llegaban a la Nueva España encerrándose en reducidos círculos intelectuales; sin embargo, la escolástica dominaba la atmósfera cultural de la época. 93/

Con justicia puede decirse que la modernidad se convierte en tópico social durante el siglo XVII, y especialmente en su segunda mitad. La Ilustración, máximo ejemplar cultural del mundo burgués, penetró en la Nueva España ejerciendo su influjo innovador entre los criollos. Durante este siglo, sin embargo, las fuerzas que pugnaban por reducir la autoridad de la Corona —y que se habían fortalecido desde el siglo anterior— fueron gol-

92/ Navarro, Bernabé, Cultura mexicana moderna en el siglo XVIII, México, UNAM, 1983, pp. 94-95

93/ Véase Trabulse, Elías, El círculo roto, México, Lecturas Mexicanas 54, 1984; Navarro, op. cit., *passim*.

peadas por las reformas borbónicas. Las reformas procuraban sujetar el patrimonialismo de los Habsburgo, que para entonces entraba en decadencia. El clero fue atacado directamente. a los comerciantes del Consulado se les afectó con la apertura al libre comercio; además, se envió un ejército real, comprometido con hacer cumplir las disposiciones de la Corona. ^{94/} Con las reformas de Carlos III Nueva España moderniza sus estructuras gubernamentales , pero se sujeta más a España. El siglo XVIII anuncia la presencia de la interrogante que habría de cruzar los dos siglos posteriores: la interrogante de la modernidad.

Resulta claro por la experiencia de la Colonia que la trama de la modernidad se decide en quién conduce la modernización. Los amagos de modernidad surgidos en la Colonia fueron encauzados por las estructuras de poder: clero y aparato burocrático, más grupos privilegiados. El siglo XIX abre la época en que México se enfrenta a la modernidad.

La independencia política respecto a España colocó a México ante el mundo: identidad política, potencia económica, nacionalidad; estos fueron los retos a que se enfrentaba la nueva nación. Mientras en Occidente el capitalismo se convertía en una dinámica realidad que modernizaba la sociedad y la economía, en México la modernidad se presentaba bajo la forma de una necesidad de estar en el concierto de naciones. En un mundo capitalista,

^{94/} Florescano, Enrique e Isabel Gil, op. cit.

había que ser capitalista; pero la modernidad recorría el mundo sometiendo a su imperio los diversos rincones del planeta. La modernidad en México exigió, de entrada, una forma nacional del mercado y del Estado. El siglo XIX mexicano no es más que un compás histórico en que se forman el Estado-nación y el mercado nacional.

La modernidad en México forma parte de una trama más extensa y complicada: la ubicación de América Latina en el mundo burgués occidental. Al desprenderse del Imperio español y de la dominación portuguesa, América Latina en su conjunto se encontró de pronto en medio de un cambiante escenario internacional, en el que el capitalismo liberal de Occidente afianzaba su dominación por los diversos rumbos del planeta. Siglo XIX latinoamericano: época en que convergen pasado y presente; aquél bajo la forma de la herencia colonial en las sociedades latinoamericanas; éste personificado en la avasallante entrada del capitalismo moderno. La independencia política de los países generó la desintegración de las eventuales homogeneidades de las economías existentes; esta fractura política derivó en la creación de múltiples economías regionales, apenas conectadas por mercados incipientes. Por otra parte, la dominación abstracta del capital, como símbolo de la modernidad, presionaba en el continente. ^{95/} El resultado de esta tensión entre lo vie-

^{95/} Arnaud, Pascal, "El Estado nacional en América Latina: una derivación del capital" en Criticas de la economía política no. 16/17, loc. cit., pp. 289-319

jo y lo nuevo, por un lado, y lo interno y lo externo, por el otro, orilló el surgimiento del fenómeno nacional y de la peculiar naturaleza de la modernidad en América Latina. En términos de Toynbee, el XIX es el siglo del desafío de la modernidad en América Latina; la respuesta a ese desafío es aún hoy el problema histórico de nuestros pueblos.

La sincronía entre los ritmos históricos occidental y latinoamericano no podía más que generar dominación. La diacronía, expresada en la formación del fenómeno nacional y en el desarrollo de la economía capitalista, produjo la esperanza de que la modernización podría significar la reedición de la experiencia occidental. Esta doble forma del tiempo de la modernidad compendia la contradicción en que se mueven nuestras sociedades. Abolida la ilusión de la autarquía absoluta de los Estados nacionales, ya está claro que no es posible sustraerse del tiempo sincrónico, dejar correr el diacrónico y llegar a un tiempo uniforme de modernidad planetaria. Mientras, durante la segunda mitad del siglo XIX, en América Latina se conformaba el mercado y el Estado nacionales, Occidente accedía a la forma monopolista de su capitalismo; mientras, en los mismos años, en Occidente los principios liberales llegaban a la cúspide para dar paso a otros nuevos, propios de una realidad monopolista, en América Latina los liberales se esforzaban por hacer política liberal en sociedades ni siquiera cabalmente capitalistas. La estabilidad política alcanzada en América Latina durante las dos últimas décadas del siglo XIX y los primeros años del XX es atribuida al orden institucional establecido por la oligarquía en los años precedentes; la influencia de los principios liberales en el proceso fue decisiva, pero un libera-

lismo ajustado a los intereses de las oligarquías regionales. La presencia de estos grupos debilitó el formalismo político característico de los Estados occidentales. ^{96/} Oligarquías regionales, más interesadas en detentar el poder que en ajustarse a las formalidades políticas del mundo burgués, determinaron la ausencia de las instituciones políticas típicas de la modernidad occidental.

En la modernidad la presencia de la sociedad civil puede considerarse, con justicia, la pieza clave. En América Latina la formación de la sociedad civil está afectada de origen por el influjo de las determinaciones externas del capitalismo. Además, el regionalismo que caracterizó la primera mitad del siglo XIX debilitó la creación de un mercado nacional integrado. Las oligarquías regionales se constituyeron como vínculo entre modernidad occidental y formaciones económicas regionales mediante los enclaves de exportación de materias primas. Las fórmulas informales de comandar mercados locales fortaleció fenómenos de caciquismo y caudillismo, lo que condujo a su vez a la presencia de formas de dominación política ajenas a los principios constitucionales que abundaron durante el siglo XIX. Tradiciones económico-políticas como éstas influyeron decisivamente en las características de lo que sólo a título enunciativo podemos llamar sociedad civil de nuestros países.

El gran desafío de Occidente en América Latina puede fecharse entre me-

^{96/} Carmagnani, Marcello, "La política en el Estado oligárquico latinoamericano" en Historias no. 1, julio-septiembre 1982, pp. 5-14

diados del siglo XIX y la cuarta o quinta década del actual. En este periodo los países latinoamericanos conforman sus Estados nacionales y sus respectivos mercados. A partir de ahí, pese a las homogeneidades, pueden encontrarse diferencias nacionales. México se distingue y se parece a los demás países del subcontinente. Las homogeneidades obedecen a las determinaciones externas de la modernidad; las diferencias, a la pluralidad histórica que deriva de los diferentes puntos en que las determinaciones de la modernidad ejercen presión.

II. Los orígenes de la modernidad mexicana

En este capítulo se presenta un panorama de la sociedad y la economía mexicanas desde la época postindependiente hasta el porfiriato. El tono impresionista de estas páginas se justifica en términos metodológicos: una descripción consistente tiene que anteceder a cualquier intento explicativo, a fin de que éste tenga mayor consistencia. Se señala, asimismo, la ruta seguida en la formación del Estado mexicano, con sus respectivas resonancias en la modernización del país.

1. PANORAMA DEL SIGLO XIX MEXICANO.

Durante los primeros tres cuartos del siglo XIX en México, las estructuras económico-sociales pueden ser caracterizadas con una expresión: estancamiento. Al hecho de que las condiciones técnicas de trabajo hayan sido heredadas de la época de la Colonia —con lo que sintetizando se dice: condiciones de atraso—, debe añadirse que la guerra de independencia tuvo efectos negativos a este respecto, tales como por ejemplo la desestructuración del equilibrado mercado constituido por los centros mineros del norte y las haciendas del Bajío, y la fuga de capitales posterior a la lucha, entre otros. ^{1/}

^{1/} Véase "Características fundamentales del período 1821-1880" en Cardoso,

Las características fundamentales de la sociedad mexicana en sus estructuras económico-sociales son, en gran medida, imputables a la situación colonial a que había sido sometida durante tres siglos. Los mecanismos e instituciones sociales que presidían las formas de organización para la reproducción de la sociedad novohispana, por su naturaleza estamental, habían generado condiciones en las cuales la independencia política con respecto a España no era suficiente para que fuera posible incorporarse a la modernidad capitalista; la ausencia de un mercado integrado y de la mercancía fuerza de trabajo en forma generalizada eran dos signos que permitían vislumbrar esta insuficiencia.

La integración de un mercado nacional se enfrentaba a una estructura agraria constituida por grandes latifundios excluidos del tráfico comercial; la presencia de las alcabalas, por otra parte, encarecía los precios de los productos, empujaba a los productores a disminuir su producción y desalentaba las actividades comerciales. El mercado de trabajo, por su lado, no ofrecía mayores perspectivas, ya que una gran parte de la población susceptible de ingresar en dicho mercado se encontraba atada, o semi-atada a las unidades productivas agrícolas mediante el sistema de endeudamiento, aun cuando éste tenía diversas modalidades de acuerdo con la región de que se tratara. Las condiciones, pues, no eran las más propicias para que surgiera una inversión capitalista significativa: más aún si se considera que las

tradiciones culturales del segmento de la población con capacidad de ahorro se habían formado en el marco de las instituciones estamentales de la Colonia, que habían preservado su capacidad discriminatoria para la distribución de privilegios. La transformación de un comportamiento económico centrado en mecanismos de privilegio a un comportamiento fundado en la inversión productiva era un cambio con una dimensión política y cultural muy relevante.

La guerra de independencia tuvo, como uno de sus efectos más importantes, la desestructuración de los mercados de las zonas agrícolas del centro y el sur del país especializadas en el cultivo de cereales, debido a la parálisis de la producción minera, la que a su vez había dinamizado en épocas precedentes este sector de la economía colonial; la unidad económica formada por la región del Bajío, y los Valles de Toluca, de México y de Puebla fue fragmentada por la lucha. A su vez, las regiones en que se explotaban algunos productos de exportación, tales como Oaxaca, Yucatán y Chiapas, resinieron en menor medida el impacto de los cambios.^{2/}

Las estructuras agrarias se encontraban, como producto de un proceso global iniciado desde la llegada de los españoles, dominadas por la presencia de las grandes haciendas. Estas habían crecido, en parte, gracias a las

^{2/} Bellingeri, Marco e Isabel Gil Sánchez, "Las estructuras agrarias" en Cardoso, Ciro (Coord.) México en el siglo XIX... op. cit., p. 97

concesiones de la Corona española a sus súbditos, proceso en el cual habían intervenido también los gobiernos de la Nueva España. ^{3/} Al término de la guerra de independencia, muchos trabajadores abandonaron las haciendas para incorporarse a los innumerables grupos de salteadores de caminos de la época, ^{4/} o se sumaron a los movimientos migratorios que las condiciones de su subsistencia material imponía y el relajamiento de la disciplina colonial permitía; los caminos habían quedado, en gran parte, destruidos. Lo anterior llevó a muchas haciendas a replegarse a su interior con el fin de alcanzar la máxima autosuficiencia en el nivel de insumos producidos en su interior y de reforzar, con ello, sus tendencias autárquicas. ^{5/} Contribuyeron también en el estancamiento del sector agrícola los gravámenes que pesaban sobre la circulación y compra-venta de productos nacionales y extranjeros; el más importante de ellos era la alcabala, establecida a nivel estatal sobre la compra-venta de fincas y de efectos nacionales y extranjeros, y que constituía uno de los principales ingresos para las entidades. ^{6/}

^{3/} El mejor estudio sobre este proceso es, sin duda: Chevalier, Francois, La formación de los latifundios en México. Tierra y sociedad en los siglos XVI y XVII, México, FCE, 1976.

^{4/} Vid. Barros H., José Luis, "El bandolerismo: notas sobre una secuela de las guerras de independencia" en Estudios políticos Nueva Epoca, no. 2, vol. II, abril-junio 1983, UNAM, pp. 6-14

^{5/} Huacuja, Mario. "Conservación y cambio en la estructura rural (1821-1914)" en Estudios políticos, vol. V, núms. 20/21, octubre-diciembre 1979/enero-marzo 1980, p. 140.

^{6/} Herrera Canales, Inés, "La circulación: transporte y comercio" en Cardoso, Ciro (Coord.), México en el siglo XIX... op. cit., p. 197

En el contexto de este conjunto de condiciones, resulta claro que aun cuando existían regiones que podían iniciar una agricultura comercial —dado que era posible la creación de excedentes—, los costos de comercialización eran demasiado altos, lo que desincentivaba el desarrollo de la agricultura en su forma mercantil, y favorecía el que las unidades económicas agrícolas se retrajeran a una producción destinada principalmente al autoconsumo. (Ver Cuadro 2.1)

Como unidad económica, la iglesia constituía un importante latifundista, a pesar de que sus posesiones habían sido disminuidas desde el último cuarto de siglo XVIII con la expulsión de los jesuitas: se calcula que para mediados del siglo XIX el valor total de todos sus bienes (muebles e inmuebles, rústicos y urbanos) no superaba los cien millones de pesos. ^{7/} Otra dimensión de su poder social consistía en el papel que jugaba en el ámbito financiero de la sociedad mexicana: gracias a que esta institución fue acumulando un considerable patrimonio a través de herencias, donaciones, limosnas, ahorro y algunas inversiones afortunadas, había formado un fuerte volumen de recursos en efectivo y en especie, con los cuales —ante la inexistencia de bancos y ante la demanda de crédito oportuno por parte de los ha-

^{7/} Bellingeri, Marco e Isabel Gil Sánchez, op. cit., p. 115. Francisco López Cámara, por su parte, en la investigación realizada en la bibliografía francesa al respecto, señala que "los cálculos más objetivos permiten concluir que el clero mexicano poseía con toda certeza la tercera parte de la tierra cultivable del país". La estructura económica y social de México en la época de la reforma, México, Siglo XXI, 1984, p. 29

Cuadro 2.1

DISTRIBUCION DE RANCHOS Y HACIENDAS EN 1810 Y 1862

	1810		1862	
	HACIENDAS	RANCHOS	HACIENDAS	RANCHOS
Aguascalientes			37	288
Baja California			9	65
Campeche				
Coahuila	32	44		125
Colima			22	160
Chiapas			42	123
Chihuahua			62	296
Distrito Federal			27	
Durango	155	184	124	341
Guanajuato	445	416	348	816
Guerrero			108	422
Hidalgo				
Jalisco	370	1,511	391	2,585
México	824	871	561	1,033
Michoacán	311	708	386	1,394
Morelos				
Nuevo León	23		246	
Oaxaca	83	269	103	362
Puebla	478	911	117	268
Querétaro			36	78
Quintana Roo				
San Luis Potosí	124	431	119	286
Sinaloa			38	165
Sonora	34	356	76	141
Tabasco			41	134
Tamaulipas			118	712
Nayarit (Tepic)				
Tlaxcala	139	68	69	153
Veracruz	60	157	96	694
Yucatan	563	312	132	2,400
Zacatecas	108	438	100	642
T O T A L	3,742	6,684	3,424	14,554

Fuente: Bellingeri, Marco y Gil Sánchez, Isabel, "Las estructuras agrarias" en Cardoso, Ciro (Coord.) México en el siglo XIX, op. cit.

condados— Se convirtió en la prestamista por excelencia. 8/

La actividad minera, por su parte, sufrió también los efectos de la guerra de independencia. Los centros productivos de Guanajuato y Zacatecas, entre otros, fueron ocupados y destrozados por los distintos ejércitos, la mano de obra disminuyó o se dispersó y, principalmente, la industria minera se vió afectada por la casi súbita fuga de capitales del país o del sector. 9/ Los distintos gobiernos de la época posterior a la guerra de independencia se encontraron en la necesidad de echar a andar la industria minera por ser ésta la fuente tradicional de mayores ingresos para la economía nacional y para el erario público, debido a los impuestos al comercio exterior. (Véase Cuadro 2.2). La falta de capitales, ocasionada por la salida de las grandes fortunas de los españoles que se retiraron del país durante la tercera década del siglo, orilló a dichos gobiernos a recurrir a los inversionistas extranjeros. A satisfacer tales necesidades acudieron capitales británicos principalmente; entre 1824 y 1825 operaban siete compañías con participación de capital británico, y para 1826 se incorporaron tres más. 10/

8/ Véase Bátiz Vázquez, José Antonio, "Aspectos financieros y monetarios (1821-1880)" en Cardoso, Ciro, op. cit., pp. 167-169 y López Cámara, Francisco, op. cit., pp. 165-166

9/ López Cámara, Francisco, op. cit., pp. 67-68

10/ Urrutia de S., María Cristina y Guadalupe Nava Oteo, "La minería (1821-1880)" en Cardoso, Ciro (Coord.), op. cit., pp. 121-122.

Cuadro 2.2 Principales fuentes de ingreso del Estado (1825-1852) (En pesos corrientes)

Años	ingresos totales	impuesto al comercio exterior	%
1825	7 903 163	6 708 104	84.87
1825-26	11 052 256	7 483 447	67.70
1826-27	11 460 728	7 828 208	68.30
1827-28	10 442 656	5 692 026	54.50
1828-29	11 009 696	6 497 288	59.01
1829-30	9 752 727	4 815 418	49.37
1830-31	13 386 437	8 287 082	61.90
1831-32	11 826 729	7 335 637	62.02
1832-33	10 275 594	7 538 525	73.36
1833-34	11 512 969	8 786 396	76.31
1834-35	(1)		
1835-36	13 771 686	5 835 068	42.37
1836-37	18 477 980	4 377 579	23.69
1837-38	22 555 521	4 258 411	18.87
1839	27 518 577	5 577 890	20.26
1840	19 858 472	8 309 918	41.84
1841	21 273 477	6 797 912	31.01
1842	26 683 696	6 034 342	22.61
1843	29 523 423	8 507 478	28.81
1844	15 790 044	8 254 147	52.27
1845	20 384 534	5 814 048	28.52
1846	(1)		
1847	(1)		
1848-49	16 740 820	6 666 037	39.81

Cuadro 2.2 (Continuación)

Años	ingresos totales	impuesto al comercio exterior	%
1849-50	13 765 762	6 338 437	46.04
1850-51	7 253 929	5 337 068	73.57
1851-52	9 161 930	6 108 835	66.67

Fuente: Cardoso Ciro, op. cit.

(1) No hay datos

La expansión de la economía inglesa en aquella época propició su ingreso en circuitos comerciales de América Latina y, eventualmente, en la esfera de la producción, a través de inversiones directas. En México, en particular, las inversiones británicas, y no sólo en el sector de minería, resultaron ser menos provechosas que en los otros países latinoamericanos, pues los resultados solían estar constituidas por pérdidas o utilidades simplemente nominales. ^{11/} No obstante, las inversiones en instalaciones efectuadas por los empresarios británicos contribuyeron significativamente en la reha-

^{11/} Vernon, Raymond, El dilema del desarrollo económico de México, México, Diana, 1983, p. 51

bilitación de la economía minera. Sería hasta la década de los setenta que la producción de plata —principal mercancía de la economía mexicana— habría de alcanzar los niveles de la década anterior a la guerra de independencia. ^{12/} La rehabilitación de la minería mexicana ya se vislumbraba a mediados de siglo, época en que las minas del norte, en Zacatecas, San Luis Potosí, Chihuahua y Durango, aportaban más del 40% del oro y la plata, mientras Guanajuato y el resto de los estados del centro completaban el total. ^{13/}

El sistema comercial del México independiente conservó casi inalteradas las características que había adquirido durante la época colonial; sin embargo, en el caso del comercio exterior se presentaron cambios importantes y, en general, en las actividades relacionadas con él. ^{14/} La estructura del comercio interior se articulaba a nivel regional y —de modo más relevante— local. La ruptura con el imperio español significó la destrucción del monopolio del comercio exterior: en 1821 el sector externo se liberalizó mediante la eliminación de prohibiciones, la derogación de la mayoría de los impuestos y el permiso para el intercambio con todos los países. ^{15/} No

^{12/} Canudas, Enrique, "Estancamiento y desarrollo económico en el siglo XIX mexicano", en Estudios políticos, vol. V, núms. 20-21, loc. cit., pp. 63-72

^{13/} Bassols Batalla, Angel, México: formación de regiones económicas. Influencias, factores y sistemas, México, UNAM, 1979, pp. 163-164

^{14/} Herrera Canales, Inés, "La circulación: transporte y ..." op. cit., p. 193.

^{15/} Peña, Sergio de la, La formación del capitalismo en México, México. Si-

obstante, en los primeros años del periodo independiente se mantuvo el predominio de las relaciones comerciales con España; en 1823 y 1824, la importancia relativa y absoluta del comercio con España disminuyó, mientras se incrementaban las relaciones con los países europeos y con Estados Unidos: de Europa provenía la mayor parte de las importaciones, y a Estados Unidos se destinaba la mayoría de las exportaciones. ^{16/}

El eje en torno al cual se articulaba el dinamismo del comercio exterior y la fragmentación y regionalismo del comercio interior fue el grupo social de comerciantes monopolistas. Este grupo controlaba la compra-venta externa e interna de los productos del comercio exterior y de las mercancías nacionales comercializadas; además, controlaba su distribución y transporte nacional, así como el crédito a los comerciantes regionales y a algunos locales. ^{17/}

La composición del comercio exterior en México mostraba, para las importaciones, que entre 1821 y 1875 los principales artículos comprados al exterior fueron bienes de consumo, lo que representaba aproximadamente 9/10 partes de las importaciones anuales, mientras el resto lo constituían bienes

glo XXI, 1981, p. 100

^{16/} Herrera Canales, Inés, El comercio exterior de México 1821-1975, México El Colegio de México, 1977, p. 79

^{17/} Herrera Canales, Inés, "La circulación ..." op. cit., pp. 218-219

de producción sin elaborar, bienes intermedios y de inversión. Los principales productos de importación fueron los artículos textiles: las telas representaron aproximadamente la mitad de todas las importaciones del periodo. ^{18/} En las exportaciones, los principales productos de exportación fueron la plata acuñada y la grana cochinilla. A mediados del siglo, los minerales seguían constituyendo el principal producto de exportación, mientras la grana cochinilla dejaba de ser el principal producto no mineral de exportación a raíz de que, a partir de 1856, en las industrias europeas, particularmente en las francesas, los tintes sintéticos desplazaron a los ingredientes naturales para la coloración de textiles, en donde la grana cochinilla había ocupado un lugar preponderante. La transformación en la demanda externa de la grana cochinilla contribuyó al incremento relativo de otros productos en su participación en las exportaciones, cuyo ejemplo más importante fueron los productos pecuarios. ^{19/}

En el comercio interior, la circulación de mercancías tenía, a nivel nacional, un limitado volumen de productos. Los artículos importados de mayor consumo fueron las telas de algodón, que tenían un consumo amplio debido a que presentaban precios inferiores a los nacionales. Por lo demás, no parece ser que estos productos tuvieran un mercado asegurado en los grupos sociales de mayores ingresos; por el contrario, lo más probable es que

^{18/} Herrera Canales, Inés, El Comercio exterior... cit., p. 25 y 51

^{19/} Ibid., pp. 64-65

su consumo haya sido bastante generalizado. Hubo, es cierto, artículos de lujo para los grupos de alto poder adquisitivo, tales como linos, sedas y lanas finas. ^{20/} Circulaban también a nivel nacional los insúmos básicos del sector minero-exportador. Los principales artículos nacionales de amplia circulación eran el azúcar, algodón, aceite, añil, harina, cacao, café, cera, hilados y tejidos de algodón y de lana, rebozos, papel, hierro y cobre. La plata y el oro también se incluyen en este rubro, aunque en general los metales preciosos se vendían en las minas o en las haciendas de beneficio a los comerciantes especuladores. ^{21/}

Las grandes casas comerciales, principalmente las iglesias y las de algunos comerciantes nacionales que sustituyeron a los grandes comerciantes españoles durante los primeros años de vida independiente, se montaron, en sentido figurado, sobre la estructura comercial ya existente. Así, establecieron una compleja red interna de circulación de mercancías a cargo de comerciantes mexicanos. Este último grupo controlaba los mercados regionales, y establecía relaciones con los productores locales y, simultáneamente, con los comerciantes monopolistas nacionales. Los comerciantes mexicanos regionales tenían tiendas o tendajones en los centros urbanos, mineros y agrícolas, donde vendían los efectos nacionales, extranjeros y locales; igualmente, participaban en los mercados y ferias de carácter periódico. De

^{20/} Ibid., p. 56

^{21/} Herrera Canales, Inés, "La circulación..." op. cit., p. 219

las principales ferias, cabe mencionar la de San Juan de los Lagos, realizada anualmente en esa ciudad y con un amplio radio de acción que iba del Bajío a la costa del Pacífico; ferias importantes también fueron las de San Luis Potosí, Aguascalientes, Zacatecas, Durango, Monterrey y Saltillo. 22/

El capital comercial representaba la fuente de formación de capital más importante durante esta época —incluyendo la de las reformas liberales—, 23/ sin embargo el carácter especulativo de su comportamiento económico hace pensar que no existía para el grupo de comerciantes la necesidad de un Estado nacional consolidado. 24/

La producción regional presentaba el siguiente panorama:

El sur participaba en la producción de los principales efectos de exportación; así, Oaxaca era el principal productor de cochinilla, la que exportaba a través del puerto de Veracruz; en sus haciendas también se producía maíz, frijol, trigo, caña de azúcar, algodón, vainilla y añil. En Chiapas, la producción estaba más diversificada: se cultivaba el trigo, el cen-

22/ Ibid., p. 221

23/ Solís, Leopoldo, La realidad económica mexicana. Retrovisión y perspectivas, México, Siglo XXI, 1981, p. 39

24/ Garza, Luis Alberto de la, "Algunos problemas en torno a la formación del Estado mexicano en el siglo XIX" en Estudios políticos Nueva Época, no. 2, vol. II, cit., p. 22

teno, así como avena, arroz, caña de azúcar, frijol, garbanzo, maíz, algodón, cacao, café, vainilla, añil, maderas de tintura y tabaco; estos dos últimos también eran objeto de exportación y se producían en Tabasco y Campeche; Tabasco era el productor por excelencia del cacao. Por su parte, Yucatan producía algodón, tabaco, maderas de tintura y, por supuesto, henequén. 25/

El centro del territorio producía principalmente maíz y cereales. La región del Bajío (que incluye la intersección entre Guanajuato, Michoacán y Jalisco) era, en la época, exportadora de estos productos, así como algunas localidades del estado de México. El cultivo del maguey era importante en todo el centro; su producción estaba bastante generalizada, al igual que el consumo del pulque, bebida tradicionalmente extraída de aquel: su producción se encontraba difundida en la región comprendida por Querétaro, Hidalgo, México, Morelos y Puebla-Tlaxcala. Veracruz era el más importante productor de vainilla, principalmente en Papantla, y exportaba añil, grana cochinilla, la propia vainilla, y tintes y maderas; en Veracruz se cultivaba también algodón, café y azúcar, cultivo este último que también existía en Morelos, Tlaxcala y la zona Chalco —Atengo del estado de México eran importantes productores de maíz, así como Puebla, donde también había producción de trigo. En Colima se cultivaba el algodón y, para exportación, maíz, cebollas, fruta y frijol. Guerrero producía algodón, y en los estados de Guanajuato

25/ Vid. López Cámara, Francisco, op. cit., pp. 32-47

y México existía la ganadería, aunque en menor medida que en el norte. 26/

El norte del país era una región fundamentalmente ganadera, aunque en Tamaulipas parece ser que era el lugar donde se producía más, seguido de San Luis Potosí. El algodón se cultivaba principalmente en Chihuahua, Coahuila, Sinaloa y Durango. En Nuevo León se cultivaba el maíz, el frijol y el ixtle. Este último producto era exportado vía el puerto de Tampico, pero principalmente el producido en Tamaulipas y en San Luis Potosí. Tamaulipas también era productor de azúcar y legumbres. A través del puerto de Mazatlán se exportaban algunos productos de la región, tales como maíz, cebollas, frutas, frijol, maderas preciosas. En San Luis Potosí se producía maíz, frijol, y la región de la Huasteca era importante en la producción de cochinilla, añil, café, azúcar, algodón, plantas oleaginosas y tabaco, además de la carne y el maíz. 27/

Este escenario resulta elocuente respecto a los vínculos que tenía la sociedad rural mexicana con su medio natural. Las haciendas siguieron siendo, durante la primera mitad del siglo XIX, las principales unidades productivas. Si bien existen indicios de que hubo cambios de propietarios, 28/

26/ Ibid. Además, Bellingeri, Marco e Isabel Gil S., op. cit., pp. 101-110

27/ López Cámara, op. cit.

28/ Durante la época posterior a la independencia, algunos comerciantes invirtieron sus capitales en la agricultura. "De hecho ... el comercio..

por el comportamiento del comercio no parece ser que hayan habido transformaciones sustanciales en la estructura interna de las haciendas. ^{29/} La circulación de mercancías nacionales era bastante limitada, así como la movilidad de la fuerza de trabajo. Lo más probable es que la producción destinada al mercado haya sido muy escasa durante este periodo, y principalmente destinada a los mercados locales y regionales: la elasticidad en la oferta de productos de las haciendas recaía en la capacidad de estas unidades productivas de someter a los trabajadores a diversas modalidades de trabajo (peones acasillados, que eran los trabajadores fijos y sobre los que pesaba con mayor fuerza la autoridad del hacendado a través de los administradores; y los trabajadores no fijos: peones alquilados, aparceros, arrendatarios y trabajadores especializados en ciertas explotaciones).

Es indudable que las diferencias regionales son relevantes para la comprensión del funcionamiento interno de las haciendas durante la primera mitad del siglo; sin embargo, las indicaciones que hay al respecto son escasas y más bien parecen apuntar a que las transformaciones ocurridas con respecto a la última época de la Colonia no fueron significativas. El norte siguió siendo una región de grandes y espaciosas estancias ganaderas, ^{30/} con

el comercio... era también la razón de ser de numerosas propiedades agrícolas, transferidas ahora a las manos de la burguesía comercial". López Cámara, op. cit., p. 81

^{29/} Huacuja, Mario, op. cit., pp. 140-141

^{30/} Cabe anotar que la importancia de la ganadería no se circunscribió al

algunas explotaciones mineras pequeñas. ^{31/} El centro, por su parte, se caracterizó por sus haciendas pulqueras y productoras de maíz. ^{32/} La región del sur, mientras tanto, dedicaba su producción, o por lo menos una parte importante de ésta, a la exportación.

Bajo las condiciones en que se encontraba la sociedad mexicana de la primera mitad del siglo XIX, todos los proyectos gubernamentales que se presentaran para encaminar el país por la vía de la modernidad habrían de encontrar como obstáculos principales la morfología latifundista de la estructura agraria —dominada por el clero y los grandes hacendados— y un mercado interno reducido.

2. FORMACION DEL ESTADO Y MODERNIZACION.

La historia del nacimiento del Estado mexicano muestra que el papel central en su consolidación fue desempeñado por reducidas élites políticas.

norte, sino que también la tuvo en el centro, las Huastecas y Veracruz. Cfr. Bassols Batalla, Angel, op. cit., p. 165.

^{31/} Guerra, Francois Xavier, "Territorio minado. (Más allá de Zapata en la Revolución Mexicana)", en Nexos no. 65, mayo 1983, p. 35

^{32/} "La agricultura que se practicaba en el Bajío, Guadalajara, Michoacán, Puebla y el norte, además de cubrir la demanda interna, abastecía mercados situados fuera de su región..." Bellingeri, Marco e Isabel Gil Sánchez, "Las estructuras agrarias", op. cit., pp. 100-101.

Por supuesto, en tanto estructura institucional de dimensiones nacionales, el nacimiento del Estado mexicano tenía que ver con la conformación de una sociedad compleja, escindida por múltiples factores: económicos, culturales, geográficos, de los cuales surgía la necesidad de su reunificación y de su gobierno; más aún, estas tareas eran tanto más urgentes y difíciles cuanto la sociedad mexicana de la primera mitad del siglo XIX carecía de una identidad más o menos clara ante los ojos del mundo: había nacido a la vida independiente en ocasión de la crisis política del imperio español de principios de siglo, mediante una guerra civil en la que, incluso, habían intervenido ejércitos campesinos. Sin embargo, a pesar de que la formación del Estado mexicano tenía por detrás profundas causas estructurales sin las cuales no habría surgido la necesidad de su presencia, su realización práctica tampoco hubiese sido posible sin la lucha política que cubrió al país durante buena parte del siglo pasado. Y esta lucha política, esta esfera tortuosa en que combatieran hombres concretos, a veces sin planes ni programas, y a veces aun con ellos, fue, en México, labor de élites políticas. Esa esfera, cabe remarcarlo, es lo que en este trabajo se denomina la política.

La independencia con respecto a España produjo en la sociedad mexicana la destrucción de la estructura interna de dominación, ^{33/} lo que se tradujo, en el ámbito de la política, en una crisis generalizada de liderazgo políti-

33/ Leal, Juan Felipe, La burguesía y el Estado mexicano, México, El Caballito, 1981, pp. 52-53

co. Si bien es cierto que la tradición del Estado patrimonialista de la Nueva España, con todos sus vínculos débiles o fuertes con la Corona española, representaba una realidad de la que no se podía prescindir fácilmente, toda vez que las formas de la vida política estaban atadas a él por tres siglos de afianzamiento, es aún más cierto que el rompimiento con España, por una parte, desvinculó a la nueva nación con el centro del poder de la península y, por la otra, removió las altas esferas políticas de la incipiente nación.

El gobierno de la nueva sociedad era un problema que sólo podía solucionarse en el nivel de las reducidas élites que la componían; por ello, en el recién formado sistema político mexicano se encontraban representados los grupos sociales con mayor poder social: españoles, oficiales del ejército, altas jerarquías eclesiásticas, profesionistas, comerciantes y terratenientes. Las primeras organizaciones políticas formales del México independiente se agrupaban en las logias masónicas. Así, en 1813 se formó el grupo de "los escoceses", llamados así porque sus miembros se reunían en las logias del antiguo rito masónico escocés. Este grupo estaba formado fundamentalmente por españoles, y tenía el apoyo de las fuerzas armadas. En 1825 se fundó la logia de York, en la que se agrupaban las oligarquías regionales, y cuyos dirigentes eran los federalistas radicales, tales como Alpuche, Zavala, Guerrero y Ramos Arizpe; este último grupo fue alentado para su formación por el propio presidente Guadalupe Victoria. ^{34/}

34/ Vid. Garrido, Luis Javier, El Partido de la Revolución Institucionali-

La crisis de liderazgo político sufrida por el país en sus primeros años de vida independiente fue producto de la crisis del sistema de dominación, que ya había agotado para entonces muchas de sus posibilidades de acción. Igualmente participaba en esta crisis la enconada lucha entre las élites poderosas en torno a un centro de poder que representaba el mecanismo idóneo ya sea para conservar los privilegios obtenidos en la era de la Colonia, o para apropiarse de otros nuevos.

Si bien es cierto que la cuestión del gobierno de la sociedad mexicana posterior a la guerra de independencia se habría de resolver en los estrechos espacios de las élites, el problema de fondo era la construcción de un Estado-nación. Esto implicaba, simultáneamente, la creación de mecanismos de integración de los diferentes grupos sociales y de las regiones que conformaban el territorio, y la estructuración del monopolio del poder político bajo la organización de un Estado. Efectivamente, desde su arribo a la independencia, la sociedad mexicana se había encontrado ante el problema de cómo designar su gobierno, cuestión que implicaba qué tipo de gobierno se deseaba, quiénes se interesaban en gobernar y quiénes en realidad lo hacían. La cuestión central era conformar una organización política al mismo tiempo

zada (medio siglo de poder político en México). La formación del nuevo estado (1928-1945) México, Siglo XXI, 1984, pp. 20-22; San Juan Victoria, Carlos y Salvador Ramírez Velázquez, "La formación del Estado y las políticas económicas (1821-1880) "en Cardoso, Ciro (Coord.) México en el siglo XIX op. cit., pp. 70-71; Zoraida Vázquez, Josefina, "Los primeros tropiezos" en Historia General de México t. 3, México, El Colegio de México, 1981 (edición en 4 tomos), p. 19

que destruir la herencia española. ^{35/} La sociedad colonial había coexistido durante tres siglos con un Estado de tipo patrimonialista, ^{36/} el cual premiaba, mediante prebendas y jurisdicciones, la lealtad de los súbditos al poder central concentrado en la corona española. La independencia con respecto a España significó la destructuración de esta forma estatal. En ausencia de un poder central al cual reconocer mediante la lealtad política, las oligarquías regionales constituyeron así sus propios poderes autónomos, fortalecidos además por la disgregación del mercado interno, lo cual reafirmaba los cotos regionales, y por la peculiar geografía del país, que entorpecía la comunicación con el centro y, por tanto, los mecanismos de control político.

Uno de los medios concretos de unificación de la sociedad colonial, la burocracia española, abandonó en pocos años el país, así como los oficiales del ejército y los grandes comerciantes. ^{37/} El otro, la iglesia, había monopolizado, además de la fé religiosa de la población, una considerable can-

^{35/} Cosío Villegas, Daniel, Historia moderna de México. La República restaurada. Vida política, México, Hermes, 1955, p. 45

^{36/} Para una aclaración de este concepto, de estirpe weberiana, véase: Weber, Max, Economía y sociedad, México, Fondo de Cultura Económica, 1981, pp. 184-193 y 753-847; Bendix, Reinhard, Max Weber, Buenos Aires, Amorrortu, 1979, pp. 316-340; finalmente, Florescano, Enrique e Isabel Gil Sánchez mencionan esta característica para la época colonial en México. Véase: "La época de las reformas borbónicas y el crecimiento económico 1750-1808" en Historia general de México, 2 tomos, El Colegio de México, 1981, t. 1. p. 490.

^{37/} Sims, Harold, D., La expulsión de los españoles de México (1821-1828), México, SEP/FCE, 1985, Lecturas mexicanas 79.

tividad de instrumentos políticos de dominación, tales como una fuente segura de ingresos a través del diezmo, una burocracia con tribunales y ley canónica, gran influencia sobre la educación, estadísticas e instituciones de asistencia social. ^{38/} Si a estos se agrega la extensión de su patrimonio, es comprensible el formidable poder político de que disponía, cumpliendo, sin exagerar, el papel de un Estado y, al mismo tiempo, bloqueando la consolidación de un Estado-nación. ^{39/}

Los problemas a los que la sociedad mexicana de la primera mitad del siglo XIX asistía no eran susceptibles de resolución en los reducidos espacios que delimitaban el ámbito de la política. Y esto es pertinente, sobre todo, si se considera que la abrupta ruptura con el imperio español había dejado en la sociedad mexicana la responsabilidad de incorporarse a la modernidad, que para aquel entonces empezaba a presentarse como imperativo en el concierto internacional. Así, la primera cuestión era constituir una auténtica nación en su sentido económico-social y en su sentido político. A la primera acepción correspondía la conformación de un mercado integrado a lo largo de todas las capas de la sociedad y de todo el territorio; a la segunda, la constitución de un poder político capaz de convertirse en centro de atracción de los dispersos ámbitos de lo político, que se habían fragmentado regionalmente.

^{38/} Marquez Padilla, Paz Consuelo, "Construyendo un Estado: Alianzas y compromisos" en Estudios políticos, Nueva Época, No. 2 vol. II, UNAM, p. 46

^{39/} Ibidem.

En 1830, gracias a las ideas de Lucas Alemán, el gobierno central financió la creación del Banco de Avío con el fin de impulsar el sector manufacturero, particularmente la rama textil. Este impulso era tanto más necesario cuanto que el capital español —predominante en el periodo colonial— había emigrado del país, la iglesia financiaba preponderantemente sobre la base de bienes raíces y al capital extranjero se interesaba casi exclusivamente por la minería y el comercio.

El Banco de Avío fue un ambicioso proyecto modernizador de la planta productiva, a través de estímulos a los propietarios para que transfirieran sus capitales a la construcción de fábricas textiles, lo que contaría con el apoyo de los recursos que el gobierno destinaría a tal efecto; el capital del Banco habría de formarse con un quinto de los ingresos provenientes de los impuestos fijados a las importaciones de telas de algodón crudo. La junta del Banco importaría maquinaria; la distribuiría al costo, y a plazos fáciles, a empresas que merecieran confianza, con especial consideración a los empresarios que se dedicaran a los ramos del algodón, la lana y la seda. ^{40/} Y esto porque Lucas Alemán consideraba que el apoyo del Banco tenía que orientarse a aquéllos que tuvieran capital y disposición para establecer fábricas, y no para orientar sus energías a la decadente industria artesanal. Junto a la medida de creación del Banco, se eliminaron las pro-

^{40/} Hale, Charles, El liberalismo mexicano en la época de Mora (1821-1853), México, Siglo XXI, 1978, p. 276

hibiciones de importación de tejidos que habían sido promovidas en 1829 por Vicente Guerrero para proteger a la artesanía local, en la que Puebla representaba la zona más importante. Precisamente fue Puebla el centro de oposición artesanal a los planes de Alemán. 41/

Sin embargo, el Banco de Avío enfrentó serios problemas desde el inicio. La propia inestabilidad política que vivía el país dificultaba sus actividades. Así, los ingresos de las aduanas que debían ser entregados al Banco fueron adueñados por los generales insurrectos, la maquinaria importada no podía ser transportada y se herrumbaba en los muelles de Veracruz y, además, el régimen de Gómez Farfías utilizaba los recursos del Banco para otros fines. Hacia 1835 todas las empresas que habían recibido financiamiento del Banco habían quebrado. 42/ Prescindiendo de esto, resulta claro que el proyecto encabezado por Alemán contribuyó a la conformación de un grupo de personas que invirtieron sus capitales para la producción industrial, demostrando con ello que era posible la obtención de ganancias con este tipo de inversiones. 43/

La segunda mitad del siglo XIX mexicano representó para la conciencia

41/ Ibid., p. 278

42/ Ibid., pp. 278-279

43/ Cañas Domínguez, Manuel, "Industria y Estado en México 1790-1845" en Estudios Políticos Nueva Epoca, no. 2, vol. II, cit., p. 27

nacional la época en que la modernidad se presentaba ya como una necesidad ineludible. La ausencia de una integración nacional, en sus dimensiones económica y política, atentaba contra la constitución misma de la nación mexicana. La pérdida de más de la mitad del territorio del país, en 1848, en la guerra contra los Estados Unidos, promovió en la opinión pública un debate que privilegiaba el tema de la integración nacional. ^{44/} Entre los diversos tonos del debate se filtraban los proyectos del país de los grupos sociales situados en la política, proyectos que habían estado configurándose desde las primeras décadas del siglo: el proyecto llamado liberal y el también llamado proyecto conservador.

Tan pronto como la guerra con Estados Unidos puso de manifiesto la debilidad del Estado mexicano, particularmente de su aparato militar, el tema que quedaba en el centro de la mesa era la viabilidad histórica de la nación mexicana. Prescindiendo de la época de guerra que se extendió de 1857 a 1867, las medidas llevadas a cabo por el grupo liberal, que terminaron por disolver las propiedades del clero y de las comunidades indígenas, introdujeron al circuito comercial la hasta entonces inmóvil propiedad territorial. Simultáneamente, las medidas desligaban a los campesinos de las comunidades indígenas de sus tierras; así, se convertían en potenciales proletarios.

Los efectos de las medidas liberales de desamortizar los bienes del

^{44/} Hale, Charles, op. cit., pp. 14-41

clero y de las comunidades indígenas no son completamente independientes de los deseos que hubieren movido a la élite liberal a hacerlo. Así, la idea de que los liberales se mostraran demasiado ingenuos con la adopción acrítica de los dogmas europeos para aplicarlos a una sociedad con serias asimetrías sociales, como la mexicana de aquella época, es una idea que merece ser cuidadosamente examinada. Si la guerra de 1847 con los Estados Unidos significó un aviso serio de la necesidad de integrarse a la modernidad mediante la consolidación de la nación mexicana, la dominación francesa de principios de los años sesenta y la restauración de la república en 1867 acabaron por despejar la incógnita. La consolidación de la nación mexicana tenía que atravesar por la formación de un mercado interno integrado y por el fortalecimiento del Estado nacional. Sólo de este modo podía formarse una nación capaz de responder a los desafíos de la expansión capitalista.

Cualquier proyecto con pretensiones nacionales tenía que abordar ambos aspectos. Para integrar un mercado interno se presentaba como primera exigencia insertar la tierra al circuito comercial. Si el proyecto liberal pretendía con esto crear una clase media rural constituida por pequeños propietarios emprendedores, no debe dejar de observarse que la desamortización de los bienes del clero significó para los hacendados más liberar los compromisos hipotecarios que tenían con la iglesia que una apropiación significativa de sus propiedades, que eran muchas menos que las previstas. ^{45/} Las

^{45/} Bazant, Jan, Los bienes de la iglesia en México. Aspectos económicos y

políticas liberales lograban beneficios inmediatos para la clase terrateniente y, para el mediano y largo plazo, abrían la posibilidad de otros muchos como la apropiación de los terrenos de las comunidades. La realización de esto segundo habría de efectuarse durante el porfiriato. En todo caso, las medidas conquistaban el consenso de los hacendados y, simultáneamente, el Estado se fundaba en el reconocimiento de los cotos regionales de los terratenientes, reformulando así las herencias del Estado patrimonialista. En el marco de una alianza de dimensiones nacionales, la modernidad mexicana se desarrollaría de manera peculiar.

La consolidación del Estado mexicano obtuvo de esta alianza el núcleo de su fortaleza. Los beneficiarios de tal alianza, los hacendados, ampliaron sus propiedades a costa de las comunidades indígenas, aunque debe acotarse que el proceso adquirió diversos matices de acuerdo con la región de que se tratara. ^{46/} Por otro lado, todo parece indicar que la expansión de los latifundios no significó por sí misma una transformación modernizadora de las haciendas. ^{47/} Por el contrario, más bien parece que su funciona-

sociales de la revolución liberal, México, El Colegio de México, 1977.

^{46/} Vid. *Infra*. pp.

^{47/} Fernando Rosenzweig, refiriéndose a los bienes del clero desamortizados por la reforma liberal, señala que: "... no todos esos caudales pasaron a poder de ciudadanos emprendedores, que los emplearan para edificar las explotaciones agrícolas modernas, llamadas a transformar el panorama raquíptico del campo mexicano, o para enriquecer el cuadro de la economía urbana con nuevas industrias y servicios". Rosenzweig, Fernando, "El desarrollo económico de México de 1877 a 1911" en El Trimestre

miento interno giraba en torno del autoabastecimiento de sus insumos y de la creación de excedente vía renta de la tierra de los arrendatarios de una porción de las tierras de las haciendas, los aparceros, y de las ganancias obtenidas por la venta de las mercancías producidas por los peones asalariados. En los hechos, ambas formas de extraer excedente se confundían en un solo ingreso dinerario cuyo destino no era, necesaria ni frecuentemente, convertirse en inversión productiva. Considerando como sistema económico, el capitalismo supone dos condiciones: a) producción mercantil generalizada, y b) transformación de la fuerza humana de trabajo en mercancía. El siglo XIX mexicano no presentó ninguno de estos dos aspectos plenamente consolidados; en particular, el periodo porfirista haría desprender su solidez precisamente de que no hubiera una producción mercantil generalizada —aunque, en su conjunto, dicho periodo la creación de un mercado nacional— y de que una buena parte del proletariado potencial proveniente de las disueltas comunidades indígenas no se convirtiera en clase asalariada. En breve: la existencia de un mercado, y por tanto de mercancías, no significaba que éstas fueran producidas bajo condiciones capitalistas.

Mientras la economía capitalista mundial desplegaba su racionalidad por los diversos rincones del planeta, la economía mexicana aseguraba su reproducción sobre la base de la explotación extensiva de las grandes haciendas, la exacción de renta y plusvalía de los trabajadores agrícolas vía métodos

compulsivos, la reproducción ampliada de capital industrial —centralmente en la producción de bienes de consumo—, y la explotación de un reducido sector de asalariados industriales efectuada también por métodos compulsivos. 48/ La expansión de la industria de 1889 a 1905 no parece haberse derivado directamente de las usurpaciones de las tierras de las comunidades; las variaciones regionales aquí son también muy importantes. Por ejemplo, el empresariado de Monterrey, uno de los más importantes del país en el siglo XX, constituyó su riqueza originaria entre otras cosas por medio del control de las tarifas arancelarias en la frontera norte, la comercialización del algodón producido en el sur de los Estados Unidos durante la guerra de secesión y por medio de préstamos con altos réditos al gobierno estatal. 49/

Es probable que este impulso haya sido favorecido por la existencia de un mercado estadounidense en expansión y un mercado interno regional en cre-

48/ Ramírez Rancaño, Mario, "Un frente patronal a principios del siglo XX: el Centro Industrial Mexicano de Puebla" en Cordero, Salvador y Tirado, Ricardo (Coord.). Clases dominantes y Estado en México, México, UNAM, 1984, pp. 19-45. Este autor cita la existencia de prácticas compulsivas de tipo no capitalista para el control del proletariado de la industria textil de Puebla; no es improbable que tal situación, aunque con ciertos matices regionales, se haya producido en otros lugares, por lo menos del centro del país.

49/ Cerutti, Mario, "Burguesía regional, mercados y capitalismo. Apuntes metodológicos y referencias sobre un caso latinoamericano: Monterrey (1850-1910)" en Revista Mexicana de Sociología, vol. XLV, no. 1, enero-marzo 1983, pp. 129-148. También del mismo autor "Arqueología del Grupo Monterrey" en Cuadernos Políticos, no. 33, julio-septiembre 1982, pp. 94-101.

cimiento. Sin embargo, no todos los capitalistas del país gozaban de estas ventajas, lo cual podría ayudar a explicar que en Monterrey el desarrollo industrial tuviera un comportamiento peculiar; de este modo, en 1903 se instaló la Compañía Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey, S. A., que suministraba insumos a los ferrocarriles. Sin embargo, el impacto de los ferrocarriles en la industrialización del país por medio de encadenamientos "hacia atrás" durante el porfiriato fue virtual. En 1910, "un 56%, por lo menos, de los ingresos brutos de los ferrocarriles mexicanos se gastaron en el extranjero por concepto de insumos comprados al exterior, remisión de utilidades e interés, y el consumo de productos importados por los empleados extranjeros. Del 44% de los ingresos brutos que no salieron del país, más de la mitad se gastaron en sueldos a los empleados". 50/

La industria textil del centro del país tenía ya una relativamente larga tradición y la del norte fue presumiblemente impulsada por el cultivo del algodón que se desarrolló en la zona. 51/

50/ Coatsworth, John, El impacto económico de los ferrocarriles en el porfiriato, t. II, México, SEP/Setentas 272, 1976, p. 38

51/ En Nayarit, y particularmente en Tepic, también tuvo impulso la industria textil durante buena parte del siglo XIX. Gracias al incremento de la capacidad de transporte, se sustituyó la importación de algodón del Ecuador por el algodón producido en la región de La Laguna. Por otra parte, durante el porfiriato en las fábricas textiles de Tepic se incrementaron las prácticas compulsivas de control de los trabajadores. Véase Plascencia Flores, Julio, Industria textil y Movimiento obrero en Tepic, Tepic, Universidad Autónoma de Nayarit, 1984, pp. 27-39

La consolidación de la nación en el último cuarto del siglo XIX mexicano colocó a la economía nacional ante la expansión acelerada del capitalismo occidental. En un escenario como éste no fue seguramente mucho el margen de decisión de los gobiernos de la época: o se asumía que la viabilidad nacional dependía de la inserción de la economía mexicana al capitalismo mundial, procurándose aprovechar ventajas comparativas, o se aceptaba convertirse en un satélite del capital extranjero a riesgo de perder por completo la soberanía nacional. Por supuesto, en este segundo caso, el problema no estaba tanto en la sumisión económica —ya que, pretendiendo ser realistas, eso era a todas luces inevitable— cuanto en, aun estándolo, convertirse en una economía que aprovechara las ventajas comparativas y, así, articular un proyecto nacional orientado a industrializar el país y llegar a competir en el largo plazo en el escenario mundial del intercambio de mercancías. La solución que dio a este problema el régimen porfiriano estuvo en un punto intermedio. En las circunstancias en que el país apareció en el escenario mundial, en realidad el tema de la modernidad capitalista era una cuestión de magnitudes nacionales. No era, pues, que las élites del país sostuvieran una vocación imitadora de los países desarrollados: se trataba de sobrevivir. Y eso no era posible en un país con una economía dispersa, atrasada y poblada de multitud de comunidades campesinas autosuficientes. En realidad, el que subsistieran estas características hacia principios del siglo XX fue una de las causas profundas de que se desatara la guerra civil; la otra fue que el Estado no lograra modernizarse, según la conocida expresión, "a la altura de los tiempos".

En general, la economía mexicana de la última parte del siglo XIX mexicano generaba un ahorro interno insuficiente para el financiamiento de las grandes inversiones que se requerían para instalar lo que en aquel entonces era prioritario: una red de transportes a nivel nacional que integrara las diversas economías regionales. ^{52/} Esta era la base necesaria para la formación de un mercado nacional. En México, el desarrollo del mercado nacional fue un proceso paralelo a la inserción de la economía nacional al mercado mundial. La oferta de capital de los países capitalistas industrializados encontró en el país una fuerte demanda de capital externo; ^{53/} el periodo porfirista conjugaba con la demanda de inversiones extranjeras la prueba de que la estabilidad social y política había sido conquistada, con lo que se garantizaba que dichas inversiones obtendrían sus frutos sin peligro de resquebrajamiento del orden social. Corolario de esta situación fue que

^{52/} Desde 1837 se había otorgado la primera concesión para la construcción de ferrocarriles que uniera México y Veracruz, concesión otorgada a un rico comerciante de Veracruz, que fue confiscada por no haber sido terminada en el tiempo estipulado. En 1856, se cedió la concesión a Manuel Escandón ("el agiotista más desvergonzado de la república, aunque también el más rico", según la opinión de un diplomático francés de la época), quien, después de recibir un indulto del gobierno liberal en 1867 por algunos malos manejos de la concesión, logró dar término a dicha construcción en 1873. Sin embargo, cabe señalar que más de la mitad del costo de la construcción de la línea aludida se cubrió por medio de subsidios que el gobierno federal había pagado a la compañía de Escandón. Véase Coatsworth, John, El impacto económico... t. I. op. cit., pp. 45-46; además, Urías Hermosillo, Margarita, "Manuel Escandón: de las diligencias al ferrocarril. 1832-1862" en Cardoso, Ciro (Coord.) Formación y desarrollo de la burguesía en México. Siglo XIX, México, Siglo XXI, 1978, pp. 46-52

^{53/} Rosenzweig, Fernando, op. cit., p. 432

las grandes inversiones en activos reales fijos, o "infraestructura", se realizaron con capital extranjero y, en menor medida, con gasto público. Así, por ejemplo, se calcula que las dos terceras partes de la inversión total durante los años 1901-1910 fueron financiadas por capitalistas extranjeros; ^{54/} más aun, entre 1886 y 1910 la propiedad del 71% del capital invertido en la industria y en la creación de nuevas sociedades pertenecía a extranjeros, ^{55/} aunque en esta cifra no se distingue entre el capital generado por ahorro interno y externo. No obstante, a partir de 1889 la inversión extranjera en industria se incrementó vigorosamente, aumentando de este modo la inversión en maquinaria por fábrica. Entre 1895 y 1910, el producto interno bruto de la industria de transformación experimentó una tasa media de crecimiento de 4.94%, según datos del Banco de México; según los datos de El Colegio de México dicha tasa fue de 3.6% ^{56/} En todo caso, este comportamiento representa un comportamiento positivo.

El porfiriato significó, por otra parte, una reordenación profunda de las finanzas públicas. Entre 1880 y 1893, los gobiernos de Manuel González y Porfirio Díaz llevaron a cabo diversos ajustes administrativos a fin de

^{54/} Himes, James, "La formación de capital en México" reproducido en La economía mexicana II (Selección de Leopoldo Solís), México, FCE, 1978, p. 167 (Serie Lecturas No. 4)

^{55/} Solís, Leopoldo, La realidad económica... op. cit., p. 60, no. 16

^{56/} Cardoso, Ciro y Carmen Reyna, "Las industrias de transformación (1880-1910)" en Cardoso, Ciro, México en el siglo XIX... op. cit., p. 381

racionalizar las cuentas gubernamentales: se modificó el sistema de impuestos para incrementar los ingresos, en tanto que se reducían los egresos, todo lo cual permitió arreglar el problema de la deuda interna y externa. ^{57/} Lo más relevante aquí es que a partir de 1894 hasta 1910 se obtuvo el equilibrio del presupuesto federal obteniendo superávit presupuestales, a cuya ausencia puede ser en muchos sentidos imputado el que los diversos gobiernos del siglo XIX carecieran de estabilidad. Coincidieron, casualmente —pues no parece que causalmente— el saneamiento financiero del gobierno y la expansión de la industria. A pesar de que no parece existir entre estas dos variables una relación causal directa, si parece, en cambio, que el saneamiento de las finanzas colaboró con la atracción del capital extranjero, ^{58/} independientemente de que una parte del gasto público se destinaba a la construcción de los ferrocarriles y al reacondicionamiento de puertos y servicios aduanales. Por otro lado, el gasto público era en su mayor parte destinado a la formación de demanda agregada vía sueldos y salarios. En el

^{57/} San Juan Victoria, Carlos y Salvador Velázquez Ramírez, "El Estado y las políticas económicas en el porfiriato" en Cardoso, Ciro (Coord), *Ibidem*, p. 286

^{58/} "A la restauración de la República por Juárez, México debía el respeto a sus instituciones y su soberanía por los gobiernos extranjeros, y la posibilidad de contar con una administración estable y solvente (...) los hombres del Porfiriato contaban así con una gran ventaja inicial para establecer relaciones diplomáticas normales y dignas con el exterior, organizar la hacienda pública y propiciar la entrada de los capitales extranjeros. Al arreglo de la cuestión política, lo acompañó el ajuste satisfactorio de una deuda externa y hechas estas dos cosas, México pudo acudir a los centros financieros del mundo a colocar valores públicos y privados y, en general, quedaron abiertas las puertas para la entrada al capital europeo y norteamericano". Rosenweig, Fernando, *op. cit.*, p. 431

año 1880-1881, este rubro absorbía 80.8% de los gastos en cuenta corriente del gobierno federal, que a su vez representaba el 75% del total de egresos; hacia 1910-1911, la contribución a la formación de la demanda agregada vía sueldos y salarios descendió al 67.3% de los gastos en cuenta corriente, los que a su vez representaban el 62% de los egresos totales. ^{59/} En suma, lo que podría denominarse política económica porfirista alentó al sector externo de la economía y a la formación del mercado interno.

Mientras en el sector externo la política porfirista era destacada por su actividad, en el sector agrario se destacaba por su laissez faire hacia los grandes hacendados. Independientemente de que el régimen de Díaz permitió el despojo de comunidades indígenas por parte de los grandes terratenientes, la existencia de grandes extensiones de tierra, cuyo usufructo era mayoritariamente privilegio de los hacendados, propiciaba que los flujos originados en ese sector quedaran en los terratenientes bajo la forma de una renta territorial absoluta; sin embargo, considerando que un grueso sector de la clase terrateniente obtenía sus ingresos de las transferencias que efectuaban las economías de autoconsumo —las que a su vez habían sido incorporadas a las haciendas a través de trabajo impago o de la reposición gratuita de sus medios de producción por parte de los propios trabajadores

^{59/} Cfr., San Juan Victoria, Carlos y Salvador Velázquez Ramírez, "El Estado y las políticas...." op. cit., pp. 306-307

de las haciendas—, ha podido ser establecida la hipótesis ^{60/} de que los ahorros sociales que generaba esta estructura interna de los latifundios garantizaba a los hacendados la reproducción de sus unidades sobre la base de relaciones no capitalistas de explotación (donde la posibilidad de sostener la inveterada vida de derroche de la clase terrateniente dependía de la masa de los ingresos que se generaban de tales ahorros y por tanto de la extensión y/o calidad de su patrimonio territorial) y, al sector capitalista, el incremento de sus tasas de ganancia (pues los precios de los bienes agrícolas podían ser rebajados precisamente por haber sido producidos en condiciones no capitalistas) al abaratar insumos y bienes de consumo de los trabajadores, es decir en el lenguaje marxista, el abaratar capital constante y capital variable; la conformación de una estructura intersectorial de este tipo podría auxiliar en la explicación del mantenimiento de la alianza política que sostuvo el régimen porfirista. ^{61/}

El proceso de acumulación originaria de capital fue sustituido, en algunos casos, y complementado, en otros, por las aportaciones del Estado y,

^{60/} Bellingeri, Marco y Enrique Montalvo, "Lenin en México; la vía Junker y las contradicciones del porfiriato" en Historias, INAH, no. 1, julio-septiembre 1982, pp. 22-28

^{61/} Cabe señalar, por lo demás, como otro factor que coadyuvó hipotéticamente en dicha alianza, que durante el proceso de construcción de los ferrocarriles en el país se verificaron un sinnúmero de despojos de tierras cercanas a los sitios por donde se proyectaba o se establecía el tendido de los rieles. Coatsworth, John, op. cit., t. II, pp. 41-76

principalmente, por la inversión extranjera. La expansión de la economía durante el porfiriato sólo muy improbablemente se hubiera verificado sin ambos factores. El establecimiento de un moderno sistema financiero, por ejemplo, no hubiera sido posible sin las directrices del gobierno central y sin la llegada del capital francés. 62/

La modernidad capitalista mexicana durante fines del siglo pasado y principios del presente era, en el fondo, un problema político en el sentido profundo del término, cuyas características estaban, en gran medida, sujetas a las sólidas inercias de una tradición político-cultural proveniente de la historia del país.

62/ Bátis Vázquez, José Antonio, y Enrique Canudas, "Aspectos financieros y monetarios (1880-1910)" en Cardoso, Ciro (Coord.) México en el siglo XIX... op. cit., pp. 405-435

III . Crisis y reconstrucción de la modernidad mexicana

En este capítulo se estudian las rupturas y discontinuidades que existen entre dos épocas de la historia del país: la época del porfiriato y la de la reconstrucción de la economía y el Estado. Se prescinde deliberadamente del periodo de la guerra civil, toda vez que es en estos años que se concentra el desarrollo de la crisis de la modernidad mexicana que había venido desenvolviéndose durante la época del porfiriato. Para los fines perseguidos en este trabajo resulta, quizá, más relevante dilucidar los puntos en que se presenta la referida crisis de la modernidad mexicana, por una parte, y, por la otra, las soluciones que se imponen a las zonas críticas en la época de la reconstrucción de la modernidad.

1. LA MODERNIDAD PORFIRISTA Y SU CRISIS.

El programa porfirista de modernización.

El periodo del porfiriato estuvo marcado por un programa de modernización de ciertos sectores de la estructura económica; la construcción del ferrocarril, los gastos destinados a los puertos marítimos, la atracción de capitales, de capitalistas, de colonizadores son ejemplos de ese programa. Las fiestas suntuosas de la época, la construcción del Palacio de Bellas Artes, en fin, esa especie de "Ilustración" que diera brillo a México era el rostro maquillado del provincianismo peculiar de los ricos de la época, para

quienes estos lujosos escaparates constituyan la forma menos vergonzosa de vivir teniendo (metafóricamente hablando) los pies en México y la cabeza en Europa. Un intelectual alemán, quien orgullosamente se decía ser un burgués, escribiría pocos años después que "la clasificación estamental del burgués como gente acaudalada y culta o, por lo menos con una de esas dos características (...) implica un concepto específicamente occidental y moderno, el de la burguesía". ^{1/} Escritor, testigo de la época, Mariano Azuela se refería a los ricos arrogantes de México del siguiente modo: "La verdad es que estábamos cansados de esa gente decente que consagra la mañana a la misa y a sus devociones y por la tarde compra maíz al tiempo, celebra contratos de venta con pacto de retroventa y hace otras muchas operaciones del mismo género. Se me dirá que ahora se hacen mil cosas peores y yo responderé que es verdad, pero estas nuevas gentes no sienten el menor bochorno en que se les llame bandidos, nunca han querido acreditarse como personas decentes, ni mucho menos aspiran a la gloria celestial". ^{2/}

Tal vez parezcan fuera de lugar estas dos citas al estar hablando de la modernidad mexicana en la época del porfiriato, particularmente de su programa de modernización de la estructura económica. En realidad, la evidente distancia entre lo que se entendía por burguesía en Europa y lo que, mien-

1/ Weber, Max, Historia económica general, México, FCE, 1964, p. 267

2/ Azuela, Mariano, Obras completas, t. III, México, FCE, 1960, p. 1075

tras tanto, pretendía serlo en México es una de tantas claves para comprender las peculiaridades de la modernidad mexicana: Estado moderno, economía y sociedad capitalistas, todo ello podría ser, en su conjunto, el emblema de las poderosas naciones occidentales, pero no era lo que la alta sociedad porfirista requería. Poder, dinero, tierra y viajes: eso era más que suficiente para la gente que vivió los privilegios de los dorados años de la paz porfiriana.

1910 es el año de la crisis de la modernidad porfirista. Es el punto temporal en que se dan cita diferentes historias, diferentes personajes y diferentes perspectivas. Por ello, será mejor reconstruir los complejos procesos que la originaron.

La puerta en marcha de la modernización capitalista en el tiempo de Díaz fue posible gracias a la monopolización de la política operada en ese entonces. Esta monopolización permitía que la modernización capitalista estuviera asentada, más que nada, en un sistema de privilegios entre las altas esferas sociales y en métodos coactivos de explotación de la mano de obra. Es posible que estas características generales permitan explicar la perdurabilidad y la ruptura crítica de la modernidad porfirista. En todo caso, cabe resaltar que el ámbito de la política se encontraba entre los estrechos márgenes de una alianza entre el gobierno, por un lado, y los caudillos y caciques, por el otro, alianza a la que se incorporarían los inversionistas extranjeros, quienes habían de modernizar el país vía inversiones de capital en un medio social estable. En síntesis: el gobierno se encargó de crear el

clima político adecuado para que el capital extranjero pudiera accionar la modernización del país.

En las divergencias de los objetivos perseguidos por los miembros de esta alianza pueden encontrarse algunos síntomas de la debilidad del proyecto porfirista. La racionalidad que movía a los diversos actores de dicha alianza difería de acuerdo con los fines que los movían. La acumulación de capital —apoyada por políticas gubernamentales para abaratar los costos en salarios— y la explotación de los recursos naturales, principalmente los minerales (ver Cuadro 3.1), constituían los fines fundamentales de los inversionistas extranjeros: su racionalidad no tenía nada que ver con un proyecto de nación. A los ojos de Díaz y su equipo, los inversionistas extranjeros aportarían a la nación sus capitales, habilidades y mercados, todo lo cual habría de fortalecerla. Por otro lado, los inversionistas nativos habrían de verse beneficiados por la creatividad de los extranjeros, de ahí que su racionalidad oscilara entre convertirse en coinversionistas o, incluso, inversionistas individuales en las actividades económicas modernas por un lado, o apartarse de estas actividades para fortalecerse en las ya desarrolladas previamente, procurando beneficiarse de la infraestructura instalada por el capital extranjero y los mercados abiertos por el mismo, por el otro. Por último, la élite gobernante definía su racionalidad al fin explícito de conservar el poder. Las abundantes reelecciones de Díaz y las luchas políticas desarrolladas en el aparato político son una muestra de que el fin político, stricto sensu, desempeñaba un papel primordial en su acción. La modernización capitalista del país podría igualmente ser considerada un

fin sustancial de la política porfiriana, sin embargo la gestión gubernamental destinada a ello contenía un componente político importante en la ampliación de un mercado nacional que habría de unificar a los diversos agentes económicos subsumiéndose dentro del control político del Estado.

Cuadro 3.1 Distribución por campos de colocación de las inversiones extranjeras en México. Año de 1911.

Concepto	% del total
Ferrocarriles	32.2
Industrias extractivas	27.1
Minería y metalurgia	24.0
Extracción y refinación del petróleo	3.1
Deuda pública	14.6
Comercio y bancos	8.5
Bancos	4.9
Comercio	3.6
Electricidad y otros servicios públicos	7.0
Explotaciones agropecuarias y forestales	5.7
Industria de transformación	3.9
T O T A L	100.0

Fuente: Rosenzweig, Fernando, "El desarrollo económico de México de 1877 a 1911" en El Trimestre Económico, vol. XXXII, no. 127, julio-septiembre de 1965, p. 432.

Durante los años 1880-1910 se creó una moderna infraestructura para los intercambios, que incluía la construcción de una red ferroviaria nacional, los incentivos a la llegada de las líneas navieras, las mejoras materiales efectuadas en los puertos del comercio exterior, el establecimiento de un sistema financiero y bancario, la ampliación del circulante, el uso del di-

nero no metálico, la emisión de nuevos códigos comerciales, la ampliación de las comunicaciones telegráficas y telefónicas, y la superesión definitiva de las aduanas internas y de las alcabalas. ^{3/} Por supuesto, no todas estas medidas fueron llevadas a cabo por el gobierno; pero esta moderna infraestructura impelía a la élite política a gobernar los procesos sociales originados por estas transformaciones, con toda la complejidad que conllevaba para el aparato de gobierno.

De cualquier modo, la modernización económica era sólo un aspecto del proyecto porfirista, y las desigualdades sociales inherentes al capitalismo mexicano de aquel entonces, junto con la ausencia de perspectivas políticas de grupos sociales específicos (lo que habremos de abordar páginas adelante), permite pensar que el proyecto porfirista estaba limitado por las posibilidades de permanencia de un sistema de alianzas con grupos interesados en mantener sus privilegios antes de involucrarse en una dinámica modernizadora cuyas ventajas aparecían como poco confiables, por lo menos a los capitalistas nacionales.

Las dimensiones sociales de la crisis.

La sociedad porfiriana era, a pesar de la imagen que la presenta como

3/ Herrera Canales, Inés, "La circulación (comercio y transporte en México entre los años 1880-1910)" en Cardoso, Ciro (Coord.) México en el siglo XIX. Historia económica y de la estructura social, México, Nueva Imagen, 1984, p. 437

una inmensa hacienda, con los campesinos extorsionados por la tienda de raya y con la figura del Dictador por encima de todo, gobernando con mano dura, a pesar de esto, decíamos, la sociedad porfiriana era en extremo compleja, sobre todo en el marco de las cambiantes concepciones del mundo que se generaban en el curso de las propias transformaciones sociales. Por una parte, los campesinos del centro del país mantenían sus tradiciones comunales, sus estilos de vida y sus creencias; sin embargo, la tradición cultural campesina sufría los embates de la modernidad a través de los despojos de sus tierras, de la intromisión de la racionalidad capitalista en lo que, bien que mal, había sido hasta entonces su "laboratorio natural". Entre las masas campesinas, el discurso legitimador de corte positivista de la élite gubernamental era algo enteramente ajeno. Ante sus ojos, la modernidad capitalista, en su versión mexicana, se presentaba como la usurpadora de lo único que hasta entonces era su patrimonio: la tierra. Además de ser fuente exclusiva de subsistencia, la tierra —y los sistemas de trabajo a ella ligados— representaba el núcleo a través del cual los campesinos socializaban su vida familiar y comunal. El despojo de tierras y la necesidad de alquilarse como peones deshacía los lenguajes y los estilos de vida preparados durante una larga tradición para la vida campesina. ^{4/} Con cada despojo, con cada símbolo cultural roto, el sistema de legitimidad porfirista sufría un desgaste.

^{4/} Para el caso del zapatismo, que es como si dijéramos todo aquel "México viejo", sufridor y aguantador de las impetuosas aguas de la modernidad, puede consultarse Womack, John, Zapata y la revolución mexicana, México Siglo XXI, 1982; también Wolf, Erick, Las luchas campesinas del siglo XX, México, Siglo XXI, 1980, en particular el capítulo sobre el caso de México.

Entre los grupos sociales urbanos, principalmente entre los intelectuales, los principales ideológicos porfirianos, inspirados en el positivismo comtiano y el evolucionismo de Spencer, constituían un discurso demasiado viejo, empolvado y achacoso, como todo lo que oliera a Don Porfirio. Así, por ejemplo, en 1909 se fundó el Ateneo de la Juventud por un grupo de intelectuales, quienes se enfrentaban al positivismo: Antonio Caso, el que destruyó en un ciclo de conferencias toda la labor positivista de los treinta años anteriores; José Vasconcelos anti-intelectualista, voluntarista y espiritualizante; Pedro Herfquez Ureña, Alfonso Reyes y Alfonso Cravioto, los que imprimieron al movimiento una dirección cultista susceptible de obtener el aplauso general. 5/

La renovación por la que propugnaban los ateneístas, en crítica abierta al positivismo oficial, tenía un carácter similar al de la apertura maderista. Una nueva generación intelectual también quería desplazar a la gerontocracia cultural gobernante, desplazarla de sus puestos y de su ideologías, y modernizarse. 6/

La primera década del siglo vio nacer en San Luis Potosí otro grupo de intelectuales empeñados en criticar al régimen de Díaz. 7/ Al igual que

5/ Vasconcelos, José, Ulises Criollo, México, FCE/SEP, 1983, p. 223 (Lecturas Mexicanas 11).

6/ Krauze, Enrique, Caudillos culturales en la revolución mexicana, México, Siglo XXI, 1976, p. 51

7/ Véase Cockroft, James D., Precursores intelectuales de la revolución mexicana (1900-1913). México, Siglo XXI, 1981, passim.

en el Ateneo de la Juventud, pueden encontrarse en este grupo personajes que habrían de participar activamente en la política de los años posteriores: tal es el caso de Antonio Díaz Soto y Gama para éste, y de José Vasconcelos para aquél. Si las opiniones del Círculo Liberal "Ponciano Arriaga", el de San Luis Potosí, eran claramente críticas al régimen porfirista, sobre todo cuando la pluma y la actividad política de Ricardo Flores Magón empezaron a incendiar revolucionariamente las páginas de Regeneración y los días del porfiriato, las críticas de los ateneístas al positivismo se convertían, indirectamente, en ataques al porfirismo. 8/ Estos intelectuales, y por supuesto todos aquellos que desde los rincones del anonimato se reconocían en estas empresas ideológico-culturales, no podrían considerarse a sí mismos "inferiores" tal como la ideología oficial quería hacer aparecer a las personas que, de una manera o de otra, se hallaban marginadas de esta privilegiada modernidad: sus aptitudes intelectuales abrían los espacios suficientes para oponer concepciones del mundo diversas de la dominante. Por lo demás, no debe dejar de observarse que, como ya se apuntó, el ámbito de la política se hallaba reducido y monopolizado por el concurso de las élites; es por ello, quizá, que estos grupos sociales buscaban en la política el habitat que sus concepciones del mundo demandaban. Es de suponer, de cualquier modo, que no era la modernidad misma la causa de su malestar. El capitalismo promovido por el Estado porfirista había traído, efectivamente,

8/ Ross, Stanley R., "La protesta de los intelectuales ante México y su revolución" en Historia mexicana, 103, vol. XXVI, enero-marzo 1977, p. 401.

innumerables beneficios a la sociedad mexicana. La población urbana tenía acceso a un mercado interno bien establecido (por supuesto, unos más y otros menos), a servicios que sin la estabilidad política vigente era difícil que hubiesen sido difundidos. La riqueza del país era evidente; la sociedad mexicana había generado mecanismos de trabajo social que dejaban atrás las rudimentarias técnicas artesanales que habían atravesado todo el siglo XIX. La modernidad significaba progreso, y la conciencia de la pertenencia a la "época moderna" (el porfiriato) generaba el suficiente consenso para que estos intelectuales urbanos redujeran la insuficiente legitimidad de los sistemas económico y político a dos aspectos: la mejor distribución de la riqueza y la participación en el gobierno y la política.

La exposición hasta aquí vertida no pretende ser exhaustiva, más bien aspira a presentar las tendencias globales que gravitaban, en la sociedad porfirista, en torno de los procesos de modernización. Hubo, ciertamente, intelectuales que no limitaron sus posturas contestatarias al aspecto de la deficiente distribución de la riqueza y al del gobierno y la política. La tendencia del Partido Liberal, dirigido por Ricardo Flores Magón, constituía una crítica radical a la existencia misma del capital y del Estado. ^{9/} Esta situación puede ser considerada como producto de la fusión de concepcio-

^{9/} Cfr. Córdova, Arnaldo, La ideología de la revolución mexicana. La formación del nuevo régimen, México, Era, 1981, pp. 174-187; véase también Bartra, Armando, "La revolución mexicana de 1910 en la perspectiva del magonismo" en Interpretaciones de la revolución mexicana, México, Nueva Imagen, 1981, pp. 91-108.

nes del mundo urbano-intelectuales y agrario-tradicionales. El radicalismo anarquista de Flores Magón, como forma extrema de un liberalismo conjugado con retornos a utópicas sociedades igualitarias, representaba una importante fuerza opositora —junto con los campesinos— a la modernidad. Una raíz oculta del peculiar romanticismo político nacional, que habría de desempeñar un papel de primera importancia años después.

La modernización del capitalismo mexicano, ya fuese o no producto de un proyecto exclusivamente gubernamental, había promovido transformaciones en los procesos de trabajo social, había creado nuevos grupos sociales, diversos de los hasta entonces existentes; al mismo tiempo había trastornado el mundo de vida y la cultura de los principales representantes de la tradición: los campesinos. El hecho que debe ser resaltado es la incapacidad del sistema político para traducir los imperativos creados por la entrada del moderno capitalismo en estructuras institucionales capaces de reducir su impacto socio-político. Por supuesto, esta carencia no puede ser imputada sólo al sistema político, sin embargo había sido en su interior donde se había promovido la modernización capitalista sin ser, al propio tiempo, generador de estructuras institucionales que sirvieran de obstáculos a los mecanismos económicos que hacían crecer zonas sociales potencialmente conflictivas.

Con ventajas y desventajas, con pros y contras, pero la sociedad mexicana había creado un Estado a su imagen y semejanza. Las desproporciones entre los niveles de riqueza y poder social existentes en el seno de la sociedad se reconocían en un Estado autoritario y excluyente. La fuerza de

los grupos sociales que componían la alianza elitaria —élite política, aristocracia rural y capitalistas extranjeros— y la debilidad de los demás grupos sociales —sectores urbanos medios, campesinos y obreros— todo esto se reconocía en el Estado porfirista.

Por ello, los desgastes sufridos por la legitimidad tanto del sistema político como de la distribución del patrimonio transfirieron la significación de las actividades encaminadas a solucionar los desafíos producidos por el impacto de la modernidad capitalista en el mundo vital (es decir, el mundo donde predominan los criterios de socialización e integración) de las clases sociales sometidas de la sociedad porfirista a la esfera de la política. De ahí el relieve de la coyuntura creada por la oposición maderista, que incluyó la difusión de una imagen pública que recorrió gran parte del país gracias a su campaña electoral, el reconocimiento de una actitud ciudadana ante el evidente carácter exclusivo y arbitrario del aparato político estructurado en torno a Porfirio Díaz y sobre todo, la capacidad del discurso político maderista ^{10/} para interpelar las expectativas políticas de gran parte de la población: acceso a una actividad política participativa y redistribución de la riqueza. ^{11/}

10/ Nos referimos al Plan de San Luis.

11/ El Plan de San Luis incluía en su párrafo tercero la promesa de devolver, por vía legal, las tierras que habían sido despojadas de sus propietarios originales. Este punto, más o menos "radical", se halla incrustado en un documento que explícitamente plantea restituciones democráticas a la Constitución de 1857.

Si la oposición maderista encontró eco entre algunos sectores ricos de la sociedad porfiriana, ello obedeció, entre otros factores, a las modalidades de privilegio organizadas en torno a la élite política. Entre estas modalidades deben señalarse, por ejemplo, las ventajas de aquellos que contaban con el apoyo de la élite política, llámese presidente, ministro o gobernador; la vista gorda de las autoridades a los atropellos de los privilegiados. Factores todos, incidentes, historias personales o familiares que se fueron almacenando en la memoria, social e individual, de aquellos despojados de privilegios. La entrada de la economía capitalista en México encontró, entre un elenco de circunstancias, que los mecanismos de mercado eran incapaces de llevar a cabo una distribución de la plusvalía social que cumpliera por sí misma funciones de consenso. El mercado de la sociedad porfirista presentaba asimetrías de tal magnitud que el espacio en el cual podía prefigurarse un cierto nivel de legitimidad del sistema económico se había reducido, al abrir el siglo, a su nivel más bajo. Si para la élite de Díaz no era, seguramente, imprescindible colaborar con una distribución equitativa de la riqueza (el darwinismo social impreso en su discurso sugiere más bien un laissez faire de las desigualdades entre los individuos), sí debió ser, en cambio, imperativo el generar mecanismos institucionales capaces de asegurar la lealtad de las masas. Si se observan los cuadros 3.2 y 3.3 quedará clara la importancia de lo dicho.

El sector socialmente más delicado era, evidentemente, el de la agricultura. La población formada por peones agrícolas osciló en la época porfiriana alrededor de la mitad de la población económicamente activa total;

Cuadro 3.2 Población de trabajadores rurales y urbanos. Años de 1895, 1900 y 1910.

(Millones de Personas)

Concepto	1895		1900		1910	
	No.	%	No.	%	No.	%
Trabajadores agrícolas y de recolección	2.6	52.3	2.5	47.2	3.1	55.8
peones	2.6	52.1	2.5	46.6	3.0	55.2
recolección	0.009	0.1	0.0029	0.5	0.032	0.6
Artesanía e industria	0.82	16.4	0.98	18.0	0.93	16.6
artesanos*	0.77	15.5	0.93	17.3	0.87	15.6
obreros industriales	0.045	0.9	0.042	0.7	0.058	1.0

Fuente: Tomado de: Hermosillo Adams, Francisco, "Estructura y movimientos sociales" en Cardoso, Ciro (Coord.), México en el siglo XIX, op. cit., p. 468.

* incluye obreros.

Cuadro 3.3 Salario mínimo diario en México, en diversas ocupaciones, 1877-1911. (Centavos diarios)

A Ñ O S	TOTAL EN PRECIOS CORRIENTES		AGRICULTURA EN PRECIOS CORRIENTES		MANUFACTURAS P.C.TE.P.		MINERIA CORRIENTE	
	1900 (1)	1900 (2)	1900 (1)	1900 (2)	1900 (1)	1900 (2)	1900 (1)	1900 (2)
1877	22	32	22	32	22	32	22	32
1885	23	29	22	27	28	34	27	31
1892	30	28	29	26	36	26	33	30
1898	34	39	31	27	39	50	40	47
1902	37	33	35	32	41	36	46	43
1911	49	30	44	27	59	36	118	72

Fuente: Rosenzweig, Fernando, op. cit., p. 447

mientras tanto, los salarios en este sector fueron más a la baja en comparación con la manufactura y la minería. Si, como veremos más adelante, se advierte que no todos los peones recibían un salario a la manera común y común y corriente, debe colegirse que este ámbito de la sociedad porfirista estaba urgido de alguna estructura institucional que detuviera las abruptas caídas en los niveles, no digamos de bienestar, que puede sonar más a eufemismo que a diagnóstico sociológico, sino de supervivencia. Si bien el concepto de pobreza es relativo, los gobernantes de México de aquella época debieron haber confiado menos en las capacidades de los conceptos para diferir intranquilidades y confiar más, en arreglo a sus fines, en políticas concretas y correctas. Pero tal vez hubiera sido mucho pedir: esto implicaba modernizar el Estado.

Estas tareas, sin embargo, no eran sencillas en el marco de un aparato estatal renuente a transformar su estructura y funcionamiento. Los contrastes sociales que estaban por detrás de la variada gama de intereses que el Estado del porfiriato tenía que representar hacían de su aparato elitista de gobierno un ámbito demasiado estrecho para una gestión adecuada. Por otra parte, México no era ya desde aquel entonces una entidad aislada en el concierto de naciones. Los problemas que debía resolver el gobierno mexicano tenían que ver con las complejas interacciones de lo que ocurría afuera y adentro, arriba y abajo. ^{12/} De arriba: grupos y clases sociales, élites

^{12/} Este esquema analítico constituye una propuesta de Perry Anderson, des

acaso, que viven en las cúpulas de la riqueza y el poder; de abajo: grupos y clases sociales, la masa acaso, que habitan los inhóspitos rincones de la pobreza y la sumisión. De afuera: intromisiones, diplomacia, economía mundial, en fin, lo que se refiere a las influencias que ejerce el exterior sobre una nación y su Estado; de adentro: resistencias, políticas, potencia de las clases y del aparato económico en el diálogo con el exterior. La crisis de la modernidad porfirista puede ser leída con este código.

Los últimos años del gobierno de Díaz ven cruzar los procesos sociales y económicos que habrían de escapar al espectro del poder del Estado. Así, por ejemplo, el capital extranjero pone en movimiento procesos que, como ya hemos visto, se desperezaban del postramiento más o menos generalizado que había cundido en la primera mitad del siglo precedente. Se echan a andar las minas, se instalan fábricas, se monta el ferrocarril; sin embargo, así como entra riqueza, y permanece en algunos casos bajo la forma de inversión social fija o "infraestructura", así también sale bajo la forma de ganancias para los países de donde provienen dichas inversiones. El gobierno de Díaz tenía que gobernar estos procesos, pero era evidente: el principal "cuello de botella" era la falta de una modernidad capitalista nacional. No en balde, desde 1880, Justo Sierra, personaje central en la trama ideológico-cultural del positivismo porfiriano, decía: "Si para desarrollar nuestra pro-

sarrollada en una serie de conferencias que dictó en la ciudad de México en 1883, acerca de las revoluciones burguesas. Ha sido tratado en la introducción.

piedad necesitamos de obras inmensas en desproporción absoluta con la potencia de nuestros capitales, nadie nos impedirá sacar estas obras al mejor postor, y si las compañías europeas nos ofrecen condiciones mas ventajosas que las americanas, darles nuestras concesiones". ^{13/} Del mismo modo, el propio Díaz en 1903, ante la virtual monopolización de la red ferroviaria del país por parte de dos compañías norteamericanas, expresaba al ministro alemán su temor de que "México llegara a encontrarse en la misma situación que los Estados Unidos, donde las compañías ferroviarias han demostrado repetidas veces que tienen más poder que el gobierno". ^{14/} Hacia 1907, y a raíz de los sucesos de la huelga de Cananea, el embajador norteamericano, Thompson, notaba en Díaz una visible agitación pues para entonces ya consideraba el gerontócrata que el movimiento tenía un "origen verdaderamente revolucionario", así como también lo tendrían, en opinión del gobernante, los veinte hombres que habían planeado la huelga de San Louis Missouri y movido las cosas en la explosiva ciudad sonorenses; más tarde el embajador Thompson enviaría un telegrama a su gobierno en el que señalaría proféticamente: "parece claro que el presidente Díaz teme que este asunto de Cananea no sea el último". ^{15/}

^{13/} Citado en Leal, Juan Felipe, La burguesía y el Estado Mexicano, México, El Caballito, 1981, p. 81

^{14/} Citado en Katz, Friedrich, La guerra secreta en México I. Europa, Estados Unidos y la revolución mexicana, México, Era, 1983, p. 44

^{15/} Cosío Villegas, Daniel, Historia moderna de México. El Porfiriato. La vida política exterior. Parte segunda, México, Hermes, 1974, p. 330

En 1907 tuvo lugar en México una crisis económica financiera que se alargó hasta 1909. La economía del país era en gran medida dependiente de sus exportaciones de plata, lo cual se volvía un problema de difícil gobierno toda vez que el precio internacional de esta mercancía había venido mostrando una tendencia a la baja; este hecho era de singular importancia debido a que el peso mexicano era precisamente de plata y su precio en el mercado internacional dependía de la cantidad de plata que contuviese. Tanto la balanza comercial y los fondos públicos, como el monto de la deuda externa (que se tenía que pagar en oro, contra el cual se depreciaba la plata), y el valor de importaciones y exportaciones, en fin: la economía del país, tenía que ver casi en su totalidad con lo que le ocurriera a la plata. En este contexto, se habría de llevar a cabo una reforma monetaria, consistente en la precipitada salida de pesos-plata con el fin de desmonetizar la economía y combatir la inflación: en esta medida se habría de expresar ante los ojos de la sociedad el nivel de irracionalidad administrativa que para entonces había alcanzado el sistema de gobierno. El efecto depresivo no se haría esperar, y la respuesta que dio el gobierno fue permitir el crecimiento de los signos monetarios, particularmente el crédito: la inflación del crédito durante la primera década del siglo es correlativa con la inflación de concesiones para emisión fiduciaria que se había propagado desde 1897. El ministro Limantour, autor intelectual de esta desafortunada medida y líder de la camarilla "científica" de Díaz, trató de frenar la emisión de billetes de los bancos estatales y reducir sus existencias en metales. El impacto de esta última medida no se haría esperar: los grupos de terratenientes y financieros de los estados afectados vieron sus intereses mermados significa-

tivamente. ^{16/} Junto con esto, en 1907 se desató el pánico en Wall Street y descendieron los precios internacionales del henequén y el algodón, y de los minerales industriales; el sistema bancario restringió el crédito a largo plazo y las hipotecas, dentro de una modernización financiera que atentaba directamente contra un grueso sector de la clase terrateniente, la cual desde antes había sustituido la vocación capitalista por la especulación. ^{17/}

Coincidieron estas circunstancias con el hecho de que los hacendados pusieron en circulación el deseo de abandonar el sistema de trabajo forzoso por el de trabajo libre; este último tenía la ventaja de ser menos oneroso que el forzado, el cual, por su parte, amortizaba capitales en las deudas de los peones. ^{18/} Es probable que la urgencia por obtener fondos líquidos por parte de los hacendados, imputable al temor provocado por las medidas gubernamentales y a sus hábitos de vida de tipo suntuario, haya sido causa de esta propuesta terrateniente. Sin embargo, a pesar de ello no hubo una liberación significativa de la mano de obra.

Afirmaciones demasiado globales tienen la desventaja de hacer abstrac-

^{16/} Bátiz V., José Antonio y Canudas, Enrique, "Aspectos financieros y monetarios (1880-1910)" en Cardoso, Ciro (Coord.) México en el siglo XIX ... op. cit., pp. 405-435

^{17/} Cockroft, James, op. cit., pp. 37-38

^{18/} González Navarro, Moisés, "El trabajo forzoso en México 1821-1917" en Historia Mexicana 108, Vol. XXVII, abril-junio 1978, p. 603

ción de aspectos particulares que revisten, en el análisis histórico-sociológico, una importancia capital. Si ya antes hemos señalado las inconsistencias de la imagen de la sociedad porfirista como una gran hacienda y su gran tienda de raya, etc., ahora es preciso especificar algunas cuestiones. En primer lugar, habrá de someter a crítica ese "hiperacacillamiento" de la fuerza de trabajo; como veremos más adelante, las formas de relacionarse entre peones y hacendados variaban considerablemente según la región de que se tratara. No era lo mismo el ranchero emprendedor del norte que el dueño de las plantaciones del sureste, un semiesclavista. Así sucede también con la imagen prototípica del hacendado porfirista: personaje representativo de una sociedad lerdia y adusta, en la que no caben los cambios ni las innovaciones: un tipo interesado exclusivamente en conservar las bases del sistema por el cual se creaba su patrimonio y se garantizaba su status. No era lo mismo el indígena sembrador de maíz y bebedor de pulque del centro de la república al vaquero minero de las praderas norteñas. El desarrollo capitalista y modernizador de México durante el porfiriato tuvo diversas causas, orígenes y efectos según la región o la población de que se tratara. Toda aseveración que se haga sobre la dimensión global de estos desarrollos abrevia y simplifica una realidad heterogénea y compleja. Estas diferencias regionales son fundamentales para el estudio, por lo cual habrá que detenerse en ellas un poco.

Las dimensiones regionales de la crisis.

Durante el porfiriato, las haciendas del sur del país basaban su pro-

ducción en el cultivo del caucho, café, tabaco, henequén y azúcar, aunque este último se cultivaba también en el estado de Morelos. Casi todos estos productos provenían de las tierras llanas del trópico, particularmente de los estados de Yucatán, Tabasco, Chiapas, parte de Oaxaca y Veracruz. El aumento de la producción obedeció al incremento en la demanda de estos productos entre 1877 y 1910 y al acercamiento de las plantaciones con los mercados, principalmente internacionales, ocurrido gracias al desarrollo de los ferrocarriles y otros medios de transporte. La mayor parte de los hacendados de esta región prefirieron aumentar el uso de la mano de obra, ya sea cambiando la forma de su empleo, contratando mano de obra o aumentando el número de trabajadores que procedían de las aldeas comunales. ^{19/}

Estas medidas eran facilitadas por el aumento en la oferta de mano de obra nacional que ocurrió en la época de Díaz. Entre los factores que influyeron en este hecho, se cuentan la deportación de indígenas rebeldes a Yucatán, de descontentos políticos del régimen de Díaz del centro y norte del país enviados a Yucatán, Valle Nacional en Oaxaca o Tabasco, y delinquentes comunes y vagos. También se cuenta entre los factores que influyeron en el aumento de la mano de obra, trabajadores contratados voluntaria o involuntariamente. ^{20/} De ahí la formación de un sector social medio constituido por contratistas de trabajadores. ^{21/} No parece necesario, pues,

^{19/} Katz, Friederich, "Condiciones de trabajo en las haciendas de México durante el porfiriato: modalidades y tendencias". en La servidumbre agraria en México en la época porfiriana, México, Era, 1980, pp. 25-26

^{20/} Ibid., p. 26

^{21/} Ibid., p. 31 En Yucatán, en particular, las leyes penales desde la

resaltar que "los trabajadores de las haciendas no constituían una masa uniforme en condiciones idénticas, sino una jerarquía muy compleja de grupos sociales". 22/ Estos grupos se distinguían por el acceso a la tierra y a los recursos, a la protección y paternalismo del hacendado y a diversos orígenes étnico-sociales. 23/

Del otro lado de la escala social, los principales beneficiarios con el aumento en la producción fueron extranjeros. Así, los alemanes en las fincas cafetaleras de Chiapas, los españoles y cubanos en las tabaquerías del Valle Nacional y los norteamericanos en las plantaciones del caucho de la región de Tehuantepec, 24/ todos ellos compartían un ambiente restringido de modernización por la ausencia de un medio económico-social con características industriales o mineras que sirvieran de estímulo tanto en lo que se refiere a la competencia de mano de obra como por lo que atañe al impacto que ello crea en la infraestructura instalada, en el mercado interno y en los procesos productivos para incrementar el nivel de productividad.

época de la Reforma consideraban como miembros de la policía judicial a mayordomos y administradores; además, a aquellos que no trabajaran los días útiles de la semana se les perseguía en calidad de vagos. Cfr. González Navarro, Moisés, op. cit., p. 559

22/ Katz, Friedrich, "Condiciones ...", p. 31

23/ Ibidem.

24/ Además de ello, los henequeneros de Yucatán, no obstante ser todos mexicanos, vieron en la Internacional Harvester Company la principal beneficiaria del auge del henequén de 1910. Katz, Friederich, "Condiciones ..." op. cit., pp. 32-33

Bajo estas condiciones, el sur de México vio florecer un sistema de sujeción de la mano de obra que, en muchos sentidos, asemejaba formas de explotación de los trabajadores cercanas a la esclavitud. Los imperativos capitalistas se comunicaban con esta estructura productiva por medio del mercado externo. De esta manera, los hacendados sureños del México porfiriano subordinaron a los trabajadores a la lógica del capital por medio de un sistema coercitivo que rebasaba los tipos tradicionales, de peonaje por endeudamiento, para establecer uno nuevo por el cual los trabajadores se veían obligados a permanecer en las fincas y en el que colaboraban desde las autoridades nacionales, el ejército y los rurales hasta las autoridades locales, los enganchadores particulares y la policía de las haciendas. ^{25/} Las condiciones de los acasillados se transformaron; si en los primeros años de la época de Díaz éstos conservaban condiciones mejores que las de los deportados y contratados, a fines del siglo XIX y principios del XX la semejanza entre estas categorías de trabajadores era cada vez mayor. La baja en los precios del henequén, por ejemplo, a fines del porfiriato, se transformó, además, en una disminución de los salarios adelantados a los trabajadores. ^{26/}

No obstante que las condiciones prevalecientes en el sur de México eran tan críticas, la participación de estas entidades en la revolución de 1910 fue mínima o tarcía, como en Yucatán. Su aislamiento físico dificultaba la

^{25/} Ibidem., p. 31

^{26/} Ibidem., pp. 27-29

llegada de noticias de lo que ocurría en otras partes del país; además, la diversidad en el origen social de los trabajadores (peones mayas, yaquis de Sonora y deportados del centro) impedía una acción concertada; la constitución de un sistema bien articulado para conservar a los trabajadores en las fincas fue el otro factor que contribuyó a la quietud de la región. ^{27/} Además, el sur de México no era un bloque homogéneo en el que se puedan apreciar similitudes en términos económicos y de comportamiento político. Fuera de las zonas peninsulares en que se desarrollaba la producción del henequén, subsistían las formas primitivas de economías de subsistencia; el impacto de la modernidad en esas zonas, representado por la presencia del ferrocarril, fue casi enteramente nulo. Esto es más evidente en la zona del Pacífico Sur, donde se tenía, para 1910, sólo medio kilómetro de vía de ferrocarril por cada 100 kilómetros cuadrados de superficie y las ventas al menudeo manifestadas por habitante a las administraciones de la renta del tiembre fueron, para el año 1910-1911 en los estados de Chiapas y Oaxaca, junto con Guerrero, las más bajas. ^{28/}

En las haciendas del centro de México, mientras tanto, parecían operar fuerzas contradictorias; si por un lado aumentaba el número de trabajadores residentes y de sus deudas personales a causa del aumento de la competencia por la mano de obra de parte de las nuevas industrias, por el otro disminuía

^{27/} Ibidem., pp. 53-54

^{28/} Rosenzweig, Fernando, op. cit., pp. 414-416

la necesidad de los hacendados de atar a los trabajadores a las tierras por medio del endeudamiento gracias al aumento en la oferta de mano de obra en la región. ^{29/} Esta situación se explica, parcialmente, por la convivencia de ágiles progresos en ciudades comerciales con una cierta tendencia a ingresar a una fase de industrialización incipiente pero, en su conjunto, diversificada, y ciudades que se estancaban demográfica y económicamente y cuyas pequeñas industrias y establecimientos artesanales se resistían a modernizarse y a ofrecer una adecuada competencia a las primeras. Aguascalientes, México, Guadalajara y Toluca son representativos de la primera categoría; Morelia, Puebla, León y Querétaro de la segunda. ^{30/}

Entre las haciendas ubicadas en la región central se distinguían dos tipos: las que producían maíz, trigo y pulque, que constituían la mayoría, y las especializadas en productos tropicales, como las de Morelos. ^{31/} En

^{29/} Katz, Friederich, "Condiciones ..." pp. 37-38. Moisés González Navarro señala: "En los estados del Centro, donde abundaba la mano de obra, los anticipos eran menos frecuentes y cuantiosos, salvo quizá en las haciendas morelenses. En Jalisco los préstamos eran insignificantes, comparados con los del Norte y los del Sur, pues rara vez pasaban de quince pesos, esto es, unas tres mensualidades". op. cit., pp. 602-603

^{30/} Rosenzweig, Fernando, *op. cit.*, pp. 418-420. Sin embargo el caso de Puebla es especial por su ya vieja tradición en la industria textil. Si el exceso de mano de obra había promovido la desaparición de peonaje por endeudamiento, en la región de Puebla-Tlaxcala éste se reforzó por el ofrecimiento de mejores salarios por parte de la industria textil de la región. Véase, F. Katz, "Condiciones ..." p. 38

^{31/} Katz, Friederich, *ibid.*, p. 33. Juan Felipe Leal y Mario Huacuja Rountree distinguen tres tipos diferentes: las cerealeras, las pulqueras y las azucareras. Sin embargo esta distinción está determinada por la

ambos tipos de hacienda la ampliación del mercado interno y, eventualmente, externo. significó transformaciones cualitativas no exentas de importancia. La abolición de la alcabala, en 1896, y el continuo crecimiento del transporte, representado por el ferrocarril, había abierto la posibilidad para que se ampliara el nivel de intercambio de mercancías entre regiones diversas. No obstante, los niveles de intercambio mercantil fueron más altos en los estados en que se combinaba la agricultura comercial y las manufacturas de los centros urbanos, con respecto a aquellos estados en que predominaba la agricultura de subsistencia y las artesanías. 32/

Este crecimiento del mercado indujo entre los hacendados un comportamiento económico en el que el estímulo de la ganancia se convertía en un factor fundamental. Si por un lado "el hacendado" del tipo ideal más aceptado conservaba un patrimonio cultural aristocratizante por el cual no accedía a modernizar sus fincas, por el otro existía la posibilidad de incrementar sus excedentes por medio del uso extensivo de la fuerza de trabajo. Esto era más significativo en la región central, donde el alto volumen de trabajadores desocupados permitía aumentar la producción a cambio de una ba-

necesidad de destacar el papel de la comercialización del pulque opera en las relaciones de producción dentro de las haciendas pulqueras. Véase Leal, Juan Felipe y Huacuja R., Mario. Economía y sistema de haciendas en México. La hacienda pulquera en el cambio. Siglos XVIII, XIX y XX. México, Era, 1982, Introducción.

32/ Rosenzweig, Fernando, op. cit., p. 417

ja en los salarios. ^{33/} En las haciendas del centro de México productoras de maíz, trigo y pulque, la tendencia predominante era el uso extensivo de fuerza de trabajo y la expropiación de tierras comunales. La manera de incrementar la productividad consistía en ampliar la jornada de trabajo a cambio de la misma retribución; una forma de incrementar las ganancias era reducir el salario a través del aumento del precio de los productos que se vendían dentro de la hacienda; otra forma era reducir los ingresos de los arrendatarios ya sea disminuyendo la cantidad de tierra para cultivo o aumentando la renta de la tierra. ^{34/}

Según la clasificación hecha recientemente por dos autores, ^{35/} las tierras de las haciendas se dividían en tres sectores: un sector de explotación directa, un sector de explotación indirecta y un último de reserva. El primero era trabajando por peones libres y endeudados y se subdividía en dos áreas: una cuya producción se destinaba al mercado y otra para abastecer la finca. El sector de explotación indirecta se destinaba al arrendamiento, la aparecería o el colonato, y de él se obtenían rentas en dinero, en especie o en trabajo. El sector de reserva servía para regular la explotación global de la hacienda de acuerdo con las exigencias del mercado.

^{33/} Ibid., p. 447; Katz, Friederich, "Condiciones ...", p. 34

^{34/} Katz, Friederich, ibid., pp. 34-35

^{35/} Leal, Juan Felipe y Huacuja, Mario, op. cit., Introducción, pp. 12-13

De este modo, en situaciones de contracción de la demanda o baja de precios, se reducía el sector directo de explotación y se ampliaba el indirecto o el de reserva; cuando, por el contrario, se expandía el mercado o se elevaban los precios, el sector directo de explotación era ampliado a costa de los otros dos. En el periodo que va de 1877 a 1907 la producción de maíz y trigo disminuyó, volviéndose con ello el país cada vez más dependiente de las importaciones. ^{36/} A pesar del incremento en la producción destinada al mercado, la capacidad productiva media de las haciendas especializadas en el cultivo de estos productos no lograba satisfacer la creciente demanda.

En estas condiciones, dentro de las propias haciendas se ejercía un trato diferenciado para los trabajadores de acuerdo con la escala social a que pertenecieran. Como ya ha sido mencionado, tanto peones como arrendatarios fueron sujetos a una extorsión aguda de su trabajo como consecuencia de los imperativos del mercado. Considerando el conjunto de la economía, puede caracterizarse esta situación bajo la categoría "subsunción formal del trabajo al capital" de Marx. Esto último tiene relación con el trato de que eran objeto en tanto permite comprender los mecanismos que, en el interior de la hacienda, procuraban la legitimación tanto de los hacendados como del sistema económico en que vivían.

Las deudas de los peones acasillados eran el resultado del principal

^{36/} Katz, "Condiciones ...", p. 34, n. 77

mecanismo: los adelantos. Se trataba de pagos anticipados por los días que habría de trabajar el peón durante el año. En estos préstamos se incluía una relación social en la que el peón cambiaba su lealtad al hacendado por la magnanimidad de éste y el interés que mostraba por el bienestar de sus trabajadores. Los adelantos cumplían la doble función de legitimar y asegurar la permanencia de los trabajadores sólo en los casos en que existían centros productivos —principalmente industrias— que ofrecieran mejores condiciones laborales. La abundancia de mano de obra en el centro del país permitía que los adelantos fueran menos cuantiosos y frecuentes que en el sur y el norte. Por ello, lo más probable es que la mayor parte de las relaciones de endeudamiento cumplieran, entre otros, el papel de legitimar las relaciones de producción de las haciendas del centro de la república. ^{37/}

La situación era diferente para los arrendatarios. Este grupo se componía de campesinos despojados de sus tierras. Recibían adelantos para poder empezar su cultivo, pero estaban sujetos a las arbitrariedades de los hacendados, quienes solían cobrarse con la cosecha completa; no tenían ningún tribunal al cual acudir. ^{38/} Acasillados, trabajadores eventuales, arrendatarios y medieros veían reducir paulatinamente sus condiciones de vida; mientras tanto, contratistas de trabajadores, capataces y arrendatarios acomodados tenían acceso a ascensos en la escala social. ^{39/} Muchos traba-

^{37/} Véase Ibid., p. 38

^{38/} Katz, Ibid., p. 36

³⁹ Ibid., p. 42

jadores emigraron al norte del país en busca de mejores condiciones de vida; la mayoría se estableció en la zona de la Laguna en Coahuila y Durango. ^{40/} Otros emigraban a Estados Unidos, principalmente de los estados de Jalisco, Guanajuato, Zacatecas y Michoacán. ^{41/}

El segundo tipo de haciendas que ocupaban el centro de México eran aquellas especializadas en la cosecha de productos tropicales. La composición de la fuerza de trabajo presentaba una mayoría de trabajadores temporales y una minoría de acasillados. En el estado de Morelos, cuya producción estaba basada en el azúcar, a fines del siglo XIX una cantidad considerable de campesinos, a consecuencia del despojo de sus tierras y de carencia de medios materiales para subsistir, comenzó a trabajar en calidad de aparceros una parte de las tierras de las haciendas, regularmente las de menor calidad. Sin embargo, esta situación era relativamente nueva. Después de 1880, la apertura de nuevos mercados transformó el comportamiento económico de los hacendados morelenses, convirtiendo la relación entre haciendas y pueblos en una convivencia cada vez más crítica.

No parece exagerado afirmar que esto constituyó, de partida, una ruptura con las tradicionales formas que había adoptado esta relación. Los

^{40/} Katz, Friederich, La guerra secreta en México. I. Europa, Estados Unidos y la Revolución Mexicana, México, Era, 1983, p. 31

^{41/} Rosenzweig, Fernando, op. cit., p. 451

símbolos rotos de una tradición que abastecía de los medios para configurar una relación de subordinación pueden considerarse como parte de la finalización de una trayectoria en que habían convivido dos culturas opuestas. Desde el siglo XVI, la caña de azúcar ocupaba entre los cultivos tropicales la mayor importancia, gracias al constante incremento en su demanda. Los ingenios azucareros fueron desde un principio grandes explotaciones, que empleaban centenares de hombres, indios o negros. El propio Hernán Cortés parece haber sido el iniciador del cultivo del azúcar; tenía su propio ingenio en Tlaltenango, en las inmediaciones de Cuernavaca. A principios del siglo XVII empezaron a proliferar en la región otros ingenios. ^{42/} Desde aquella época, las haciendas azucareras empezaban a constituirse como comunidades autosuficientes, exteriores a las comunidades indígenas; anunciaban, ya, desde el siglo XVI, la hacienda mexicana clásica. ^{43/} Hasta la segunda mitad del siglo XIX, las relaciones entre los pueblos aledaños y las haciendas azucareras se habían desarrollado bajo una quietud. Si bien la opresión era el signo distintivo en la relación entre haciendas y comunidades indígenas, dicha opresión no se había traducido en un despojo generalizado del patrimonio campesino. "Haciendas azucareras, rancherías tradicionales, pequeñas propiedades, agricultores independientes, poblados de peones, pueblos más grandes, ciudades provinciales; no todas estas diferentes clases de socieda-

^{42/} Chevalier, Francois, La formación de los latifundios en México. Tierra y Sociedad en los siglos XVI y XVII, México, FCE, 1976, pp. 106-109.

^{43/} Ibid, p. 115

des florecían, pero todas eran capaces, mal que bien, de sobrevivir". ^{44/}
En parte, esta situación es explicable por las peculiares características del proceso productivo dentro de las haciendas azucareras: la producción del azúcar requiere grandes contingentes de mano de obra para el periodo de la cosecha, que es relativamente corto. La reserva de mano de obra podía subsistir durante el resto del año dentro de sus propias unidades sociales. ^{45/}

Poco a poco la racionalidad capitalista empezó a introducirse entre los hacendados morelenses. Al terminarse la construcción del ferrocarril de Veracruz a México, en 1873, ocurrió una reducción en los precios del transporte. Esto permitió importar maquinaria pesada con la cual se construyeron grandes ingenios azucareros; esta tendencia fue más acentuada desde la década de 1880.

La apertura de nuevos mercados, que en aquellos años empezaba a operar, impulsó un mayor cultivo de azúcar para lo cual era necesario ampliar las tierras de cultivo. Entre los hacendados se estableció, así, una competencia por obtener la tierra, el agua y la mano de obra. ^{46/} De aparceros,

^{44/} Womack, John, Zapata y la revolución mexicana, México, Siglo XXI, 1982 p. 41.

^{45/} Wolf, Eric, Las luchas campesinas del siglo XX, México, Siglo XXI, 1930, p. 49

^{46/} Womack, cit., p. 13

los campesinos morelenses pasaban a formar, con el paso del tiempo y el aumento de sus deudas, cuadrillas de asalariados. 47/

En este contexto se habrían de celebrar en 1909 las elecciones para gobernador en el estado de Morelos, las cuales se derivaron de la muerte del anterior gobernador, Manuel Alarcón. Díaz eligió como candidato a Pablo Escandón, personaje ajeno a la vida morelense. Un grupo de hacendados apoyó la candidatura de Escandón con el objetivo de liquidar el arraigo popular del antiguo gobernante: con la candidatura de Escandón tendrían todas las facilidades para apoderarse de las tierras por las que competían. Las tierras de Morelos eran las más caras del país, pero adquirirlas era difícil pues no se ponían en venta. Otro grupo de hacendados, opositores al régimen de Díaz, promovieron la candidatura de Patricio Leyva, hijo de un antiguo caudillo de la zona. Más adelante, cuando las elecciones habían hecho salir a la superficie todo el descontento de la población, en este candidato habrían de reconocerse los pobres, los desplazados de las élites políticas y los que habían sufrido el despotismo de las autoridades. 48/

Desde fines del siglo XIX, los hacendados morelenses estaban sujetos a fuertes presiones económicas. La conquista del mercado interno era el principal imperativo, pues capitalistas norteamericanos se habían convertido en

47/ Ibidem.

48/ Ibidem.

una fuerte competencia por las inversiones que estaban realizando en Veracruz en el ramo del azúcar. ^{49/} En Morelos, al igual que en la mayor parte del país, el impacto creado por la modernidad capitalista comenzaba a erosionar el patrimonio tradicional de la población. La tierra, que había servido hasta entonces como cohesionador social, ahora formaba parte de modernos y poderosos hacendados. La transformación de los antiguos campesinos en asalariados, además de destruir su mundo de vida, los colocaba frente a un mercado en el que se enfrentaban salarios relativamente altos con precios de maíz y frijol muy elevados por ser de importación. ^{50/} Estas condiciones no explican por completo el comportamiento político que los campesinos zapatistas habrían de asumir posteriormente. Lo que empieza a estar claro es la incapacidad de la élite porfirista para dar respuesta a los profundos cambios que la sociedad empezaba a experimentar.

El norte de México presentaba, a diferencia del sur y el centro, características peculiares. Propiamente, el conjunto de características que

^{49/} Ibid., p. 46

^{50/} Ibid., p. 45. Ciertamente, para todo el centro del país, el despojo de tierras y la absorción, por parte de las haciendas, de los campesinos desempeñaron importante papel en que disminuyera la producción de granos alimenticios, lo que, sin duda, desmejoró los niveles de nutrición de esta población. En todo caso, es probable que este hecho contribuya a explicar, junto con la mayor densidad de población que presentaba el centro con respecto a las costas y al norte, el que esta región del país presentara los más altos coeficientes de mortalidad. Cfr. Rosenzweig, Fernando, op. cit., p. 439

distinguan al norte del resto del país constituyó el punto en el que se situó la diferencia específica de la revolución mexicana; fue allí donde el proceso de modernización capitalista impulsó transformaciones sociales que culminaron en la eliminación del orden institucional porfiriano. La vocación modernizadora de algunos sectores ubicados entre las clases altas de la sociedad norteaña y su incesante trayectoria por gobernar el país fueron factores cruciales para los acontecimientos que se avecinaban. Las posibilidades que tenía la masa de trabajadores para trasladarse de una unidad productiva a otra eran mayores que en el centro y sur del país. Sin embargo esta situación variaba de acuerdo con la calidad de la tierra, las lluvias y la distancia de la frontera con los Estados Unidos. Las condiciones para los medieros se volvían más difíciles en la medida que las haciendas estaban más lejos de la frontera, de las minas y de las industrias: en estas circunstancias, la tendencia era adoptar el sistema de peonaje por endeudamiento. "En Durango (...) había mucho más peonaje por endeudamiento que en los estados fronterizos de Sonora, Chihuahua y Coahuila". ^{51/} Esto se debía a la escasez de mano de obra que padecían los hacendados norteaños, la ausencia de comunidades indígenas que despojar y a la facilidad que tenían los trabajadores y los arrendatarios para encontrar trabajo en otras haciendas o en los Estados Unidos. ^{52/}

^{51/} Katz, Friederich, "Condiciones" ..., cit., p. 45

^{52/} Ibid., pp. 43-45

La movilidad de la fuerza laboral coincidía con una diversidad de actividades desconocida entonces en el resto del país. Los trabajadores agrícolas se desplazaban, de acuerdo con expectativas creadas por los ritmos de trabajo, a las industrias, minas y a los Estados Unidos. El mismo Friederich Katz ha sintetizado la estructura social de las zonas rurales del norte. La población rural nortea estaba compuesta por ex-colonias militares, miembros de tribus indígenas, peones tradicionales, vaqueros y un proletariado semiagrícola y semindustrial. 53/

Los hacendados norteaños también mostraban peculiaridades significativas. El poderío político de que gozaban estaba ligado con el grado de independencia que tuvieran con respecto al poder central. Si en alguna forma se puede hablar de un tipo de dominación patrimonialista dentro del Estado porfirista, esto es válido para el norte del país. Los puestos políticos de la región se habían convertido en auténticas prebendas que garantizaban sus lealtades al poder central. Sin embargo, a partir de 1900 empezó a aparecer claro que la élite que rodeaba a Díaz estaba dispuesta a desplazar a los viejos caudillos de la oligarquía tradicional del poder político. 54/

En San Luis Potosí, por ejemplo, una naciente dinastía de mineros en conjunción con hombres de negocios de la región promovieron en 1896 con el

53/ Katz, Friederich, La guerra secreta, cit., p. 38

54/ Ibid., p. 33

presidente Díaz el cambio del gobernador Carlos Díaz Gutiérrez por uno "más joven, más progresista y dinámico". Su propuesta fue Blas Escontría, quien fue designado dos años más tarde a la muerte de Díaz Gutiérrez. El fondo del asunto parece ser que se encontraba en los deficientes manejos que el antiguo gobernador había hecho con los fondos públicos. La oligarquía potosina se había visto afectada por la crisis económica de 1892-1895, motivada por una caída en el mercado de la plata, y la solución que dio Escontría fue promover la inversión extranjera para reactivar la economía y superar la crisis. ^{55/} Al igual que en otros lugares del país, ciertos miembros de los ricos del estado se encontraban desplazados por el sistema de privilegios de la política porfiriana. Simultáneamente, la Huasteca, la zona más fértil del estado, había atestiguado la modernización y expansión de las haciendas y el despojo de las tierras de los campesinos. Con la derrota del levantamiento de los pueblos huastecos, en agosto de 1910, y el posterior liderazgo de personajes pertenecientes a las clases medias y a la élite potosina, el originario matiz "radical" de las demandas campesinas se apagó, a pesar de la influencia ideológica que llegó a tener el zapatismo en la región. ^{56/}

En el estado de Sonora germinaba paulatinamente un creciente descon-

^{55/} Cockroft, James, op. cit., p. 23 ss.

^{56/} Falcon, Romana, "Movimientos campesinos y la revolución mexicana: San Luis Potosí y Morelos" en Cuadernos Agrarios 10/11, diciembre 1980, pp. 141-152.

tento contra el régimen de Díaz en su conjunto, y en particular contra el gobernador Luis E. Torres, de la élite porfirista. En Novojoa, por ejemplo, el maderismo despertó un fuerte entusiasmo, cuyos orígenes se encontraban claramente ubicados en las desavenencias entre la antigua oligarquía desplazada y la élite porfirista detentadora del poder político y, por esa vía, de grandes privilegios económicos. Esto era particularmente evidente en el acceso a la tierra y al agua para riego. ^{57/} La ciudad de Alamos padecía del mismo mal: su tradicional oligarquía se había visto desplazada por el auge de otras ciudades. Esto constituyó un incentivo para el apoyo que brindó al maderismo. ^{58/} En estos lugares, como en el Valle del Yaqui, la modernidad capitalista se desarrollaba a costa de intereses que habían tradicionalmente imperado (la oligarquía desplazada) o, por lo menos, subsistido (los Yaquis).

La situación no era diferente para Chihuahua. Este estado de cosas en ambas entidades permitió que sus oligarquías "se convirtieran rápidamente en blanco de la oposición, si bien era poco lo que los unía fuera de su odio a la omnipotente oligarquía caudilista". ^{59/} En Coahuila, por el contrario, el conflicto con el gobierno de Díaz era abierto. La oligarquía coahuilense había brindado, desde 1887, su apoyo al general Bernardo Reyes, probable su-

^{57/} Aguilar Camín, Héctor, La frontera nómada: Sonora y la revolución mexicana, México, Siglo XXI, 1981, pp. 19-39

^{58/} Ibid., pp. 39-45

^{59/} Katz, Friederich, La guerra secreta, cit., P. 33

cesor de Díaz en la presidencia. Díaz había intentado ya someter a los caudillos locales al poder central, pero parece ser que la voluntad de independencia de éstos era superior. Los terratenientes coahuilenses, particularmente los de la región de La Laguna, habían sido excluidos del gobierno federal, y el propio Díaz había impedido la elección para la gubernatura de un rico terrateniente de Coahuila, Venustiano Carranza. 60/

Todas estas circunstancias se ubicaban en el marco de la transformación de la frontera norte de México; de una frontera con indios nómadas pasaban a ser una frontera con los Estados Unidos. 61/ Durante el porfiriato hubo un firme desarrollo urbano, que lindó en ocasiones con lo excepcional, gracias a la expansión de la minería, la agricultura comercial y las manufacturas, además de la introducción del ferrocarril. 62/ En todas estas actividades la participación del capital extranjero, y predominantemente norteamericano, no era despreciable. Si por un lado Díaz imponía su poder político en la región, por el otro las inversiones extranjeras imponían el económico. 63/ En palabras de Héctor Aguilar Camín:

60/ Ibid., p. 34

61/ Ibid., pp. 23-26

62/ Rosenzweig, Fernando. op. cit., p. 418

63/ Katz, Friederich, La guerra secreta, cit., p. 23. Parece ser que el empresariado de Monterrey cambió su lealtad política por el apoyo gubernamental para la acumulación de capital, aunque sus lazos con Bernardo Reyes podrían introducir a pensar que la relación no era tan simple. Véase Cerutti, Mario, "Arqueología del grupo Monterrey" en Cuadernos Políticos no. 33, julio-septiembre 1982, pp. 94-101

La modernidad llegó al Norte montada en el ferrocarril, la inversión norteamericana, la agricultura intensiva, la minería de metales industriales, el comercio en puertos y aduanas. 64/

El levantamiento de Madero en 1910 logró aglutinar el descontento creado por la situación señalada. Madero llegó a representar en algunos sectores el lazo de continuidad con el reyismo; en otros, la posibilidad de un mejoramiento en el reparto de la tierra. Sin embargo, hubo un grupo social que encontró en la rebelión una nueva forma de ganarse la vida. Todos aquellos trabajadores que dividían sus labores en la agricultura y la minería se vieron expuestos a las crisis cíclicas de la economía por su vinculación con los Estados Unidos. Entre 1908 y 1909, esta población se vio desempleada, principalmente en el ramo de la minería. Miles de mexicanos que trabajaban en los Estados Unidos quedaron desocupados y eran embarcados de regreso a México. Coincidió en 1909 esta situación con el hecho de que la pérdida en la cosecha de maíz en el norte fue particularmente aguda. 65/ La población minero-agricultora que poblaba la zona de la Sierra Madre Occidental; la que no había podido realizar una modernización tecnológica por la devaluación de su principal producto, la plata, con lo que se reducía su capacidad de importar; la que había coexistido junto a las grandes explotacio-

64/ Aguilar Camín, Héctor, "La revolución que vino del norte" en Saldos de la revolución, México, Oceano, 1984, p. 12

65/ Katz, Friederich, "Condiciones ...", cit. p. 46

nes mineras, que desde 1906 habían establecido su predominio; la población cuyas regiones presentaban comportamientos demográficos de altibajos, debido a su gran capacidad de movilidad; es ésta la gente que primero se subleva en 1910. 66/

El régimen político porfiriano debía dar respuesta, como se ve, a un complejo y cambiante orden social. Frente a las condiciones del sur del país, el régimen dejaba carta abierta para que las haciendas henequeneras dedicadas a la exportación resguardaran mediante mecanismos compulsivos a la fuerza de trabajo. En el centro, el régimen conjugaba una política de apoyo a los despojos de las tierras campesinas con otra de represión a cualquier intento de crecimiento de la incipiente clase obrera de la época; 67/ así como el centro del territorio se caracterizaba por tendencias múltiples en las relaciones que se organizaban en el campo, así también el proceso de urbanización y de industrialización que operó en el centro durante el periodo aseguró que la enorme oferta de mano de obra tuviera, en algunos casos, la oportunidad de desplazarse a las ciudades para nutrir las filas obreras y que los salarios mantuvieran su nivel bajo, sobre todo hacia el ocaso del periodo de Díaz (véase cuadro 3.4): entre el elenco de posibles medidas se encontraba, como último recurso, el empleo de la violencia, cuyo ejemplo más

66/ Guerra, Francois Xavier, "Territorio minado. Más allá de Zapata en la revolución mexicana" en Nexos 65, mayo 1983, pp. 34-38

67/ Hart, John M., El anarquismo y la clase obrera mexicana, 1860-1931, México, Siglo XXI, 1980, pp. 99-139

claro y sangriento fue el de la huelga de Orizaba en 1907.^{68/} En términos generales, el régimen político hacía descansar en industriales y hacendados la autoridad necesaria para gobernar sus correspondientes segmentos de realidad que se hallaban envueltos en el proceso de modernización. El norte, en tanto, era testigo de los profundos cambios que habrían de constituir, finalmente, los principales ingredientes de ese extraño platillo que hemos dado en llamar la modernidad mexicana: minas y mineros, modernas y con libre movilidad, respectivamente; ciudades en rápida expansión; vaqueros acostum-

Cuadro 3.4 Salario mínimo diario por zonas del país 1895-1908.
(Centavos por día)

Z O N A S	1895		1898		1908	
	E	N	P	R	E	C
	CORRIENTES	1910	CORRIENTES	1910	CORRIENTES	1910
República Mexicana	23	29	34	39	44	33
Norte	28	30	34	37	53	39
Golfo	28	45	49	55	68	52
Pacífico Norte	34	31	42	45	67	47
Pacífico Sur	19	25	28	34	34	31
Centro	21	25	30	37	35	25

Fuente: Rosenzweig, Fernando, op. cit., p. 450

^{68/} Un mes antes de este suceso, la región de Puebla-Tlaxcala presenció también una huelga extendida en el ramo textil. Industriales y obreros convinieron en que el presidente Díaz arbitrara el conflicto, que parece haber tenido un resultado adecuadamente convenido por ambas partes. Sin embargo, a raíz de los acontecimientos de Orizaba, en enero de 1907, se incrementaron las medidas de seguridad entre los trabajadores, así como también se incrementaron los salarios al doble. Véase El Tiempo, Domingo 13 de enero 1907.

brados al galope y a portar armas. El régimen porfirista buscaba imponer su autoridad en este mundo de rápidos y bruscos cambios, mundo habitado por gente que para entonces ya podía ver la modernidad estadounidense al otro lado de la frontera.

Las dimensiones externas de la crisis.

Las relaciones que sostenía el régimen porfiriano con el exterior habían venido experimentando serios ajustes. Mientras el aparato de gobierno mantenía su alianza con los sectores ricos de la sociedad mediante el control y apaciguamiento de las clases trabajadoras en el proceso de extrañamiento de la fuerza de trabajo hacia los existentes medios de producción (destrucción de comunidades campesinas y del artesanado), vale decir el proceso de acumulación originaria de capital, mientras esto pasaba adentro, el panorama externo se transformaba. En los años de la primera década del siglo el aparato porfiriano buscó contrapesar el creciente poderío de la economía norteamericana alentando las inversiones de los países europeos. Según Friederich Katz, cuando los países europeos atendieron la invitación de Díaz, México "se convirtió en uno de los principales escenarios de la rivalidad europeo-norteamericana en América Latina".^{69/} Esto tenía que ver con las relaciones que mantenía la élite política de los "científicos" con los países europeos, mucho más favorable que la que mantenía con los Estados

^{69/} Katz, Friederich, la guerra secreta I, cit., p. 40

Unidos; además, la frontera norte se había convertido en una seria preocupación de Díaz, sobre todo a raíz de los disturbios que provenían de mexicanos desafectos al régimen, que en su mayoría tenía fuertes ligas con la población texana de origen mexicano. Esta población texana tenía un fuerte peso en la vida política del estado sureño, lo cual predisponía a los candidatos a puestos públicos de aquel lugar a obtener su apoyo, por lo cual también, la persecución de la Junta Revolucionaria dirigida por Ricardo Flores Magón no se llevaba a cabo con la celeridad y eficacia que los gobernantes mexicanos hubiesen deseado. ^{70/} En 1907, el cónsul general de Estados Unidos en una nota confidencial advertía que el régimen de Díaz no era, en absoluto, "una autocracia benévola", según lo que se creía, sino una "bien manejada oligarquía"; además, el mando no estaba ya en el presidente Díaz, sino en "la camarilla que lo rodeaba"; esto, agregaba, estaba claro para el pueblo dada la escasa popularidad del grupo gobernante, compuesto por ministros, magistrados, gobernadores de los estados, altos jefes militares y ricos influyentes. El embajador Thompson, dos años más tarde, confesaría con pesadumbre el haber comprobado la deslealtad de que era objeto el gerontócrata por parte de personas y círculos "de quienes jamás se hubiera sospechado tal cosa". ^{71/}

Estos eran los términos en que se expresaban los observadores extran-

^{70/} Cosío Villegas, Daniel, op. cit., pp. 345-346

^{71/} Ibid., p. 351

jeros representantes del gobierno norteamericano sobre los límites, que se hacían ya visibles, del régimen de Díaz. Sin embargo, la situación no era tan grave en ello como en lo más complejo, que se refería a las relaciones del aparato gubernamental con el cambiante escenario exterior: la fuerza de este escenario ahora se componía de grandes y poderosos trust que empujaban con diversa eficacia los acontecimientos. El capital alemán y el francés tenían, en efecto, cierta importancia que, sin embargo, no se comparaba con la de Gran Bretaña. En 1907-1908 se formó la compañía de Ferrocarriles Nacionales de México, cuyo objetivo habría de ser el de romper el monopolio que ejercían los Estados Unidos sobre la red ferroviaria, pero sobre todo sobre el control de las tarifas de los fletes. Este control había hasta entonces favorecido a las empresas norteamericanas a costa de sus rivales europeas y de las propias empresas mexicanas. En probable connivencia con la Pearson Trust, empresa británica que había fundado la que habría de ser principal productora de petróleo en el país, El Aguila Oil Company, el gobierno de Díaz por conducto de Ferrocarriles Nacionales de México tomó su medida más marcadamente antinorteamericana: canceló un contrato firmado con sus antecesores por la empresa norteamericana Mexicana Petroleum Company por el cual esta compañía la abastecería de petróleo. Este hecho, junto con el de que México se había convertido en uno de los principales productores de petróleo, abonó el campo de resentimiento que el gobierno de los Estados Unidos tenía ya con el mexicano. 72/

72/ Katz, Friederich, La guerra secreta I, cit., pp. 40-46

No obstante, la opinión predominante a fines de 1910 en los círculos diplomáticos era que el régimen de Días era suficientemente estable para resolver los problemas de la oposición maderista. ^{73/} El único personaje que no compartía esa opinión era el embajador Henry Lane Wilson: en octubre de este año, Wilson aseguraba con tono profético:

... nos estamos acercando rápidamente a una crisis (...) cuyos resultados serán de vital importancia para el gobierno de Estados Unidos, nuestro comercio y nuestras inversiones. ^{74/}

Entre noviembre de 1910 y mayo de 1911 el régimen porfirista, efectivamente, entró en una profunda crisis que habría de solucionarse, de manera aparente, el 25 de mayo de 1911 con la renuncia de Porfirio Díaz. Diversas historias, diversos motivos confluyeron para que esto sucediera: de arriba, de abajo; de adentro y de afuera. Pero, ya se sabe, una crisis de tal magnitud no habría de quedar recompuesta sino hasta la década siguiente: con la caída de Díaz, se abría una nueva época, marcada por los significativos contrastes de una sociedad transformada en el curso de cuarente años cuyas bases habrían de consolidarse, tal como la historia lo mostró posteriormente, sólo con una nueva organización de las clases, los grupos y las élites que

^{73/} Ulloa, Berta, La revolución intervenida. Relaciones diplomáticas entre México y Estados Unidos (1910-1914), México, El Colegio de México, 1976, pp. 21-23

^{74/} Cosío Villegas, Daniel, op. cit., p. 355

se habfan sumergido en estas historias. La sociedad mexicana se debatía en una crisis de la que no saldría hasta que el monopolio sobre la violencia legítima y sobre la conducción de la modernidad recayera en el nuevo Estado.

2. LA RECONSTRUCCION DE LA MODERNIDAD MEXICANA.

Un estado nuevo y poderoso.

La década de los veinte se abrió con la conciencia generalizada de la necesidad de restablecer el orden y la paz. Había sido ya promulgada la nueva Constitución política del país, máxima ley que establecía una serie de cambios respecto al "antiguo régimen". Fundamentalmente, existían dos puntos de acuerdo entre quienes habfan participado en su redacción: uno era que los grupos que hasta entonces habfan dominado la escena política mexicana, esto es, terratenientes, extranjeros e iglesia tendrían que ser privados de su poder; el otro, que el Estado debía asumir con mayor firmeza la responsabilidad por asegurar el bienestar de la población. ^{75/} Esto, bien mirado,

75/ Vernon, Raymond, El dilema del desarrollo económico de México, México, Diana, 1983, p. 80. Desde los días del gobierno de Carranza previos a la redacción de la Constitución esto ya se prefiguraba, de tal modo que los empresarios textiles tuvieron, al parecer, un conflicto con el gobierno cuando éste, a fin de proteger el consumo de la clase trabajadora, liberó de derechos de importación artículos textiles ante la ineficiencia de los empresarios nacionales. Véase Ramírez Rancaño, Mario. "Carranza ¿víctima de una conjura industrial?" en Revista Mexicana de la Sociología, vol. XLV, no. 2, abril-junio 1983, pp. 353-374

no tiene nada de extraordinario: el reconocimiento, primero, de los deseos que habían aflorado de manera más o menos generalizada en la explosión revolucionaria; segundo, el reconocimiento de la presencia en la política nacional de dos segmentos sociales que, desde entonces, han pasado de actores a interlocutores de buena parte de las políticas estatales: obreros y campesinos. 76/

Si bien la década 1910-1920 no termina paralelamente con la violencia como lenguaje predominante en la vida política mexicana, es preciso señalar que ya para entonces existía una coalición revolucionaria unida por la victoria y por haber sido sus integrantes poco favorecidos o, en el peor de los casos, abiertamente desfavorecidos por el status quo porfiriano: caudillos locales, granjeros y comerciantes en pequeño, burócratas, profesionistas, empresarios rurales, y urbanos, todos estos personajes con sus intereses, personales o grupales, formaban esa endeble agrupación de dominio, mediante, y por encima de, la cual habría de iniciarse el proceso de monopolización e institucionalización del poder político. El método seguido en un principio no tuvo grandes diferencias con el que nutría la experiencia histórica de la política mexicana: "Los caudillos militares locales fueron convertidos en

76/ Esta es la tesis fundamental de Arnaldo Córdova; es decir, la nueva capacidad del régimen posrevolucionario para responder a esta presencia con una política de masas. Habría que acotar, sin embargo, que no parece haber indicios suficientes para afirmar que el Estado mexicano nace con el "proyecto constitucional" en la frente en virtud de la nueva ley. Véase Córdova, Arnaldo, "México: Revolución burguesa y política de masas" en Varios autores, Interpretaciones de la revolución mexicana, México, UNAM/Nueva Imagen, 1981, pp. 55-89

gobernadores y se les dieron privilegios adecuados para que vieran ventajas en permanecer fieles al régimen". 77/ Si por este lado Carranza no parecía tener problemas, si pareció tenerlos por su resistencia a incorporar a las masas en el aparato de Estado: sería hasta la subida al poder de la dinastía de los sonorenses que la inflexibilidad carrancista habría de ser sustituida por el pragmatismo y la vocación política de aquella "trilogía de paisanos y amigos quizá única en la historia de México", según la expresión de Fernando Benítez. 78/ Había una gran diferencia en todo ello; la élite de Sonora había aprendido lo que la larga crisis de la década debió dejar enseñado a cualquiera con propósitos políticos: que, para asumir una posición dirigente, para estar y mantenerse en la cúpula del poder, se necesitaba la coalición.

Al término de la década, el panorama mexicano era extremadamente complejo. La nueva Constitución, en efecto, daba cuenta de un nuevo pacto entre los grupos y clases sociales, pero ello no quería decir que estuviese ya consolidado el Estado. Diversas causas pueden ser invocadas para ello. En primer lugar, en la crisis originada en 1910 habían confluído múltiples historias, tanto más críticas cuanto la heterogeneidad de sus características, lo cual, como ya se dijo, tenía que ver con los grandes contrastes en

77/ Vernon, Raymon, op. cit., pp. 84-85

78/ Benítez, Fernando, Lázaro Cárdenas y la revolución mexicana II. El caudillismo, México, FCE, 1980, p. 121

la composición de la sociedad y en las diferencias estructurales que existían a nivel regional. El segundo lugar, la lucha contra el "antiguo régimen", primero contra Díaz y luego contra Huerta, no había sido liderada por una clase homogénea, que diera un sentido único al movimiento. El núcleo dirigente que gobernó al país la segunda mitad de la década 1910-1920 estaba compuesto por dos grupos diferentes: el primero estaba formado por miembros de la vieja clase terrateniente del porfiriato, quienes habían visto golpeados sus intereses en el ocaso de éste; el segundo grupo se formaba "por miembros de lo que, a falta de mejor nombre, podría llamarse la clase media, predominantemente norteña, muchos de cuyos dirigentes se habían transformado, en el transcurso de la revolución, en una nueva burguesía". El primer grupo tenía a su principal dirigente en Venustiano Carranza; el segundo, en Obregón. ^{79/} La derrota de la vertiente "popular" del movimiento armado (emblemáticamente representada por Villa y Zapata) reprodujo en el interior de las coalición desavenencias entre los grupos victoriosos, tanto por los orígenes sociales de sus líderes como por el hecho de que éstos se habían transformado en caudillos durante el curso de la guerra, lo que restringía el ámbito de dilucidación de los problemas del poder al recurso de las armas.

Una tercera causa para explicar por qué el Estado no se había aún consolidado radica en que no participó en la revolución una clase burguesa urba-

79/ Katz, Friedrich, La guerra Secreta II, op. cit., p. 276

na, industrial o comercial, interesada en construir un sistema político de libertades que contrapesara el enorme poder de la antigua clase terrateniente. La ausencia de esta clase podría, por cierto, explicar que en la Constitución de 1917 se consigne la división de tres poderes, pero con un Ejecutivo fuerte; una presidencia más sólida pudo estar originada, como piensa Cosío Villegas, ^{80/} en que los constituyentes del 17 trabajaran inspirados en la obra de Emilio Rabasa, La Constitución y la Dictadura, o en que los constituyentes considerasen indispensable un Ejecutivo fuerte para contener las divisiones entre los caudillos; todo ello puede ser acertado, pero la condición de posibilidad de que se delegara este poder en la presidencia sólo pudo ser la ausencia de una clase burguesa que se opusiera a ello, más interesada en leyes impersonales que en la voluntad de un caudillo, cuyos caprichos y veleidades podrían llevarlo —tal como la historia lo mostraba— a realizar alianzas con caciques y terratenientes. En este sentido, podría parecer irónico, pero en absoluto casual, que la única clase burguesa que participó —aun cuando fuera de un modo indirecto— en la revolución, fuera la burguesía extranjera. Sin embargo, el hecho que esta clase —aunque sería más apropiado hablar de clases— pertenecieran a naciones distintas impidió que confluyeran en un propósito homogéneo por instaurar en México las instituciones de la democracia occidental.

La burguesía británica, una de las involucrados en este proceso, esta-

80/ Cosío Villegas, Daniel, El sistema político mexicano. Las posibilidades del cambio, México, Joaquín Mortiz, 1981, pp. 22-23

ba interesada por completo en brindar su apoyo a las fuerzas porfiristas: de hecho, durante la década, el apoyo a los grupos contrarrevolucionarios fue constante, así como constante fue su ineficacia. ^{81/} La burguesía francesa, la de la tradición democrática, se mantuvo al margen de los acontecimientos, toda vez que en sus intereses —tanto en lo que se refiera a su estrategia mundial como en su injerencia en México— no se veían directamente afectados por los acontecimientos en el país. ^{82/} La burguesía alemana estaba interesada en que los Estados Unidos ocuparan México con sus fuerzas militares a fin de estabilizarlo y de que pudiera pagar su deuda externa, por ser ellos, los burgueses alemanes, precisamente los acreedores; el gobierno germano, por su parte, trató durante el régimen de Huerta de hacer de México un protectorado europeo-norteamericano, en franca oposición a la doctrina Monroe. Durante los primeros años de la primera guerra mundial, Alemania intentó crear una conflagración entre México y los Estados Unidos, a fin de sujetar a estos al continente americano y evitar que intervinieran en la guerra. Después de 1917, la política alemana se transformó, y se postergó la acción inmediata de sabotaje a las compañías norteamericanas con el objeto de asegurar posteriormente una política expansionista alemana en México y, posteriormente, en toda América Latina. ^{83/} En todo caso, la burguesía alemana no estaba en absoluto interesada en trasplantar a México las instituciones

^{81/} Katz, Friedrich, La guerra secreta II, p. 257

^{82/} Ibid., pp. 261-262

^{83/} Ibid., pp. 262-269

occidentales de las cuales no era Alemania, por cierto, representante; al contrario: los deseos de hegemonía política y/o económica contribuyeron a que pensarán en México bajo los criterios de preferir un régimen, cualquiera que fuera su forma, siempre y cuando aceptara la intromisión alemana. Por último la burguesía norteamericana ayudó de diferentes modos a las fracciones de la revolución: los empresarios mineros apoyaban a Villa, así como lo hacían también los capitalistas financieros; los empresarios petroleros dieron su apoyo al constitucionalismo de Carranza. El gobierno norteamericano, sin embargo, estuvo a punto de desatar una guerra con México, en 1914, con la ocupación de Veracruz y en 1916 con la expedición punitiva; estos hechos obligaron al gobierno de Carranza a consolidar la independencia político-militar respecto a Estados Unidos. Aprovechó las discrepancias entre las potencias, por una parte, y, por la otra, se negó a acceder a los presiones norteamericanas bajo la amenaza de la invasión. Si bien las empresas norteamericanas gozaron de una gran preeminencia en el segundo lustro de la década, ello sólo fue a costa de olvidar sus pretensiones de interferir directamente en los asuntos internos de México y en sus estructuras gubernamentales.

No obstante, queda por resolver el problema del por qué se adoptó en México el régimen republicano que, en muchos sentidos, puede ser identificado con las instituciones de la democracia occidental. Muchas pueden ser las respuestas a esta interrogante. Una de ellas, la que aquí se argumenta, fue que, en principio, el gobierno de Carranza convocó a un Congreso Constituyente para reformular la Constitución de 1857, ^{84/} la que, letra muerta o no,

^{84/} Véase, por ejemplo, Silva Herzog, Jesús, Breve historia de la Revolu-

constituía la fuente de la legalidad de los regímenes. Por otra parte, el hecho de que el Constituyente estuviera compuesto en su mayoría por gente de lo que convencionalmente podemos llamar clase media, permitía una gran flexibilidad ideológica: militares, abogados, ingenieros, profesores, médicos, poetas y tres obreros ^{85/} debatieron largamente la nueva Constitución. La distancia ente el régimen de derecho y el poder real, se reducía por el fortalecimiento que se hizo del Ejecutivo. Democracia occidental en la letra (aunque con la inclusión de los nuevos derechos sociales) y poder del caudillo en la realidad: ésa era la fórmula. Haciendo referencia a toda América Latina, Pablo González Casanova manifestó en su celebre La democracia en México, esta idea del siguiente modo: ^{86/}

Mientras en Europa los modelos teóricos y legislativos son el resultado de un contacto directo, creador, entre la experiencia y el pensamiento político y legislativo, de donde resultan instrumentos y técnicas propios, en nuestros países la creación tiene como mediador un pensar ajeno del que nos apropiamos por imitación y ajuste. Los instrumentos y técnicas propios se incrustan y operan en las ideas, en las constituciones y las hacen tener una vida simbólica, civilizada-salvaje, occidental-tropical, que va desapareciendo conforme nos apropiamos de nuestra propia existencia, conforme nos desarrollamos. En la legislación hay un proceso semejante a aquel de tipo religioso en que se ocultan los ídolos bajo los altares, con la misma psicología del perseguido, del idólatra.

ción mexicana II, México, FCE, 1972, pp. 303-305

^{85/} Ramírez Rancaño, Mario, Crecimiento económico e inestabilidad política en México, México, UNAM, 1977, p. 56

^{86/} González Casanova, Pablo, La democracia en México, México, Era, 1983, p. 17

En el mismo tenor, Octavio Paz ha señalado:

... es significativo que la frecuencia de los golpes de Estado militares no haya empañado nunca la legitimidad democrática en la conciencia de nuestros pueblos. Su autoidad moral ha sido indiscutible. De ahí que todos los dictadores, invariablemente, al tomar el poder, declaren solemnemente que su gobierno es interino y que están dispuestos a restaurar las instituciones democráticas apenas lo permitan las circunstancias. Pocas veces cumplen su promesa, es cierto; no importa: lo que me parece revelador y digno de subrayarse es que se sientan obligados a hacerlo. Se trata de un fenómeno capital y sobre cuya significación pocos se han detenido: hasta la segunda mitad del siglo XX, nadie se atrevió a poner en duda que la democracia fuese la legitimidad histórica y constitucional de América latina. 87/

Para el caso específico de México tal vez resulte útil invocar ciertos principios generales para toda América Latina, tales como la imitación o la permanencia de la "legitimidad histórica" de la que habla Paz; pero, sin duda, ello no explica a satisfacción el por qué en 1917 se asumió un régimen jurídico sustentado en los principios de la democracia occidental. En el siglo XIX, la estrecha relación entre el gobierno central y la clase terrateniente impidió el surgimiento de las instituciones democráticas occidentales, toda vez que las estructuras gubernamentales consolidadas en el porfirato constituyeron, en su conjunto, un aparato modernizado de dominación que, paradójicamente, reforzaron la dominación que ejerció la clase terrate-

87/ Paz, Octavio, "América Latina y la democracia" en Vuelta 67, junio 1982, p. 42

niente sobre la clase campesina, sobre todo en una situación en que la agricultura se desarrollaba hacia la exportación de materias primas. (La situación del sureste fue sólo el caso más dramático, aunque esto no parece válido para el norte). El que se mantuviera un aparato gubernamental con fuertes rasgos traicionales en un ambiente internacional donde empezaba ya a predominar el capitalismo monopolista es un factor bastante importante para explicar las dificultades que enfrentaba la instauración de la democracia. Probablemente, la existencia de mecanismos políticos y sociales para retener la mano de obra en las explotaciones agrícolas estuviera enfilando hacia un régimen extremadamente autoritario, pero la presencia del norte, más moderno, con más libertad en la movilidad de la fuerza de trabajo, podría ser un elemento que contrarrestara esta tendencia; además el desarrollo industrial en la era de Díaz no fue lo suficientemente sólido para que la burguesía urbana se colundiera en la clase terrateniente para transitar hacia la modernidad industrial mediante un control autoritario de obreros y campesinos. ^{88/} De lo anterior se sigue que, si bien las bases formales para que la sociedad adoptara un régimen democrático no eran muy sólidas, asimismo la vertiente "popular" de la revolución, la tradición liberal del siglo XIX y la presencia de una intelligentzia orientada "hacia el pueblo", todo ello en su con-

^{88/} Esta argumentación tiene como base de sustento el ya clásico estudio de Barrington Moore sobre el tránsito de diferentes sociedades hacia la modernidad industrial en sus efectos institucionales; Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia. El señor y el campesino en la formación del mundo moderno, Barcelona, Ed. Península, 1976, particularmente la tercera parte.

junto coadyuvó a establecer la legalidad sobre las bases de la así llamada "democracia burguesa", con una fuerte dosis del derecho social que caracteriza a los modernos Estados sociales.

El gobierno de Carranza, como ya se dijo, reforzó su autoridad mediante una nueva política represiva hacia las clases trabajadoras, principalmente hacia la clase obrera. ^{89/} Durante su mandato, comenzó a reconstruir la alianza con la antigua clase terrateniente mediante la devolución de las tierras que les habían sido incautadas. ^{90/} Sin embargo, aunque Carranza procuraba mantener la coalición revolucionaria, las oposiciones con los demás caudillos (sobre todo con Obregón, porque Villa estaba ya derrotado a nivel nacional y Zapata no parecía tener más perspectivas) y con las clases trabajadoras era el punto crítico del gobierno de Carranza. Además en el México de aquella época

... ningún presidente podía arriesgarse a soportar la oposición por mucho tiempo, por una razón muy simple. No había en México tradición de un traspaso legal y ordenado a un grupo nacional que se le opusiera. No se esperaba que ocurriera una transición así. Cualquiera que pudiera ser la aspiración a un régimen democrático, por parte de un caudillo, tenía que suponer que un grupo de oposición operaría sobre el principio de que la única forma como podría hacerse justicia era por la fuerza. De allí que un grupo

^{89/} Para una imagen de la situación que vivió la ciudad de México en la "crisis de 1915", y con el fin de ilustrar este punto, puede verse Moreno Toscano, Alejandra, "Del Porvenir de los recuerdos" en Nexos 86, febrero 1985, pp. 5-7

^{90/} Véase Katz, Friedrich, La guerra Secreta I, op. cit., pp. 327-339

de oposición no pudiera ser tolerado. 91/

La sucesión de Carranza no escapaba a la inflexible tradición de la violencia como método decisivo para la sucesión presidencial. En 1920, la rebelión obregonista culminaba un proceso iniciado con anterioridad en su estado de origen, Sonora. Mientras Obregón se había convertido en el caudillo por excelencia del constitucionalismo y, sobra decirlo, su imagen se había desperdigado por todo el territorio, en el estado de Sonora una fracción del constitucionalismo se había apoderado del poder político. Plutarco Elías Calles y Adolfo De la Huerta se combinaron en el gobierno del estado desde la derrota del villismo hasta la rebelión de Agua Prieta, con una breve pausa de aproximadamente un año en la que no menguó el poder de este grupo. Obregón, Calles y De la Huerta, la reducida élite política que gobernaría los destinos de un país recién salido de una explosión violenta, estaban inyectados de las particulares tradiciones sonorenses que habrían de conformar el elenco de respuestas institucionales 92/ que requería una sociedad cuya principal exigencia para acceder a la modernidad era, precisamente, ésa: un Estado nuevo y poderoso, capaz de organizar institucionalmente los imperativos de incorporarse al mundo moderno sin los costosos riesgos que

91/ Vernon, Raymond, op. cit., p. 84

92/ Para un análisis sobresaliente de estos aspectos, consúltese, Aguilar Camín, Héctor, La frontera nómada, op. cit., pp. 411-446. Del mismo autor, véase "La revolución que vino del Norte" en Saldos de la revolución. México, Oceano, 1984, pp. 11-50

implicaba el establecer una conexión entre lo viejo y lo nuevo que dejara abiertas las puertas para la entrada del conflicto. El Estado mexicano se edificó durante los siguientes veinte años sobre la base de una monopolización de los medios de dominación ^{93/} y el ensayo de dos proyectos diferentes, el sonorenses y el cardenista, cuyo fruto sería, a fuerza de probar, el Estado mexicano de nuestro tiempo y la peculiar modernidad también de nuestro tiempo.

Aceptando la tesis de que el fortalecimiento del Estado fue condicionado por la ausencia de una clase burguesa que comandara —a la manera de las burguesías occidentales— el proceso de modernización, cabe preguntarse: ¿en realidad la sociedad mexicana de aquellos años demandaba un Estado nuevo y poderoso para modernizarse? La expresión "sociedad", en este contexto, podría llevarse a imprecisiones. En particular, ¿quiénes demandaban un Estado nuevo y poderoso?, ¿quiénes exigían la modernidad? Estas preguntas permiten orientar la discusión a un punto en el que no se apruebe como premisa el consenso hacia un Estado con esas características y hacia la modernidad. De nuevo: ¿que modernidad?

No es improbable imaginar la sociedad campesina de aquella época por lo menos preocupada por las acechanzas de la modernidad. El ensayo moder-

^{93/} Para este concepto, véase Weber, Max, "La política como vocación" en Escritos Políticos II, México, Folios ediciones, 1982, pp. 308-364

nizador del porfirismo había devastado una buena parte de la cultura rural, del México habitante de las regiones urbanas y algunas medianamente urbanizadas del centro del país. Por ello, la exigencia de la devolución de la tierra quedó incrustada en las demandas del campesinado mexicano durante los quince años de dominio sonoreño.^{94/} De cualquier forma, es sabido que la respuesta del grupo gobernante fue orquestar un reparto agrario maquinado bajo criterios de naturaleza pragmática, principalmente en las regiones donde la movilización campesina perduraba. Así, la exigencia de reparto agrario por el campesinado difícilmente puede ser entendido como parte de un consenso hacia la modernidad: al contrario, si la modernización significaba destrucción de la comunidad campesina tradicional (y ya desde la Reforma liberal del siglo XIX eso estaba suficientemente demostrado), la vuelta a la tierra expresaba la vuelta también a los tiempos en que la locomotora de la modernidad no trastornaba el silencio de las cosechas de maíz, frijol y chile. Pero sí expresaba el deseo de un Estado nuevo y poderoso; nuevo, porque significaba una ruptura con el pasado porfiriano tan proclive a llevar adelante la reproducción de condiciones materiales cada vez más asimétricas; poderoso, porque para organizar un reparto agrario se necesitaba ser más fuerte que las inercias prolatifundistas y que las antiguas clases terratenientes.

^{94/} Véase por ejemplo, González G., Francisco, "Campesinos y Estado durante los gobiernos de los sonoreños (1920-1934)" en Teoría y Política, año III, no. 7/8, julio-diciembre, 1982

En muchos sentidos, la rebelión cristera puede ser leída bajo este código: la renuencia de la sociedad campesina al emprendedor proyecto modernizador de la élite sonorense es condición necesaria aunque, por supuesto, no suficiente para explicar la guerra cristera. ^{95/} La formación del nuevo Estado tenía que dar respuesta a un México viejo, empeñado en seguir siéndolo, capaz de tomar las armas para defender las instituciones más íntimas de su organización social. Esta característica, vale decir la probabilidad de que los campesinos se convirtieran en un grupo políticamente activado, era lo que daba vida al pragmatismo sonorense, por un lado, y a la mediación de las demandas campesinas, por el otro.

El pragmatismo sonorense tenía que ver con la tradición cultural de la que provenía el grupo gobernante. Mentalidad emprendedoras al estilo farmer de Norteamérica (principalmente la de Obregón), oscurecían la comprensión de los problemas de la sociedad campesina del centro del territorio. Su desapego a la tradición campesina mexicana favoreció el tipo de respuestas al problema agrario que dieron los sonorenses; a la incompreensión del problema siguieron políticas orientadas por criterios en los que se colocaba como prioridad la conservación del poder. Fue durante la presidencia de Obregón

95/ La lucha armada seguida por los campesinos se encuentra ubicada en el marco de un conflicto más amplio entre un Estado con pretensiones de omnipresencia y la iglesia, símbolo e institución de un poder extra-estatal. El surgimiento y desarrollo de la lucha campesina obedecía a causas sumamente complejas, tan llenas de vida que sería inútil y jactancioso el pretender resolver su problematicidad mediante fórmulas genéricas como la del conflicto Estado-Iglesia. Véase Meyer, Jean, Estado y Sociedad con Calles, (Col. Historia de la Revolución mexicana, num. 11), México, El Colegio de México, 1977, p. 217.

cuando se procedió por vez primera a convertir en realidad, aunque de un modo limitado, los preceptos agrarios estipulados en la Constitución de 1917; existen pocas dudas de que esta política de Obregón se debió no tanto a las ideas personales del caudillo, típicas, por cierto, de un empresario agrícola norteamericano, como a su evaluación, más realista que la de Carranza, de las condiciones necesarias para mantener la estabilidad político-social de un sistema postrevolucionario. ^{96/}

La mediación de las demandas campesinas tenía que ver con la organización social que se estableció al término de la lucha armada. Condición necesaria para que existiera esta situación es que "la revolución había destruido el sistema político porfirista, pero no había cambiado profundamente, en su conjunto, la estructura agraria existente (...) los campesinos permanecieron, aunque con una situación legal diferente, en la misma condición de dependencia económica ante los terratenientes" ^{97/} La actividad militar de la segunda década del siglo XX en México había facilitado que en el ejército triunfador se abrieran las posibilidades de movilidad social que habían quedado restringidas en la época de Díaz. En estas circunstancias resulta comprensible aunque, por supuesto, no justificable, que el grupo de los militares, o más exactamente una parte de él, adquiriera intereses propios en la

^{96/} Tobler, Hans-Werner, "Las paradojas del ejército revolucionario: su papel social en la reforma agraria 1920-1935" en Historia mexicana vol. XXI, no. 81, julio-septiembre 1971, p. 48

^{97/} Ibid., p. 49

agitada trama política de aquellos años. En muchos casos, el ejército del nuevo Estado llegó a ser el principal aliado de los terratenientes para la conservación de su posición económica y social. 98/ Generalmente, el ejército surgido de la lucha armada, lo cual no autoriza a caracterizarlo de "revolucionario", podía hacerlo por la incapacidad del gobierno central para contrarrestar las actitudes de los jefes militares. Cuando no obtenían el arriendo de las tierras en condiciones muy ventajosas, llegaban al extremo de despojar a los hacendados mismos. 99/

La sociedad rural mexicana de la década de los veinte sufrió los efectos de haber sido la principal derrotada de la lucha armada de la década anterior. Según ya se dijo, el reparto agrario de la época obedeció a los criterios políticos de los gobernantes, mas no a la existencia de un proyecto nacional que influyera a la clase campesina. El carácter de derrotados en la guerra civil había determinado su posterior subordinación al aparato estatal ya que sólo él podían orquestarse las respuestas a sus demandas. Sin embargo, la relativa autonomía que tuvo el campesinado respecto al gobierno central durante la década de los veinte, atribuible en parte a la ausencia de un poder central plenamente consolidado, permitía el fortalecimiento de los poderes regionales de políticos-militares de corte agrarista. 100/ Es-

98/ Ibid., p. 51

99/ Ibid., pp. 67-70

100/ González G., Francisco, op. cit., pp. 117-121. Sin embargo, la clasi-

ta relativa autonomía puede ser imputada a la persistencia de una tradición cultural democrática entre los campesinos, articulada con una organización social comunal. No obstante, el conjunto de políticas llevadas a cabo por el gobierno de Calles paulatinamente habría de descomponer esta tradición hasta el punto de convertir al campesinado en un brazo fundamental del régimen posrevolucionario. 101/

Confrontando con una clase rural baja parcialmente movilizadada, políticamente desunida y considerablemente retrógrada, Calles se valió del reparto de tierras no sólo para vencer resistencias políticas sino para promover la reconstrucción económica ... 102/

Desde el inicio del gobierno de Calles se creó la Comisión Nacional Agraria, responsable del "desarrollo de la política de la tierra (creación

ficación, hecha por este autor, de: a) políticos que "representaban a sectores radicales de la pequeña burguesía, que propiciaban una mayor fuerza al movimiento"; b) políticos convencidos de la necesidad de una reforma agraria que satisficiera el hambre de tierra de los hombres del campo y que veían en el Estado el sujeto encargado de llevarla adelante"; y c) "otra corriente, manipuladora y oportunista, que buscaba utilizar al movimiento campesino fundamentalmente para alcanzar fuerza política y escalar puestos", además de padecer un fuerte maniqueísmo, no considera lo que el tiempo habría de mostrar: todos estos políticos tenían algo de pequeños burgueses, algo de convencidos de la reforma agraria y estadolátricos, y algo de oportunistas y manipuladores. La modernidad mexicana de aquí habría de tomar sus rasgos más notables. (Véase pp. 117-118).

101/ Coatsworth, John, "Los orígenes del autoritarismo moderno en México" en Foro Internacional, vol. XVI, octubre-diciembre, no. 2 (62), pp. 231-232

102/ Tardanicó, Richard, "México revolucionario, 1920-1928. Capitalismo transnacional, luchas locales y formación del nuevo Estado" en Revista mexicana de Sociología, vol. XLV, no. 2, abril-junio 1983, p. 377

de la pequeña propiedad y del ejido), de la política hidráulica y de la política agrícola". ^{103/} El Estado mexicano hacía acto de presencia en la sociedad rural en una época en que los poderes extra-estatales (o "feudos") gozaban de amplio espacio. Así, la Confederación General de Trabajadores, formada por anarcosindicalistas y comunistas, ejercía influencia en estados como Michoacán, Coahuila, Jalisco y Guanajuato; la CROM organizaba sindicatos campesinos en Puebla, Tlaxcala, Michoacán, Morelos, San Luis, Durango, Sonora, Sinaloa, Chihuahua, Coahuila, Zacatecas y Veracruz; las Ligas de Comunidades Agrarias eran, particularmente la de Veracruz, organizaciones campesinas con amplio poder regional. ^{104/} Queda por aclarar cuánto de "campesinas" tenían estas organizaciones. La CGT podría considerarse tal, sin embargo su origen deriva de una escisión entre representantes de la CROM y delegados del Partido Comunista Mexicano. La CROM, por su parte, mantuvo hacia los campesinos una representatividad determinada por las negociaciones realizadas desde la cúpula de las respectivas organizaciones con el Partido Nacional Agrarista. ^{105/} Durante el gobierno de Calles, se formaron varias cooperativas agrícolas como alternativa al carácter "politizado" del ejido y cuya promoción corrió a cargo del propio Calles; ^{106/} estas organizaciones, junto con las Uniones de Sociedades Locales de Crédito

^{103/} Citado en Meyer, Jean. op. cit., p. 85

^{104/} Ibid., pp. 85-95

^{105/} Ibid., p. 90

^{106/} Ibid., p. 87

agitada trama política de aquellos años. En muchos casos, el ejército del nuevo Estado llegó a ser el principal aliado de los terratenientes para la conservación de su posición económica y social. ^{98/} Generalmente, el ejército surgido de la lucha armada, lo cual no autoriza a caracterizarlo de "revolucionario", podía hacerlo por la incapacidad del gobierno central para contrarrestar las actitudes de los jefes militares. Cuando no obtenían el arriendo de las tierras en condiciones muy ventajosas, llegaban al extremo de despojar a los hacendados mismos. ^{99/}

La sociedad rural mexicana de la década de los veinte sufrió los efectos de haber sido la principal derrotada de la lucha armada de la década anterior. Según ya se dijo, el reparto agrario de la época obedeció a los criterios políticos de los gobernantes, mas no a la existencia de un proyecto nacional que influyera a la clase campesina. El carácter de derrotados en la guerra civil había determinado su posterior subordinación al aparato estatal ya que sólo él podían orquestarse las respuestas a sus demandas. Sin embargo, la relativa autonomía que tuvo el campesinado respecto al gobierno central durante la década de los veinte, atribuible en parte a la ausencia de un poder central plenamente consolidado, permitía el fortalecimiento de los poderes regionales de políticos-militares de corte agrarista. ^{100/} Es-

^{98/} Ibid., p. 51

^{99/} Ibid., pp. 67-70

^{100/} González G., Francisco, op. cit., pp. 117-121 Sin embargo, la clasi-

ta relativa autonomía puede ser imputada a la persistencia de una tradición cultural democrática entre los campesinos, articulada con una organización social comunal. No obstante, el conjunto de políticas llevadas a cabo por el gobierno de Calles paulatinamente habría de descomponer esta tradición hasta el punto de convertir al campesinado en un brazo fundamental del régimen posrevolucionario. 101/

Confrontando con una clase rural baja parcialmente movilizad, políticamente desunida y considerablemente retrógrada, Calles se valió del reparto de tierras no sólo para vencer resistencias políticas sino para promover la reconstrucción económica ... 102/

Desde el inicio del gobierno de Calles se creó la Comisión Nacional Agraria, responsable del "desarrollo de la política de la tierra (creación

ficación, hecha por este autor, de: a) políticos que "representaban a sectores radicales de la pequeña burguesía, que propiciaban una mayor fuerza al movimiento"; b) políticos convencidos de la necesidad de una reforma agraria que satisficiera el hambre de tierra de los hombres del campo y que veían en el Estado el sujeto encargado de llevarla adelante"; y c) "otra corriente, manipuladora y oportunista, que buscaba utilizar al movimiento campesino fundamentalmente para alcanzar fuerza política y escalar puestos", además de padecer un fuerte maniqueísmo, no considera lo que el tiempo habría de mostrar: todos estos políticos tenían algo de pequeños burgueses, algo de convencidos de la reforma agraria y estadolátricos, y algo de oportunistas y manipuladores. La modernidad mexicana de aquí habría de tomar sus rasgos más notables. (Véase pp. 117-118).

101/ Coatsworth, John, "Los orígenes del autoritarismo moderno en México" en Foro Internacional, vol. XVI, octubre-diciembre, no. 2 (62), pp. 231-232

102/ Tardanico, Richard, "México revolucionario, 1920-1928. Capitalismo transnacional, luchas locales y formación del nuevo Estado" en Revista mexicana de Sociología, vol. XLV, no. 2, abril-junio 1983, p. 377

de la pequeña propiedad y del ejido), de la política hidráulica y de la política agrícola". ^{103/} El Estado mexicano hacía acto de presencia en la sociedad rural en una época en que los poderes extra-estatales (o "feudos") gozaban de amplio espacio. Así, la Confederación General de Trabajadores, formada por anarcosindicalistas y comunistas, ejercía influencia en estados como Michoacán, Coahuila, Jalisco y Guanajuato; la CROM organizaba sindicatos campesinos en Puebla, Tlaxcala, Michoacán, Morelos, San Luis, Durango, Sonora, Sinaloa, Chihuahua, Coahuila, Zacatecas y Veracruz; las Ligas de Comunidades Agrarias eran, particularmente la de Veracruz, organizaciones campesinas con amplio poder regional. ^{104/} Queda por aclarar cuánto de "campesinas" tenían estas organizaciones. La CGT podría considerarse tal, sin embargo su origen deriva de una escisión entre representantes de la CROM y delegados del Partido Comunista Mexicano. La CROM, por su parte, mantuvo hacia los campesinos una representatividad determinada por las negociaciones realizadas desde la cúpula de las respectivas organizaciones con el Partido Nacional Agrarista. ^{105/} Durante el gobierno de Calles, se formaron varias cooperativas agrícolas como alternativa al carácter "politicizado" del ejido y cuya promoción corrió a cargo del propio Calles; ^{106/} estas organizaciones, junto con las Uniones de Sociedades Locales de Crédito

^{103/} Citado en Meyer, Jean. op. cit., p. 85

^{104/} Ibid., pp. 85-95

^{105/} Ibid., p. 90

^{106/} Ibid., p. 87

Agrícola conservaban su posibilidad de existencia del reconocimiento que hiciera el Banco de Crédito Agrícola para obtener los fondos necesarios. Por último, la Comisión Nacional Agrícola desde diciembre de 1924 incorporó dentro de las facultades del gobierno federal, y en particular del Ejecutivo, la política agraria, sostén fundamental desde entonces de la consolidación del Estado mexicano. 107/

Por el lado de la clase obrera, las relaciones con los gobiernos de los sonorenses se presentaron siempre bajo la forma de alianza. Esta situación no es sorprendente: desde su época en Sonora, la élite gobernante reconoció en los trabajadores de las ciudades a un grupo social estratégico de la lucha política. 108/ Desde el pacto realizado por Obregón con la Casa del Obrero Mundial hasta el desatado obrerismo de Calles, la clase obrera fue pieza clave en la política sonorenses.

De 1920 a 1928, la relación gobierno-sindicatos obreros puede ser caracterizada, de manera puramente instrumental, como semipluralista, 109/ en atención al relativamente alto nivel de autonomía de los sindicatos respecto

107/ Pozas Horcasitas, Ricardo, "de la ruptura del viejo régimen a la creación del nuevo orden" en Varios Autores, Revolucionarios fueron todos, México, FCE, 1982.

108/ Aguilar Camín, Héctor, "La revolución que vino ..." op. cit., p. 28

109/ Camacho, Manuel, El futuro inmediato, México, Siglo XXI, 1981, p. 31

al Estado. Los sindicatos tradicionalmente combativos (en Veracruz y Puebla, por ejemplo) gozaban de una significativa autonomía respecto al aparato estatal y respecto a las incipientes agrupaciones patronales, desagregadas, y cuya significación para el mercado interno era escasamente relevante. ^{110/} Esta situación estuvo condicionada por la existencia de poderes regionales relativamente independientes respecto al Estado mexicano; además, la desarticulación que sufrió el mercado interno durante los días del movimiento armado se encontraba, en los años veinte, en proceso de reintegración; esto permitía que la clase obrera mantuviese ese status semipluralista.

Durante estos años, pero especialmente durante el gobierno de Calles, la CROM constituyó una fuerza fundamental dentro de la política mexicana. La CROM era una organización de obreros fabriles, trabajadores citadinos y campesinos que partía de los sindicatos, uniones y sociedades formados en cada localidad; hacia 1926, la CROM aseguraba contar con dos millones de adherientes: la cifra está, seguramente, inflada, pero, en todo caso, ello no deja de significar que era la CROM la organización que controlaba la mayor parte de la clase obrera. ^{111/} Por si esto fuera poco, el poder de la CROM se incrementó significativamente a raíz de la alianza que estableció su principal líder, Morones, con Calles.

^{110/} Ibid., p. 31

^{111/} Meyer, Jean, op. cit., p. 77

Calles, como Obregón, mantenía una experiencia política que privilegiaba las alianzas con las clases trabajadoras; sin embargo, al contrario de aquél, Calles colocó en primer lugar la reforma obrera sobre la reforma agraria. Obregón había dado un apoyo un tanto limitado a la CROM y, ante los vínculos cada vez más estrechos entre la CROM y Calles y la mencionada relativa autonomía de la clase obrera, Obregón desplazó su patrocinio al Partido Nacional Agrarista. Calles, por el contrario, lo primero que hizo fue nombrar a Morones en el Ministerio de Industria, Comercio y Trabajo.

Desde el punto de vista del Estado, se fincaban las bases de la organización de las clases; sobre ella se levantaría una de las estructuras fundamentales de la modernización de la sociedad y economía mexicanas. El pragmatismo de los sonorenses jugó un papel estelar en estas circunstancias: la alianza con las clases obrera y campesina estaba fundada en un estilo populista de ejercer la política. El ascenso de las masas en la década anterior no podía ser menospreciado, tal como Carranza lo había hecho. Por ello, la respuesta que tenía que dar el Estado en ciernes debía contemplarlas. Para ello tuvo que ser una pareja como Obregón-Calles la que registrara esta gestión: su papel militar, sus tradiciones en Sonora y una innegable astucia política son ingredientes indispensables para comprender la política de esos años.

Sin embargo, no dejaría de ser simplista atribuir a la eficacia política de los sonorenses el éxito de su gestión. Por otra parte, las condiciones externas a México propiciaron muchas de las medidas que habrían de

tomarse. Desde que Obregón asumió el poder las relaciones con Estados Unidos eran extremadamente tensas. Durante la guerra civil, los inversionistas extranjeros habían logrado fortalecer su dominio sobre los estratégicos enclaves minero y petrolero: en 1920 Estados Unidos había ya acaparado el 90% del comercio exterior mexicano. ^{112/} Este hecho fundamental permitió a los sonorenses extender en la combatividad de los sindicatos de estas actividades estratégicas un instrumento invaluable para contrarrestar el poder de los inversionistas estadounidenses. ^{113/} Desde el inicio, con Obregón, las relaciones con los Estados Unidos eran ambivalentes: la pugna desatada por las disposiciones jurídicas en torno al petróleo era uno de los aspectos; la deuda externa era el otro.

Esta relación se desarrollaba en medio de un nacionalismo de los gobernantes que pretendía limitar la influencia del exterior, particularmente de las empresas norteamericanas; sin embargo, del otro lado, el gobierno buscaba el apoyo diplomático y financiero de Estados Unidos a fin de estabilizar al nuevo Estado y reconstruir la economía. Obregón esperaba obtener préstamos para financiar el desarrollo agrícola y para la fundación de un banco nacional; pero también se necesitaban reanudar los pagos de la deuda externa con lo que el gobierno obtendría el apoyo diplomático y financiero de Estados Unidos. De este modo, Obregón fijó su atención en la flore-

^{112/} Tardanico, Richard, op. cit., p. 386

^{113/} Camacho, Manuel, op. cit., pp. 31-32

ciente industria petrolera: en junio de 1921 el impuesto a la exportación del petróleo se duplicó para orientar el ingreso adicional al pago de la deuda. El poder de los petroleros era tal, que respondieron con un paro de la producción lanzando a la calle a 20 mil trabajadores sin empleo: en septiembre de 1921 la administración de Obregón negoció la eliminación y reducción de varios impuestos. ^{114/} Es probable que esta reducción en los ingresos contribuyera en el incremento del déficit público; en todo caso, éste se agravó a raíz de la rebelión delahuertista de 1923. ^{115/}

Las relaciones entre las clases trabajadoras y los gobiernos sonorenses presentaban, como se ve, varios ángulos. Las relaciones con los Estados Unidos condicionaban buena parte de las políticas populistas de Obregón y Calles. Detrás de la alianza Calles-CROM, el imperativo de regular a las empresas extranjeras llevó al gobierno a atraer a algunas de ellas (por ejemplo, a la Ford Motor Company) mediante reducciones fiscales, de aduanas y de tarifas de carga, así como garantías de cooperación por parte de la clase obrera organizada. Simultáneamente, Calles inició una vigorosa campaña para ejercer con eficacia su autoridad política sobre las compañías mine-

^{114/} Tardanico, Richard, op. cit., p. 387

^{115/} Ibid., p. 389. El agravamiento del déficit fiscal tal vez sea razón suficiente para rechazar la hipótesis de Raymond Vernon, para quien "cuando la producción de petróleo descendió en forma dramática, después de 1921, la declinación, probablemente, hizo menor daño al resto de la economía del que podían indicar las cifras"; op. cit., p. 96

ras y petroleras. ^{116/} En particular, Calles dirigió sus esfuerzos para incrementar los ingresos federales a la industria minera. ^{117/}

Cuadro 3.5 Producto Interno Bruto: Minería y Petróleo 1921-1928.

Millones de pesos de 1960		
AÑO	MINERIA	PETROLEO
1921	883	3,463
1922	1,201	3,263
1923	1,538	3,222
1924	1,541	2,926
1925	1,692	2,534
1926	1,881	2,225
1927	2,054	1,499
1928	2,149	1,234

Fuente: Solís, Leopoldo, La realidad económica mexicana. Retrovisión y perspectivas, México, Siglo XXI, 1981, p. 79

Si bien es difícil precisar si para la clase obrera era imprescindible un Estado nuevo y poderoso, está bastante claro que para la burocracia política sindical, emblemáticamente representada por Morones, el Estado nuevo y poderoso significaba pertrecharse en las palancas de su aparato para

^{116/} Tardanico, op. cit., p. 393

^{117/} Ibid., p. 395

Cuadro 3.6

Ingresos Federales 1924 - 1928
(Millones de pesos y porcentajes relacionados con el total de los ingresos netos)

	1924		1925		1926		1927		1928	
	MONTO	%								
Impuestos a la importación	70.6	24.2	85.1	26.6	88.0	27.3	69.7	24.4	69.2	24.2
Impuestos a la exportación	23.5	8.1	19.4	6.1	19.6	6.1	12.8	4.5	13.0	4.5
Impuestos a la industria	37.4	12.8	41.7	12.7	49.1	15.2	49.0	17.2	52.0	18.2
Impuesto sobre la renta	2.6	1.0	13.4	4.2	17.1	5.3	17.4	6.1	16.0	5.6
Impuesto de herencias	3.7	1.3	2.8	0.9	2.2	0.7	2.8	1.0	2.9	1.0
Impuesto del timbre	21.7	7.5	22.4	7.0	24.8	7.7	25.6	9.0	20.7	7.2
Recaudación adicional de la federación por impuestos estatales	21.0	7.2	25.2	7.9	21.5	6.7	20.3	7.1	20.6	7.2
Impuesto a la exportación de recursos naturales	53.5	18.4	45.3	14.2	40.5	12.6	27.0	9.5	29.0	10.1
Servicios estatales	38.5	13.2	44.6	14.0	45.1	14.0	49.4	17.3	54.7	19.1
Ventas de propiedad federal	11.5	4.0	7.2	2.3	14.2	2.1	6.2	2.2	4.8	1.7
Misceláneos	0.02	0.0	1.5	0.5	0.7	2.5	-	-	-	-
Impuestos acumulados de los años anteriores	12.0	4.1	22.6	7.1	6.0	1.9	7.8	2.7	7.1	2.5
T o t a l	296.1	101.6	331.2	103.2	328.8	102.0	288.1	101.1	290.0	101.2
<u>Menos:</u> Participación de los municipios en los impuestos federales	4.7	1.6	11.3	3.2	6.4	2.0	3.1	1.1	3.4	1.2
Total ingresos federales netos	291.4	100.0	319.9	100.0	322.4	100.0	285.0	100.0	286.6	100.0

Fuente: Krauze, Enrique, La reconstrucción económica. (Historia de la revolución mexicana no. 10). México, EL Colegio de México, 1977, p. 72

* Estimación

acumular riqueza y poder: una más de las estructuras fundamentales de nuestra modernidad. De ninguna manera es casual que uno de los abanderados por modernizar las estructuras burocráticas, Alberto J. Pani, ^{118/} haya sido derrotado en su confrontación con Morones. El proyecto de Pani incluía el despido de los empleados gubernamentales superfluos, la reducción de salarios del personal restante, la reorganización de la administración fiscal del Estado. Este remozamiento de las finanzas públicas permitiría asignar una mayor parte del presupuesto al desarrollo económico. ^{119/}

Las fórmulas económicas y las élites.

La reconstrucción de la modernidad mexicana estuvo fundada en la edificación de un Estado nuevo y poderoso. No podría ser de otro modo: la crisis del Estado porfirista había sido, simultáneamente, la crisis del estilo de modernización económico-social que había vivido la sociedad mexicana. Con la consolidación del Estado, en el porfirismo, se puso en marcha un proceso de modernización capitalista condicionado por la inserción de la economía

^{118/} Véase Krauze, Enrique, Caudillos culturales, op. cit., en particular la concepción de Manuel Gómez Morín sobre la organización "business like" del aparato estatal.

^{119/} Ibid., p. 391. Por su parte, Jean Meyer atribuye implícitamente la salida de Pani a que éste "exigía una política extranjera cautelosa, una reforma agraria moderada y no comulgaba con el conflicto religioso". Op. cit., p. 79. Sin embargo, no es descabellado incluir en estos aspectos la política antiburocrática de Pani, a la que Morones se habría opuesto dados sus lazos con los miembros de la CROM incorporados en el aparato de gobierno.

mexicana en la economía mundial —lo que puede ser pensado con la expresión "división internacional del trabajo"— y por las diversas voluntades políticas que dieron vida al programa porfirista de modernización. Las insuficiencias institucionales del Estado porfirista orillaron su colapso; por ello, cualquier tentativa de refundar la modernización capitalista del país tenía que partir del dato básico de la necesidad de constituir un Estado capaz de superar las insuficiencias institucionales de su antecesor. Modernización económica era, entonces, hermana de la modernización estatal.

Acudieron a la cita circunstancias y personajes variados en extremo. El asesinato de Obregón, en julio de 1928, dio por terminada la acometida del caudillo por reinstaurar una de las instituciones políticas que en el porfiriato había cobrado auge pero que habría de prender la mecha maderista: la reelección. La intrusión de compañías y gobierno norteamericanos había favorecido, desde los días de Carranza, una política hacia el exterior de acendrado nacionalismo: Obregón y Calles la siguieron aunque con los matices que su preclaro pragmatismo imponía. Hacia obreros y campesinos, la alianza con la CROM y la federalización de la reforma agraria condujeron un proceso que desde entonces habría de signar lo político de la modernización mexicana. En todo caso, el cuadro estaba completo: hacia arriba institucionalización de la transferencia pacífica del poder (léase: PNR, 1929), mecanismos de prebendas e integración de los líderes regionales, y mucho dinero a través de muchos negocios desde el aparato político; 120/ hacia afuera:

120/ "En la situación económica del país es más fácil seguir la vía polí-

nacionalismo y reconciliaciones para negociar una posición menos desfavorable (deuda externa y recursos naturales) y para fomentar la entrada de capital modernizador; hacia abajo, organización de las clases trabajadoras como medio para el logro de fines, vale decir como poder; hacia adentro, sumatoria de lo anterior, fortalecimiento del Estado mexicano.

Este cuadro designa la incorporación en el Estado de los mecanismos necesarios para operar la modernización capitalista del país. Consenso hacia un Estado nuevo y poderoso, más necesidad histórica de asistir al concierto del capitalismo mundial, empujaban a los gobernantes de la época hacia una política en la que explícitamente se organizaran los mecanismos del desarrollo capitalista. Además, la idea de que fuera desde el Estado que el desarrollo del capitalismo se produjera no era nueva. Conviene recordar una de las tesis fundamentales de Arnaldo Córdova al respecto:

El Estado es concebido como el verdadero puntal de la organización y del desarrollo material de la sociedad. La insuficiencia de la economía hace que se otorgue a la política una absoluta eficacia para el desarrollo. Los porfiristas fueron los primeros en sostenerlo. 121/

tica para llegar al dinero, que la vía económica. Esta última lucha es complicada y azarosa, todos los lugares se encuentran ya ocupados y no es tan fácil ser empresario, como lo experimentan muchos nuevos ricos de esos años, millonarios que se descubren ineptos para los negocios; la acumulación inicial del capital la hicieron de manera primitiva y con la facilidad que les dio el poder político" Meyer, Jean, op. cit., p. 310

121/ Córdova, Arnaldo, La ideología de la revolución mexicana, op. cit., p. 35

Fuera del ámbito meramente ideológico en que se expone esta idea, el Estado mexicano, en la práctica, organiza aspectos fundamentales de la modernización capitalista. No por sabido deja de ser importante el hecho de la participación activa del Estado en la modernización económica de los países de América Latina durante este siglo. ^{122/} Sin embargo, paralelamente con la modernización económica corre la modernización de la organización institucional de las nuevas clases sociales que aparecen en el panorama de la industrialización. En América Latina toda, la modernidad estatal fundada en la caída de los automatismos de mercado estuvo condicionada por las relaciones de subordinación hacia el capitalismo de los países centrales; la entrada al mercado mundial a través de la industrialización produjo en el aparato estatal la necesidad de regular las relaciones entre las clases y de proteger la planta productiva. En último término, las sociedades latinoamericanas importaron, traducidas y reformuladas, las instituciones del moderno Estado benefactor keynesiano. En México durante la época de la reconstrucción del Estado y la modernidad, entre 1920 y 1940, las fórmulas económicas son directamente fórmulas políticas.

Ni reflejo, en la realidad, de un proyecto impersonal que sobrepasa las voluntades de los mexicanos, ni proyecto de élite vuelto realidad por

^{122/} "El Estado asume (...) la garantía social de las condiciones generales del proceso de estructuración y reproducción del neocapitalismo tardío y dependiente, sobre todo a través de sus funciones de organización colectiva y política socio-económica". Kaplan, Marcos, Aspectos del Estado en América Latina, México, UNAM, 1981, p. 92

la volición de los líderes: todo a la vez. Las transformaciones estructurales del capitalismo en el orden mundial empujaban por todos lados una modernización estatal que desbancaba al mercado como centro regulador de la reproducción de las sociedades capitalistas. Pero imputar al Estado mexicano el ser sujeto implica olvidar las determinaciones de la propia historia mexicana instalada en esos años. Ya se habló suficientemente de las circunstancias y los personajes que hicieron posible la historia de estos años. Con la ventaja que da la distancia, se puede decir que en esta época se cubren los requisitos indispensables para el ulterior desarrollo de la modernización industrial que despegó en 1940, pero no es igualmente sencillo afirmar que en los personajes de aquellos días latiera un proyecto como éste.

La Nueva Política Económica de la época de Calles, según la expresión de Enrique Krauze, 123/ parece haber tenido por objetivo liberar al país del dominio económico extranjero reduciendo la injerencia en la vida nacional de particulares, empresas o naciones extranjeras. 124/ Era sólo en el Estado donde podía inscribirse proyecto alguno: ésa era la revolución hecha gobierno.

Un proyecto modernizador, orgulloso y patriota, que reco-

123/ Krauze, Enrique, La reconstrucción económica (Col. Historia de la revolución mexicana no. 10), México, El Colegio de México, 1977.

124/ Ibid. p. 18

re y modifica las estructuras; un plan sin demagogia, que no puede realizarse sin el desarrollo metódico de todas las fuerzas productoras del país y la explotación intensiva de la riquezas nacionales. 125/

Las modalidades del desarrollo capitalista mundial en conexión con las circunstancias particulares de la historia mexicana congregaban en el Estado la posibilidad de instrumentar la modernización del país. Esta articulación estuvo preñada de consecuencias históricas. La principal fue el acelerado desarrollo del capitalismo mexicano a partir de 1940. Sin embargo, no debe pensarse que entre 1920 y 1940 todas las circunstancias y las acciones de los personajes se fueron acomodando lógicamente para llegar a la subsecuente modernidad. Resulta más aceptable asumir que los "preparativos" de la modernización se establecieron bajo los criterios de, por lo menos, dos proyectos: el sonoreense y el cardenista, pero que éstos de ninguna manera tuvieron como objetivo lo que finalmente resultó. La reconstrucción de la modernidad mexicana se fue produciendo contingentemente; sólo de este modo se evita presentar como necesario lo real.

El vínculo de la renovación y su futuro no es ese "proyecto" que, según la versión oficial, se plasmó en la Constitución de 1917: de acuerdo con esto, el México emanado de la guerra revolucionaria habría de dirigirse, ineluctablemente, al paradisíaco sitio donde la historia no existe; más

125/ Ibidem.

aún: México avanza gracias a la "astucia de la Revolución". A contracorriente, la modernidad mexicana se ha edificado sobre el pragmatismo de la élite, las condiciones mundiales del capitalismo, en fin: sobre todo lo que se quiera menos sobre un "proyecto" que arrastra a la nación en su vuelo histórico.

Fundamental para la reconstrucción de la modernidad mexicana fue el flujo continuo de población del campo a la ciudad. Entre 1910 y 1940, la población de las áreas urbanas aumentó en 56%. La de Guadalajara se duplicó, la de Monterrey más que se duplicó y la de la Ciudad de México casi se triplicó. ^{126/} En el periodo comprendido entre 1912 y 1930 la población económicamente activa del sector agrícola descendió de 75% a 68%. ^{127/} Además, durante este periodo las ocupaciones típicas de la "clase media", tales como oficinistas, trabajadores especializados, empleados bancarios y del gobierno, profesionistas y propietarios de pequeños negocios, crecieron con mayor rapidez que las de la población en general. ^{128/} El desplazamiento de población del campo a la ciudad significó una oferta de mano de obra, muy probablemente barata, a las potencialidades de la inversión en industria, mientras crecían los servicios en las urbes.

^{126/} Vernon, Raymond, op. cit., p. 95

^{127/} Himes, James R., "La formación de capital en México" en La economía mexicana, II Política y desarrollo (selección de Leopoldo Solís), México Fondo de Cultura Económica, 1978, p. 169

^{128/} Vernon, Raymond, op. cit., p. 95

En tanto, entre 1926 y 1928, la agricultura conoció una dirección ascendente. (Cuadro 3.7) Entre 1926 y 1940, el área irrigada creció en 15% ó 20%. Aun aceptando que el crédito agrícola y la política de irrigación experimentaron un verdadero fracaso, ^{129/} parece ser que la agricultura, en su conjunto, se mantuvo relativamente estable. Por supuesto, las desigualdades regionales y sociales también aquí hicieron acto de presencia (ver Cuadro 3.8)

Cuadro 3.7 Producto Interno Bruto. Agricultura, 1921-1928.

Millones de pesos de 1960	
A Ñ O	AGRICULTURA
1921	4,652
1922	4,639
1923	4,623
1924	4,609
1925	4,596
1926	5,207
1927	4,923
1928	5,260

Fuente: Solís, Leopoldo, op. cit., p. 79

^{129/} Véanse Krauze, Enrique, La reconstrucción Económica, op. cit., pp. 134-145 para la política de irrigación, y pp. 146-161 para el crédito agrícola.

Cuadro 3.8 Producción Agrícola Per-cápita 1907 y 1929.

(1900 = 100)		
REGION	1907	1929
Norte	60	318
Sur	145	98
Centro	112	69

Fuente: Krauze, Enrique, La reconstrucción económica, op. cit., p. 164

Con el poder de Calles, y los buenos deseos de su creador, Manuel Gómez Morín, se creó el Banco de Crédito Agrícola, que impulsó la producción agrícola del norte del país, la cual se encontraba en manos de la élite nueva salida de entre los revolucionarios. ^{130/} El conjunto de estas determinaciones pueden ser agrupadas del siguiente modo: la mano de obra y el capital de financiamiento se encontraron disponibles durante un breve periodo antes del colapso de 1929, mientras la producción agrícola pudo alimentar y vestir al sector urbano. ^{131/} En ello se encuentra, según Himes, la clave para la formación de capital. ^{132/} Si bien es recomendable tomar con

^{130/} Alonso, Jorge, la dialéctica clases-élites en México, México, La Casa Chata, 1976, p. 115

^{131/} Himes, James R., op. cit., p. 169

^{132/} No debe pasar desapercibido el que la oferta de la producción agrícola no necesariamente era suficiente para sostener este impulso. "Las actividades de exportación que combinan el uso de recursos no renova-

precaución ciertos trazos generales que pretenden explicar el ulterior desarrollo industrial, la consistencia del argumento puede ser sostenida por el hecho de que entre 1925 y 1940, cuando aún las medidas públicas de salubridad no estaban suficientemente desarrolladas, la tasa de mortalidad de niños de menos de un año de edad descendió de más de 200 a alrededor de 110 por millar, lo que hace pensar en la existencia de un mayor suministro de alimentos. ^{133/} Igualmente, la tasa de mortalidad de la población en general descendió en el periodo (Cuadro 3.9).

Cuadro 3.9 México: Natalidad, Mortalidad y Crecimiento Natural de la Población, a/

1920 - 1939			
PERIODO	NATALIDAD	MORTALIDAD	CRECIMIENTO NATURAL
1920 - 1924	45.3	28.4	16.9
1925 - 1929	44.3	26.7	17.6
1930 - 1934	44.6	25.6	19.0
1935 - 1939	43.5	23.3	20.2

a/ Tasas, medias anuales por mil habitantes.

Fuente: Composortega, Sergio, "La población mexicana: breve descripción de su evolución histórica", mimeo, p. 20

bles, con la destrucción irremediable de los suelos en Yucatán, La Laguna, Sinaloa (minas, petróleo, plantaciones) no constituyen una base viable para sostener a la masa de los trabajadores. El sector de subsistencia vive la lenta disminución de la producción de alimentos, para el mercado interno (en estrecha relación con la estrategia desarrollista y la reforma agraria) y el éxodo demográfico hacia los Estados Unidos y algunos grandes centros urbanos nacionales". Meyer, Jean, op. cit., p. 291

133/ Vernon, Raymond, op. cit., p. 223 n. 21

En todo caso, existen fuertes indicios de que en la década de los veinte se produjo un flujo de inversiones hacia las industrias manufactureras. No están muy claras aún las causas de ello, ^{134/} lo que se diga aquí tiene, por tanto, un tono estrictamente hipotético. La seguridad en los transportes, particularmente en los ferrocarriles, restablecida después de los años de la guerra, pudo haber creado en los jóvenes industriales surgidos en el porfirismo el ánimo para reanudar la explotación y exploración de los mercados del país. Un flujo significativo de capitales pudo haber provenido de las haciendas en virtud de la inseguridad que creaba la posibilidad de una reforma agraria en forma; si bien movilizar los capitales invertidos en la agricultura no era cosa sencilla, ya que muchos se encontraban en forma de instalaciones, aquellos fondos que se mantenían líquidos debieron ser movi- lizados: una parte de estos fondos huyó a Estados Unidos y Europa, otra parte fue robada, pero hubo casos aislados en que se lograron transferir con éxito al comercio urbano, las propiedades raíces y la industria. ^{135/}

El flujo de inversiones a la industria manufacturera puede observarse en su comportamiento posterior. El crecimiento de la actividad industrial

^{134/} El comportamiento de la burguesía mexicana en este periodo es un aspecto insuficiente investigado, y cuya importancia es grande. Hans-Werner Tobler realizó una investigación al respecto que no pudo ser consultada para este trabajo. A la espera de su publicación en español, véase el comentario de Friedrich Katz sobre el trabajo de Tobler en Nexos 92, agosto 1985, pp. 47-49

^{135/} Este conjunto de hipótesis se encuentran en Vernon, Raymond, op. cit., pp. 96-97

Cuadro 3.10 Producto Interno Bruto Actividad Industrial 1921 - 1930

	Millones de pesos de 1960		
	MANUFACTURAS	CONSTRUCCION	ELECTRICIDAD
1921	3,049	574	103
1922	3,069	657	127
1923	3,082	774	159
1924	2,957	807	193
1925	3,810	917	215
1926	4,257	874	247
1927	4,310	847	275
1928	4,199	987	266
1929	4,435	902	253
1930	4,415	875	252

Fuente: Solís, Leopoldo, op. cit., p. 79

(manufacturas, construcción y electricidad) en la década de los veinte fue bastante acelerado: en 1929 superaba al de las industrias extractivas. En la segunda mitad de los treinta, la participación relativa de las manufacturas habrían de superar a la agricultura. ^{136/} Además, en la década de los veinte se mantuvo un importante nivel de exportaciones; junto con ello, entre 1925 y 1929, la economía mexicana gozó de favorables relaciones de intercambio: ambos factores permitieron que aumentaran las importaciones, en-

^{136/} Solís, Leopoldo, La realidad económica mexicana. Retrovisión y Perspectivas, México, Siglo XXI, 1981, p. 78

Cuadro 3.11 Importaciones mexicanas, excepto de origen Agrícola y Ganadero
1920 - 1927

(Millones de pesos)

	MINERALES Y METALES	TEXTILES MANUFACT.	PROD. QUIMICOS Y MEDICINAS	PULPA Y PAPEL	MAQUINARIA Y EQUIPO
1920	92.1	54.0	31.6	9.0	52.4
1921	96.2	83.2	27.7	12.6	66.0
1922	57.0	47.3	22.4	12.0	35.8
1923	70.3	38.7	19.3	10.0	39.4
1924	72.3	44.1	22.0	9.7	40.0
1925	82.7	57.4	22.6	12.1	45.0
1926	78.0	50.3	24.1	11.7	44.5
1927	90.0	39.0	23.1	11.2	45.7

	VEHICULOS	BEBIDAS	ARMAS Y EXPLOSIVOS	MISC.
1920	16.9	8.1	3.5	29.5
1921	20.2	15.8	3.9	30.3
1922	18.1	5.1	5.3	24.0
1923	18.8	3.8	4.5	23.7
1924	24.3	4.5	4.0	20.8
1925	34.1	4.0	5.0	25.8
1926	28.8	3.8	5.1	23.9
1927	23.9	3.5	4.7	20.4

Fuente: Krauze, Enrique, La reconstrucción económica, op. cit., p. 226

tre las cuales se encotraban fuertes cantidades de bienes de capital. Según las estimaciones de la CEPAL, cerca del 27% de las importaciones de Mé-

xico en 1925-1929 fueron bienes de capital. 137/

La falta de coincidencia en las cifras puede imputarse a imprecisiones en las definiciones y/o a insuficiencias estadísticas. En todo caso, las cifras muestran que "el utilaje y medios de producción mexicanos se enriquecieron notablemente en el quinquenio." 138/ También está claro que el suministro de "maquinaria" provino fundamentalmente de los Estados Unidos. No obstante, debe reconocerse que este aspecto no está del todo claro, por tanto es recomendable tomar con cuidado lo anterior. Pero si estos indicadores no son suficientes, sí está bastante claro el carácter novedoso asumido por el Estado mexicano.

Principal instrumento de capitalización de los recursos financieros, poder regulador, principal interlocutor con los grupos internacionales, el Estado se presenta inevitablemente como único intérprete del interés público, y empieza a definirse en esos años como una institución sui generis, con responsabilidades económicas directas y muy amplias, provisto de una autoridad muy peculiar. Se trata de construir el capitalismo a través de la centralización de las decisiones económicas y de una tutela ejercido por el Estado. 139/

137/ Citado en Himes, James R., op. cit., p. 170. Raymond Vernon, por su parte, y citando también a la CEPAL, afirma que "los bienes de capital constituyeron del 10% al 12% del suministro total de bienes en México durante los años comprendidos entre 1925 y 1930" op. cit., p. 98. Una afirmación en contraposición con ésta se puede encontrar en Solís, Leopoldo, op. cit., p. 87

138/ México, Departamento de Estadística Nacional. Anuario de 1930, México D.F. Talleres Gráficos de la Sra. de Agricultura y Fomento 1932, p. 473

139/ Meyer, Jean, op. cit., p. 289

Y en esto sí hay claridad. Según Himes, el gasto en inversión pública para el "desarrollo básico" (es decir, el desarrollo agrícola, el desarrollo industrial, los transportes y comunicaciones, el "bienestar social" y la "administración y defensa") aumentó de aproximadamente 26% de la inversión total en el ejercicio 1909 a 1910 a posiblemente 57% en promedio anual entre 1924 y 1929. 140/

En el horizonte de la estructura social que estas condiciones generaban, la acumulación de capital y poder, dentro de la particular simboisis de Estado y mercado que desde entonces se presentaba, habría de reconducir los controles de mando de una reducida élite política gobernante y capitalista. Es así como

.... el grupo gobernante que se afirma en el poder político, a partir de 1920, heterogéneo por naturaleza constituye en todos estos años un grupo de estadistas "en busca de una clase" a la cual representar (...) Desde la perspectiva concreta e inmediata de quienes en ese entonces controlaban el poder político, el Estado habría de servir como el vehículo fundamental para el ascenso y la consolidación, en lo económico, lo político y lo social, de lo que hoy se conoce como la "familia revolucionaria". 141/

140/ Himes, James R., op. cit., p. 171

141/ Cordera, Rolando, "Estado y desarrollo en el capitalismo tardío y subordinado. Síntesis de un caso pionero: México 1920-1970" reproducido en: Varios Autores, Tesis sobre la Revolución mexicana, México UNAM/CCH Naucalpan, 1980, pp. 246-247

Los terratenientes agroexportadores y los nacientes industriales fueron favorecidos por su relación con los administradores públicos; ambas élites, la de gobierno y la burguesa, se fortalecían en razón de sus nexos recíprocos anudados en el Estado. ^{142/} La élite de gobierno, consolidada en la época de Calles, impulsó la aplicación del excedente productivo a la inversión; ello se habría de efectuar por medio del Banco de México, organismo de financiamiento cuya función económica era, por estar inmerso en el sistema político, un ejercicio de poder. La élite ilustrada incorporada en el aparato estatal (Pani, Gómez, Morín, etc.) concebía a la banca como el agente de desarrollo: la técnica se volvía parte del poder político; lo ejercían aunque no lo supieran.

La política bancaria es parte del proyecto de desarrollo sobre el cual todos están de acuerdo, Obregón y Calles, los banqueros y la CROM, los políticos y los empresarios nacionales y extranjeros, el comercio de exportación e importación y los banqueros norteamericanos. ^{143/}

Los medios se ajustaban a los fines, aun cuando fueran de naturaleza pragmática y corto-placista. En aquellos días el principal medio de pago eran las monedas de cobre y plata con valor intrínseco inferior a su valor nominal; éstas eran puestas en circulación a una velocidad mayor que la requerida por las necesidades del mercado. Con ello, se lograba una ligera

^{142/} Alonso, Jorge, op. cit., p. 117

^{143/} Meyer, Jean, op. cit., p. 283. Alonso, Jorge, op. cit., p. 114

expansión de crédito, y una parte de los beneficios de acuñación obtenidos de este modo eran aplicados a cubrir gastos del sector público. ^{144/} Por otra parte, durante los primeros años de existencia del Banco de México, los recursos eran escasos; no importaba: el banco financiaba la acción del Estado a través de la deuda del gobierno con el banco, lo que propició de algún modo la inflación. ^{145/}

Si en el corto plazo la obra sonorensis se vio interrumpida por el crack de 1929, y ya desde 1926, a la larga política bancaria, hacendaria y laboral habrían de retraducirse en los luminosos frutos de la modernidad mexicana. En íntimo contacto con esta germinación, la estructuración de las élites, producto de las necesidades de un nascente Estado moderno fundido con un capitalismo reformulado y embarcado en un proceso de racionalización formal de la política, recogió las diversas instancias de la modernización y se encaramó en calidad de módulo articulador de ésta.

^{144/} Gómez, Rodrigo, "Estabilidad y desarrollo" en La economía mexicana. II Política y desarrollo, op. cit., p. 118

^{145/} Alonso, Jorge, op. cit., p. 115

IV. Estructuras fundamentales de la modernidad mexicana

En este capítulo se presentan, no de manera ordenada sino entramada, las estructuras fundamentales que definen la modernidad mexicana. Estas son, en sustancia, las conformadas en la articulación compleja entre Estado, clases y mercado, que es el contenido del primer apartado. La modernidad mexicana, dentro de esta articulación, se configuró desde el inicio con zonas críticas cuya resolución habría de descansar en la capacidad de la élite política para refundar el desarrollo del país: en ello se sitúa lo que emblemáticamente llamamos aquí "la crisis". Por último, se presenta el conjunto de problemas que la década de los ochenta ha traído: la presencia del capitalismo internacional en su conexión específica con las probables transformaciones que el Estado mexicano se vea precisado a experimentar.

1. ESTADO, CLASES Y MERCADO.

La década de los cuarenta, y aún desde antes, abre la época de la modernidad mexicana. Es en estos años que, junto con la expansión de la economía mexicana —en que se sucede el desarrollo de la agricultura capitalista y de la industria moderna—, se articulan las clases sociales a través del mercado y el consolidado Estado nacional.

Uno de los vértices de lo específico moderno en México es la integración de las clases sociales en el Estado, la ampliación del Estado en la socie-

dad. El proceso ha sido evidente y en absoluto privativo de México: Estado y mercado, trabados orgánicamente, han constituido el escenario en el que se reproducen las clases sociales. ^{1/} La época de la apertura de la modernidad no significa ni que no existiera desde antes una trabazón similar, ni que fuese sólo desde entonces que se hayan creado el mercado y el Estado. La época de reconstrucción de la modernidad, entre 1920 y 1935, el periodo de hegemonía de los sonorenses (Obregón y Calles, fundamentalmente), fue precisamente en la que se establecieron muchos de los gérmenes que habrían de consolidarla. En especial, Obregón y Calles habían iniciado el proceso de incorporación de las clases trabajadoras al aparato estatal y habían promovido la elitización del poder político.

Sin embargo, subsistían en el proyecto sonorenses estructuras sociales que habían transitado, sin mayores cambios, del porfirismo hasta la era de la reconstrucción. Tal es el caso del mundo rural: la revolución consiguió más o menos transformar la nueva élite terrateniente, pero no se lograba aún refundar el desarrollo del capitalismo agrícola. La nueva élite norteña ba-

^{1/} Esto es, la condición de posibilidad para que las clases sociales sigan siéndolo radica en la conexión que guardan tanto con el ámbito de la política estatal como con el del mercado nacional. Ello se relaciona directamente con las peculiaridades del Estado nacional en el contexto del capitalismo periférico, en donde las debilidades y asimetrías del mercado nacional han vuelto necesaria la presencia del Estado para suplir y complementar dichas carencias. Específicamente para México, esta articulación permitió, durante cuarenta años, generar el consenso y la legitimidad suficientes para la estructuración de la modernidad mexicana.

saba su proyecto en la capacidad exportadora de sus explotaciones agrícolas; por otra parte, la explotación de los recursos naturales —minerales y petróleo— se encontraba en manos del capital extranjero. De 1926 a 1933, mientras el proceso de institucionalización del poder se consolidaba, el estilo agro-minero exportador entraba en una crisis de la cual surgiría, no sin dificultades, la nueva modernidad industrial del país.

El proyecto sonorense entró en colapso en virtud de la crisis de principios de la década de los treinta, que deprimió los niveles, hasta entonces crecientes, de las exportaciones. El gobierno de Cárdenas, que entre 1935 y 1938 experimentó un viraje sustancial a raíz de la crisis ministerial de junio de 1935, ^{2/} sentó las bases de la moderna articulación de las clases y el Estado, e impulsó la consolidación del mercado nacional.

Las transformaciones institucionales ocurridas durante el gobierno cardenista son condición necesaria, mas no suficiente, para explicar la modernidad mexicana. El proyecto sonorense apuntaba a un entramado de relaciones entre gobierno y clases trabajadoras en el que el control autoritario sería probablemente similar al del porfiriato. Un norte emprendedor y moderno,

^{2/} El 14 de junio aparecieron declaraciones de Calles en las que condenaba la política laboral de Cárdenas y ponía en tela de juicio el derecho de huelga de los obreros. Inmediatamente Cárdenas exigió la renuncia del gabinete y lo reorganizó excluyendo a todos aquellos que habían provocado el incidente. Hernández Chávez, Alicia, La mecánica cardenista, México, El Colegio de México, 1979, pp. 54-55

pero, además, conductor. Un centro y un sur incorporados —y sometidos— al estilo norteamericano. Con una burguesía agraria comercial en el comando político de un país que se agregaba a la modernización mundial, no parecía imprescindible instaurar las instituciones democráticas características de las naciones occidentales. Las desigualdades regionales eran la dimensión espacial de las asimetrías sociales que subyacían entre el norte y el resto del país. Así, promover un régimen de libertades, además de no coincidir con las tradiciones político-culturales de la sociedad mexicana, equivalía a abrir la posibilidad de que la élite norteamericana dejara de capitalizar sus explotaciones. Mientras ellos exportaban, la sociedad rural del centro y el sur mantendrían un mercado interno escasamente desarrollado y, en todo caso, surtirían de los bienes de consumo que la incipiente industrialización demandaba. Con ello, se reproducían las viejas estructuras porfirianas: sometimiento autoritario de campesinos y obreros en sur y centro para, con una política austera en salarios y escasa capitalización, se incrementara la tasa de plusvalía social, cuya distribución permitiría, por un lado, a los sectores con mayores inversiones en capital constante (vale decir, a la agricultura norteamericana y a la industria) reproducirse de manera ampliada; a la élite del centro y el sur sostener un nivel de vida privilegiado; y a todo mundo —por supuesto, excepto a las clases trabajadoras— convivir en una alianza política cuyo sostén habría de ser el sometimiento autoritario de las masas. No es casual que, en los días que estaba establecida la ruptura Calles-Cárdenas, aquél elogiara los regímenes fascista y nazi, sobradamente capaces de restablecer el orden.

Con el tiempo quedaría claro que muchas de estas articulaciones transitarían a la época específica de la modernidad mexicana. Sin embargo, la época de Cárdenas —y particularmente entre 1935 y 1938— sería el punto de inflexión en que estalla en crisis el proyecto sonorenses y el programa de alianzas políticas en que se sostenía. Circunstancias y personajes, nuevamente, se dan cita.

Las circunstancias de aquellos años parecen engrandecer la figura del personaje: Lázaro Cárdenas, cabeza de una generación que habría de sostener un estilo especial de hacer política.

Pero el mayor ruido lo hizo el nombre de un hombre de la serie política que en 1934, con sólo 39 años encima, sube a la presidencia de la República e instaura el Imperio epirrevolucionario, la era de las lanzaderas de la revolución institucionalizada, de quienes en el segundo lustro de los treinta, todos los cuarenta y los cincuenta, lanza montones de lemas: "Produzca lo que el país consume", "unidad nacional", "Concordia internacional", "Máquinas y escuelas", "Estabilidad y progreso", etcétera. La élite epirrevolucionaria se entrega afanosamente a la tarea de construir moldes que permitan el desarrollo armónico de la nacionalidad. Se confeccionan cauces para los ríos de la política, la economía, el cambio social y la marcha de la cultura. 3/

Al contrario de lo que ocurría con el grupo norteño de los políticos de

3/ González, Luis, La ronda de las generaciones. Los protagonistas de la Reforma y la Revolución mexicana, México, SEP, 1984, p. 90

la revolución, Cárdenas vivió las experiencias propias del centro del país, atestado de comunidades de orígenes ancestrales en convivencia con las haciendas: una sociedad que no difería gran cosa respecto a como se hallaba en el porfiriato. No lejos de ahí, en Veracruz, Cárdenas pudo conocer personalmente la política ejidal del coronel Adalberto Tejeda. 4/

Si la personalidad de Cárdenas no puede ser menospreciada para la comprensión de la coyuntura, las circunstancias no eran menos importantes. La sociedad mexicana de la época de Cárdenas acarrea aún las políticas anti-religiosa y educativa 5/ del callismo: Cárdenas experimentaba una viva oposición de parte de la población católica y tradicional mayoritaria. Pronto se empezó a criticar la timidez de Cárdenas y a exigir la salida de los callistas del gobierno; los empresarios reaccionaron con una campaña antigubernamental que incluyó un paro empresarial del grupo de Monterrey. Todo mundo esperaba de Cárdenas una posición firme frente al callismo. 6/

La coyuntura era, en verdad, crítica. Cárdenas había movilizado a los jefes de operaciones militares por otros de su confianza, antes de la crisis

4/ Hernández Chávez, Alicia, op. cit., pp. 30-31.

5/ La época del predominio de los sonorenses se caracterizó por una alianza de la élite política con los protestantes. Véase: Bastian, Jean-Pierre, "Protestantismo y política en México" en Revista Mexicana de Sociología, no. extraordinario, vol. XLIII, México, UNAM, 1981, p. 1959

6/ Hernández Chávez, op. cit., pp. 47-51

con Calles. 7/ En estas condiciones, Cárdenas puso en marcha la organización de la Central Campesina, la futura CNC; en noviembre de 1935, Cárdenas echó a andar el proceso de reforma agraria, romanticismo pragmático desde entonces preñado de consecuencias.

Casi simultáneamente, las organizaciones obreras contrarias a la política callista entraron en alianza con el gobierno de Cárdenas; de ahí habría de surgir la CTM, símbolo de coyuntura vuelta estructura. Calles era expulsado del país: con él desaparecía un proyecto emprendedor que había caído en desgracia con la crisis de 1929. El modernizador estilo norteamericano de desarrollo era desplazado, momentáneamente, por una política reveladora de las carencias del centro y el sur. La presencia del pasado en el presente, por más paradójico que pueda parecer, habría de configurar uno de los pilares de la modernidad mexicana: su peculiar estructura agraria. La presencia de los obreros en el Estado establecía los términos de la crisis de la CROM de Morones y del ascenso de una nueva burocracia política sindical 8/ En la inauguración de la modernidad mexicana, el romanticismo pragmático y la política obrera de la clase política nacional vistieron de gala.

7/ Ibid., p. 100. Para mayores detalles véase de la misma obra pp. 44-46.

8/ Una semblanza de la CROM moronista, del ascenso de Lombardo Toledano y del aprovechamiento por los "cinco lobitos" de la coyuntura de aquellos años en: Hernández Chávez, Alicia, op. cit., pp. 121-127

La posterior consolidación de la integración Estado-obreros habría de ocurrir cuando la economía mexicana había entrado en proceso de expansión. De 1947 a 1951, una fracción liderada por Lombardo Toledano se situó en pugna con el grupo de los "cinco lobitos" liderados por Fidel Velázquez. El destino, a mediano plazo, de la clase obrera se cifraba en una reducida élite en lucha. Con la expulsión de Lombardo Toledano, la CTM entraba prácticamente en desintegración; sólo la intervención del gobierno alemán detuvo su abrupta declinación. Es entonces cuando, no obstante la activación política de los obreros no ligados fuertemente al régimen, la intervención gubernamental no repara en la imposición de líderes y el encarcelamiento de la oposición 9/ En todo caso, estas circunstancias significan el abandono de la vertiente cardenista de la política de masas. A ella se imponía un proyecto de expansión económica sobre la base de la sustitución de importaciones y la agricultura comercial de exportación. Sin embargo, el estilo romántico-pragmático de hacer política habría de subsistir bajo la forma muy difundida de obtener el consenso mediante gasto público.

En efecto, factor crítico en la gestión pública es el conjunto de mecanismos por los que el sistema político asegura la lealtad de las masas. El periodo 1940-1955 se caracterizó, en la historia económica reciente de Méxi-

9/ Camacho, Manuel, El futuro inmediato, México, Siglo XXI, 1981, pp. 50-53. Esta obra constituye un análisis sobresaliente de la relación Estado-obreros.

co, por una severa inflación 10/. Esto significó en la clase obrera el deterioro de sus salarios reales 11/. La aceptación por parte de los trabajadores de este deterioro no fue acompañada, sin embargo, de un uso excesivo de la coerción. Las medidas adoptadas en la estructura institucional permiten distinguir algunos elementos característicos del "Estado benefactor keynesiano". 12/

Sin embargo, la política de bienestar no pudo evitar que surgieran movimientos sociales entre algunos sectores de la clase obrera. La industrialización operada en el país en la década de los cincuenta creó un proletariado urbano, que creció con la inflación a su lado. La composición de la demanda se había empezado a concentrar en los grupos de ingresos altos, que constituían una categoría exclusiva con acceso a la oferta industrial. Existe suficiente evidencia que fue a consecuencia del deterioro en el nivel de vida de los obreros que aparecieron expresiones de inconformidad proletariada en 1958-1959, las que dieron lugar a luchas contra las formas de dominación corporativa. 13/ De los grupos sociales involucrados en dichas lu-

10/ Solís, Leopoldo, La realidad económica mexicana. Retrospección y perspectivas, México, Siglo XXI, 1981, p. 94.

11/ Camacho, Manuel, op. cit., p. 45. Ahí se cita que "el salario mínimo había perdido para 1944 un 40% del valor real de 1940"

12/ Ibid., pp. 45-46

13/ Ayala, José, etc. al., "La crisis económica: evolución y perspectivas" en González Casanova, Pablo y Florescano, Enrique (Coord.) México, hoy, México, Siglo XXI, 1983, p. 40

chas, la mayoría eran trabajadores de sectores estratégicos: profesores, estudiantes, telegrafistas, minero-metalúrgicos, burócratas y, principalmente, ferrocarrileros. ^{14/}

Es indiscutible que la base del descontento era la pérdida de poder adquisitivo de los salarios por la inflación desatada a causa de la devaluación de 1954. Sin embargo, es igualmente importante destacar que dichos movimientos estuvieron fuertemente matizados por la racionalidad burocrática del poder. La ocupación por parte de estos sectores de espacios económicos de conducción de los activos fijos en la infraestructura del sector público permitía negociar con la dimensión del Estado que asume la responsabilidad de la reproducción del capital social total su entrada a un nivel privilegiado de ingresos por concepto de salarios y prestaciones a cambio de la lealtad política y la garantía del suministro de los bienes y servicios que producían.

La sociedad campesina del México moderno se incorporó al Estado mexicano como resultado de la combatividad que había manifestado al principio de los treinta (mención especial merece el tejedismo veracruzano) y del romanticismo pragmático de la élite política. Independientemente de la bondad del ideario político del presidente Cárdenas, el hecho es que transformó por

^{14/} Para ilustrar este aspecto, véase Barbosa Cano, Fabio, "Las luchas obreras de 1958-1959 y la izquierda mexicana" en Investigación Económica, no. 163, enero-marzo 1983, pp. 89-119

completo las estructuras de la sociedad agraria mexicana. La incorporación de la Confederación Nacional Campesina (CNC) al partido oficial era parte de la obra; el proceso de reforma agraria, el complemento. Además, en la formación del PNR no habían estado presentes ni la CROM ni la Liga Nacional Campesina ^{15/}; ello, junto con la coyuntura planteada por la crisis ministerial de 1935, abrieron las puertas de la nueva organización de las clases y el Estado.

Desde Cárdenas, los campesinos son aliados del régimen. Esta afirmación, demasiado grande, debe ser tomada con las reservas que una historia de cincuenta años merece. Sin embargo, en las líneas generales todo parece indicar que la alianza régimen-campesinos se ha sostenido a base de una mezcla de asignación de recursos, promesas medianamente cumplidas, complicados mecanismos burocráticos que atraen a la gente y la mantienen con expectativas, control corporativo y ciertos mecanismos que promueven, eventualmente, la movilidad social. En todo caso, la condición de posibilidad para que la masa campesina continúe en su alianza con los gobiernos posrevolucionarios es, precisamente, que siga siendo masa campesina.

El que las clases trabajadoras ingresaran en el ámbito estatal significaba que lo político específico de la modernidad mexicana estaba cifrado

^{15/} Ramírez Rancaño, Mario, Crecimiento económico e inestabilidad política en México, México, UNAM, 1977, p. 74

en términos del Estado. La formación elitista del gobierno y la burguesía mexicanos, además, reclusa el ámbito de la política en el espacio de estas élites. Así, la presencia de las masas en el Estado en ningún sentido puede traducirse como un avance en su proceso de apoderamiento del aparato estatal: "el Estado aparece como el más grande empresario del país", decía Pablo González Casanova, ^{16/} merced a su poder económico y político. La dominación específica del Estado moderno, fundada en la racionalidad burocrática, ha estado basada en México en la separación de las clases respecto a la política. A la dominación moderna que ejerce el capital al convertir en valor-mercancía la fuerza de trabajo, se añade —y articula— la dominación burocrática, que la convierte en objeto de las decisiones políticas.

Esto es especialmente válido para el gobierno cardenista y sus sucesores. Los recursos políticos del Estado mexicano se fortalecieron desde las medidas por las cuales las organizaciones de masas cayeron bajo el control de la autoridad política nacional. En el mismo periodo, los recursos económicos extranjeros redujeron su influencia: la depresión de 1930 alejó los flujos de capital externo abriendo la posibilidad para que se brindara apoyo a los sindicatos de las empresas extranjeras. La coyuntura, también por el lado "de afuera", permitió la avanzada cardenista.

Los costos económicos de las medidas que aumentaban el pa-

^{16/} González Casanova, Pablo, La democracia en México, México, Era, 1983, p. 85

pal del gobierno y redujeron aún más la importancia del capital extranjero fueron bajos, mientras que los beneficios políticos fueron relativamente altos. Mientras que las condiciones que hicieron posible este cambio se transformaron dramáticamente durante y después de la segunda Guerra Mundial, los efectos a largo plazo permanecieron en el sistema político. El gobierno no perdió sus recursos políticos que ganó bajo Cárdenas, ni tampoco perdió su creciente capacidad para intervenir en la economía...17/

El reparto agrario cardenista y la política de apoyo y financiamiento gubernamental consolidaron y ampliaron el mercado interno. La salida de capitales, nacionales y extranjeros, obligaba al gobierno a financiar sus gastos mediante métodos inflacionarios. Este estilo de financiamiento, además de ser efecto desde entonces de los criterios políticos del gasto público, se originaba en las insuficiencias e irracionalidades con que había sido elaborado el Plan Sexenal 1934-1940. 18/ De 1940 en adelante, las inversiones públicas se dirigieron a fortalecer el capital social fijo, o infraestructura, condición sine qua non del ulterior desarrollo capitalista del país. Por su parte, el reparto agrario impulsó el desarrollo de la producción mercantil. La atomización de la propiedad agrícola, por vía de la producción mercantil, impulsó la modernización de ejes agrícolas de desarrollo en el sector ejidal; se favoreció una mayor movilización de capital y, por último, se modificaron los circuitos de transferencia por los cuales los

17/ Coatsworth, John H., "Los orígenes del autoritarismo moderno en México" en Foro Internacional, vol. XVI, octubre-diciembre 1975, núm. 2 (62), pp. 230-231.

18/ Wendell, Karl y Gordon Schaeffer, "Planeación en México" en Comercio Exterior, febrero 1963, vol. 3 no. 2 pp. 89-90

hacendados, modernos o tradicionales, se apoderaban de manera directa de la plusvalía bajo la forma de renta. 19/

El poder político y social de la clase terrateniente mexicana, amparado por la modalidad agro-minero exportadora del capitalismo nacional, se vio debilitado durante la época de las reformas cardinistas. Sin embargo, se respetó su poder político y económico regional; los embates cardenistas se dirigieron al sector tradicional de esta clase. Es así que se estimuló la formación de un empresariado agrícola de corte moderno que dispusiera de una superficie que no excediera de 150 hectáreas, destinada a fines productivos. 20/ No obstante, la dimensión política de estas medidas no aseguraba su eficacia. La política reformista de Cárdenas había creado un fuerte descontento, principalmente entre la heterogénea gama de caciques que dominaban ampliamente a nivel regional y que se habían convertido en una estructura integrada al propio aparato estatal. 21/

1940 es, en muchos sentidos, el año I del México moderno; ello, por supuesto, deberá ser considerado con las reservas que la luz del presente estudio pudiera arrojar. Pero 1940 también es un año de coyuntura en que se

19/ Robles, Rosario, El papel de la agricultura en el desarrollo económico y social de México desde 1940, mimeo, p. 3

20/ Ibidem.

21/ Contreras, Ariel José, México 1940: industrialización y crisis política México, Siglo XXI, 1983, p. 14

articulan elecciones presidenciales, crisis de la fase radical de la política cardenista y segunda guerra mundial. ^{22/} Fue, el mismo tiempo, la base sobre la cual se desenvolvió durante cuatro décadas el desarrollo de la economía mexicana y la condensación de las fracturas que determinaron una nueva forma de presencia del país en el ámbito mundial. La industrialización operó el tránsito de una nación que hasta entonces había gastado gran parte de su energía en consolidar su sistema político, a una en la que el desarrollo económico se convertiría en un fin en sí mismo. La modernización política habría de estar supeditada, desde entonces, a los imperativos del crecimiento económico. Las elecciones de 1940 son importantes porque llevan a escena la quiebra política del programa cardenista. No parece suficiente argumentar la explicación de este cambio por una repentina "derechización" de los regímenes posrevolucionarios. Todo señala al hecho de que a los segmentos sociales clasemediero-empresariales y a la propia élite burocrático-política les había parecido insoportable la incorporación de las masas trabajadoras al aparato estatal y la eventual posibilidad de que su presencia en él diera rumbo a la política global del Estado mexicano. La resolución de esta fractura política habría de ser un pacto social entre líderes obreros, industriales, empresarios agrícolas y burocracia política; pacto al que hay que añadir la posibilidad de controlar las probables disen-

^{22/} Entre los principales análisis están: Medina, Luis, Del cardenismo al avilacamachismo, (Historia de la Revolución Mexicana vol. 18), México, El Colegio de México, 1979; también, Contreras, Ariel José, op. cit.

siones de las clases trabajadoras. Sobre la base de este pacto, como se sabe, habría de llevarse a cabo la estrategia industrializadora y modernizadora del país.

La burocracia sindical apoyó al candidato oficial, Manuel Avila Camacho, muy probablemente debido a la importancia que revestía para los líderes formar parte de la élite política. Los campesinos, por su parte, fueron los principales guardianes de la victoria del candidato oficial. ^{23/} Mientras tanto, el empresario mexicano, en muchos sentidos dirigidos por su fracción regiomontana, abandonó el ideal de gobernar el país mediante el retiro del apoyo al movimiento almazanista, cuyos giros hacia una movilización masiva eran ya preocupantes. El acuerdo establecido con la burocracia política, al mismo tiempo que daba su apoyo tácito a Avila Camacho, configuraba un compromiso según el cual el objetivo de la ganancia ocuparía un lugar preponderante en el diseño de la posterior gestión gubernamental. ^{24/} La sociedad mexicana, efectivamente, apostó en su mayor parte a la carta gubernamental del partido oficial, dando con ello pie a que los destinos del país se concentraran en la administración política.

En estas condiciones, la modernidad del Estado mexicano se cifraba en el surgimiento de una burocracia política, excrecencia de un Estado que se

^{23/} Contreras, Ariel José, op. cit., p. 179

^{24/} Ibid., pp. 153-179

incorpora al capitalismo moderno, la cual, en determinadas circunstancias, se incluye en la escena política como portadora de fines propios. La fuerza del Estado mexicano fue fincada ya desde la época de Cárdenas, gracias a la anuencia de la propia sociedad. No hubo fuerza suficientemente poderosa que pudiera oponerse al advenimiento de una burocracia política cuyo poder se fundaba en la posición que desde entonces habría de ocupar para la dirección de la reproducción social; sería esta burocracia política la que habría de monopolizar los procesos de decisión política y habría de procrear una burguesía moderna a su sombra. Es esta burocracia política la que moderniza el autoritarismo en la época de Miguel Alemán; después de haber dado el paso al civilismo, ^{25/} lo que implicaba la desaparición relativa de las fórmulas pistoriles de negociación política, el gobierno de Alemán reforzó las prácticas elitistas de poder.

Las precondiciones sociales de la existencia del capitalismo moderno estaban casi establecidas: la fuerza de trabajo se encontraba congregada en agrupaciones semi-corporativas, existía una sólida estabilidad político-social basada en el consenso obtenido por la burocracia política. El sistema económico capitalista nacional habría de encontrarse, desde entonces, específicamente politizado. Las precondiciones sociales para el desarrollo del

^{25/} En el gabinete de Alemán se encontraban sólo dos militares y 15 civiles con características de especialización universitaria. Cfr. Medina, Luis, Civilismo y modernización del autoritarismo (Historia de la Revolución Mexicana vo. 20), México, El Colegio de México, 1977, p. 93 n.

capitalismo no podían ser proporcionadas por la existencia histórica del capital mismo, y menos en el México de aquellos años. La participación estatal en el desarrollo capitalista era ya un imperativo para que el capitalismo mexicano: a) lograra un nivel de desarrollo compatible con las condiciones de la escena política y económica internacional; b) la reproducción del capital no encontrara obstáculos políticos entre las clases involucradas en el proceso; y c) los diversos capitales privados encontraran allanado el camino de inversiones en infraestructura demasiado costosas. Del mismo modo, la debilidad estructural del empresariado mexicano ha sido la condición fundamental para que se concentrara en el aparato estatal y, consiguientemente, en la burocracia política, la necesidad de conducir el desarrollo global del país a través de su liderazgo político.

Desde 1940, las relaciones de producción capitalistas se han politizado de manera especial. Es bajo la racionalidad del poder —articulada a, pero no dependiente de, la racionalidad del capital— que los salarios son negociados; igualmente, la inversión pública se orienta a sectores cuyo papel en la esfera del poder es igual o más significativo que en la esfera de la reproducción de capital. Resulta claro que así haya sucedido con la orientación básica de la inversión pública hacia el sector agrícola, con la que se definió la localización de los principales sistemas de irrigación en México. ^{26/} Gran parte de estos sistemas se ubicaban en el norte y noroeste

^{26/} Hansen, Roger, La política del desarrollo mexicano, México, Siglo XXI, 1974, p. 110.

del país, donde una cantidad considerable de las tierras beneficiadas eran propiedad, directa o indirecta, de la élite política y sus allegados. 27/

Del mismo modo que el desarrollo del capitalismo propició la emergencia de formas política estatal definidas, el crecimiento de la burocracia política fue factor fundamental en dicho desarrollo. La transformación del modo de participar de las masas en el aparato estatal fue producto de la escalada al poder de sectores medios en las estructuras políticas que las articulaban al aparato de Estado. La burocracia sindical asumió, así, un poder político que le fue conferido por las necesidades de estructurar un sistema político estable. En la politización del sistema económico, la racionalidad del poder promovió la concentración del liderazgo político en estas esferas, al mismo tiempo que procuraban la lealtad de las masas y de los capitales privados por medio de una simbología ideológica ad hoc y una política económica promotora de la valorización de los capitales particulares. A la primera se le conoce como "ideología de la Revolución Mexicana". A la segunda se le reconoce como la principal arma de la modernización capitalista. No obstante, no sería exacto atribuir por completo a la burocracia política el éxito del desarrollo económico posterior. Como se verá, mucho de ello tiene que ser explicado por la existencia de condiciones internacionales favorables para la expansión de la economía.

Mientras tanto, a la concentración de poder derivado del usufructo de

27/ Ibidem.

los espacios políticos fundamentales en la operación del poder, se agrega el que la burocracia política ha reforzado su "status" por medio de la rentabilidad de los cargos que se inscriben en la compleja estructura a la que la voz popular denomina "corrupción". Mediante ella, una porción de la plusvalía social es convertida en "renta de la burocracia", como pago a la ilusión de la racionalidad formal que ésta monopoliza.

Durante cuarenta años, aproximadamente, esta renta de la burocracia configuró uno de los ámbitos específicos de lo político moderno nacional. Detrás del "Proyecto de la Revolución" siempre estuvo presente esta participación de la burocracia en la plusvalía social. Sería hasta la década de los ochenta que, ante el resquebrajamiento de la alianza burguesía-burocracia, esta participación habría de ser severamente cuestionada. En tanto, la articulación estatal en el desarrollo económico dio cabida a una burocracia política que "personifica" la alianza Estado-clases. Esta "personificación" la coloca en un espacio que la sociedad ha cedido, a expensas del desarrollo económico y el consiguiente derroche de recursos. La ausencia de control sobre la burocracia política ha permitido crear la ilusión que ha sido ella la portadora del "proyecto" modernizador. Sin embargo, ya parece estar claro que la fundación de la racionalidad formal montada en el aparato del Estado no garantiza su traducción en políticas eficaces ni en una racionalidad material. Por el contrario, la ausencia de control sobre la burocracia política ha permitido, también, crear las condiciones para que se vuelva un grupo social con una racionalidad propia, no formal, diseñada en función del fin explícito de mantener el poder. A ello, sobra decirlo, lla-

manos aquí racionalidad burocrática de poder.

Mientras la sociedad mexicana no encontró obstáculos para su propia reproducción (lo que en el contexto del capitalismo vale decir reproducción de capital), la alianza sociedad-burocracia no tenía porque ser cuestionada. Sin embargo, la década de los ochenta ha vuelto manifiesto que la modernidad es un concepto relativo: una burocracia política que durante cuarenta años ha constituido el eje de las alianzas que permitieron el "milagro mexicano" no tiene por qué seguir siéndolo en otras condiciones, tales como las actuales. Lo que durante cuarenta años configuró la modernidad específica en México, la articulación Estado, clases y mercado, no parece serlo más.

La incorporación de la economía mexicana al capitalismo mundial, a partir de 1940, era el resultado específico de las transformaciones institucionales que se habían establecido durante la época de la reconstrucción y del trienio de reformas cardenistas. Simultáneamente, acudían al momento elementos pertenecientes a una historia de mediano plazo: la formación de un Estado nacional y de un mercado de las mismas dimensiones, cuyo origen puede ser rastreado desde el último cuarto del siglo XIX; ello volvía factible que la red de infraestructura relativamente suficiente para emprender nuevas actividades industriales y para impulsar las incipientes fuera utilizada con arreglo a los fines del momento. Además, la coyuntura de 1940, tal como aquí se ha señalado, fue fundamental en tanto que estableció las condiciones para que se fundara el desarrollo del capitalismo nacional sobre una alianza política de los actores involucrados en la modernización.

La específica modernidad del capitalismo mexicano está basada en la imbricación de las historias de larga y corta duración, por un lado, y la instalación de un grupo gobernante capaz de aprovechar las circunstancias. La economía mundial empezaba a vivir una modernización, cuyo eje de referencia se ubicaba —y esto quedaría muy claro al término de la guerra— en el nuevo liderazgo de los Estados Unidos: al norte de México la primera potencia mundial significaba que modernizar la economía era, más que nunca, una necesidad y una oportunidad. México surgió al escenario de la industrialización en virtud de una crisis internacional, la segunda guerra mundial; al término de ésta, el capitalismo mundial habría de conocer una de sus fases expansivas más importantes. Esto permitió a México modernizar su economía aceleradamente, además que el entramado de las clases, configurado fundamentalmente en el periodo cardenista, resultó ser funcional a esta expansión.

Las coincidencias no quieren decir proyecto. La racionalidad burocrática de poder encontró condiciones favorables para la expansión de la economía. Con la economía de guerra se redujo la competencia de las mercancías extranjeras en el mercado nacional; esto permitió al capital nacional invertir en industrias cuya reutilización quedaba garantizada por la baja competencia, el capital social fijo instalado y la posibilidad de mantener salarios bajos. Sin embargo, la agricultura fue el sector con mayor dinamismo hasta mediados de la década siguiente. El alza de los precios internacionales de las materias primas fue, para ello, determinante. Ello permite explicar por qué fue el capitalismo agrícola de exportación el que mayor crecimiento experimentó. Colateralmente, las divisas obtenidas por estas ex-

portaciones permitió importar los bienes de capital que la industria requería; además, los impuestos a la exportación permitían que parte de la renta de la tierra fuera canalizada a obras de infraestructura agrícola e industrial. El aparato estatal capitalizaba recursos que, de otro modo, serían consumidos de manera suntuaria. ^{28/} Esta forma de financiar la capitalización de la planta productiva dependía, pues, de las condiciones del mercado internacional. Todavía habrían de quedar algunos recursos a los que se acudiría para financiar el desarrollo del capitalismo mexicano, pero eso es parte de otro aspecto, al que habrá que abordar por separado.

2. LA CRISIS.

En el origen del desarrollo industrial de México existen asimetrías sustanciales respecto al capitalismo avanzado. El afianzamiento del capitalismo avanzado deriva de una larga historia económica por la cual las naciones del capitalismo central han consolidado una estructura integrada; el sector industrial de bienes de consumo y el de bienes de capital se han fortalecido internamente, a lo que ha seguido el proceso de robustecimiento externo. Por el contrario, los países llamados periféricos surgieron a la modernidad en un escenario internacional en el que ya estaban presentes, en calidad de líderes, las naciones de capitalismo avanzado. Este hecho ha

^{28/} Robles, Rosario, op. cit., p. 5n.

contribuido de manera decisiva a que los procesos de integración de la estructura productiva interna del capitalismo periférico estén más o menos determinados por la oferta de bienes de capital o de inversión extranjera, directa o de préstamo.

Las "ventajas del subdesarrollo", según las cuales un país de capitalismo periférico podía aspirar a evitar las insuficiencias experimentadas por las naciones desarrolladas, se convierten en serias desventajas, por lo menos desde este punto de vista. México tendría un escaso margen de manobra para acceder a una estructura productiva integrada, en razón de sus estrechos vínculos con la economía norteamericana; además, las condiciones específicas en que el país se integró al escenario mundial condujeron a que la política adoptada de sustitución de importaciones encontrara una estructura de demanda —que derivaba de una distribución asimétrica del ingreso apenas modificada en el periodo cardenista—, en la que los bienes manufacturados ocupaban el lugar primordial. La estrechez del mercado interno, además de reproducirse y agudizarse posteriormente a causa de la evolución de la distribución del ingreso, tenía repercusiones en la estructura industrial. Después del periodo de acumulación de capital iniciado en 1940 y que se desaceleró a mediados de la década de los cincuenta (lo que coincidió con el agotamiento de la fase extensiva de acumulación ^{29/} y con la caída de los

^{29/} Rivera, Miguel Angel y Pedro Gómez, "México: acumulación de capital y crisis en la década del setenta" en Teoría y Política no. 2, octubre-diciembre 1980, p. 81

precios internacionales de las materias primas), la importación de bienes intermedios y de capital hizo evidente el hecho que la creciente automatización —y, por tanto, la creciente relación capital/empleo— tenía como efecto, además de una baja generación de empleo, la necesidad de subsidiar al capital. Por supuesto, esto no era novedad; pero el costo creciente de las importaciones de bienes de capital y el alto costo unitario de producción, debido al relativamente reducido mercado interno, no permitía lograr economías de escala ni economías externas, razón por la cual se requirió protección del exterior e incrementar los subsidios al capital.

La presencia de la economía pública tiene que ser entendida en este contexto. Las inversiones públicas, además de cumplir el papel que no realizan los capitalistas privados, tendría que encaminarse a la integración de la economía nacional, si se partiera del supuesto que la racionalidad de la burocracia estuviera enfocada a ello. Existe, sin embargo, el problema del suministro de bienes de capital para la modernización industrial del país. Dado el desfase del desarrollo nacional con el del capitalismo central, las tentativas de reproducir el capital tienen que enfrentarse al hecho que este suministro proviene, casi inevitablemente, del exterior. Por tanto, en términos prácticos, la acumulación de capital en México está conectada directamente con la evolución de la balanza de pagos.

Es este un aspecto estructural de la modernización industrial del país. La década de los sesenta, en este sentido, es clave. La estabilidad cambiaria que prevaleció en el país entre 1954 y 1979 dio pie para que la oferta

exterior de bienes de capital e intermedios encontrarán un mercado disponible a causa de la sobrevaluación del peso; ello inhibió la inversión privada en el sector de bienes de producción, fortaleciendo de este modo la insuficiente integración del aparato económico. Este fue un mecanismo predilecto que aparecía en función de la consabida alianza burguesía-burocracia: la capitalización fácil se hubiera visto contrariada con una política industrial que promoviera de ese modo la producción interna de bienes de capital. Aun así, la evolución industrial de México, entre 1950 y 1975, se orientó crecientemente hacia bienes cada vez más alejados del consumo final, en favor de bienes intermedios y de capital, al estilo de la industrialización brasileña. ^{30/} Esta línea de la política de sustitución de importaciones no significaba su éxito; si durante la segunda mitad de los años sesenta se aceleró el proceso de sustitución de importaciones de bienes intermedios y de inversión, el principio de los setenta trajo el desaliento de la recesión económica.

La contracción de las importaciones de mercancías mexicanas de Estados Unidos a principios de los setenta, junto con una excesiva capacidad instalada y la estrechez del mercado interno se conjugaron para detener la dinámica de la economía. ^{31/} La década de los setenta abrió con las señales de agotamiento del crecimiento "hacia adentro" de la economía mexicana. Los estrangulamientos en la oferta obedecían a un proceso de sobreacumulación de

^{30/} Solís, Leopoldo, op. cit., pp. 169-192

^{31/} Rivera, Miguel Ángel y Pedro Gómez, op. cit., p. 85 ss.

capital y de ineficiencias generalizadas en el aparato productivo, derivadas de la política proteccionista hacia la planta productiva instalada en el país; la compresión de la demanda, por su parte, había sido facilitada por un estilo de acumulación con fuertes tendencias monopolistas y oligopolistas que incrementaban el empleo de capital en detrimento del trabajo. Por lo demás, la década de los setenta abrió con la evidencia de que las profundas asimetrías regionales y sectoriales eran parte componente de este virtual agotamiento del desarrollo estabilizador. En estas circunstancias, la caída de la inversión privada ^{32/} significó el reconocimiento de la clase empresarial nacional de su incapacidad para conducir por sí sola el desarrollo del capitalismo mexicano.

El sostén político del desarrollo económico de la década de los sesenta se había ubicado en el fortalecimiento de la alianza política entre empresarios, aristocracia obrera y burocracia política; el resultado fue la constitución de "feudos" externos al Estado, cuya fortaleza derivaba de tener a su disposición recursos políticos para negociar con el Estado. ^{33/} Para el empresariado nacional, según todo parece indicar, la posibilidad de mantenerse en la alianza política estaba definida en el suministro por parte de

^{32/} Véase: Angeles, Luis, "Notas sobre el comportamiento reciente de la inversión privada en México" en Comercio Exterior, vol. 28, no. 1, México enero 1978, pp. 11-23

^{33/} Camacho, Manuel, "El poder: Estado o 'feudos' políticos" en Foro Internacional, vol. XIV, enero-marzo 1974, no. 3 (55), p. 341. Según este autor, entre 1959 y 1968, se fortalecieron los feudos financieros, industriales, comerciales, del capital extranjero, de los medios de difusión y los feudos regionales y locales.

la burocracia gubernamental de facilidades para acumular capital; sin embargo, ante las dificultades que ha tenido ésta para lograrlo, la respuesta ha tenido dos dimensiones: una, el fortalecimiento de sus "feudos"; la otra, la fuga de capitales. Si bien la segunda puede ser comprendida como producto de una racionalidad fundada en criterios de rentabilidad, la primera es una derivación del tipo de relaciones existentes entre la burocracia política y la burguesía. El fortalecimiento de los "feudos", desde el inicio, estuvo constituido como respuesta al creciente poder y al alto grado de discrecionalidad de la burocracia política. En la década de los ochenta, este proceso ha madurado al punto de plantearse la posibilidad de una disputa real por el poder político legítimo: de este modo sería parcialmente explicable el fortalecimiento del Partido de Acción Nacional, sobre todo en el norte del país.

Al virtual fortalecimiento de los feudos ha correspondido la participación creciente del gobierno en la actividad económica. Ya sea como producto de compromisos pactados entre los "feudos" y la burocracia política, o como producto de afán de ésta por concentrar recursos políticos, el incremento del llamado sector público en la economía del país ha sido notable. Entre 1970 y 1976, la tasa media anual de crecimiento en términos reales de la inversión pública fue de 7.9%, mientras la inversión privada lo hacía al 4.3%. ^{34/} La participación del sector público en el total del Producto In-

^{34/} Salinas, Carlos, "El ahorro del sector público en el proceso de formación de Capital" en Comercio Exterior, vol. 29, no. 4, México, abril de 1978, p. 453

terno Bruto se incrementó fuertemente entre 1975 y 1980 (ver Cuadro 4.1). Además, a fines del periodo 1970-1976, el sector público absorbió la mayor parte de los recursos financieros disponibles, lo cual contribuyó a imposibilitar la recuperación de la inversión privada. ^{35/} Por si esto fuera poco, el empleo de recursos por parte del sector público estaba condicionado por el incremento en el gasto corriente así como por el gasto de inversión; ello, en un marco de irracionalidad en el manejo de los recursos, llevó a un insuficiente ahorro interno por el sector público y, consiguientemente, al uso de ahorro externo, vía deuda pública. ^{36/} El crecimiento de ésta ha respondido, fundamentalmente, al déficit en cuenta corriente de la balanza de pagos y al déficit del sector público. La década de los setenta, no obstante que las dos administraciones que la cubren declaran constantemente lo negativo del fenómeno, ve crecer enormemente dicha deuda; mientras tanto, a las causas ya señaladas se agregaba la intensificación de la oferta externa de capital financiero en los mercados financieros internacionales y de la demanda de crédito en el país, como consecuencia de la crisis financiera de 1976. ^{37/}

Independientemente del problema ya mencionado de la "renta de la buro-

^{35/} Ibidem.

^{36/} Ibid., p. 454

^{37/} Véase: Green, Rosario, "La deuda pública externa de México, 1965-1976" en Comercio Exterior, vol. 27, no. 11, México, noviembre 1977, pp. 1279-1286.

Cuadro 4.1

Cuenta de Producción del Sector Público
1975 - 1980
Millones de Pesos Corrientes

DENOMINACION	1975	1976	1977	1978	1979	1980
Producción bruta	262 445.8	333 259.1	466 360.8	588 515.2	795 574.1	1 202 340.4
Consumo intermedio	102 259.9	125 070.5	162 692.7	210 192.6	277 380.0	385 599.8
Producto interno bruto	160 185.9	208 188.6	303 668.1	378 322.6	518 194.1	816 740.6
Remuneración de asalariados	124 672.0	169 232.1	226 600.7	282 266.3	371 482.1	517 683.8
Impuestos indirectos menos subsidios	(-) 678.9	(-) 3 611.5	4 573.3	12 282.2	37 909.5	141 261.0
Excedente bruto de explotación	36 192.8	42 568.0	72 494.1	83 774.1	108 802.5	157 795.8
Participación del Sector Público en el Total del Producto Interno Bruto (%)	14.6	15.2	16.4	16.2	16.9	19.1

FUENTE: S.P.P./INEGI. Participación del Sector Público en el Producto Interno Bruto de México, 1975 - 1983, México, 1984.

cracia", el empresariado nacional vio obstaculizadas sus posibilidades de acumular capital por la competencia que sostuvo con el sector público por recursos financieros. En un contexto de rendimientos decrecientes, entre 1965 y 1975 el endeudamiento público externo favorecía gastos en bienes de consumo más que en bienes de inversión, al contrario de lo que había ocurrido en el periodo 1955-1965. ^{38/} La capacidad por parte de la burocracia política de mantener al sector privado en una relativa cercanía consistía en tomar decisiones con ciertos niveles de discrecionalidad que le facilitarían al empresariado acumular capital; así, por ejemplo, la elasticidad de la estructura tributaria (que mide la reacción de los ingresos federales al crecimiento del ingreso nacional bruto) respondió entre 1970 y 1977 más a los cambios discrecionales de la autoridad política que a la capacidad automática de respuesta de dicha estructura. ^{39/} La ausencia de una reforma fiscal se puede leer como signo de fortalecimiento feudal.

Las transformaciones de lo político moderno en México no sólo inciden en la relación burocracia-burguesía, sino también en las articulaciones de lo que, a falta de mejor nombre, puede llamarse "clase media". La década de

^{38/} Zedillo, Ernesto, "Algunos aspectos del endeudamiento público externo de México" en Monetaria, Centro de Estudios Monetarios Latinoamericanos, vol. II, no. 4, octubre-diciembre 1979, pp. 533-549

^{39/} Mann, Arthur, "La elasticidad de la estructura tributaria en México, 1950-1977" en Comercio Exterior, vol. 29, no. 1, México, enero 1979, pp. 84-87

los sesenta y de los setenta constituyó un periodo en muchos sentidos paradisiaco para los grupos que comprende esta categoría. La paridad cambiaria les permitió "dolarizar" su ingreso, y eventualmente acceder al consumismo típico norteamericano a través de lo que la voz popular denomina "fayuca", esto es bienes de consumo de contrabando. Por lo demás, la ampliación de la producción de bienes de consumo duradero y no duradero de las décadas sesenta y setenta permitió a estos grupos sociales participar de los beneficios de la modernidad mexicana. Sin embargo, la presencia de la inflación, a partir de los setenta, constituyó el eje en el que se articuló la potencial inconformidad de estos grupos sociales. Uno de los efectos de la inflación parece haber sido que transfirió a niveles mayores de ingreso nominal a los causantes, aunque sus ingresos reales hayan, en realidad, disminuido: esto parece haber sido mayormente significativo para la mencionada "clase media". 40/

Respecto a obreros y campesinos, tal vez parecería redundante hablar de su participación en lo político moderno de México. La década de los setenta significó la expansión de la movilización obrera a través del sindicalismo independiente, y de las manifestaciones campesinas de descontento, tal es el caso de la guerrilla en el estado de Guerrero. En último término, la com-

40/ Ruiz Durañ, Clemente, "Los efectos de la inflación en las tasas reales de imposición: el caso de México, 1964-1976" en Comercio Exterior, vol. 27, no. 1, enero de 1977, pp. 81-87

presión del mercado para los productos agrícolas de exportación mexicanos originaron, a fines de la década de los sesenta, cambios en la estructura productiva del país, de modo tal que la producción de forrajes y oleaginosas (sobre todo en el norte de México) empujó a una mayor composición orgánica de capital y a la concentración de la tierra; ^{41/} esto tuvo como efecto, además de la descapitalización ya endémica de la economía campesina, el deterioro del empleo de mano de obra campesina y el consabido abatimiento de sus niveles de vida.

De 1975 a 1977, la economía y la sociedad mexicanas se encontraron en medio de una severa crisis económica, articulada en sus determinaciones productiva y financiera. La segunda mitad de la década trajo a escena la presencia del petróleo. El crecimiento de las exportaciones petroleras, sin embargo, no se vio correspondido en una respuesta suficiente de la capacidad productiva interna. Los estrangulamientos interno y externo se vieron acompañados de un incremento irracional del gasto público, de actividades de planeación cuya ineficacia también fue expresa y de una relativa liberación de las importaciones, ^{42/} lo que llevó respectivamente a incrementar el déficit público, a no prever los cambios en los escenarios económicos de la década de los ochenta y a impactar la balanza de pagos. El "boom" petro-

^{41/} Rubio, Blanca, "La nueva modalidad del desarrollo capitalista en la agricultura mexicana, 1965-1980" en Teoría y política, no. 10, p. 40

^{42/} Sobre este último punto, véase Barker, Terry y Vladimiro Brailovsky, "Recuento de la quiebra" en Nexos, no. 71, noviembre 1983, pp. 13-23

lero trajo, en el corto plazo, la recomposición de un crecimiento económico en plena decadencia; además, permitió fortalecer los recursos de la autoridad política para continuar su inveterada tradición de canjear consenso político por gasto público. Las insuficiencias del capitalismo mexicano habrían de presentarse, abruptamente, al poco de abrir la década de los ochenta.

3. LA DÉCADA DE LOS OCHENTA: MODERNIDAD ESTATAL Y CAPITALISMO INTERNACIONAL.

Tras cuarenta años de desarrollo económico continuo y de estabilidad política, la nación se encontró, en la década de los ochenta, con un panorama escasamente alentador: al poco de iniciada la década subieron las tasas mundiales de interés y tendieron a la baja los precios internacionales de las materias primas, fundamentalmente del petróleo, mercancía principal de exportación de la economía mexicana. En torno de estos dos ejes han girado los grandes problemas del país. Sin embargo, condición sine qua non para la comprensión de las dimensiones presentes en la crisis de los ochenta es el registro de la confluencia de por lo menos dos historias: una de largo plazo, ritmada lentamente, y otra aceleradamente, estructuras y acontecimientos. Además, se conjugan en estos años las incidencias de arriba, abajo, adentro y afuera: su consideración permite caracterizar causas y perspectivas, lo que define los términos que se pretenden subrayar en esta parte del estudio.

En los países en los que el capitalismo se ha instalado tardíamente y de manera dependiente, el desarrollo económico ha sido acompañado por la actuación de los aparatos estatales en el funcionamiento y la estructura de las economías mencionadas; la modernidad económica ha favorecido la integración de los mercados y los Estados nacionales. De este modo, modernización y Estado son recíprocamente funcionales en el capitalismo periférico. Esto es especialmente válido si se observa en su doble aspecto: Estado como articulador de la reproducción del capital, y, eventualmente, de la modernización económica; Estado como organizador de lo político y la política en el entramado de relaciones entre sociedad y estructuras gubernamentales. Estas dos dimensiones del Estado en el capitalismo periférico están conectadas estrechamente; sin embargo, es preciso distinguir las tanto en términos conceptuales como en términos prácticos: ello permite no arriesgar soluciones —ni conceptuales ni prácticas— para ambas dimensiones atacando sólo una de ellas. Vale decir: si el fin explícito es desarrollar el capitalismo, no para todos los casos puede resultar suficiente modernizar la dimensión económico-administrativa del Estado; eventualmente puede llegar a ser necesario modernizar su dimensión político-institucional. Una cosa no va indispensablemente con la otra.

Existe, sin embargo, un aspecto siempre presente que afecta los términos en que se organizan los Estados nacionales del capitalismo periférico: el mercado mundial. A él acuden todas las economías; los términos de intercambio expresan la potencia económica de los diversos países, la integración de sus economías y su dependencia respecto al exterior, y la produc-

tividad y eficiencia medias de cada una de ellas. De esta manera, el mercado mundial es el ámbito en el que se dan cita las diversas economías nacionales, configurando un espacio compuesto, por decirlo así, de múltiples espejos que reflejan la potencia y la racionalidad de cada una de las economías nacionales que a él acuden. En último término, es con respecto al mercado mundial que se establecen los términos de la modernización económica de cada nación. Campo en el que se expresa lo múltiple, el mercado mundial no es, en la actualidad, un asunto susceptible de ser regulado políticamente, por lo menos de manera suficiente. Ello es, a la vez que causa, efecto del fenómeno nacional: no existe un organismo político eficaz que se encuentre por encima de las naciones; los que existen han mostrado ser insuficientemente capaces de gobernar los procesos económicos internacionales.

Lo expuesto líneas arriba conduce a pensar que para el capitalismo periférico la modernización económica tiene en la modernidad estatal de cada nación condición necesaria y, probablemente, suficiente. Por supuesto, modernidad estatal es una expresión relativa, y además depende de las condiciones que guarde cada país en su estructura económica y en su estructura institucional. Haciendo abstracción de las peculiaridades nacionales, la modernidad estatal tiene que ver con la capacidad del Estado para diseñar y liderar el proceso del desarrollo económico: los principales recursos para ello son la planeación del desarrollo y la política económica; por otra parte, la modernidad estatal tiene que ver con estructuras político-institucionales que no obstaculicen la gestión económica del Estado y que, además, favorezcan la plena discursividad de la cosa pública como mecanismo para pro-

mover la participación social en la gestión estatal y, por esa vía, la innovación constante de las políticas estatales. Un Estado en el que se promueva más la conservación que la innovación está condenado a procrear una burocracia incontrolable que asuma una racionalidad de grupo derivada de su ubicación en las relaciones de poder, en contraposición a la racionalidad formal propia de un Estado capitalista, expresión abstracta de los intereses generales de una sociedad burguesa.

En la década de los ochenta, las condiciones del capitalismo internacional han planteado a las naciones del capitalismo periférico la necesidad de racionalizar los medios a disposición de los diversos Estados nacionales con arreglo a los fines que el mercado mundial impone a cada país.

La década de los ochenta.

Desde una perspectiva histórica amplia, la contracción de la economía latinoamericana en los inicios de la década de los ochenta señala el fin de la larga etapa de crecimiento y transformación que iniciaron la mayoría de los países de América Latina después de la segunda guerra mundial. Entre 1950 y 1980, el producto interno bruto de la región creció a un ritmo anual medio de 5.5%; ello significa que en 1980 el volumen de la actividad económica global quintuplicó el de 1950. En particular, la producción industrial se sextuplicó con creces en ese lapso; por otra parte, el crecimiento de la formación de capital fue significativo, de tal modo que el coeficiente de inversión aumentó gradual pero persistentemente a partir de mediados de la

década de los sesenta.

Sin embargo, a partir de 1981 cayó fuertemente el ritmo de crecimiento de la actividad económica; en 1982 se redujo en términos absolutos y volvió a caer, con mayor intensidad, en 1983; para 1984 parece ser que el producto interno bruto de América Latina aumentó 2.6% (ver cuadro 4.2). La crisis económica de América Latina con que abre la década de los ochenta significa, además del colapso de la larga fase expansiva de la posguerra, el fin de la forma de financiamiento del desarrollo que la región había adoptado a partir de la década anterior, y en especial tras la primera serie de alzas del precio del petróleo. Según esto, la región pudo captar montos considerables y rápidamente crecientes de ahorro externo: ello facilitó, junto con un intenso y persistente aumento del volumen de las exportaciones durante los años 1976-1980, elevar en forma continua el volumen de sus importaciones y mantener el ritmo de crecimiento económico. La otra cara de esta situación fue un aumento fuera de serie de la deuda externa y de los déficit de la cuenta corriente de la mayoría de los países.

La consecuencia de esto fue la mayor dependencia de las economías latinoamericanas hacia el capital financiero proveniente del exterior y de seguir expandiendo el volumen de las exportaciones. Desde el principio de los años ochenta las condiciones internacionales se transformaron drásticamente, de tal modo que afectaron negativamente la dinámica de las economías de la región. Fueron tres los factores que incidieron en ello de manera determinante: primero, el efecto que tuvo el estancamiento de la actividad econó-

Cuadro 4.2

América Latina: principales indicadores económicos. ^{a/}

Conceptos	1975	1977	1979	1980	1981	1982	1983	1984 ^{b/}
Producto Interno Bruto, a precios de mercado (miles millones de dólares de 1970)	257	285	318	336	341	338	327	336
Población (millones de habitantes)	302	318	334	342	350	358	367	375
Producto Interno Bruto por habitante (dólares de 1970)	849	897	953	982	975	943	893	895
Ingreso Nacional Bruto por habitante (dólares de 1970)	848	898	951	985	962	912	860	858
<u>Tasas de Crecimiento.</u>								
PIB	3.6	5.1	6.5	5.6	1.7	- 1.0	- 3.1	2.6
PIB por habitante	1.1	2.5	3.9	3.1	- 0.7	- 3.3	- 5.3	0.2
Ingreso Nacional Bruto por habitante	- 0.5	2.6	4.5	3.5	- 2.3	- 5.3	- 5.7	- 0.2
Precios al Consumidor ^{c/}	57.8	40.0	54.1	56.5	56.8	84.5	130.8	175.4
Relación de precios del intercambio de bienes	- 13.5	6.1	4.1	3.3	- 8.4	- 9.0	- 6.2	0.2
Valor corriente de las exportaciones de bienes	- 7.8	19.3	34.6	29.4	7.3	- 7.9	- 0.2	9.3
Valor corriente de las importaciones de bienes	6.5	15.0	25.8	32.4	7.8	- 19.9	- 28.6	4.4

Continúa Cuadro 4.2

C o n c e p t o s	1975	1977	1979	1980	1981	1982	1983	1984 ^{b/}
<u>Miles de millones de dólares</u>								
Exportaciones de bienes	33.6	46.7	67.5	87.3	93.8	86.4	86.2	98.4
Importaciones de bienes	39.2	46.9	67.1	88.9	95.8	76.7	54.7	57.2
Saldo del comercio de bienes	- 5.6	- 0.2	0.4	- 1.6	- 2.0	9.7	31.4	37.6
Pago neto de utilidades e <u>in</u> <u>tereses</u>	5.6	8.2	13.7	18.0	27.7	37.6	34.5	37.3
Saldo de la cuenta corriente ^{d/}	- 14.0	- 11.8	- 19.6	- 28.1	- 40.6	- 40.6	- 9.0	- 3.1
Movimiento neto de capitales ^{e/}	14.2	17.0	28.6	29.7	37.8	19.2	4.4	10.6
Balance global ^{f/}	0.2	5.2	9.0	1.6	- 2.8	- 21.4	- 4.5	7.5
Deuda externa global bruta	89.4	107.3	182.0	221.0	275.4	315.3	340.9	360.2

FUENTE:

- a/ CEPAL, sobre las bases de cifras oficiales. Las cifras correspondientes al producto, población e ingreso se refieren al conjunto formado por los siguientes países: Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Chile, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Haití, Honduras, México, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú, República Dominicana, Uruguay y Venezuela. Las de los precios al consumidor se refieren a esos 19 países más Barbados, Guayana, Jamaica y Trinidad y Tobago, excepto para los años 1982, 1983 en que se excluye a Guatemala y Guayana. Los datos del sector externo corresponde a los países mencionados anteriormente.
- b/ Estimaciones preliminares sujetas a revisión.
- c/ Variación de diciembre a diciembre.
- d/ Incluye transferencias unilaterales privadas netas.
- e/ Incluye capital a largo y corto plazos, transferencias unilaterales oficiales y errores y omisiones.
- f/ Corresponde a las variaciones de las reservas internacionales más los asientos de contrapartida.

mica de los países industrializados sobre su propia demanda de importaciones y sobre el ritmo de crecimiento del comercio internacional: esta contracción del mercado internacional provocó una declinación de la cotización internacional de los productos básicos, generando una disminución de los precios del intercambio de América Latina respecto del resto del mundo. Segundo, las altas tasas de interés en los mercados financieros internacionales desalentaron la recuperación de las economías industrializadas, lo que provocó la reducción en la demanda de exportaciones de América Latina y el incremento en el servicio de la deuda, con lo que se amplió el déficit en cuenta corriente y se convirtió en una considerable transferencia de recursos hacia el exterior. Tercero, a partir de 1982 disminuyó abruptamente el ingreso neto de capitales por préstamos e inversiones. Esto último, por cierto central, se articuló con la disminución del poder de compra de las exportaciones y el deterioro de la relación de precios de intercambio, con el incremento de las tasas de interés y con lo que había venido siendo ya endémico: la dependencia del financiamiento externo. 43/

Este era el panorama externo al que se enfrentaba México al abrir la década de los ochenta. Las inercias internas, sin embargo, habrían de de-

43/ La caracterización de la crisis de las economías latinoamericanas expuesta aquí ha sido recogida de: CEPAL, Política de ajuste y renegociación de la deuda externa, mimeografiado, febrero de 1984, pp. 3-13

finir las características precisas de la situación mexicana. Así, en principio, las respuestas de México a los problemas de liquidez comunes a la región dependieron fundamentalmente de la rigidez en el proceso decisional con que el gobierno enfrentó la situación. ^{44/} Según la información disponible, la negativa a devaluar a mediados de 1981, con la baja en los precios del petróleo y el alza en las tasas internacionales de interés, obedeció al criterio personal del presidente López Portillo. Este hecho, de por sí ilustrativo del grado de centralización política en el presidente y de discrecionalidad personal en el proceso de toma de decisiones, estimuló la sobrevaluación del peso, a la vez que favoreció la des sustitución de importaciones y obstaculizó las exportaciones.

En tales condiciones, la crisis de 1982 fue el producto de determinaciones externas, en sí mismas graves, y de las insuficiencias con que se pretendieron controlar desde el gobierno tales determinaciones. Febrero de 1982 significó el reconocimiento de la inviabilidad del sostenimiento de la sobrevaluación del peso: de la devaluación que se suscitó entonces en adelante, la economía mexicana ha experimentado una de las más severas crisis de su historia. La inflación, el abultado déficit público, la caída de la producción y el consiguiente desempleo, la imposibilidad de cumplir los compromisos financieros internacionales, todo se conjuntó generando un ambiente

^{44/} Para ilustrar este punto véase: Zaid, Gabriel, "Más progreso improductivo y un presidente apostador" en Vuelta 73, diciembre 1982, pp. 8-18

de caos e incertidumbre. Agosto de 1982 se recordará por mucho tiempo como el punto más grave de la crisis mexicana: pánico financiero, deterioro de la imagen de la autoridad política, desconfianza hacia las instituciones, fuga de capitales, conversión forzada de las cuentas en dólares de ahorradores nacionales a pesos, entre otros.

En este ambiente, el primer día de septiembre se implantó el control general de cambios y se nacionalizó la banca. Envuelta en una dinámica tendencialmente ingobernable, la crisis económica devino acto de gobierno. Independientemente de que las medidas hayan sido adecuadas o no, por una parte restituyeron a la imagen presidencial un poco de su desgastado prestigio; por otra parte, a la larga habrían de mostrar ser por sí mismas insuficientes para controlar los problemas económicos. Al año de la crisis, 1982, acudían de nuevo historias de mediana y corta duración: estrangulamiento externo e inflación, insuficiencia del ahorro interno y deuda externa; circunstancias y personajes nuevamente se dan cita: crisis económica y José López Portillo. Más allá de las causas hondas de la crisis —de lo cual ya puede tenerse una perspectiva por lo señalado con anterioridad— son los efectos sobre el ordenamiento político-social los que cabe resaltar:

Los meses que siguieron a la nacionalización fueron así el escenario de una parálisis. De un lado, la recta final de un gobierno en sus últimos días, sin poder ni proyecto para dar rumbo específico a su decisión nacionalizadora; del otro, un gobierno electo obligado a replantearse propósitos y compromisos lentamente madurados y sancionados electoralmente, con una votación copiosa. 45/

45/ Aguilar Camín, Héctor, "A través del túnel" en Nexos 60, diciembre 1982, p. 14

En rigor, la década de los ochenta en México tiene dos grandes dimensiones: la crisis económica y el proyecto de la nueva élite gubernamental. En esencia, se trata de un intento por gobernar la crisis —y por tanto de mantener dentro del margen de maniobra del gobierno sus efectos sociales y políticos— y de sustituir sus causas por nuevos factores que impulsen la modernización del capitalismo mexicano. El problema de fondo es saber si esta estrategia es viable sobre la base de las articulaciones entre Estado, clases y mercado, que habían constituido en el pasado la condición de la modernidad mexicana.

El desafío y los escenarios.

Si la naturaleza y gravedad de la crisis está determinada por la específica articulación Estado-clases-mercado sobre la que se ha desarrollado el país durante las décadas precedentes, quizá la caracterización de dicha crisis como "económica" sea, después de todo, inexacta, insuficiente y/o de carácter superficial, es decir, ubicada en el plano de las apariencias. Dada la ya expuesta politización de la economía nacional, la crisis de los ochenta sólo de modo muy forzado puede ser definida como económica: fue el desastroso descubrimiento de que las dos cuentas fundamentales de la economía, la cuenta externa (balanza de pagos) y la cuenta pública, mostraban desequilibrios tales que únicamente una visión muy estrecha podría haber negado que detrás de dichos desequilibrios se encontraban profundas deficiencias de la planta productiva y no menos profundos problemas derivados de la relación de ésta con el Estado mexicano.

El desequilibrio externo, vale decir los déficit en la cuenta corriente y en la de capital de la balanza de pagos, expresaba, sintéticamente, por lo menos:

1. la más o menos generalizada ineficiencia e improductividad de la planta productiva nacional, incapaz por ello de exportar lo necesario y suficiente para poder financiar las importaciones necesarias y suficientes para el desarrollo nacional;
2. derivado de lo anterior, la necesidad por parte de la economía mexicana —especialmente del sector público— de acudir de manera sistemática y permanente al endeudamiento externo;
3. por último, sin pretender exhaustividad, dicho desequilibrio expresaba la ya patente necesidad de la economía nacional de incorporarse de manera eficaz al escenario económico internacional.

Por su parte, el desequilibrio en la cuenta pública expresaba, también de manera sintética, por lo menos:

1. deficiencias notables en la política fiscal, desfasada de la evolución de la política gubernamental de gasto público;
2. dada la crisis de la relación con la comunidad financiera internacional, la necesidad patente de completar los reducidos ingresos de la deuda externa con deuda interna;

3. una estructura de relaciones gobierno-sociedad sustentada de un modo considerable en la política de gasto público;
4. presumibles irracionalidades administrativas en el manejo del erario público; y
5. otra vez sin pretender exhaustividad, dicho desequilibrio expresaba un cierto tipo de cultura del segmento político-funcionario de la burocracia gubernamental sustentado en la dilapidación y depredación sistemática del ya mencionado erario público.

Quizá por las características especiales del desarrollo mexicano, características que pueden extenderse a los países del capitalismo periférico, los fenómenos y problemas económicos no pueden ser considerados meramente económicos; la politización de las clases, del mercado y, en general, del desarrollo nacional permite sostener la afirmación de que en la década de los ochenta, en México, la economía resume la política nacional: la economía es, así, política concentrada. ^{46/} De este modo, los mencionados desequilibrios son la expresión numérica no sólo de "problemas estructurales de la economía" ^{47/} —tesis que es cierta pero que, como ya se vio, resulta insu-

^{46/} Debo esta tesis, expresada de este modo, a Fernando Bazúa.

^{47/} Tal como lo estableció el gobierno de Miguel De la Madrid. Véase: Poder Ejecutivo Federal, Plan Nacional de Desarrollo 1983-1988, México, 1983, pp. 89-100

ficiente— sino sobre todo de la racionalidad social global fundada en la relación Estado-sociedad: la expresión, pues, del nivel de modernidad nacional.

Así, de la lectura de la crisis que se haya hecho dependía, de modo considerable, la posibilidad de llevar adelante una estrategia adecuada. Con el fin de aclarar este vital punto, véase en la siguiente página la matriz de lectura de la crisis, según niveles de análisis.

A partir de diciembre de 1982 accedió al comando de la política nacional una nueva fracción de la burocracia gubernamental, dirigida por el presidente De la Madrid. La estrategia del nuevo gobierno se centró en la modernización del desarrollo capitalista de México como respuesta a las condiciones del capitalismo internacional. En la matriz de análisis que aquí se presenta se puede observar que la lectura oficial de la crisis, por lo menos en lo que se refiere a aquello que conforma el discurso y la práctica gubernamental, ha enfatizado los niveles de análisis superficial e intermedio, en ese orden. Puede decirse que la lectura de la crisis por parte de la élite gubernamental ha sido básicamente "economicista"; ello puede ser atribuido: a) a errores de lectura por parte de la propia élite, o bien b) a que el reconocimiento de una dimensión política profunda de la crisis podía ser interpretado por la opinión pública como una "crisis política", lo cual sería, sin duda, políticamente "peligroso". En cualquier caso, lo relevante es que, ya sea que dicha lectura se haya realizado a ese nivel o no, la política gubernamental al respecto estuvo bastante sujeta a las coyunturas deriva-

LECTURA DE LA CRISIS, Y POLITICAS GUBERNAMENTALES. 1983-1988

NIVEL DE ANALISIS	ARTICULACION Y ASPECTO EN SITUACION CRITICA	CARACTER DE LOS PROBLEMAS	POLITICAS GUBERNAMENTALES
Superficial	Economía nacional-capitalismo internacional - Problemas de balanza de pagos (deuda externa) - Déficit público (inflación)	Económico-financiero	. Programa Inmediato de Reordenación Económica. . Programa de Aliento y Crecimiento. . Pacto de Solidaridad Económica
Intermedio	Estado-economía - Desequilibrios del aparato productivo y distributivo - Asimetría en la distribución del ingreso - Tamaño del sector público	Desarrollo económico	. Cambio estructural . Reconversión industrial
Profundo	Estado-sociedad - racionalidad social global - esquema estructural del consenso social	Político	Ninguna

das de los movimientos de las variables económico-financieras, por no decir que en materia de política política la respuesta gubernamental fue virtualmente nula. De un modo más preciso, el eje del proyecto sexenal —y, finalmente, del propio proyecto que le es imputable a la élite gubernamental— estuvo fincado en la política económica, y la política política se fue definiendo en función de aquélla. Lo decisivo es si de la lectura oficial de la crisis podía derivarse la estrategia adecuada para su solución; el meollo del asunto, pues, se encontraba (y encuentra) localizado en tres puntos, a saber: i) la viabilidad política de la política económica; ii) la viabilidad económica de la política política; y iii) la viabilidad global del proyecto.

El supuesto básico sobre el cual descansa el análisis de cualquiera de estas viabilidades es, precisamente, la capacidad de gobierno político del propio gobierno sobre tres aspectos fundamentales: primero, sobre la sociedad mexicana, por tanto se habla aquí de la capacidad de convocatoria del discurso gubernamental (específicamente del discurso presidencial) y de la capacidad de dicho discurso para concitar el consenso social global; segundo, la capacidad de gobierno político sobre la relación con el frente externo, específicamente con la comunidad financiera internacional y con la élite estatal norteamericana; tercero, la capacidad de gobierno de la élite gubernamental (específicamente del propio Ejecutivo) sobre esa gruesa categoría social, decisiva para la implantación y el éxito del proyecto: la burocracia gubernamental.

Sobre la base de estas consideraciones, a continuación se presenta un

ejercicio prospectivo, a fin de explorar los escenarios previsibles del desarrollo nacional.

En la próxima década México enfrentará, en una medida seguramente mayor que en la actualidad, un desafío de naturaleza histórica. En primer lugar, la sociedad mexicana presentará desigualdades estructurales sumamente graves; para poder no revertir sino sólo aminorar esta tendencia, tendría que crecer la economía nacional a tasas muy altas, y con mecanismos de distribución del ingreso diversos de los prevalecientes en los ochenta. Sólo para que en 1990 se llegara a un nivel de producto por persona parecido al del inicio de los ochenta, la economía hubiera tenido que crecer, entre 1986 y 1990 a tasas superiores al 4% promedio anual en términos reales. ^{48/} Por otra parte, si los salarios crecieran a una tasa de 9.7% —el ritmo más alto de la historia de México—, a mediados del año 1990 se recuperaría el salario de enero de 1983 y en 1994 se igualaría el salario de 1977. Para lograrlo se requeriría que desde enero de 1988 hubiera habido aumento del 150% sólo el primer mes; posteriormente aumentos de 10% mensual sobre la inflación. ^{49/} Estos elementos vuelven altamente plausible la afirmación de que los noventa será una década de agudos contrastes sociales.

^{48/} Cordera, Rolando y Carlos Tello, "México: opciones y decisiones" en Nexos 101, mayo 1986, p. 13.

^{49/} Bolívar, Augusto y Rafael Sánchez, "Los salarios del miedo" en El Cotidiano 19, septiembre-octubre 1987, p. 354.

Otro aspecto del desafío histórico que espera al país es la necesidad, prácticamente ineludible, de incorporarse activamente al escenario económico internacional, tal como ya ha sido señalado páginas atrás. Será aún más ostensible que el desarrollo económico no es una especie de "destino histórico" de la nación, que éste debe ser obtenido con esfuerzos concertados entre las clases sociales y entre éstas y el gobierno. Este factor de nuestro escenario futuro está, como se dice, cargado de implicaciones. En la próxima década será común la circulación de mercancías extranjeras, ante un mercado nacional reducido, sobre todo por la previsible evolución del ingreso; es poco probable que los grupos sociales con capacidad de ahorro eliminen el componente consumista de su comportamiento económico. Por otro lado, si bien las características de la planta industrial nacional no son absolutamente determinables a priori, sí en cambio puede preverse que en la década venidera tendrá una vocación exportadora significativamente mayor que en la actualidad. Dado que los ingresos por la venta de petróleo estarán amarrados al pago del servicio de la deuda —y no es previsible que una política voluntarista de la élite gubernamental suspenda el pago, pues ello significaría abandonar automáticamente el mercado financiero internacional, lo cual equivale a no tener acceso a más crédito—, con seguridad las exportaciones manufactureras suplirán al petróleo para el financiamiento de las importaciones; un obstáculo es, sin duda, el alto coeficiente de importaciones que presenta esta rama. Por supuesto, la clave de este proceso orientado a las exportaciones manufactureras reside en cuáles serán las condiciones en que ello sucederá y, por tanto, cuáles serán los "costos" de acceder a tal situación.

Sin embargo, la relación de México con el mundo tendrá que pasar, necesariamente, por la que habrá de tenerse con los Estados Unidos. En especial, este aspecto del desafío de la próxima década es crucial para la modernización nacional. De perdurar en la Casa Blanca un presidente republicano —George Bush, para el periodo 1988-1992—, es plausible suponer, aun cuando esté colocado a la izquierda de Reagan, que la ortodoxia monetarista tratará de seguir siendo impuesta, aunque haya mostrado ser inadecuada para la salida de la crisis; sin modificarse sustancialmente la élite estatal norteamericana —y es seguro que James Baker ocuparía un puesto privilegiado en una hipotética administración Bush—, ello es altamente probable. Si, por el contrario, se instala en la Casa Blanca un presidente demócrata —Michael Dukakis, para el periodo mencionado— es factible suponer, primero, que habrá un trato de corte "librecambista" hacia México y, segundo, que el trato que se le dé a un régimen político caduco —según los demócratas— como el mexicano será de escasa, si no nula, tolerancia.^{50/} Por supuesto, esto último es bastante conjetural; sólo que un sistema político caduco les represente problemas —lo cual muy probablemente será el caso— es previsible que la élite estatal demócrata adopte una posición activa frente a la vida política mexicana. En cualquier caso, no es aventurado suponer que en la década venidera México seguirá importando aquello que es vital para su planta productiva, mientras las exportaciones mexicanas hacia los Estados Unidos seguirán siendo pocas —actualmente representan el 5% del comercio

^{50/} Castañeda, Jorge, "La sucesión simultánea" en Nexos 122, febrero 1988, pp. 20-21.

exterior norteamericano— y, además, de bienes fácilmente sustituibles, excepto el petróleo, que, como ya se vio, estará atado a la deuda. Con ello es fácilmente previsible —lo que no es una novedad— que la posición de México frente a la élite estatal norteamericana, y frente a la comunidad financiera de ese país, seguirá siendo desventajosa.

La incorporación de México a la economía internacional es especialmente relevante en relación con uno de los puntos neurálgicos de la modernización: el financiamiento del desarrollo. Mientras no se adopte una política eficaz de innovación tecnológica y de nuevas modalidades organizativas entre los agentes productivos y entre éstos y el Estado mexicano, el escenario del autofinanciamiento vía exportaciones no petroleras no deja de ser una mera fantasía. Indudablemente, este escenario no debe ser descartado; pero es no menos indudable que esta verdadera modernización enfrenta obstáculos considerables —como se detallará más adelante— y que los frutos que pueda rendir difícilmente se verán a plenitud en la década siguiente. Por tanto, para continuar con el ejercicio prospectivo, en la próxima década el acceso al mercado financiero internacional será vital, aunque probablemente en menor medida que en la actualidad. Las inversiones extranjeras pueden cumplir aquí un papel muy importante, pero ello está sujeto a dos condiciones desde el punto de vista de los inversionistas: que exista un razonable grado de certidumbre sobre la capacidad del sistema político mexicano para garantizar estabilidad social, y que exista un no menor grado de certidumbre de que los inversionistas extranjeros no estarán sujetos a la discrecionalidad de los funcionarios mexicanos para que sus inversiones y procedimientos técnico-le-

gales no encuentren "problemas". Un factor estará seguramente presente: los grupos sociales nacionalistas impugnarán una política de inversión extranjera que lesione la para entonces más relativa aún autonomía/soberanía del país. Por último, la opción de la deuda interna es, respecto al tema del financiamiento del desarrollo, altamente relevante. En la década de los ochenta el financiamiento vía deuda interna ha inducido a los capitales a moverse en la esfera financiera, con lo cual se ha desestimulado la inversión productiva, a lo que hay que añadir que las altas tasas de interés han empujado en la misma dirección; por otro lado, esta modalidad de financiamiento ha impactado negativamente el déficit público, con las repercusiones inflacionarias conocidas. Si la deuda interna sigue siendo en la década venidera una fuente importante de financiamiento del gasto público, ello seguramente obedecerá a la incapacidad de gobierno político de parte de la élite gubernamental sobre el segmento político-funcionario y su peculiar cultura depredadora del erario público: sin duda, por "detrás" de las políticas de encaje legal y de deuda interna se encuentran los sobregiros presupuestales del gobierno federal, y no sólo ni principalmente los pagos de intereses de la mencionada deuda interna. 51/

En la década de los noventa el desafío histórico a que se enfrentará el país incluye un conjunto de factores de orden interno. Primero, la po-

51/ Bazúa, Fernando, "Reflexiones sobre la entrevista MMH-Reagan y los nuevos problemas históricos del Estado mexicano", Reporte de Investigación 165, UAM Xochimilco, pp. 78-84.

blación será más numerosa: 89 millones en 1990, 99.2 en 1995 y 109.2 en el 2000. La presión sobre el mercado de trabajo se intensificará. En cada uno de los años de los noventa se incorporarán a dicho mercado más de 800 mil mexicanos, más aquéllos que se han visto perjudicados por la recesión de la segunda mitad de los ochenta. La así llamada "economía subterránea" seguramente adquirirá más peso, aunque es improbable que pueda absorber la mano de obra que quede fuera del mercado laboral: es de suponer que la economía subterránea reciba algunos "apoyos" gubernamentales, en el caso nada improbable de que persistan rasgos del tradicionalismo político priísta, sobre todo una vez comprobado que esta economía florece en las grandes urbes, donde el partido oficial ha visto decrecer su clientela electoral. En cualquier caso este solo hecho repercutirá en la necesidad insoslayable de que la economía mexicana crezca durante la década siguiente lo suficiente para por lo menos incorporar una parte de la población demandante de empleo. El crecimiento poblacional también presionará el mercado político: en 1994 la población en edad de votar será de 55.4 millones, de los cuales el 74% habrá participado en el proceso electoral de 1988, del cual lo menos que puede decirse es que ha sido el más delicado y reñido desde las elecciones de 1910. El resto de votantes serán aquéllos que se incorporarán, si lo hacen, paulatinamente al mercado de trabajo durante el sexenio venidero. En el 2000, la población en edad de votar será de 65 millones. Por este solo hecho, es de presumir que la vida político-partidista de México se modificará en los noventa. ^{52/}

52/ Las estimaciones corresponden al documento México. Estimaciones y pro-

El país continuará su proceso de urbanización: de no alterarse las tendencias, en el año 2000 la ciudad de México se convertirá en un asentamiento de unos 28 millones de pobladores. Pero no sólo la ciudad de México; de persistir también las tendencias, en el año 2010 algo más de 3 de cada 4 mexicanos podrían vivir en ciudades de más de 15 mil habitantes.^{53/} Este proceso necesariamente tendría que marchar durante los noventa, así que la urbanización vendrá a modificar decisivamente el paisaje nacional. Es altamente probable que en la década venidera se lleve a cabo una especie de "re-conversión rural", orientada explícitamente a incrementar la productividad del campo. Lo menos que puede preverse es que el debate girará en torno a dos aspectos fundamentales: el destino del ejido y, lo que le es casi inmanente, el destino del sistema burocrático-cuasicorporativo de dominación sobre el campesinado. El incremento de la productividad agrícola es un factor virtualmente inevitable y, sin duda, vendrá a cercar aún más la cultura política que promueve el sistemático fraude electoral, perpetrado principalmente en el medio rural. La nueva configuración de las relaciones campo-ciudad en los noventa dará a las entidades federativas nuevas y más significativas facultades para planear su propio desarrollo; con los municipios es de suponer que sucederá algo similar. Ello ejercerá una considerable pre-

yecciones de población 1950-2000, coeditado por SPP, CONAPO y CELADE, s/f, sobre las proyecciones de la hipótesis alternativa.

53/ Alonso, Antonio, "El país que vendrá" en Nexos 122, febrero 1988, pp. 28-29

sión sobre los métodos caciquiles y premodernos de acción de las autoridades locales, consolidados en décadas de centralismo.

Una buena parte de lo que se ha mencionado es virtualmente inevitable. El escenario económico-social-político condicionará sin duda la modernización mexicana, y los proyectos relacionados con ella.

Se han elaborado 3 escenarios sobre la modernización de México en los años noventa. Para su construcción deben considerarse como supuestos los elementos siguientes:

1. La élite gubernamental se dispone a modernizar el país, pero su racionalidad se orientará a imponer dicho proyecto con el menor costo político posible.
2. La "lectura" de la crisis que realice la élite gubernamental será clave para la elección de la estrategia.
3. Dado que, según se dijo, "la economía es política concentrada", la naturaleza profunda de la crisis es histórico-política, y así es su solución.
4. Por lo dicho, la viabilidad de cualquier proyecto depende de la capacidad de gobierno político por parte del propio gobierno sobre:
a) la sociedad civil; b) el frente externo; y c) la burocracia estatal.
5. Si como se vio anteriormente (ver cap. I, pag. 20), toda modernización se combina con determinadas tradiciones, la que México experi-

mente en la próxima década no escapará a esta tesis.

6. El cuadro prospectivo presentado páginas atrás revela, para cada escenario, las condiciones en que se enfrentará el desafío.

Escenario 1

Modernización pendular.

La élite gubernamental privilegia los costos políticos de una modernización acelerada. El régimen, durante la primera mitad de sexenio, busca a toda costa desactivar a los actores sociales movilizados por las restricciones salariales, por la incertidumbre de ahorradores e inversionistas, y por el descontento generado a raíz de las elecciones de 1988. Con el fin de evitar los costos políticos extremos a que puede llegarse, la élite gubernamental procura suavizar la política salarial, pero impide y reprime las huelgas; ahorradores o inversionistas presionan para que se modere el "populismo salarial", mientras apuestan contra el peso, que se mantiene virtualmente controlado para evitar la espiral inflacionaria.

Las exportaciones decrecen, con lo que se presiona la balanza de pagos y la propia paridad. Se efectúan macrodevaluaciones diferidas en el tiempo, que atizan la inflación. La política gubernamental procura fortalecer su imagen en las ciudades en que su clientela política ha disminuido; se reanima la economía mediante gasto público: se observa crecimiento económico.

En términos generales, se trata de un sexenio en el cual se ha optado

por desacelerar la modernización, con el fin de que en el periodo 1994-2000 se vuelva a acelerar el proyecto de modernización de la élite. Al procurar evitar los costos políticos de la continuidad, se incurren en costos económicos significativos: la política de gasto para promover el crecimiento presiona el déficit público, y las formas de su financiamiento se ven acotadas pues ni la emisión primaria ni la deuda interna ni la política de astringencia crediticia resultan viables. Las presiones sobre el déficit público se resuelven mediante crédito externo, a cambio de concesiones importantes en materia de petróleo, comercio e inversión extranjera. La negociación con el frente externo tiene que basarse en el supuesto de que en el siguiente sexenio, una vez que hayan sido aminorados los posibles costos políticos, el péndulo irremediablemente tendrá que regresar: la modernización ortodoxa esperará, así, seis años más.

El crecimiento económico observa un comportamiento similar al de principios de los setenta: freno-siga-freno, etc. Los bandazos observados por la política económica conservarán como marco fundamental el mismo esquema político: viejas respuestas a nuevos problemas. El costo más grave es que, la élite gubernamental incurrirá en déficit crónicos de gobierno, que procurarán fuertes dolores de cabeza, sobre todo en materia electoral. Las elecciones para gobernadores y diputados nuevamente desatarán la fiebre opositorista y nuevamente también se desarrollará la conocida fiebre monopólica de la clase política mexicana.

Las políticas de gasto, asociadas a reformas fiscales no profundas, se

convierten en un nuevo auge de las tendencias depredatorias del segmento político-funcionario de la burocracia estatal; ello por supuesto, también frontalmente encontrado con la necesidad de saneamiento de las finanzas públicas. La conocida frase referente al "año de Hidalgo" cobrará renovados bríos, dado que será previsible que cada año sea, efectivamente, el último para poder hacerlo.

Respecto al frente externo, el déficit de gobierno político se acentúa, sobre todo en virtud de que las nuevas condiciones de financiamiento del déficit público orillarán a mayor endeudamiento externo. Las presiones en el interior de la élite estatal norteamericana se multiplican: algunos grupos presionan para que se suspendan más préstamos; otros apoyan estas medidas, pero presionan para que se modernice el sistema político.

En suma, 1988-1994 es un periodo que decide diferir el proyecto modernizador en aras de la estabilidad política. Sin embargo, al basarse en una lectura de la crisis que enfatiza los "costos políticos" de su proyecto, sin lograr percatarse de que la crisis misma y cualquier proyecto que procure su salida tienen una naturaleza histórico-político profunda, la élite gubernamental asume una postura superficialmente conciliadora, cuyo único efecto es, precisamente, agravar y alargar los problemas.

Escenario 2

Modernización autoritaria.

El gobierno asume una política modernizadora ortodoxa. En realidad, se continúa con los lineamientos fundamentales del sexenio anterior: subvaluación de la moneda, venta de empresas paraestatales, políticas salarial monetaria y crediticia restrictivas. Los efectos recesivos no se hacen esperar, pero la inflación no logra detenerse. El país vive una estanflación virtualmente crónica que incrementa significativamente el desempleo. La oposición se dirige a adquirir el apoyo del sindicalismo oficial, o de la propia clase obrera; es decir, las fuerzas políticas excluidas de la élite se alían con la izquierda de manera más perecedera. Se alimenta así la activación de los sindicatos, que empiezan a romper la "disciplina" política, considerada como condición del proyecto modernizador a ultranza.

La movilización obrera es reprimida. Se pretende por un lado, "dar una lección" a los disidentes de la clase política y, por el otro, dar una más significativa lección a la propia clase obrera de que más le conviene regresar al estilo corporativista de la vieja política y asumir la política de restricción salarial. De perseverar las actitudes contestatarias y movilizadoras, se emplea la fuerza pública para reprimirlas. El ambiente de "estabilidad forzosa" estimula la fuga de muchos capitales, temerosos de que la inestabilidad generalizada se difunda.

La política cambiaria estimula las exportaciones pero no la productividad ni la eficiencia. Los bajos salarios, por su parte, más la devaluación, desalientan las importaciones de bienes de inversión y los gastos de innovación tecnológica. En este contexto, la maquila se convierte en la opción de

los inversionistas nacionales. La reconversión industrial se convierte en maquilización industrial.

La opción autoritaria hace renacer la cultura de monopolismo político de la burocracia gobernante. Los fraudes electorales se suceden y las manifestaciones se reprimen, volviendo virtualmente inexistente la democracia en México. La vieja clase política y una fracción político-militar se aprestan a brindar sus "valiosas experiencias" en materia de control y represión de las mayorías.

El modelo exportador, con predominio de maquila, elitiza significativamente las grandes ganancias en la cúpula empresarial, asociada al nuevo gobierno. Entre los pequeños empresarios se disputan las maquilas más importantes; como la reducción de costos opera fundamentalmente en función de los salarios, los propios empresarios favorecen las restricciones salariales con medidas autoritarias dentro de las propias empresas. Los empresarios que se orientan a la producción de consumo interno se ven desplazados de la nueva alianza y quedan ante la alternativa de cambiar de giro, o engrosar las filas de la oposición. A estos últimos la represión gubernamental tampoco los deja impunes.

Escenario 3

Modernización democrática.

La élite gubernamental realiza una lectura de la crisis que subraya el

carácter histórico-político de fondo. Se realiza una nueva convocatoria de renovación nacional; dado que la anterior no fue enteramente escuchada, esta nueva convocatoria es acompañada de medidas concretas, tales como poner a disposición de la justicia a los servidores públicos deshonestos, cualquiera sea su nivel; pureza y transparencia en los procesos electorales para gobernadores y diputados; apertura de los medios de comunicación, entre otras. El titular del Ejecutivo gobierna políticamente a las fuerzas políticas tradicionales, esforzadas en hacer permanecer sus viejos métodos políticos.

La convocatoria nacional, además, se ve acompañada de medidas concretas para favorecer el salario, para alentar las exportaciones mediante el impulso a la productividad. Se desarrolla una política regional claramente favorecedora de la descentralización. La convocatoria encuentra eco en la propia sociedad civil. Los grupos opositores ya no gastan toda su energía en derrotar electoralmente al grupo gobernante, sino en participar dentro de esta nueva modernización. La apertura en la Cámara de Diputados pone diques al presidencialismo; las nuevas generaciones de la clase política se ven compelidos a participar en una auténtica competencia política, lo cual los obliga a fortalecer su "vocación" de políticos y, así, a modernizar al propio partido oficial.

En el frente externo, apoyadas por la sociedad civil, la élite gubernamental asume una política crítica y activa ante la élite norteamericana. Se logra crear una complicada negociación que, al mismo tiempo que no compromete el acceso al mercado financiero internacional, tampoco compromete la po-

lítica económica interna. Anulado el monetarismo ortodoxo, se lleva adelante una política industrial y agrícola orientada explícitamente a la productividad. La participación de la fuerza de trabajo en la concepción y la instrumentación de dicha productividad logra finalmente ser vista como condición indispensable para la modernización nacional.

Este conjunto de fuerzas, aglutinadas en torno a un proyecto compartido, logran reestructurar la economía del país —política concentrada—, exorcizando de manera radical la crisis de los ochenta. Los costos son pagados por las fuerzas políticas tradicionales, obsesionadas con el monopolismo político, con todo tipo de prácticas delictivas y fraudulentas y con las negociaciones informales con sindicalistas y empresarios, no negativas por informales sino por promover la ilegalidad y la ineficiencia económico-política.

Conclusión.

Es pertinente establecer, de entrada, que en esta parte del trabajo presentaremos la conclusión global de la investigación, bajo dos formas: primero, como la culminación de una investigación académica, propiamente dicha; segundo, como las recomendaciones para un hipotético lector involucrado en la vida política nacional. Con la primera, procuramos guardar las formas y, no menos importante, establecer los alcances y límites del estudio. Sin duda, este aspecto es una condición indispensable de cualquier estudio que reclame seriedad. La segunda forma pretende incorporar un ejercicio de asesoría política, forma de llegar a conclusiones que se estila en el medio profesional de la sociología. Estas últimas se referirán básicamente al punto 3 del último capítulo y en especial al ejercicio prospectivo.

A. Conclusión. (Primera forma)

1. En menos de dos siglos de vida independiente, México se ha enfrentado permanentemente a desafíos históricos de naturaleza cada vez más compleja. Esto, sin duda, está íntimamente relacionado con el desarrollo del capitalismo a escala mundial y con el concomitante despliegue del mundo burgués. Lo que en muchos trabajos suele imputársele a la "lógica del capital", la capacidad de determinar el "rumbo histórico" de un país, se ha pretendido mostrar en este trabajo que está de tal manera permeado por las características específicas del liderazgo estatal nacional y por las relaciones de éste con los capitalistas nacionales y extranjeros, que dicha "lógica" ha jugado un papel secundario, sobre todo en lo que respecta a la naturaleza de las respuestas a tales desafíos.

Que el carácter de los desafíos a que está sometido México sea cada vez más complejo tiene relación con las características que ha adoptado el desarrollo del capitalismo. El proceso, virtualmente mundial, de politización de la vida económica ha terminado por consolidar una estructura de relaciones entre agentes económicos y élite estatal que en el ámbito interno resultan decisivas para la conformación de las respuestas a los desafíos externos. En el espacio, sin embargo, de los diferentes ámbitos externos las economías nacionales se enfrentan entre sí sin mediaciones políticas significativas: precisamente en este espacio, se expresan los niveles de modernidad no sólo tecnológica sino sobre todo de la estructura de relaciones político-sociales internas. La conjugación de estas dos dimensiones dan cuenta del nivel de modernidad nacional. Ello, sin duda, es más significativo en aquellas sociedades que, al haber accedido tardíamente al escenario capitalista internacional, se han procurado una racionalidad defensiva, promotora por ello de una sobrepolitización de los procesos de modernización. A pesar de dicha racionalidad, o quizá precisamente por ella, las respuestas que se ofrecen a los desafíos son extremadamente complicados, porque tienden irremisiblemente a modificar el entramado de relaciones político-sociales internas, y por tanto a afectar intereses comúnmente asociados al "interés nacional". Por ello, los desafíos aparecen cada vez dotados de mayor complejidad.

2. Este esquema resulta bastante útil para aplicarlo a la lectura de la historia mexicana. La debilidad estatal de México durante el siglo XIX

obligó a la élite estatal a subrayar su nacionalismo, expresado en la defensa incluso militar del país y en el intento de coadyuvar en la conformación de dos instituciones clave de dimensiones nacionales: el Estado y el mercado. La estabilidad político-social, condición indispensable de un proceso de modernización de mediano plazo, fue producto de la intervención ya no militar sino pacífica de fuerzas externas, entonces bajo la forma de inversionistas "modernizadores". Con este nuevo factor en el entramado de relaciones, y con un segmento de capitalistas nacionales que se beneficiaban de las innovaciones incorporadas por aquéllos, durante el porfiriato la modernidad se desplegó en México de manera virtualmente ininterrumpida. La vocación estructural a generar estructuras políticas "jacobinas" —elitistas y comprometidas con ir a la vanguardia de la modernización— terminó en México por convertir el régimen político porfirista en una organización de privilegios tendencialmente excluyentes. El esquema interno se asoció con la coyuntura de la Primera Guerra Mundial y con los cambios estructurales derivados de la quiebra del capitalismo liberal; el resultado, ese episodio histórico llamado a inspirar infinidad de discursos y que la cultura nacional ha convertido en poco menos que el paradigma ideológico-político del siglo XX: la Revolución Mexicana.

3. Una vez terminada la fase crítica y la fase de reconstrucción de las estructuras internas, la modernidad mexicana se desplegó asombrosamente; el "milagro mexicano" se le llegó a llamar. Pero, temporal como todas, la estructura de relaciones fundadora de la nueva modernidad nacional

comenzó a dar muestras de agotamiento a principios de los setenta; diez años después dicha estructura se derrumbó estrepitosamente. Las manifestaciones del derrumbe se presentaron como cifras de problemas económicos y financieros. Una nueva élite asumió el comando de la política nacional; su estrategia, orientada principalmente al largo plazo, ha fracasado en el corto. Las más que razonables dudas sobre el éxito y la deseabilidad de dicha estrategia han promovido entre diversos grupos una posición activa que ha pluralizado y puesto en entredicho la tradicional inmovilidad del sistema político.

Nuevamente la vocación estructural a generar estructuras políticas jacobinas ha conformado el escenario político-coyuntural en que se pretende, simultáneamente, "salir" de la crisis y reformular el proyecto de modernización. Al igual que en la crisis de la segunda década de este siglo, la vocación monopolista de la élite gobernante rechaza en la práctica la democracia, y la asume en el discurso; la similitud es asombrosa: se repite que el pueblo mexicano "todavía no está preparado". No son pocos los que ahora, al igual que entonces, piensan que sí lo están y que el argumento es insostenible.

4. La estrategia del nuevo gobierno, al haber fracasado, abre la opción de que no sea la única que pretenda intervenir en la dilucidación de la modernización mexicana. Que la pluralidad de diversos actores sociales se activen políticamente vuelve previsible que la vocación estructural jacobina de la política nacional se vea sometida a un nuevo e inédito de-

saffo. La naturaleza histórico-política de los problemas que enfrenta la modernización nacional indicarán, cada vez en mayor medida, como ya actualmente se empieza a ver, que la democracia es más que un ideal político-ideológico derivado de los paradigmas de la modernidad occidental: es fundamentalmente una necesidad económica.

B. Conclusión. (Segunda forma)

El significado profundo de la crisis de los años ochenta ha puesto de manifiesto

- a) que la necesidad de incorporar la economía mexicana al capitalismo internacional es ya perentoria: entre mayor sea la tardanza, más costosa será dicha incorporación;
- b) que la relación Estado-economía, hoy dramáticamente parte de la crisis, ha redundado en significativas ineficiencias económicas, pero sobre todo políticas;
- c) que los problemas de la actual crisis no pueden ser reducidos a meras dificultades económicas, dado que éstas están expresando permanentemente la quiebra de la estructura de relaciones político-sociales que permitió y produjo, durante cuarenta años, el desarrollo del país;
- d) que la salida de la crisis no podrá ocurrir mientras no se reestruc-

ture la relación Estado-sociedad, por más que se implementen sofisticadas y novedosas tecnologías de política económica.

Dado lo anterior, una estrategia gubernamental que aspire al éxito deberá enfatizar que sólo una política política racional con arreglo a los fines nacionales —y no respecto a los fines grupales de las élites empresariales y burocrático-políticas—, es decir, una política política eficaz, podrá dotar al funcionamiento de la economía de la racionalidad global que el fin de siglo está exigiendo.

La élite gubernamental mexicana ha planteado la necesidad ya de modernizar la economía nacional; sin embargo, en por lo menos dos aspectos este proyecto presenta dificultades: por un lado, la política de corto plazo ha estado demasiado influida por la concepción monetarista de la élite estatal norteamericana y de la comunidad financiera internacional; por el otro, se ha partido del supuesto de que si se moderniza primero la economía, la posterior modernización de la política será virtualmente automática o, por lo menos, que sus costos serán menores. Como puede verse, estos dos aspectos están de tal modo vinculados en la práctica que podría afirmarse que constituyen dos caras de la misma moneda: cortoplacismo y monetarismo, recíprocamente determinados y estrechamente enlazados, representan, en lo inmediato, el punto en el que la modernidad nacional se está decidiendo.

Puesto que no hay modernización sin más, "a secas", nada impide que cualesquiera de las "modernizaciones" que actualmente se suceden en el mundo

requieran, por decirlo así, un apellido. ^{1/} La modernización propuesta por la élite estatal norteamericana —sintetizada en la tristemente célebre reaganomics— independientemente de dificultades inherente no desmenuzables aquí, está concebida para una sociedad como la norteamericana: una economía fuerte, con agentes económicos cuya racionalidad se remite fundamentalmente al mercado, y con un tejido social en el cual estas formas de racionalidad son prácticamente un prejuicio popular, una cultura; sociedades en que la racionalidad que las caracteriza exige poderosamente que su funcionamiento se base en el "imperio de la ley". Así, el neoliberalismo, al pretender exportar su tecnología gubernamental, sobre todo a los países del capitalismo periférico, se basa en el supuesto de que las sociedades, sin importar su "rango", están formadas por abstractos agentes económicos, universales, interesados sólo, o principalmente, en "optimizar su bienestar"....

Al margen del juicio valorativo que deba merecer una propuesta del imperial vecino, el punto decisivo es si su tecnología gubernamental puede sacar al país de la crisis. Al parecer, existe una buena dosis de consenso en que la respuesta que merece esta interrogante es rotunda: no.

^{1/} Sería demasiado largo enumerar las naciones que han decidido modernizarse; en cada caso, sin duda, las diferencias estatal-nacionales resultan decisivas. Consideréanse por ejemplo, los casos de España con su reconversión industrial, Corea del Sur, la Unión Soviética con la perestroika y el glasnot. Son de tal significación las diferencias, que no colocar el "apellido" de la modernización es, por decir lo menos, históricamente irresponsable.

El monetarismo ortodoxo, intensificado en la segunda mitad del sexenio, ha fracasado estrepitosamente. La inflación, enemigo público número uno para esta Administración, no ha logrado ser erradicada ^{2/} ni el déficit público, el cual según la concepción neoliberal es, per se, inflacionario. Sin embargo, esta dosis de consenso, con todo y que es, sin duda, "mayoritaria", no es compartida por la élite gubernamental ni por la cúpula empresarial.

Si, por otra parte, se sigue enfatizando el papel de la política económica para el corto plazo, en menoscabo de la necesaria implantación de una política política a la altura de las circunstancias, es indudable que en el mediano plazo —dado que éste depende de lo que se haga en el corto— el proyecto de la élite gubernamental, además de fracasar en la modernización de la economía, reducirá peligrosamente la de por sí ya disminuida legitimidad del régimen pos-revolucionario.

Sin duda, el riesgo es excesivo.

Dejar a las "fuerzas del mercado" el desarrollo nacional en un contexto como el actual equivale a dejar la economía en manos del gran capital nacio-

2/ A pesar de que "el Pacto" haya tranquilizado la psicosis hiperinflacionaria de fines del año pasado. Dado que las presiones sobre la paridad son bastante abultadas actualmente, que éstas ya están afectando las reservas del Banco de México y que, además, se están debilitando aceleradamente las exportaciones (sostenidas durante los últimos dos años menos en una mayor productividad y eficiencia y más en un peso subvaluado frente al dólar), dado lo anterior es previsible que se presente una nueva devaluación de magnitud tal que vuelva a promover la inflación.

nal y de las grandes corporaciones extranjeras/multinacionales. Además, un esquema neoporfirista como éste no va a modernizar, sino tal vez el siempre latente autoritarismo al estilo sudamericano. Una sociedad como la mexicana, cuya racionalidad global responde mas a las señales del Estado que a las del mercado, y cuyo tejido social está diametralmente encontrado con aquellas sociedades donde el neoliberalismo puede tener éxito, no puede prescindir en el corto plazo, y quizá tampoco en el largo, de la presencia del Estado en la economía.

Pero lo que ya es insostenible es la forma en que dicha intervención ocurre: ineficiencia e improductividad generalizadas en las empresas paraestatales; amplios márgenes de discrecionalidad entre los funcionarios públicos para dotar de "criterios políticos" a su intervención económica; y, rasgo notable, manejos desusada y sistemáticamente depredatorios del erario público. Cualesquiera de estas características están frontalmente encontradas con las exigencias de la modernidad estatal-nacional.

Para afrontar el cúmulo de problemas que están caracterizando el gran desafío de fin de siglo, la élite gubernamental tendrá que asumir una política estatal que, en los hechos, haga eco de la convocatoria presidencial del sexenio que termina: la renovación nacional; y del que iniciará el próximo diciembre: la política moderna. 3/ Tendrá que sintetizar en un solo

3/ Es de presumir que la vaguedad en la convocatoria del próximo titular

producto:

1. Un inédito activismo en política exterior que le permita aplicar una tecnología gubernamental alternativa, adaptada a las características político-culturales de la sociedad mexicana, sin que ello implique una ruptura con la élite estatal norteamericana —sobre todo si perdura una administración republicana— ni con la comunidad financiera internacional.

Para ello será de innegable ayuda evitar las posiciones "principistas" (de principios) que han permeado el discurso de nuestra política exterior. Una alianza subcontinental con los demás países latinoamericanos para, por medios discursivo-argumentales, "convencer" a dicha élite de que la viabilidad técnica de su tecnología gubernamental es insuficiente, es una estrategia altamente recomendable.

2. Un inédito activismo gubernamental en la economía que permita al Estado liderar activamente la perentoria reconversión tecnológica tanto en la industria como en la agricultura, pesca y minería.

del Ejecutivo sea imputable a las reticencias con que las fuerzas políticas tradicionales —incorporadas al aparato estatal y al partido oficial— la ha tomado, convirtiéndose así en los principales críticos e impugnadores de dichas convocatorias.

El criterio decisivo será no una reducción indiscriminada del sector público sino el fortalecimiento de su eficiencia y productividad. Paralelamente, ineficiencia e impro- ductividad, al estar positivamente correlacionados con la cultura depredatoria del segmento político-funcionario de la burocracia estatal, tendrán que ser combatidos sistemá- ticamente a través de una "purificación" de la gestión pú- blica: indudablemente, el costo de ex-funcionarios reclu- dos en nuestro sistema penal es significativamente menor al de nuestra racionalidad y modernidad.

Adicionalmente, dicha "purificación" tendría un efecto po- sitivo sobre la necesaria reducción del déficit público, que efectivamente es un factor inflacionario y que, además, ha tenido que ser financiado con deuda interna y encaje legal, a costa de la depresión económica, es decir, del empobrecimiento generalizado de la sociedad.

3. Un no menos inédito remozamiento de la política política que permita recobrar la deteriorada legitimidad y la con- fianza por parte de la sociedad en sus autoridades.

Punto crucial de la estrategia, la élite gubernamental tendrá que tener muy claro que:

- i) el discurso oficial que pretende concitar el consenso social y reproducir la legitimidad estatal no puede más seguir remitiéndose al pasado (la "Revolución Mexicana"), pues actualmente lo que la sociedad espera es un porvenir al menos no tan incierto, y por tanto la legitimidad y el consenso habrán de descansar, cada vez más, en el futuro, es decir, en la capacidad de la élite gubernamental para "salir" de la crisis, lo cual depende de la calidad que tenga la gestión pública;

- ii) la "confianza", presuntamente económica, de ahorradores e inversionistas se ha perdido por razones directamente políticas: la sistemática asociación de autoridades con todo tipo de actividades delictivas (narcotráfico, etc.) va, sin duda, en detrimento de dicha confianza;

- iii) la pureza en los procesos electorales es, ya, una demanda generalizada; no atenderla es seguir alimentando las de por sí sólidas fuerzas que apuntan en dirección de la pérdida generalizada de legitimidad: el "imperio de la ley" tendrá que acudir a ese delicado encuentro.

Indudablemente, la crisis que vive el país permanecerá en el futuro si la élite gubernamental no tiene la lucidez ni los arrestos para afrontarla, hoy, caiga quien caiga.

Por algo los estadistas pasan a la historia.

Bibliografía

- Adler, Max, La concepción del estado en el marxismo. Sobre la diferenciación entre el método sociológico y el jurídico, (Introducción Roberto Racinaro), México, Siglo XXI, 1982, 371 pp.
- Aglietta, Michel, "Crisis y transformaciones sociales" en Investigación económica. 163, México, enero-marzo 1983.
- Aguilar Camín, Héctor, "A través del túnel" en Nexos 60, diciembre 1982.
- Aguilar Camín, Héctor, La frontera nómada: Sonora y la revolución mexicana, México, Siglo XXI, 1981
- Aguilar Camín, Héctor, "La revolución que vino del Norte" en Saldos de la revolución, México, Océano, 1984, pp. 11-50
- Alonso, Antonio, "El país que vendrá" en Nexos 122, febrero 1988.
- Alonso, Jorge, La dialéctica clases-élites en México, México, Ediciones de la Casa Chata, 1976
- Anderson, Perry, El estado absolutista, 3a. ed., México, Siglo XXI, 1982
- Angeles, Luis, "Notas sobre el comportamiento reciente de la inversión privada en México" en Comercio exterior, México, vol. 28, no. 1, enero 1978
- Apter, David, Una teoría política del desarrollo, México, FCE, 1974
- Arnold, Pascal, "El Estado nacional en América Latina: una derivación del capital" en Críticas de la economía política, no. 16/17, julio diciembre 1980
- Ayala, J.; Blanco, J.; et. al, "La crisis económica: evolución y perspectivas" en México, hoy, (Coord. González Casanova, Pablo y Florescano, Enrique), 7a. ed., México, Siglo XXI, 1983
- Barker, Terry y Vladimiro Brailovsky, "Recuento de la quiebra" en Nexos no. 71, noviembre 1983
- Barre, Raymond, El desarrollo económico, Análisis y política, México, FCE, 1962
- Bassols Batalla, Angel, México: formación de regiones económicas. Influencias, factores y sistemas, México, UNAM, 1979

- Bastian, Jean Pierre, "Los propagandistas del constitucionalismo en México (1910-1920)" en Revista Mexicana de Sociología, vol. XLV, no. 2, abril-junio 1983, pp. 321-348
- Bazart, Jan, Los bienes de la inglesia en México. Aspectos económicos y sociales de la revolución liberal, México, El Colegio de México, 1977
- Bazúa, Fernando, "Reflexiones sobre la entrevista MMH-Reagan y los nuevos problemas históricos del Estado mexicano", Reporte de Investigación 165, UAM Xochimilco
- Bendix, Reinhard, La razón fortificada. Ensayos sobre el conocimiento social, México, FCE, 1975
- Bendix, Reinhard, Max Weber, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1979, 462 pp.
- Benítez, Fernando, Lázaro Cárdenas y la revolución mexicana II. El caudillismo, México, FCE, 1980
- Bergeron, Louis, et. al., La época de las revoluciones europeas, 1780-1848, 6a. ed., México, Siglo XXI, 1980, pp. 342, (Historia Universal Siglo XXI, vol. 26)
- Berman, Marshall, "Brindis por la modernidad" en Nexos 89, México, mayo 1985
- Bobbio, Norberto, "Gramsci y la concepción de la sociedad civil" en V.A. Gramsci y las ciencias sociales, México, Pasado y Presente, 1982 (Cuadernos de pasado y presente no. 19)
- Bolívar, Augusto y Rafael Sánchez, "Los salarios del miedo" en El Cotidiano 19, Septiembre-octubre 1987
- Braudel, Fernand, La dinámica del capitalismo, México, FCE, 1986
- Cassari, Massino: "Transformación del Estado y proyecto político" en Cuadernos Políticos no. 25, Julio-septiembre de 1980
- Camacho, Manuel, El futuro inmediato, 2a. ed., México, Siglo XXI, 1981 (La clase obrera en la historia de México 15)
- Camacho, Manuel, "El poder: Estado o 'feudos' políticos" en Foro Internacional, vol. XIV, enero-marzo 1974, no. 3 (55)
- Camacho, Manuel, "Los nudos históricos del sistema político mexicano" en Las crisis en el sistema político mexicano (1928-1977), México, El Colegio de México, 1977.

- Cannetti, Elías, Masa y poder (2 tomos), Madrid, Muchnik/Alianza, 1983
- Canudas, Enrique, "Estancamiento y desarrollo económico en el Siglo XIX Mexicano" en Estudios Políticos, vol. V, núms. 20-21, pp. 39-72
- Cardoso, Ciro (Coord.), Formación y desarrollo de la burguesía en México Siglo XIX, 1978
- Cardoso, Ciro (Coord.), México en el Siglo XIX (1881-1910) Historia económica y de la estructura social, México, Nueva Imagen, 1984
- Cardoso, Fernando Henrique y Faletto Enzo, Dependencia y desarrollo en América Latina. Ensayo de interpretación sociológica, 17a, ed., México, Siglo XXI, 1981, 213 pp.
- Carmagnani, Marcello, "La política en el Estado oligárquico latinoamericano" en Historias no. 1, México, julio-septiembre 1982.
- Castañeda, Jorge, "La sucesión simultánea" en Nexos 122, febrero 1988
- Cepal, Política de ajuste y renegociación de la deuda externa, mimeografiado, febrero 1984
- Cerroni, Umberto, La teoría de las crisis sociales en Marx, Madrid, Comunicación, 1975
- Cipolla, Carlo, Historia económica de la Europa preindustrial, Madrid, Alianza Universidad, 1981
- Coatsworth, John, El impacto económico de los ferrocarriles en el porfirato (2 tomos), México, SEPT/Setentas, 272, 1976
- Coatsworth, John, "Los orígenes del autoritarismo moderno en México" en Foro Internacional, vol., XVI, octubre-diciembre
- Cockroft, James, Precursores intelectuales de la revolución mexicana (1900-1913), México, Siglo XXI, 1981
- Colletti, Lucio, El marxismo y el "derrumbe" del capitalismo, México, Siglo XXI, 1983.
- Collingwood, R.G., Idea de la historia, 2a. ed., 8a. reim., FCE, 1980, 323 pp.
- Connaughton, Brian Francis, España y Nueva España ante la crisis de la modernidad, México, SEP, 1983

- Contreras, Ariel José, MEXICO 1940: industrialización y crisis política 3a. edición, México, Ed. Siglo XXI, 1983, 219 páginas
- Cordera, Rolando y Carlos Tello, "México: opciones y decisiones", en Nexos 101, mayo 1986.
- Cordero, Salvador y Tirado, Ricardo (Coord.), Clases dominantes y Estado en México, México, UNAM, 1984
- Córdova, Arnaldo, La ideología de la Revolución Mexicana. La formación del nuevo régimen, 9a. ed., México, era, 1981
- Córdova, Arnaldo, Sociedad y Estado en El Mundo Moderno, 2a. ed., México, ed. Grijalbo, 1976, 186 pp.
- Cosío Villegas, Daniel, El sistema político mexicano. Las posibilidades del cambio, México, Joaquín Mortíz, 1981
- Cosío Villegas, Daniel, Historia moderna de México. El Porfiriato. La vida política exterior. Parte segunda, 2a. ed., México, Hermes, 1974, 967 pp.
- Chevalier, Francois, La formación de los latifundios en México. Tierra y sociedad en los Siglos XVI y XVII, 2a. ed., México, FCE, 1976, 510 pp.
- Dahsendorf, Ralph, Las clases sociales y su conflicto en la sociedad industrial, Madrid, Rialp, 1974
- Díez del Corral, Luis, El rapto de Europa, Madrid, Alianza, 1974
- Dobb, Maurice, Estudios sobre el desarrollo del capitalismo, 11a. ed., México, Siglo XXI, 1979
- Falcon, Romana, "Movimientos campesinos y la revolución mexicana: San Luis Potosí y Morelos", Cuadernos Agrarios no. 10/11, Editorial Macehual no. 10-11, diciembre de 1980, pp. 141-152
- Florescano, Enrique e Isabel Gil Sánchez, "La época de las reformas borbónicas y el crecimiento económico 1750-1808" en varios autores, Historia general de México I, México, El Colegio de México, 1981, pp. 471-589, (edición en 2 tomos)
- Foucault, Michel, El discurso del poder, México, Folios ediciones, 1983
- Furtak, Robert, El Partido de la Revolución y la estabilidad política en México, México, UNAM, 1974

- Galeano, Eduardo, Las venas abiertas de América Latina, 33a. ed., México, Siglo XXI, 1982, 486 pp.
- Garrido, Luis Javier, El partido de la revolución institucionalizada (Medio siglo de poder político en México). La formación del nuevo estado (1928-1945), 2a. ed., México, Siglo XXI, 1984
- Germani, Gino, Política y sociedad en una época de transición, Buenos Aires, Paidós, 1962
- Gerschenkron, Alexander, El atraso económico en su perspectiva histórica, Barcelona, Ariel, 1968
- Giddens, Anthony, "Classical Social Theory and the Origins of Modern Sociology", American Journal of Sociology, vol. 81, no. 4, enero 1976
- González Casanova, Pablo, La democracia en México, 14a. ed., México, Era, 1983
- González Gómez, Francisco, "Campesinos y Estado durante los gobiernos de los sonorenses (1920-1934)" en Teoría y política, año III, no. 7/8, julio-diciembre 1982, pp. 115-135
- González, Luis, La ronda de las generaciones. Los protagonistas de la Reforma y la Revolución mexicana, México, SEP, 1984
- González Navarro, Moisés, "El trabajo forzoso en México 1821-1917" en Historia mexicana 108, vol. XXVII, abril-junio 1978
- Green, Rosario, "La deuda pública externa de México, 1965-1976" en Comercio exterior, Banco Nacional de Comercio Exterior, vol. 27, no. 11, noviembre 1977
- Guerra, François Xavier, "Territorio minado. (Más allá de Zapata en la Revolución Mexicana)", en Nexos 65, mayo 1983
- Gutiérrez R., Roberto, "La balanza petrolera de México. 1970-1982" en Revista Comercio Exterior, Banco Nacional de Comercio Exterior, vol. 29, no. 8, agosto 1979
- Habermas, Jürgen, "Ciencia y tecnología como ideología" en Revista A, UAM Azcapotzalco, vol. II, no. 3, mayo-agosto 1981.
- Habermas, Jürgen, "La modernidad inconclusa" en Vuelta 54, mayo de 1981, pp. 4-9
- Habermas, Jürgen, "Para la reconstrucción del materialismo histórico" en Cuadernos Políticos no. 28, México, abril-junio 1981

- Habermas, Jürgen, Problemas de legitimación en el capitalismo tardío, Buenos Aires, Amorrortu, 1977
- Hale, Charles A., El Liberalismo Mexicano en la época de Mora (1821-1853), (trad. Sergio Fernández Bravo y Francisco González A.), 3a. ed., México, Siglo XXI, 1978, 347 pp.
- Hansen, Roger D., La política del desarrollo mexicano, 5a. ed., México, Siglo XXI, 1974, 340 pp.
- Hart, John, El anarquismo y la clase obrera mexicana, 1860-1931, México, Siglo XXI, 1980
- Hegel, G.F., Filosofía del derecho, (introd. Carlos Marx), México, Juan Pablos editor, 1980, 285 pp.
- Heller, Agnes, El hombre del renacimiento, Barcelona, Península, 1980
- Herf, Jeffrey, "La paradoja del modernismo reaccionario" en Siempre, México, 23 de octubre, 1985.
- Hernández Chávez, Alicia, La Mecánica Cardenista (Col. Historia de la Revolución Mexicana No. 16 1934-1940), México, El Colegio de México, 1981, 236 pp.
- Hernández Laos, Enrique y Córdova Chavez, Jorge, "Estructura de la distribución del ingreso en México" en Revista Comercio Exterior, Banco Nacional de Comercio Exterior, vol. 29, no. 5, mayo 1979
- Herrera Canales, Inés, El comercio exterior de México 1821-1875, México, El Colegio de México, 1977
- Himes, James R., "La formación de capital en México" en Lecturas 4. La economía mexicana II Política y desarrollo (Selección de Leopoldo Solís M.), 2a. ed., México, FCE, 1978, pp. 157-188
- Hirschman, Albert O., La estrategia del desarrollo económico, México, FCE, 1981
- Hobsbawm, Eric, En torno a los orígenes de la Revolución Industrial, 14a. ed., México, Siglo XXI, 1982
- Hobsbawm, Eric, Las revoluciones burguesas (2 vol.), Madrid, Guadarrama/Punto Omega, 1978
- Ize, Alain, "Un análisis de la inflación en México" en Monetaria, Centro de Estudios Monetarios Latinoamericanos, vol. III, no. 2, abril-junio 1980

- Jauss, Hans Robert, La literatura como provocación, Barcelona, Península, 1976
- Kaplan, Marcos, Aspectos del Estado en América Latina, México, UNAM, 1981
- Katz, Friederich, "Condiciones de trabajo en las haciendas de México durante el Porfiriato: modalidades y tendencias" en Katz, Friederich, La servidumbre agraria en México en la época Porfiriana, México, Era, 1980, pp. 13-55
- Katz, Friederich, La guerra secreta en México (2 tomos), México, Era, 1983
- Kohn, Hans, Historia del nacionalismo, México, FCE, 1949
- Krader, Lawrence, "El Estado en la teoría y en la historia" en Críticas de la economía política. Edición latinoamericana, no. 16/17, julio-diciembre 1980
- Krader, Lawrence, La formación del Estado, Barcelona, Labor, 1972
- Krauze, Enrique, Caras de la historia, México, Cuadernos de Joaquín Mortiz, 1983, 196 pp.
- Krauze, Enrique, Caudillos culturales en la revolución mexicana, México, Siglo XXI, 2a. ed., corregida diciembre 1976
- Krauze, Enrique, et. al., Historia de la Revolución Mexicana 1924-1928: la reconstrucción económica, México, El Colegio de México, 1977, vol. 10, 323 pp.
- La Palombara, Joseph (Comp.), Burocracia y desarrollo político, Buenos Aires, Paidós, 1970
- Leal, Juan Felipe, Economía y sistema de haciendas en México. La hacienda pulquera en el cambio. Siglos XVIII, XIX, XX, México, Era, 1982
- Leal, Juan Felipe, La burguesía y el estado Mexicano, 8a. ed., México, Ediciones El Caballito, 1981, 195 pp.
- Lichteim, George, Breve historia del socialismo, Madrid, Alianza, 1979
- López Cámara, Francisco, La estructura económica y social de México a la época de la reforma, México, Siglo XXI, 1984
- Lusting, Nora, "Distribución del ingreso, estructura de consumo y características del crecimiento industrial", Comercio Exterior Banco de Comercio Exterior, vol. 29, no. 5, mayo 1979

- Mann, Arthur J., "La elasticidad de la estructura tributaria de México 1950-1977" en Revista Comercio Exterior, Banco Nacional de Comercio Exterior, vol. 29, no. 1, enero 1979
- Marramao, Giacomo, Lo político y las transformaciones. Crítica del capitalismo e ideologías de la crisis entre los años veinte y treinta, México, Ediciones Pasado y Presente, 1982, 267 pp.
- Marx, Karl, El Capital, Crítica de la economía política (3 tomos), México, FCE, 1959
- Marx, Karl, Formaciones económicas precapitalistas, México, Cuadernos de Pasado y Presente 20, 1981
- Mattick, Paul, Marx y Keynes. Los límites de la economía mixta, 3a. ed., México, Ed. Era, 1981, 348 pp.
- Medina, Luis, Civilismo y modernización del autoritarismo. (Historia de la Revolución Mexicana vol. 20), México, El Colegio de México, 1977.
- Medina, Luis, Del cardenismo al avilacamachismo. (Historia de la Revolución Mexicana vol. 18), México, El Colegio de México, 1979
- Meyer, Jeane, Estado y Sociedad con Calles (Col. Historia de la Revolución Mexicana No. 11 1924-1928), México, El Colegio de México, 1981, 371 pp.
- Moore, Barrington, Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia, Barcelona, Península, 1976
- Mosera Camacho, Carlos, Basave kunhardt, Jorge: "La crisis y el capital financiero en México" en Teoría y política no. 4, abril-junio de 1981
- Navarro, BErnabé, Cultura mexicana moderna en el Siglo XVIII, México, UNAM, 1983
- O'Donnell, Guillermo, Modernización y autoritarismo, Buenos Aires, Paidós, 1972
- Paz, Octavio, "América Latina y la democracia" en Vuelta 67, junio 1982, pp. 38-46
- Paz, Octavio, El laberinto de la soledad, México, FCE/SEP, 1984
- Paz, Octavio, Los hijos del limo. Del romanticismo a la vanguardia, Barcelona, Seix Barral, 1974
- Paz, Octavio, Tiempo nublado, México, Origen/Planeta, 1985

- Peña, Sergio de la, La formación del capitalismo en México, 8a. ed., México, Siglo XXI, 1981
- Poder Ejecutivo Federal, Plan Nacional de Desarrollo 1983-1988, México, 1983
- Polangi, Karl, La gran transformación, Buenos Aires, Ed., Claridad, 1947
- Poulantzas, Nicos, "Las transformaciones actuales del Estado, la crisis política y la crisis del Estado" en Varios Autores, El marxismo y la crisis del Estado, Puebla, UAP, 1977
- Paulantzas, Nicos, Las clases sociales en el capitalismo actual, 6a. ed., México, Siglo XXI, 1981, 312 pp.
- Powell, T.G., El liberalismo y el campesinado en el centro de México (1850 a 1876), México, Sep/Setentas (122), SEP, 1974
- Ramírez Rancaño, Mario, Crecimiento económico e inestabilidad política en México, México, UNAM, 1977
- Reyna, José Luis y Marcelo Miguel "Introducción a la historia de las organizaciones obreras en México: 1912-1966" en Varios, Tres estudios sobre el movimiento obrero en México, México, El Colegio de México, 1976, pp. 67-77
- Rivera, Miguel Angel y Pedro Gómez, "México: acumulación de capital y crisis en la década del setenta" en Teoría y política no. 2, octubre-diciembre 1980
- Robles, Rosario, El papel de la agricultura en el desarrollo económico y social de México desde 1940, Mimeo.
- Rosdolsky, Roman, Génesis y estructura de El capital de Marx (estudio sobre los Grundrisse), México, Siglo XXI, 1978, 625 pp.
- Rosenzweig, Fernando, "El desarrollo económico de México de 1877 a 1911", en El trimestre económico, vol. XXXII no. 127, julio-septiembre de 1965, pp. 4-5-454
- Ross, Stanley R., "La protesta de los intelectuales ante México y su revolución" en Historia Mexicana 103, vol. XXVI, no. 3, enero-marzo 1977, pp. 396-433
- Ruíz Durán, Clemente, "Los efectos de la inflación en las tasas reales de imposición: el caso de México, 1964-1976" en Revista Comercio Exterior, Banco Nacional de Revista Exterior, vol. 27, no. 1, enero 1977

- Sabine, George H., Historia de la teoría política, 2a. ed., 8a. reimp., México, FCE, 1982, 677 pp.
- Salinas, Carlos, "El ahorro del sector público en el proceso de formación de capital" en Revista Comercio Exterior, Banco Nacional de Comercio Exterior, vol. 29, no. 4, abril 1979.
- Schumpeter, Joseph, Capitalismo, socialismo y democracia (2 tomos), Barcelona, Orbis, 1983.
- Secretan, Philibert, "Elementos para una teoría de la modernidad" en Diógenes 126, verano 1984.
- Sée, Henri, Orígenes del capitalismo moderno, 2a. ed., 3a. reimp., México, FCE, 1974, 151 pp.
- Semo, Enrique, "El gobierno de Obregon, la deuda exterior y la independencia de México" en Historia mexicana. Economía y lucha de clases, 2a., ed., México, Era 1981, pp. 243-278
- Silva Herzog, Jesús, Breve historia de la Revolución Mexicana I, Los antecedentes y la etapa modernista, 2a. ed., 2a. reimp., México, FCE 1980, 382 pp.
- Silva Herzog, Jesús, Breve historia de la Revolución Mexicana II, La etapa constitucionalista y la lucha de fracciones, 2a. ed., 2a. reimp., México, FCE 1980,
- Salari, Aldo e. et. al., Teoría, acción social y desarrollo en América Latina, 2a. ed., México, 1981, 637 pp.
- Solís, Leopoldo (coomp.), La economía mexicana II. Política y desarrollo, 2a. ed., México, FCE 1978, 605 pp.
- Solís, Leopoldo, La realidad económica mexicana. Retrovisión y perspectivas, 11a. ed. (revisada), México, Siglo XXI, 1981
- SPP, CONAPO, CELADE, México. Estimaciones y proyecciones de población 1950-2000, s/f.
- Sims, Harold, La expulsión de los españoles de México (1821-1828), México, SEP/FCE, 1985
- Tardanico, Richard, "México revolucionario, 1920-1928. Capitalismo transnacional, luchas locales y formación del nuevo Estado" en Revista Mexicana de Sociología, vol. XLV, no. 2, abril-junio 1983, pp. 375-405

- Tobler, Hans-Werner, "Las paradojas del ejército revolucionario: su papel social en la reforma agraria 1920-1935" en Historia mexicana, vol. XXI, no. 81, Julio-septiembre 1971.
- Toynbee, Arnold, Estudio de la historia (3 vol.), México, Origen/Planeta, 1985.
- Trabulse, Elías, El círculo roto, México, Lecturas Mexicanas 54, 1984.
- Uchmany, Eva Alejandra, La proyección de la Revolución Francesa en Alemania, México, UNAM, 1975, 239 pp.
- Ulloa, Berta, La revolución intervenida. Relaciones diplomáticas entre México y Estados Unidos (1910-1914), México, El Colegio de México, 1976.
- Unger, Kurt, "El proceso mexicano de industrialización sustitutiva de importaciones: problemas y políticas" en Revista Comercio Exterior, Banco Nacional de Comercio Exterior, vol. 29, no. 9, septiembre 1977.
- Varios Autores, Discutir el Estado, México, Folios ediciones, 1982.
- Varios Autores, Historia general de México (4 tomos), México, El Colegio de México, 1981.
- Varios Autores, Industrialización y desarrollo, Madrid, Comunicación, 1965.
- Varios Autores, Interpretaciones de la revolución mexicana, prologado por Héctor Aguilar Camín, 5a. ed., México, Ed. Nueva Imagen, 1981.
- Varios Autores, La revolución industrial, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1977.
- Varios Autores, Lecturas de Política Mexicana, 1a. ed. 1a. reimpresión, México, El Colegio de México, 1977, (Centro de Estudios Internacionales)
- Varios Autores, Política y des-ilusión. (Lecturas sobre Weber), México, UAM Atzacapotzalco, 1984.
- Varios Autores, Presencia de Max Weber (Selección de José Szabón), Buenos Aires, Nueva Visión, 1971.
- Varios Autores, Revolucionarios fueron todos, México, FCE, 1982.
- Varios Autores, Tesis sobre la Revolución mexicana, México, UNAM/CCH Naucalpan, 1980.